

OBRAS DESCONOCIDAS

DE

RUBEN DARIO

ESCRITAS EN CHILE Y NO RECOPIADAS
EN NINGUNO DE SUS LIBROS.



Edición recogida por

Raúl Silva Castro

y precedida de un estudio.



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD
DE CHILE

1934

OBRAS DESCONOCIDAS
DE RUBEN DARIO

OBRAS DEL AUTOR

Rubén Darío y Chile. Anotaciones bibliográficas precedidas de una Introducción sobre Rubén Darío en Chile, 1930.

Paradoja sobre las clases sociales en la literatura, 1930.

Páginas olvidadas de Vicuña Mackenna. Vicuña Mackenna en El Mercurio. Selección de Ricardo Donoso y Raúl Silva Castro 1931.

Retratos Literarios. Ediciones Ercilla, 1932.

Nuestro problema bibliotecario, 1932.

Los progresos del plan quinquenal, por H. R. Knickerbocker. Traducción. Editorial Ercilla, 1933.

Curso de Historia de la Literatura Chilena. Instituto Pedagógico, 1933. (Prospecto.)

Don Alberto Edwards. Biografía y Bibliografía, 1933.

Estado actual de los Métodos de la Historia Literaria. Traducción. Edición de la Universidad de Chile, 1933.

Fuentes Bibliográficas para el estudio de la Literatura Chilena. Edición de la Universidad de Chile, 1933.

El hombre y la máquina, por Nicolás Berdiaeff. Traducción. Editorial Ercilla, 1933.

Alemania vista por dentro, por André Germain. Traducción. Editorial Ercilla, 1934.

Obras desconocidas de Rubén Darío. Edición de la Universidad de Chile, 1934.

OBRAS DESCONOCIDAS

DE

RUBEN DARIO

ESCRITAS EN CHILE Y NO RECOPIADAS
EN NINGUNO DE SUS LIBROS.



Edición recogida por

Raúl Silva Castro

y precedida de un estudio.



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD
DE CHILE

1934

— ES PROPIEDAD. —

INSCRIPCIÓN N.º 3287.

Rubén Darío, estudio crítico,
biográfico y bibliográfico

NOTICIA

Se ha dicho y repetido que en bibliografía nadie puede jactarse de haber pronunciado una palabra definitiva. He tenido hace poco la comprobación personal de tal verdad. En Septiembre de 1930 publiqué en un breve volumen de 120 páginas un estudio sobre *Rubén Darío y Chile*. Este trabajo, exclusivamente bibliográfico, estaba dirigido a poner en claro la actuación de Darío durante su estada en Chile, es decir, de 1886 a 1889. Lo hice preceder de una introducción en la que, a la luz de mis investigaciones, contaba muy escuetamente cómo había llegado Darío al país y qué había hecho en él. Todo esto—o casi todo—ha sido rehecho por mí en los pocos meses que median entre Septiembre de 1930 y hoy. Las razones son las siguientes.

1.º Nuevos datos aportados por diversas personas, y en especial por don Ricardo Donoso, que me dió la pista de la colaboración de Darío en *La Libertad Electoral* de Santiago (1888), colaboración que yo no había encontrado en mi anterior pesquisa.

2.º A pesar del cuidado puesto en la corrección de las pruebas del volumen mencionado, en él se deslizaron algunos errores—de fecha en su mayor parte—que creo conveniente rectificar.

3.º Nuevas investigaciones me han conducido a precisar en forma más segura algunos detalles de la estancia

de Darío en Chile y, sobre todo, me han dado a conocer nuevas producciones de tan interesante escritor (1).

Dije en mi *Rubén Darío y Chile* que «anhelaba tener ocio suficiente» para escribir la historia definitiva de la relación entre ese poeta y este país. La publicación que ahora emprendo no llena mi ideal en la materia, pero será seguramente la última que dedique a tal tema. No es que lo considere agotado, que sería grave presunción de mi parte, ni menos que no me agrada dedicarle mi tiempo, sino que sinceramente puedo confesar que no dispongo de fuerzas para una resurrección literaria de la vida de Darío en Chile, que debería ser novelesca para conformarse al gusto de la época. Por lo menos no tengo fuerzas para componer el libro que a mí mismo me gustaría que se escribiese sobre Darío.

El trabajo que el lector tiene en las manos contiene, pues, todo lo que aquí se indica en resumen:

a) Rubén Darío en Chile. Estudio del autor de estas líneas, que en lo esencial reproduce la introducción, aludida más arriba, del volumen de 1930, pero que se ha adicionado con muchos datos nuevos y curiosos y con la crítica literaria de las obras publicadas por Darío en Chile, la cual en ese trabajo fué voluntariamente omitida.

b) Bibliografía de Rubén Darío en Chile y sobre Chile, dividida como sigue.

1. Libros y folletos;
2. Artículos y poesías; y
3. Bio-Bibliografía.

También en esta parte se han introducido noticias

(1) El erudito norteamericano Mr. Erwin K. Mapes, autor de un libro sobre Rubén Darío que será citado frecuentemente en estas páginas, al pasar por Chile hace poco tiempo, conoció este trabajo y me indicó algunas composiciones de Darío que yo no conocía. El empeño actual de Mr. Mapes es, como se sabe, hacer una cronología tan completa como sea posible de la obra de Rubén Darío. Para ello revisó las colecciones de diarios y revistas chilenos en la Biblioteca Nacional de Santiago y tomó fotografías de todo lo que Darío publicó en Chile. Me es grato darle testimonio público de gratitud por su desinteresada cooperación.

que no conocía cuando hice mi anterior estudio y se han completado algunas descripciones.

c) Reproducción in-extenso de todos aquellos trabajos publicados por Rubén Darío en Chile y que después, según mi conocimiento, no han sido insertados en ninguno de los numerosos tomos de sus colecciones de «obras completas», ya publicados en vida del poeta o ya después de su muerte.

Trabajos como el presente están destinados a una circulación restringida, casi íntima. No es legítimo, pues, aspirar con obras de erudición ni a la fama ni a la fortuna. Pero hay un género de fortuna que es inalienable de quien se entrega a estas investigaciones. Es el reconocimiento que los especialistas hacen de la ayuda que tales esfuerzos les prestan. No pretendo otro galardón que saber que uno o más hombres estudiosos han encontrado en estas páginas algo que no sabían o han podido rectificar, con el concurso de ellas, nociones erradas o confusas.

Santiago de Chile, Abril de 1931.

PRELIMINAR

Importancia de la estada de Rubén Darío en Chile.—Amistades.—Influencias literarias.—Obras escritas.—La bohemia.

Los años que pasó Rubén Darío en Chile tienen una importancia considerable para apreciar su obra. Creo que este hecho, aunque anotado ya muchas veces, no ha sido estimado como corresponde por los que han intentado la biografía del autor de *Los Raros* o la historia de su espíritu. Desde luego cabe anotar que entre los libros que Rubén Darío publicó en Chile figura *Azul*... , que en pocos años le valió una notoriedad extraordinaria. Cuando Darío hizo en 1892 su primer viaje a España, encontró allí a algunos escritores peninsulares que le conocían ya a través de *Azul*... y que lo apreciaban mucho. Todos los fragmentos que componen este libro fueron publicados en los diarios y revistas chilenas que de 1887 a 1888 dieron hospitalidad a su colaboración (1).

A pesar de la estrechez de su vida en Chile, Darío halló aquí condiciones propicias para trabajar. Dejaba una tierra pobre, convulsionada por frecuentes revoluciones y

(1) «A pesar de no haber producido hasta entonces Chile principalmente sino hombres de Estado y de jurisprudencia, gramáticos, historiadores, periodistas y, cuando más, rimadores tradicionales y académicos de discreta descendencia peninsular, yo encontré nuevo aire para mis ansiosos vuelos y una juventud llena de deseos de belleza y de nobles entusiasmos.» *Historia de mis libros*, p. 169.

donde, por tanto, la literatura no podía ser objeto de cuidados profundos, para residir en una acariciada por una larga paz interna y favorecida recientemente por una guerra victoriosa. Se entiende el consejo del general Cañas, que el propio Darío transcribe en su *Autobiografía* (2): era preciso venirse a Chile aun cuando fuese a nado. Chile era entonces la tierra del porvenir. Las entradas del salitre permitieron al gobierno de Balmaceda, a cuya iniciación asistió Darío, un singular desarrollo de las obras públicas, y todo el país sentía el influjo benévolo del bienestar fiscal. En Chile había un núcleo grande de escritores, algunos de consagrado prestigio y otros que aspiraban a la gloria. Rubén Darío conoció a los primeros y se hizo amigo de los segundos. La prensa diaria había adquirido gran vuelo, contaba con corresponsales en el extranjero y hacía traducir escritos de modernos autores, sobre todo franceses (3). Los testimonios de todos los escritores chilenos que trataron a Rubén Darío en Chile—don Luis Orrego Lucó, don Samuel Ossa Borne, don Eduardo Poirier—coinciden en afirmar que el nicaragüense conocía muy someramente la literatura moderna (4). Fuera de las noticias indispensables sobre Víctor Hugo y Alfonso Daudet, Darío sabía poco o nada de lo que acontecía en la Francia de sus amores. En Chile encontró personas que como Pedro Balmaceda Toro y Manuel Rodríguez Mendoza podían hablarle de Karr, Houssaye, los Goncourt, Zola, Silvestre, Gautier, etc., y muchos otros autores de actualidad, y con cultos lectores de cosas novísimas, como don Samuel Ossa Borne y don Eduardo Poirier, además de otros dotados de am-

(2) Págs. 46 y 47.

(3) Durante la permanencia de Rubén Darío en Chile, visitó el país la conocida actriz trágica Sarah Bernhardt; Darío le dedicó unos versos que se reproducen en este libro.

(4) Don Narciso Tondreau se aparta algo de esta opinión y afirma que Rubén Darío llegó a Chile bien habilitado para la carrera literaria; agrega que conocía bastante a los clásicos griegos y a los escritores españoles de los siglos de oro. Sin embargo, en materia de vida y de costumbres, confiesa que le pareció «un infeliz como individuo, sin noción alguna de vida terrenal y bueno como el pan». Entrevista concedida a *El Bachiller audaz* y publicada en *El Sur* de Concepción el 10 de Junio de 1929.

plia curiosidad intelectual como Eduardo de la Barra y de sólida cultura clásica como Narciso Tondreau. Con ellos se introdujo en el santuario de una literatura que rompía moldes y conquistaba un nuevo mundo para la expresión escrita.

En segundo término hay que observar la influencia que en la obra de Darío tuvo el Certamen Varela de 1887. En él se premió su *Canto épico a las glorias de Chile* y se recomendó una colección de sus *Rimas* imitadas de Bécquer. Por lo demás, combatido y todo, Darío se reafirmó en su destino de innovador, y al recibir la consagración que le brindaba don Juan Valera por *Azul...*, debe haber adivinado en un momento la magnitud de su obra futura.

Todo esto prueba que Darío templó su espíritu en Chile en el culto de la poesía, ayudado por buenos amigos; se dió a conocer al mundo hispanoparlante por un libro escrito en esta tierra; recibió aquí los primeros influjos del simbolismo francés (patentizados en *Azul...*, donde Valera encontró las huellas de su *galicismo mental*), y —*last but not least*—tuvo estímulos nada despreciables. La lírica magra de *Primeras notas* (5) se robustece en Chile y adquiere la inflexión heineana de *Primaveral* y logra expresiones tan intensas como la de muchos de los *abrojos* y la de la décima a Campoamor. En la prosa alcanza las cimas de *El velo de la Reina Mab*, *En Chile* y *La Canción del Oro* que, a pesar de todo lo que más tarde escribiera en prosa, son tres de sus mejores fragmentos literarios

Este es el lado de la luz; el de la sombra también tiene su parte. Darío había iniciado ya al llegar a Chile ese género de afrentosa bohemia que hizo el tormento de toda su vida y que le condujo prematuramente al sepulcro. Debe atribuirse a esto, y no a otro motivo cualquiera, su in-

(5) Ha sido debatida la existencia de este libro, pero me parece comprobada por varios testimonios, entre los cuales hay dos particularmente valiosos. El primero es de Andrés González Blanco (*Obras escogidas de Rubén Darío. Estudio preliminar de A. G. B.*), que dice haber visto el libro, cuya fecha de impresión debe ser 1885; el segundo es de don Narciso Tondreau, que conserva un ejemplar de él, descabalado, que perteneció a don Eduardo de la Barra. (Ver entrevista citada en nota anterior.)

tempestivo alejamiento de Chile. Su vida desordenada, su informalidad, su impericia para conducirse con respeto de las apariencias, como la hipocresía de la sociedad chilena exige a cuantos aspiran a vivir en ella, le minaron el terreno. Cuando Darío se fué, muchos de sus amigos ya no le querían bien y se habían olvidado voluntariamente del beodo lírico centroamericano. Con ingenuidad juvenil, Darío se lamenta muy discretamente de esta reacción en algunos de sus escritos de ese tiempo y en otros posteriores. Sin embargo, hay unos pocos hombres a los cuales reconoce deber mucho hasta el último momento. Estos son sus tres amigos de Valparaíso, el doctor Galleguillos Lorca (que lo atendió profesionalmente y lo cobijó en su casa en momentos de penuria), don Eduardo Poirier (que también le brindó su casa) y don Eduardo de la Barra, y su amigo de Santiago don Narciso Tondreau, por quien Darío guardó siempre una amistad mezclada de respeto.

CAPITULO PRIMERO

Viaje a Chile.—Llegada a Valparaíso.—Nacimiento de Emelina.—Colaboraciones literarias.

¿Cuándo llegó Rubén Darío a Chile? La cuestión ha sido discutida largamente y sin jactancia puede decirse que hasta hoy permanecía poco menos que en la sombra. El origen de las hipótesis erradas y de las versiones antojadizas había sido la propia *Autobiografía* del poeta (1) que fijó como fecha la de la muerte de don Benjamín Vicuña Mackenna. Esto no es posible. El señor Vicuña Mackenna falleció el 25 de Enero de 1886 y Rubén Darío no salió de su patria sino el 6 de Junio del mismo año. Ahora bien, llegó a Chile (Valparaíso) el 24 de Junio, después de diez y ocho días de navegación, como se ve en los diarios del día siguiente, publicados tanto en ese puerto como en Santiago. Desembarcó del *Uarda* (Darío da el nombre en su *Autobiografía*), vapor alemán de 1089 toneladas, que había partido de Corinto (Nicaragua) en viaje al Sur. En la primera clase del vapor mencionado no viajaban sino dos personas, contado Rubén Darío, lo que indica que se tra-

(1) Pág. 49.

taba de un barco de poca consideración y seguramente dedicado a la carga más que al transporte de pasajeros (2).

Rubén Darío relacionó su llegada a Chile con el artículo sobre Vicuña Mackenna seguramente porque esa fué—según lo que hemos averiguado hasta el momento—su primera contribución a la bibliografía chilena. En efecto, Darío se hallaba en Nicaragua cuando se produjo la muerte de nuestro historiador. Escribió a propósito de ella un artículo hartamente mediocre, que se insertó en *El Imparcial* de Managua y que *El Mercurio* de Valparaíso reprodujo, como tantos otros artículos de la prensa americana sobre el mismo asunto, para honrar la memoria de Vicuña Mackenna. Publicado el 7 de Abril de 1886, este trabajo venía a ser la primera mención que en Chile se hizo del escritor que poco más tarde llegaría al país (3).

Otro punto debatido es el de unas cartas de presentación que el general Cañas habría dado a Darío para facilitarle su introducción en los medios periodísticos de Chile. El general don Juan J. Cañas, originario de la República Salvadoreña, desterrado en Nicaragua cuando Darío salió de allí, había sido Ministro de su patria en Chile y había concebido una profunda admiración por este país. Según cuenta Darío en su *Autobiografía* (4), él fué quien, viéndole pobre y oprimido en Centro América; le empujó a venir a Chile. Para Cañas Chile era la «tierra del porvenir», modesto Eldorado que vivía entonces el período de sus siete vacas gordas gracias al triunfo de la guerra del Pacífico.

Darío cuenta en su *Autobiografía* que las cartas de presentación eran dos. Una para un periodista joven, don Eduardo Poirier, residente en Valparaíso; la otra «para

(2) Ver *La Unión* y *El Mercurio* de Valparaíso de la fecha indicada. Allí aparece el nombre de Rubén Darío en la lista de pasajeros. En el primero se lee Rubens y Reiben en el segundo, en lugar de Rubén...

(3) Este artículo no se reprodujo en la *Corona Fúnebre* a la memoria de Vicuña Mackenna, publicada algunos meses más tarde, y de ello se dolió el autor en una carta a la viuda del historiador; publicada en *El Mercurio*,

(4) Pág. 46-7.

un alto personaje de Santiago» (pág. 47), cuyas iniciales, C. A., revela más adelante (pág. 50). Armando Donoso, en el prólogo de las *Obras de Juventud* (págs. 33 y 34), dice que los destinatarios eran Poirier y don Eduardo Mac Clure, entonces director de *La Época* (5), diario de propiedad de don Agustín Edwards Ross, de quien Mac Clure era pariente. Pero don Samuel Ossa Borne, generalmente bien informado de los detalles de la vida chilena de Darío, da otra versión al afirmar que la carta no era sino una, dirigida a don Eduardo Poirier, el cual habría escrito a Mac Clure una vez que el poeta se decidió a pasar a Santiago. Tenemos, pues, una sombra más en el camino, y a falta de mejores datos preferimos la versión de Darío.

Respecto de C. A., el destinatario de una de las dos cartas a que se refiere el poeta forastero, hemos hallado un dato que puede aclarar su identidad. En Setiembre de 1886, escribiendo en *La Época* (véase más adelante, trozo titulado *Una contestación*), Darío se refiere a un chileno con las siguientes palabras:

El puesto que ocupo en este diario, débolo principalmente a los esfuerzos del señor don Adolfo Carrasco Albano, quien, conocedor de mis antecedentes, me ha dispensado benévola amistad.

No es improbable que sea el señor Carrasco Albano el mismo C. A. de la carta susodicha.

Desembarcado Darío en Valparaíso el 24 de Junio de 1886 y puesto en relación con Eduardo Poirier, que según todas las versiones era uno de los destinatarios de las cartas de Cañas y que es el primer chileno con quien Darío traba amistad, el poeta nicaragüense vive algún tiempo en el puerto. Hemos probado ya que Darío no escribió en Valparaíso el artículo sobre Vicuña Mackenna; vamos ahora

(5) *La Época* de Santiago tenía su local en la calle Estado N.º 34 B., según la antigua numeración, y estaba por tanto a corta distancia de la Plaza de Armas.

a contar en qué se entretuvo antes de venir a Santiago (6).

El día 26 de Enero de 1886 el diario *La Unión* de Valparaíso, poco aficionado a literaturas, rompió la norma de indiferencia que había aplicado a las letras y abrió un certamen de novelas. De la convocatoria copiamos algunos párrafos:

1.º *La Unión* abre un certamen para premiar la mejor novela inédita, original de autor chileno, que se le presente para ser publicada en sus folletines. El premio será de mil pesos y se adjudicará necesariamente a uno de los trabajos presentados.

El jurado lo componen los señores don Ramón Sotomayor Valdés, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Carlos Walker Martínez, don Guillermo Blest Gana, don Zorobabel Rodríguez.

El 28 de Mayo se vuelve a hablar del Certamen, pero se dan a conocer dos novedades: el plazo de recepción de las obras se amplía hasta el 1.º de Agosto (retengamos la fecha; Darío llegó a Chile el 24 de Junio) y se cambia a don Benjamín Vicuña Mackenna, en el Jurado, por don Miguel Luis Amunátegui. El señor Vicuña Mackenna había muerto precisamente el mismo día que se imprimía el diario en que se le asignó ese cargo de juez literario.

Ahora bien, en el prólogo de una novelita que Rubén Darío publicó en Chile en 1887, *Emelina*, en colaboración con don Eduardo Poirier, se habla de que esta obra ha sido «escrita para un certamen, en diez días, como la suerte ayudaba» (7). En mi anterior trabajo sobre Rubén Darío

(6) En su artículo sobre *Asonantes* (publicado en la *Revista de Artes y Letras*) Darío dice que entonces conoció (seguramente por Poirier) a Eduardo de la Barra quien le dió noticias sobre los poetas chilenos. De la Barra era entonces Rector del Liceo de Valparaíso y tenía una buena situación literaria. No se olvide esta circunstancia para apreciar las posteriores relaciones entre los dos. Dice Darío (*Autobiografía*, p. 59), que por De la Barra conoció a José Victorino Lastarria, quien influyó cerca de Mitre para que se le aceptaran artículos en *La Nación* de Buenos Aires. Pero en el artículo citado anteriormente y escrito, como se sabe, en 1889, asevera que fué Carlos Toribio Robinet quien lo llevó ante el autor de los *Recuerdos Literarios*. Prefiero la segunda versión.

(7) Armando Donoso en *Obras de Juventud* escribe (p. 73): «Un día, en un rato de buen humor y tentado por el premio que en uno de los certámenes abiertos por don Federico Varela se ofrecía a la mejor novela, resolvió escribir [don

me preguntaba yo qué certamen sería ese, y hoy puedo responderme. Se trataba del certamen de *La Unión*. En efecto, el 8 de Agosto de 1886 se da cuenta en ese diario de las obras enviadas al certamen, y entre ellas figura *Emelina*, firmada por *Orestes y Píladés*.

La decisión del jurado se hizo esperar muchísimo, y postergada una y otra vez, vino a ser conocida sólo el 13 de Enero de 1887. *Emelina* naturalmente no fué premiada (8). Su publicación en volumen se hizo ese mismo año en Valparaíso, después de la impresión de *Abrojos*.

Mientras tanto, Rubén Darío había iniciado su colaboración en *El Mercurio* de Valparaíso, diario en el cual lo podía introducir don Eduardo Poirier, que le traducía folletines. Poco acostumbrado a la forma lírica, más apegado a la prosa, *El Mercurio* no publica versos de Darío. En cambio acoge artículos como *La erupción del Momotombo* (16 de Julio) y *Don Hermógenes de Irisarri* (sobre la muerte de este personaje) que se refieren a hechos del día, y una carta del poeta a la señora doña Victoria Subercaeaux de Vicuña, a propósito de la *Corona Fúnebre* dedicada a don Benjamín Vicuña Mackenna. Tales son los primeros rasgos escritos de Darío que publica la prensa chilena después de la llegada del poeta.

Eduardo Poirier con Rubén Darío y en los diez días que restaban del plazo fijado para la admisión de los originales, una que tal vez hubiera firmado con rubor Carolina Invernizzio o Ponson du Terrail. Así nació a la vida efímera de la publicidad *Emelina*.

Lo que acabamos de dar a conocer al lector en el texto a que responde esta nota prueba que la afirmación del señor Donoso no tiene fundamento alguno por lo que se refiere al certamen en que figuró *Emelina*.

(8) Enrique del Solar con *Dos Hermanos* obtuvo la primera recompensa; menciones honrosas merecieron *Flor del campo*, por don Pedro N. Cruz, y *El sombrero de paja*, por Valentín Murillo.

En 1917—al honrar con un artículo la reciente muerte del poeta—el señor Poirier decía: «Pero, en fin, obtuvo *Emelina* una mención honrosa. . . » Como se ha podido ver, hay aquí un error de documentación o de memoria. La mejor prueba de que *Emelina* no obtuvo ninguna recompensa es que no fué publicada en *La Unión*. Este honor en cambio fué concedido a *Flor del campo* y a *El sombrero de paja*.

CAPITULO SEGUNDO

En Santiago.—En La Epoca.—Vida y escritos.—Nacimiento de los Abrojos.—Primeras páginas del Azul...—Certamen Varela.—Las Rimas y Eduardo de la Barra.

Sin poder precisar la fecha exacta del viaje de Rubén Darío a Santiago (1), toca hacer presente que ya en Agosto de 1886 el poeta se hallaba seguramente en la capital. En efecto, el 5 de ese mes aparece en *La Epoca* de Santiago su primera colaboración, que es un poemita dedicado a *El manto* reproducido en la *Revista Chilena* hace pocos años, a la muerte del autor, y que nosotros damos también en esta obra.

Darío vivió en el diario santiaguino (2), que entonces reunía en sus salones y tertulias a los jóvenes periodistas y escritores que más prometían a las letras chilenas. El señor Orrego Luco cuenta en efecto su primera visita al desmantelado cuarto que servía de dormitorio a Darío,

(1) Se ha afirmado que don Eduardo Mac Clure, engañado por las noticias que había recibido, reservó a Darío pieza en un lujoso hotel de la capital. También se ha dicho que el mismo Mac Clure fué a esperar a Darío a la estación, donde iba a tener la decepción que es de imaginarse al encontrar no al poeta-personaje con que contaba, sino a un joven mal vestido, con aire de alimentación insuficiente, de muy pocos modales, hosco de aspecto y carente de roce social. El señor Ossa Borne dice, en carta al autor, que «quien esperaba al poeta, por encargo del diario [*La Epoca*], era el cajero; el Sr. Maquieira».

(2) Lo dice en *A. de Gilbert*, p. 17.

y la visión no es halagüeña. Más que la cámara Luis XV en que Darío soñaría más tarde o soñaba ya, parecía aquélla la alcoba del Licenciado Cabra de quien Quevedo hace aguda burla en el *Buscón*. He aquí la descripción del señor Orrego:

Salí junto con Daniel Caldera, atravesamos un corredor oscuro, el patiecito del motor del diario, y penetramos a un cuarto un poco más estrecho que esos en que guardan los perros bravos en las haciendas: era la habitación de Darío. Después de las presentaciones de estilo nos sentamos, ellos en la cama del poeta y yo en una maleta vieja, remendada y con clavos de cobre. No había sillas en el cuarto, pero en cambio había un lavatorio de fierro y un paño de manos que en esas circunstancias desastrosas debían de tener un valor infinito.

En la muralla, en la parte más visible y donde los ricos ponen de ordinario sus cuadros de Meissonier o Benjamin Constant, había colgado un clavo y del clavo el único pantalón de mi nuevo amigo; miento, porque tenía otro par que llevaba puesto.

.....

Era alto de cuerpo, de color avellanado, de ojos pequeños y brillantes, nariz aplastada, barba escasa y era flaco. Cualquiera hubiera dicho un indio sentado en el *wig wam* al verlo con su aspecto indolente, su fisonomía inmutable y cobriza.

.....

Mientras se imprimían los *Abrojos*, el poeta se retiró del diario en que trabajaba y se fué a Valparaíso, a casa del señor Poirier. Durante mucho tiempo quedé sin noticias suyas; de tarde en tarde una carta venía a traérmelas, y todas eran tristes. Después dejó de escribirme y no supe más de él.

(Artículo de don Luis Orrego Luco sobre Rubén Darío, publ. en *La Libertad Electoral*, 20 y 21 de Febrero de 1889.)

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿cuánto cobraba Darío en aquel diario? La vida santiaguina era barata en esos años, y si el poeta contaba desde luego con un techo, los dispendios restantes deben haber sumado pocos pesos. Datos acerca de lo que se pagaba entonces en los diarios no faltan, pero apenas pueden aplicarse al caso presente. En efecto, las remuneraciones periodísticas no obedecen jamás a una pauta estricta, ni podrían sujetarse a ella. Cobran mucho el altamente colocado, el que necesita mu-

cho para vivir y, a veces, el que desde muchos años viene trabajando en el mismo oficio. Darío, advenedizo, poco asiduo a su trabajo (*descocado, antimetódico* se llamó a sí mismo), más poeta que periodista (¡a Dios gracias!), debe haber cobrado muy poco (3). En su artículo sobre los *Asonantes* de Tondreau, Darío dice:

Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas.

Y más adelante:

Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros.

Palabras todas demasiado expresivas para que cometamos la exageración de comentarlas.

Uno de los más importantes trabajos de Darío publicados por ese tiempo, inserto el 24 de Octubre de 1886, es la popular décima a Campoamor, que aparece a continuación de un artículo del poeta español, publicado con gran despliegue de titulares. También para explicar cómo fue escrita esta décima Darío inventó en su *Autobiografía* una extraña leyenda. Oigámosla:

Una noche apareció nuestro director en la tertulia, y nos dijo lo siguiente:

—Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor.

No parece ésta la mejor manera de hacer una selección, aun cuando en la tertulia hubiese, como seguramente había, poetas ya prestigiados y repentistas de nota. Por

(3) El mismo Darío ha dicho que hacía párrafos de crónica sobre noticias del día, y allí su informalidad y su pereza constituían la desesperación del Director y del jefe de informaciones. Es casi imposible suponer que el poeta diera cumplimiento siquiera mediano a las obligaciones que se le habían señalado, por escasas que fueran. Nunca tuvo por lo demás la disciplina del trabajo, como afirman todos los que lo conocieron, a pesar de las lamentaciones que metrificó, muchos años más tarde, en la *Epístola* a la señora de Lugones.

lo demás, doscientos pesos por una poesía de circunstancia es una remuneración sobradamente alta, y una de dos: o *La Época* pagaba poco, como parece seguro y como el mismo Darío ha dado a entender en el fragmento transcrito más atrás, o pagaba cantidades disparatadas como son esos doscientos pesos, lo que no parece posible si se atiende al mismo texto del poeta. El hecho, contado por don Samuel Ossa Borne (4), es mucho más simple. No hubo certamen, ni doscientos pesos, ni nada parecido. Se hablaba en la tertulia sobre Campoamor, tal vez a propósito del artículo recibido, y Darío, silencioso como siempre, meditaba. De pronto se levantó y trazó unas líneas en un papel. Luego leyó:

Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó a su candor de niño
la experiencia de un anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión,
que volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

Pues bien, el día 12 de Febrero de 1886 se publicó en *La Unión* de Valparaíso (donde el poeta, no olvidemos, acababa de pasar tres meses cuando escribió su décima; el diario por lo demás es el mismo del certamen al cual fué presentada *Emelina*), un artículo sobre las *Humoradas* de Campoamor. El autor, L. A., terminaba sus observaciones con estas palabras:

Por mi parte, si hubiera de calificar de un solo rasgo, de una *humorada*, las de este libro, original y característico como todos los del propio autor, diría que tiene la propiedad de la abeja: pica para dejar miel.

(4) En *Pacífico Magazine*, Mayo de 1917: *Un autógrafo de Rubén Darío para el retrato de Campoamor.*

¿Simple coincidencia? Tal vez (5). Si Darío había leído este artículo y lo tuvo presente en la subconciencia al trazar su preciosa décima, no cabe duda de que en ésta mejoró la expresión del periodista y la vistió con un ropaje seductor, propio del verso (6).

Durante los últimos meses del año 1886 Darío siguió colaborando con asiduidad en *La Época*, donde ven la luz las estrofas que luego se reunirán en el volumen de *Abrojos* (1887). Desde el 13 de Octubre hasta el fin del año se publican cinco de estos poemitas y la décima a Campoamor. En el año siguiente también aparecen trabajos poéticos y literarios de Darío en el periódico santiaguino, que si no tenía carácter político importante, era el más seguro refugio de la joven literatura. A la publicación de algunos nuevos abrojos se junta la inserción de artículos, como uno sobre *Penumbras*, volumen de poesías que acababa de publicar don Narciso Tondreau, que ese año era cronista de *La Libertad Electoral*.

En *La Época* apareció también el 11 de Febrero del 87 *Anagke* (7), que es uno de los mejores fragmentos que Darío escribió en Chile. Cosa curiosa: al pie de este poema —que está dedicado a Pedro Balmaceda Toro, por lo demás, lo que prueba que no ha podido ser escrito antes de que Darío estuviera en Santiago, que es donde seguramente conoció a Balmaceda— se lee: Valparaíso, 1887. Este dato, unido a la irregularidad de la colaboración de

(5) Es verosímil también que tanto Darío como L. A. tuviesen presentes al escribir tales expresiones, dos versos del propio Campoamor:

Aquello que es dulce al labio
es amargo al corazón,

que si no dicen lo mismo, se acercan muchísimo al concepto desenvuelto por Darío en el final de su décima.

(6) ¿Será necesario anotar el formidable error que estampó L. A. en su artículo? La abeja no deja miel cuando pica, ni necesita picar para dejar miel. Estas dos operaciones son tan diferentes que para desempeñar cada una, la abeja emplea órganos enteramente distintos. Por lo demás, cuando pica, la abeja muere.

En cambio, la forma de Darío, sin encerrar ningún error material sobre la fisiología de la abeja, es elegante y exprime un pensamiento delicado y oportuno.

(7) En *Azul*... el título adquiere una forma más castellana: *Anagke*.

Darío en *La Epoca*, por lo menos en la primera mitad del año 1887, indica que la vuelta del poeta al puerto se ha realizado más pronto de lo que era corriente conjeturar. El señor Orrego Luco, en el artículo que se ha citado más atrás, habla también de que el viaje de Darío a Valparaíso se efectuó cuando se hacía la impresión de los *Abrojos*, la cual es fama corrió de cuenta de Pedro Balmaceda Toro. Por lo demás, *El fardo*, publicado en la *Revista de Artes y Letras*, fué reproducido en *La Epoca* el 30 de Abril de ese año (1887). Y, como se sabe, este cuento—que luego iba a figurar en *Azul*...—fué escrito en Valparaíso, donde el poeta servía—según se ha dicho, desde luego por él mismo—un puestecillo aduanero al cual me referiré más adelante.

En *La Epoca* de 1887 se comenzaron a publicar también, como se ve por *El fardo*, los fragmentos de prosa y verso que el poeta recopilaría luego en *Azul*... El poema *Estival* de este libro apareció allí titulado *Idilio y Drama*, y en el poema *Autumnal* se lee: «Para el álbum de la señorita E. R.» Fuera de éstos aparecen otros trabajos que no han sido recogidos en ningún libro del poeta, como verá el lector en la parte correspondiente.

Pero la importancia del año 1887 en la vida literaria de Darío no se reduce a su colaboración en el diario santiaguino. Ese es el año en que el poeta es premiado, junto con don Pedro Nolasco Préndez, en el Certamen Valera. Es curiosísimo notar que Darío olvida toda mención a esta justa literaria en su *Autobiografía* y en general en sus escritos de remembranzas chilenas. Sólo en *A. de Gilbert* hay una mención. En efecto, al final de este volumen el poeta publica como apéndice varias cartas de Pedro Balmaceda a él. En una, el malogrado Balmaceda le dice:

Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela (8) ha abierto un nuevo certamen para el mes de Setiembre.

(8) Don Federico Varela, Senador de Valparaíso e industrial acaudalado. Armando Donoso en *Obras de Juventud* dice que Darío después de abandonar la colaboración de *El Heraldo* de Valparaíso había acudido al Certamen Varela, «pro-

1.º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Bécquer.

2.º Un canto épico a las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio—un premio en dinero,—que es la gran poesía de los pobres.

Y Darío comenta:

Accediendo yo a sus deseos, concurrí al Certamen Varela, en los dos temas que Pedro me indicó. Tuve la fortuna de que en el *Canto épico* me llevase el primer premio, en compañía de mi amigo el poeta Préndez. En el otro tema no anduve tan dichoso. Mis *Otonales* fueron alabadas... pero no premiadas.

Respecto del *Canto épico*, el jurado del Certamen, compuesto por don J. V. Lastarria, don Diego Barros Arana y don Manuel Blanco Cuartín, dijo lo siguiente en su *Informe*:

El canto *A las Glorias de Chile* por Ursus, si no es propiamente un canto épico libre de defectos, tiene el mérito de ofrecer pensamientos hermosísimos y una versificación generalmente buena y muy sonora. Hay en este poeta inspiración y buen gusto: sobre todo fantasía delicada y viva, y numen generoso y potente.

El rotundo poema de Darío fué comentado por el público letrado de Chile. Desde luego, *La Epoca* lo publicó íntegramente en su edición del Domingo 9 de Octubre de 1887, con anuncio previo que da a entender la importancia que se le había concedido. Jorge Huneeus Gana le dedicó en la misma edición un artículo laudatorio. En gran parte el entusiasta trabajo del señor Huneeus es una recriminación al Jurado por haber repartido entre dos el premio que, en opinión del comentar, debió corresponder sólo a Darío (9).

picia esperanza pecunaria». Esto no es posible. El Certamen se efectuó en 1887 y la colaboración en el diario porteño se produjo en los primeros meses de 1888, como se verá más adelante.

(9) De muy distinta opinión eran don Eduardo von Warner y don Efraín Vázquez Guarda que en sendos artículos repararon el poema de Darío y hasta encontraron exagerada la recompensa. Por su parte, el escritor español V. Barrantes, más exigente, criticó por igual los trabajos de Préndez y de Darío. Véase la *Bio-Bibliografía*.

Según don Leonardo Eliz, *Musas chilenas*, p. 256, Eduardo von Warner no es nombre propio sino uno de los seudónimos del señor Vázquez Guarda.

El episodio más curioso a que dió origen el Certamen Varela se relaciona con las *Rimas*. Disponían las bases del Certamen que se escribieran rimas como las de Bécquer, que en ese tiempo gozaba de una fama casi universal. La colección de *Rimas* de Rubén Darío se apartaba no poco de la manera becqueriana que se dió como modelo. Darío, como americano, hace gala en ellas de un estilo considerablemente más corpóreo y hasta más mórbido que el de Bécquer. Por esta razón, o por cualquier otra, la colección de quince *Rimas* de Darío no fué premiada sino con un áccesit. En los primeros días de 1888 apareció en Valparaíso un pequeño volumen, que no consta sino de cuarenta y dos páginas, titulado *Las rosas andinas. Rimas y contrarimas*. En este folleto se reproducen las breves composiciones de Darío y se agregan a continuación de cada una de ellas las contrarimas de Rubén Rubí. ¿Quién es este Rubén Rubí? Nada menos que el poeta Eduardo de la Barra, que en esta forma quería vengar quién sabe qué agravios de que no hay suficiente noticia (10).

Cerca de mil fueron las composiciones enviadas al Certamen Varela de 1887, por competidores de todo género. La recompensa atribuída a Rubén Darío, aunque compartida con Préndez, dió a conocer eficazmente al autor de los *Abrojos*. Desde entonces el poeta goza de cierta popularidad. Está ya bien preparado el terreno para que en él caiga la semilla del *Azul*...

(10) El propio de la Barra cuenta algo de lo que ocurrió entonces, como podrá verse en la *Bio-Bibliografía*.

CAPITULO TERCERO

*Nuevo viaje a Valparaíso.—La Aduana y El Heraldo.—
Leyendas y fantasías.—Ultimos días.—Viaje de retorno.*

Parece que Darío pasó a Valparaíso más o menos en Enero o Febrero de 1887, de modo que su primera permanencia en Santiago habría durado unos seis meses, si se tiene presente que no hay rastro alguno de que llegara a la capital antes de Agosto del año anterior. Pues bien, Darío recordó su viaje en la *Autobiografía*, donde dijo:

Por Pedro Balmaceda Toro pasé a Valparaíso, en donde—¡anomalia!—iba a ocupar un puesto en la Aduana.

Y a continuación narra, en forma bastante infiel por cierto, la conocida anécdota de su colaboración en *El Heraldo* porteño, que es falsa casi en su totalidad:

Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para ésto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet. Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: «Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que

le ruego no pertenecer más a nuestra redacción.» Y por escribir bien me quedé sin puesto.

En estas palabras hay una serie de puntos que es preciso poner en claro.

En primer lugar, esta mención del puesto aduanero, que se ofrece también en otras partes, y que ha sido repetida por cuantos han escrito sobre Darío, no ha podido ser corroborada por mis investigaciones. En vano he revisado las colecciones de decretos de Hacienda de los años 1887 y 1888 y hojeado una por una las notas de la Superintendencia de Aduanas (unos y otras guardados en el Archivo Nacional) (1). No hay mención alguna de este Rubén Darío, ni tampoco de Félix Rubén García Sarmiento, su nombre familiar nunca usado por el poeta.

No dudo de que Darío fuese entonces a Valparaíso a desempeñar un cargo en la Aduana. El señor Ossa Borne me lo ha afirmado categóricamente como uno de sus más claros recuerdos de Darío (2). Pero es preciso confesar que es extraño cargo el que se desempeña en una repartición pública sin que quede testimonio escrito alguno en la documentación del servicio. Es necesario advertir, por ejemplo, que en las notas de la Superintendencia de Aduanas aparecen muchas que dan cuenta al Ministerio de Hacienda de los empleados que han sido contratados, fuera de planta, para atender trabajos ocasionales y extraordinarios y cuyos sueldos se pagaban entonces con cargo a los ítem de gastos variables. Pero allí tampoco figura Rubén Darío. . .

En segundo lugar, la nueva permanencia del poeta en Valparaíso debe haber durado poco tiempo. Ya en Setiembre de 1887 la colaboración de Darío en *La Época* de Santiago, que había sido escasa en los primeros meses del

(1) Debo gratitud especial al funcionario de ese Archivo don Luis Ignacio Silva, que me acompañó en la pesquisa.

(2) En carta al autor el señor Ossa Borne precisa más: «... en cuanto al empleo en la Aduana, lo obtuvo Pedrito [Balmaceda Toro] gracias a su pariente don Jil Alberto Fernández, que tenía empleo no menudo e influencias en la Administración de la Aduana».

año (hipótesis en favor de la permanencia del poeta en Valparaíso), se hace frecuente. (Ver la *Bibliografía*.) Esto dura hasta el final del año. A comienzos de 1888 el nombre de Darío pasa a la *La Libertad Electoral*, simultáneamente con su efímera colaboración en *El Heraldo* de Valparaíso, iniciada el 11 de Febrero de ese año y prolongada hasta el mes de Junio. No parece difícil que Rubén Darío pudiese hacer todos estos cambios de sitio para la publicación de sus trabajos, es decir, que estuviera en Valparaíso cuando comenzó a escribir en *El Heraldo* y en Santiago cuando obtuvo un espacio en las columnas de *La Libertad Electoral*. Mi hipótesis es que el poeta viajó entre las dos ciudades más de una vez, en busca de mejores condiciones para su vida y su trabajo.

En tercer lugar, lo que Darío dice sobre su colaboración en *El Heraldo* es casi todo falso. Desde luego, firma ocho crónicas (no cuatro) en el diario porteño, bajo el título común de *La Semana*. Todas ellas son comentarios livianos de los hechos del día. No es la primera la que versó sobre los deportes, como Rubén Darío quiere hacernos creer. La dedicada a ese tema ocupa el séptimo lugar en la serie y se lee en la edición del 7 de Abril de 1888 (3). Es de justicia reconocer que nos hallamos ante algunas de las más bellas páginas que produjo en Chile la pluma de Darío. Su nombre, además, no desaparece con esta crónica de las páginas de *El Heraldo*: después de un octavo artículo *La Semana*, último de la serie, el 1.º de Junio se lee *La Canción del oro* (que forma parte de *Azul*...) y el 16 del mismo mes, en fin, un soneto a Lastarria, que había muerto dos días antes.

Por ese entonces (fines de Julio del 88) salió a luz la primera edición de *Azul*..., impresa en Valparaíso, prologada por Eduardo de la Barra, que allí residía, y cos-

(3) Si se relacionan las fechas de la colaboración de Darío en *El Heraldo* se advierte que pasó en Valparaíso la temporada veraniega de 1888. La suspensión de sus publicaciones en ese diario, ¿no se debería a que con el fin de aquella temporada disminuyó la circulación de *El Heraldo*? Es más lógico esto que atribuir la suspensión a que el colaborador escribía demasiado bien...

teada por los amigos que el poeta había sabido hacerse en el puerto. La importancia de la vida porteña de Darío es, como se ve, considerable.

El poeta en su *Autobiografía* aproxima demasiadamente dos hechos hartó distantes en el tiempo, como su colaboración en *El Heraldo* y su partida de Chile. La primera hemos visto que se extendió entre Febrero y Junio de 1888. La segunda iba a demorar hasta Febrero del año siguiente. Durante el año 1888 existe la colaboración, más o menos abundante, de *La Libertad Electoral* de Santiago, ya aludida. El primer artículo de Darío en este diario aparece el 28 de Enero, y el último, el 19 de Octubre de 1888.

Parece verosímil suponer que el poeta en estos meses residiera alternativamente breves temporadas en Valparaíso y en Santiago, a no ser que sin abandonar el puerto, pudiera haber colaborado en *La Libertad Electoral*, gracias a los buenos oficios de su amigo don Narciso Tondreau, que era cronista de este diario. Todo esto queda en el terreno de las conjeturas y no puede zanjarse en definitiva por la falta de documentos satisfactorios. Por el tiempo transcurrido, los que fueron amigos del poeta han olvidado muchos detalles que habría sido útil tener presentes.

En todo caso, Darío estaba en Valparaíso el 3 de Febrero de 1889, fecha en la cual pasó por el puerto el *Almirante Barroso*, a cuyo bordo viajaba el príncipe don Pedro del Brasil. Sobre este tema versa la última producción que Darío escribiera en Chile y que publicó *La Época* de Santiago el 1.º de Marzo de 1889. Este artículo también inicia la larga colaboración de Darío en *La Nación* de Buenos Aires, conseguida para él por don José Victorino Lastarria, que escribió a Mitre en ese sentido.

Rubén Darío salió de Chile el 9 de Febrero de 1889 y se embarcó en el vapor *Cachapoal*, que partía con rumbo al Norte. Nunca más volvería a pisar tierra chilena.

CAPITULO CUARTO

La salida de Chile.—Estado de ánimo del poeta.—Testimonios.

Mucho se ha dicho que Rubén Darío partió de Chile amargado y triste, llena el alma de decepción. Han dado alas a la leyenda algunos de los propios amigos que entonces tuvo el poeta entre nosotros. En efecto, al referirse a las querellas literarias, a las naturales envidias de las gentes de pluma, han exagerado a mi juicio la importancia de los problemáticos motivos de resentimiento del poeta para con Chile. Por su parte, Torres Rioseco, en su esmerada obra sobre Darío, acoge sin beneficio de inventario estas hablillas, y escribe:

Se ha criticado a Darío en días posteriores su indiferencia por las cosas de Chile, pero mal podía un hombre recibido de modo tan despectivo y que sufrió tantos desdenes en su corta estada en nuestro país, recordarlo después con cariño (p. 12).

Como el joven poeta nicaragüense no podía sentir un gran cariño por un país que le había recompensado tan malamente su talento... (p. 23).

Mas todo esto no es tan exacto como debiera, y conviene recoger un testimonio del propio Darío para contradecirlo en parte:

No quiero dejar las playas de Chile noble—escribe el poeta—, que me dió albergue generoso durante tres de los mejores años de mi vida, que me alentó en mis trabajos literarios, que me discernió premios y honores; no quiero partir, digo, sin dejar estampada, junto con mi farewell a Chile y a mis amigos, que son tantos y tan queridos, la palabra de justicia, de cariño y admiración a Eduardo Poirier, al amigo entre todos ellos, al amigo que me recibió como un hermano al pisar estas playas que, como un hermano, también gozó con mis goces, sufrió con mis dolores, me alentó en mis triunfos y me consoló en mis horas amargas; al amigo que hoy también, hoy que parto, pesaroso y triste, de este gran país, me ha de conducir a bordo y ha de ser el último que me estreche entre sus brazos fraternales y cariñosos.

He aquí, pues, mi ofrenda de despedida, mi adiós al amigo, al hermano, en quien con justicia personifico a todos los que aquí, en esta buena tierra de Chile, han tenido para el poeta y para el bohemio, aliento en la lucha, champagne y aplausos en la victoria.

Sigue luego un caluroso elogio del señor Poirier, a quien Darío—lo prueba este artículo—no sólo quería sino también admiraba. En una de las páginas siguientes dice:

En Santiago forma parte de distinguidos círculos literarios y sociales; mantiene relaciones de literato y amigo con todos los jóvenes que escriben, con todos esos buenos amigos y compañeros cuya vida he vivido yo mismo, y cuyos gustos y aficiones he compartido; con todos esos hermanos de la bohemia literaria, soberbia y brillante, a quienes hoy digo «hasta luego», porque no me resigno a decirles «¡adiós!».

Hay también elocuentes expresiones de afecto a Chile en ese raro libro *A. de Gilbert*, que Darío consagró al recuerdo querido de su amigo Pedro Balmaceda Toro, libro sincero y redactado pocos meses después de haber dejado el autor la tierra chilena, y en el largo artículo que el poeta dedicara a prólogo de los *Asonantes* de Narciso Tondreau y que apareció en la *Revista de Artes y Letras*. No parece necesario transcribir nada de uno y de otro; en ambos abundan los elogios a Chile y a sus hombres, y aunque no faltan algunas reservas y frases intencionadas, ninguna de ella revela amargura ni desdén.

No tuvo sólo Darío buenos amigos en la clase alta que entonces contaba con muchos escritores y artistas: también los tuvo en los medios populares. Cuando iba a salir de Valparaíso con rumbo a Centro América, la Liga de Obreros del puerto le despidió con una manifestación. No debe ser aventurado suponer que en ella lo introduciría el famoso médico homeópata don Francisco Galleguillos Lorca, que fué amigo y compañero adicto del poeta en la estancia de éste en Valparaíso. El propio Rubén Darío recordó esa despedida en un artículo titulado *La obra del populacho* y que vió la luz en la prensa centroamericana. En él Darío comenta, entre sinceras lamentaciones, los sucesos inmediatamente siguientes a la revolución de 1891, hace un elogio de Valparaíso y luego dice:

El que estas líneas escribe no puede menos que guardar en su alma, con vanidosa gratitud, el recuerdo de los buenos y entusiastas trabajadores porteños. Una noche, la Liga de Obreros de Valparaíso despedía al humilde poeta, al amigo periodista que les había aplaudido y alabado en el diario.

.....

En la fiesta de despedida a que he aludido, yo tuve la satisfacción y agradecimiento patriótico de ver en los trofeos de las paredes, junto a galante e inmerecida alusión, enlazada con la victoriosa bandera de Arturo Prat, nuestra azul y blanca bandera centroamericana.

El resto del artículo respira cariño por Chile y sus hombres, y Darío lamenta que aquella revolución destruyera hogares, colecciones de arte y monumentos públicos que le eran todos caros. En parte alguna asoma el resentimiento que según algunos escritores habría acompañado al poeta en su viaje de retorno a Centro América (1).

(1) Darío anunciaba para próxima publicación en *Azul...*, entre otros, un libro titulado *Dos años en Chile*. Me parece que lo han reemplazado, porque no se publicó jamás, el artículo sobre los *Asonantes* de Tondreau, que debe haber sido escrito en el viaje de vuelta a Centro América o bien en los primeros días de su estancia en ese continente, y *A. de Gilbert*, que aparece fechado en Sonsonate (República del Salvador).

Más adelante también escribió algunas páginas sobre Chile, y nunca se le vió empañar el recuerdo con ningún sentimiento mezquino. Creo que basta todo esto para concluir que no parece tener sólida base la leyenda a que me he referido.

CAPITULO QUINTO

Los libros escritos en Chile.—Notable diferencia entre los primeros y «Azul»...—La explicación de Mapes.—El modernismo nació en Chile hacia 1888.—Examen de temas literarios.

a) ABROJOS (1887)

El primer volumen que Rubén Darío dió a luz en Chile contiene sus *Abrojos*, especie de confesión íntima de un alma prematuramente desengañada por las falsedades de la vida. «Libro de Job de la adolescencia» llamó a este folleto Pedro Balmaceda Toro, y en verdad es una denominación afortunada. Darío, poderosamente sugestionado por la poesía de Campoamor que entonces se respiraba en el aire, ensaya en sus *Abrojos* una modulación criolla de la misma canción. En la primera página anota:

Sí, yo he escrito estos *Abrojos*
tras largas penas y agravios;
ya con la risa en los labios,
ya con el llanto en los ojos.

Aun cuando toda esta estrofa parezca no más que una serie de lugares comunes, acierta a definir entre qué polos corre o se desliza la poesía adolescente de Darío: la risa y

el llanto. Pero en *Abrojos* hay un visible predominio del segundo, que da entonación amarga a muchas de las composiciones que allí se reúnen. Es muy conocida una de las más dilacerantes de estas breves impresiones líricas, el XVII abrojo, que comienza:

Quando la vió pasar el pobre mozo...

en el cual se levanta una punta del velo que cubre la existencia del poeta. Por la leve rendija se atisba un panorama de durezas y se ve mezclada la bohemia más cochambrosa a la vida de quien más tarde iba a condenar toda bohemia en frases encendidas y vibrantes.

Abrojos contiene cincuenta y ocho breves composiciones y un prólogo en verso por el cual se dedica el libro a Manuel Rodríguez Mendoza:

Tu noble y leal corazón,
tu cariño, me alentaba
cuando entre los dos mediaba
la mesa de redacción.

Yo haciendo versos, Manuel,
descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico
o en un trozo de papel.

Tú aplaudiendo o censurando,
censurando o aplaudiendo,
como crítico tremendo
o como crítico blando.

Versos en los cuales habremos de perdonar el prosaísmo frecuente, la indiscreta intervención del ripio, en atención a todo lo que sus expresiones nos dejan entrever de la vida del poeta en *La Epoca* de Santiago, cuando iniciaba su carrera chilena. Allí conoció, en efecto, la intimidad de Rodríguez Mendoza, que fué uno de sus más seguros mentores literarios, y allí también se puso en contacto con muchos jóvenes escritores chilenos. Mas la intención

oculta de los *Abrojos* podría sintetizarse en algo así como el *castigat ridendo mores* de Juvenal, cuando se lee en el mismo *Prólogo* citado:

Juntos hemos visto el mal
y en el mundano bullicio,
cómo para cada vicio
se eleva un arco triunfal.

Después de esto no nos sorprenderá ver el sarcasmo afluir a la pluma de Darío (abrojos VI, VIII, XVI, XIX, XXII, XXIII, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XL, XLI, XLVII, LI, LV, etc.), con predilección a casi todo otro sentimiento; no faltan en *Abrojos*, sin embargo, impresiones puras y tiernas querellas líricas (I, IV, X, XI, XV, XVIII, XXX, XXXIII, XXXV, etc.). Tampoco escasean algunos epigramas o expresiones sentenciosas (XXXVIII) que suenan a una resobada filosofía casera, ni rimas a lo Bécquer (XLII, L, etc.), que anuncian las imitaciones que poco más tarde hará el mismo Darío del poeta andaluz, para figurar en el Certamen Varela.

b) EMELINA (1887)

He explicado ya (capítulo II) en qué forma nació *Emelina*, su figuración en el Certamen de *La Unión* de Valparaíso y la suerte que allí le tocó. Entrando más a fondo en los problemas literarios de esta obrilla, conviene estudiar qué participación ha cabido en ella a Darío, ya que la mayor parte de sus páginas no revelan que la sensibilidad del poeta nicaragüense interviniese en su redacción. Ante todo, Darío hace de crítico de *Emelina* en una carta dirigida a Eduardo Poirier y publicada como prólogo de la novela. Allí dice:

En cuanto a la gran debilidad de esta obra, es aquella misma que Goncourt señala refiriéndose a su bellissimo e incomparable primigenio *En 18...* Nosotros no hemos tenido la visión directa

de lo humano, sino recuerdos y reminiscencias de cosas vistas en los libros.

Es una obra falsa, adocenada, en que nada retiene la atención. Se entiende que haya sido escrita en diez días. Pero ¿de dónde salen el extraordinario ambiente de esa intriga, el lenguaje de los protagonistas, la truculencia de las situaciones? Darío nos va a dar la clave del enigma:

Sí, amigo mío, los personajes de *Emelina* hablan a las veces, sin notarlo nosotros, el mismo lenguaje de las novelas que Ud. tan plausiblemente ha traducido para *El Mercurio*, y el de las que yo he leído, desde que a escondidas y en el colegio, me embebía con Stendhal y Jorge Sand (1).

Aquí Darío habla con demasiada perspectiva para que no sufra su posición de co-autor de esta novelita. Parece que su participación en este libro fué muy pequeña. Si es posible hacer un análisis de estilo para distinguir en una obra literaria escrita en colaboración, la cuota de cada uno de sus autores, se puede afirmar que en la primera parte de esta novela no se halla indicio alguno de la pluma de Darío (2). El estilo de esas páginas es un poco rotundo y solemne; las frases se agrupan en períodos y párrafos extensos. El autor ha tomado muy en serio su asunto y no se permite ninguna libertad con él o con los personajes. Otro tanto puede decirse de los ocho primeros capítulos de la segunda parte. Pero de pronto en el capítulo IX de ésta, que se titula *Tito Mattei* y que es una descripción espiritual y fantástica de París (como trazada por quien lo soñaba y no lo había visto aún), la mano de Rubén Darío aligera el curso de la narración. El centroamericano escribe un estilo rápido, nervioso, lleno de exabruptos y esmaltado con palabras exóticas. En la tercera parte, si se atiende a las mismas indicaciones, corresponderían a

(1) La alusión de Rubén Darío es, como se ve, algo antojadiza. El lenguaje de los protagonistas novelescos de Stendhal no puede ser rebajado al nivel del que hablan los personajes de *Emelina*...

(2) Fué de la misma opinión el señor Contreras en su *Estudio preliminar* a la edición de París (1927) de *Emelina*.

Darío los capítulos I, II, V, VIII y XI, por lo menos. En los demás, la colaboración de ambos autores parece compaginarse estrechamente, y al leerlos se llega a creer que fueron escritos en compañía (3).

He aquí en brevísima síntesis la trama de *Emelina*. En un incendio ocurrido en Valparaíso los bomberos salvan a Emelina y a su institutriz. Aquélla concibe cierto interés por uno de sus salvadores, que ha quedado mal herido, el cual después le confiesa su amor. Emelina le dice que no puede corresponderle porque hay una sombra en su vida. Instada a explicarse cuenta una truculenta historia de juego que por lo difusa y lo disparatada bien puede omitirse. Otro bombero que en el mismo incendio ha salvado a la institutriz de Emelina, hace un viaje a Europa. Allí mata en un duelo al marido de Emelina, un noble arruinado y entregado a la crápula y que había puesto, con su peligrosa conducta, a Emelina en la obligación de expatriarse. De este modo Emelina, libre, puede contraer matrimonio con su salvador. Naturalmente el otro bombero se casa con la institutriz. La novela termina.

No es posible insistir demasiado en este trivial pecado de juventud. Darío probó varias veces en su vida que si había nacido gran poeta y pasable periodista, no había recibido de la suerte dón alguno de los que hacen al novelista, *Emelina* es la primera demostración de esta limitación del autor, que éste trató de vencer más de una vez, con resultados parecidos al que obtuvo en 1887 (4).

(3) El señor Poirier, que ha muerto en los primeros meses de 1931, podía haber decidido de una vez por todas esta cuestión. No lo hizo sin embargo.

(4) Para el señor Contreras (*Estudio preliminar*, citado en nota anterior), *Emelina* tiene cierto valor literario y documental; de este último carácter serían algunas descripciones de costumbres chilenas. Respecto de la participación de Darío en *Emelina*, el señor Contreras da algunos detalles que es interesante retener: «Pero Darío también—dice—debió colaborar en esto, como lo prueban el apellido del protagonista, Gavidía, apellido desconocido en Chile y que era el del mejor amigo centroamericano del poeta: Francisco Gavidía; la figura de Guzmán Blanco que Poirier no había de conocer con los detalles con que aparece; la intromisión, en fin, de un secretario de la Legación de Nicaragua en Bélgica.» (Pág. XXII.)

c) RIMAS (1887)

Las *Rimas*, imitadas de Bécquer, que Darío presentó al Certamen Varela de 1887 y que fueron recomendadas pero no premiadas, son un buen espécimen de la poesía subjetiva que comenzaba por entonces a cultivar el poeta nicaragüense. Algunos de sus ritmos se anuncian ya en *Abrojos*, donde el estilo varía mucho de fragmento en fragmento, con desmedro de la adecuada traducción literaria. Las *Rimas* tienen sin duda muy poca originalidad, ya que la forma breve y la intención subjetiva se deben casi en su totalidad al gran andaluz. Pero hay también diferencias de sensibilidad que no podían menos de producirse. No se olvide que Darío había nacido en «tierras del sol amadas», donde la fauna y la flora tienen una esplendidez suma. La adaptación a ciertos tonos lúgubres que son frecuentes en la poesía becqueriana está lograda felizmente en la rima V, que comienza:

Una noche
tuve un sueño...

breve romance que recuerda con cierta fidelidad aquella rima de Bécquer que dice:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!... (1).

Pero la estructura del romance tradicional, en cuanto métrica y estilo, está muy bien hallada por Darío en la rima VII, que dice:

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera...

(1) Obras de Gustavo A. Bécquer. Tomo III, p. 203, rima LXXIII.

y en la cual se narra, con extraordinaria concisión de rasgos, una luctuosa historia de romántico sabor. La «niña triste» que cantaba cuando el poeta la vió en esos «días de primavera», ya no está cuando el poeta vuelve, en el tiempo en que «el gris otoño empieza»:

Yo sentí frío en el alma
cuando ví sus manos trémulas (2),
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.

A un par de hermosos versos que en la primera visita—primaveral—del poeta caracterizaban la estación:

Fuera volaban gorriones
sobre las rosas abiertas,

corresponden, al fin, en un estrecho paralelismo de imágenes, estos otros, menos logrados pero no menos sugerentes:

Fuera las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

Este romance puede confirmar la verdad de las copiosas lecturas de clásicos españoles hechas por Rubén Darío. Hay caracteres de la mejor poesía popular española que han pasado al lenguaje del poeta americano y que en él viven cómodamente. Los rasgos descriptivos, sobre todo los que pintan la naturaleza, han sido aprendidos en Góngora, maestro a quien más tarde iba a rendir Darío el testimonio de una absoluta pleitesía.

Más adelante el breve ramillete de *Rimas* se desnaturaliza. En lugar de seguir reproduciendo las delicadas imágenes que parecen distintivo de las composiciones becquerianas, totalmente subjetivas, ofrecen líneas menos sutiles y menos puras. Tal ocurre, por ejemplo, con la rima

(2) Se refiere a la abuela de la doncella muerta.

XI, donde el poeta, entregado a una labor más autobiográfica que subjetiva, dice:

O callo como un mudo
o charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicterios.
¿Que me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zahiero.

Donde el tercer verso (*salpicando el discurso*) se distingue por lo vulgar. Más adelante el mismo trozo abunda en expresiones no más diestras, de las cuales no es capaz de redimirlo el final:

¿Quieres saber acaso
la causa del misterio?
Una estatua de carne (3)
me envenenó la vida con sus besos.
Y tenía tus labios, lindos, rojos,
y tenía tus ojos, grandes, bellos...

La Rima XIV es, en cambio, una bella descripción de dos estados subjetivos opuestos. El poeta alternativamente se sabe amado y engañado; a influjo de estas impresiones todo cambia para él en la naturaleza.

El ave azul del sueño
sobre mi frente pasa;
tengo en mi corazón la primavera
y en mi cerebro el alba.
Amo la luz, el pico de la tórtola,
la rosa y la campánula,
el labio de la virgen
y el cuello de la garza.
¡Oh Dios mío, Dios mío!...
Sé que me ama.

(3) Verso extraordinariamente parecido al de la rima XXXIX de Bécquer:

Que es una estatua inanimada... Pero

Cae sobre mi espíritu
 la noche negra y trágica;
 busco el seno profundo de las sombras
 para verter mis lágrimas
 Sé que en el cráneo puede haber tormentas,
 abismos en el alma
 y arrugas misteriosas
 sobre las frentes pálidas.
 ¡Oh Dios mío, Dios mío!..
 Sé que me engaña

Este breve poema parece ser, con el VII, ya señalado, el mejor del conjunto, en el cual hay gracia, armonía, felices dotes de poeta, pero escasa originalidad. En efecto, la rima que acaba de repasar el lector es una ampliación de otra rima de Bécquer, brevísima, que con justicia se cita como una de las mejores de su obra poética.

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
 hoy llega al fondo de mi alma el sol;
 hoy la he visto... , la he visto y me ha mirado...
 ¡Hoy creo en Dios! (4).

Es interesante, finalmente, hacer notar que las *Rimas* de Bécquer tuvieron en Chile gran boga, acreditada por las ediciones que de ellas se hicieron (5).

(4) Obras de Bécquer. Cuarta edición aumentada... Tomo tercero, p. 157. Madrid, 1885.

(5) De las publicadas antes de 1887 he conocido dos, ambas impresas en Valparaíso, sobre papel ordinario, cuya descripción bibliográfica es como sigue:

Rimas | de | Gustavo A. Bécquer. | Valparaíso | Imprenta i Librería Americana | de Federico T. Lathrop | 1883.

XII más 72 páginas. 8½×14 cm.

Las XII primeras páginas contienen un *Prólogo* «compendiado del que para las «Obras de Gustavo A. Bécquer», publicadas en Madrid en 1871, escribió don Ramón Rodríguez Correa» y la famosa *Introducción* de Bécquer que define su poesía y la caracteriza con tanta penetración crítica como belleza de imágenes.

La descripción de la segunda edición citada es la siguiente:

Biblioteca del Nuevo Mercurio. | Rimas | de | Gustavo A. Bécquer. | Monograma de R. S. Tornero. | Valparaíso | Imprenta del Nuevo Mercurio | de R. S. Tornero. Las Heras, 29-C. | 1886.

78 páginas. 8½×14 cm.

Los detalles interiores corresponden casi exactamente a la edición anteriormente colacionada.

Darío llegó a Chile el mismo año de la publicación de la edición de 1886—fraudulenta seguramente—de las *Rimas*, y cuando el influjo de la poesía becqueriana—o subjetiva, como también se la llamó—, en lugar de decrecer, aumentaba. Por lo demás, al fijar las bases del Certamen Varela que se escribieran *Rimas* como las de Bécquer, sus promotores pensaban tal vez que de la suelta forma becqueriana iba a salir una renovación de la lírica que en América, como en España, languidecía entonces enclaustrada en un penoso objetivismo realista y en una forma declamatoria heredada de Quintana y robustecida por el ejemplo de Olmedo. No se equivocaban por entero ya que, ayudado por el movimiento literario francés de la misma época, que sólo en Chile vino a conocer y aprovechar para su obra, Darío iba a colocar bajo la advocación de Bécquer uno de sus primeros esfuerzos líricos considerables.

d) AZUL... (1888)

La publicación de *Abrojos* dió a conocer a Darío como un poeta amargo, decepcionado, y sus críticos no dejaron de reprochárselo con cariñosa intención. El *Canto Epico* originó polémicas y dió al poeta alguna nombradía pública a la vez que dinero. Pero *Azul...* fué la consagración, y ya no necesitaba más Darío para que se le aplaudiera como uno de los más prometedores portaliras de su generación. Tal fué el sentido de la opinión de la crítica al publicarse *Azul...* y sobre todo una vez conocidas las *Cartas americanas* que Valera dedicó a ese libro. Los más exigentes se declararon conformes, y Darío vió que le era fácil el porvenir.

En 1887 comenzó a publicar Rubén Darío el material de su futuro *Azul...*, tanto en *La Época* como en la *Revista de Artes y Letras*. Como se sabe, este libro se compone de tres partes. Una en prosa comprende unas cuantas

fantasías que el autor no vacilaba en llamar cuentos (1): *El rey burgués, La ninfa, El fardo, El velo de la reina Mab, La canción del oro, El rubí, El palacio del sol, El pájaro azul, Palomas blancas y garzas morenas*. Una segunda parte de prosa titulada *En Chile* está formada por una serie de cuadros descriptivos en que el poeta da a conocer impresiones de la vida chilena y simboliza en rasgos ora novelescos ora poéticos una existencia ideal en un país que a veces se parece mucho a Chile y otras puede ser Rusia o Japón. Esta parte, sin embargo, por la calidad de la prosa, por las revelaciones de la sensibilidad, es tal vez la mejor del libro. Después sigue *El año lírico*, cuatro poemas dedicados a cada una de las estaciones, donde apenas podrían encontrarse anúncios de la entonación lírica que más tarde abrazaría el poeta y la única con que todos le recuerdan (2). Al final se agrupan tres pequeños poemas, *Pensamientos de Otoño*, de Armand Silvestre, y *Anatkh*, de muy desigual calidad y sólo tímidos atisbos del poeta de *Prosas profanas* (3).

(1) «A más de eso—dice A. González Blanco (Rubén Darío, *Obras escogidas. Estudio preliminar*)—, los trabajos contenidos en *Azul* más bien pueden catalogarse como impresiones de psicólogo errante que como cuentos con factura de *novelles*.» Pág. CCCI.

Para Mapes, sin embargo, la filiación de estos trabajos de Darío es otra: «*Azul*—dice—marque una innovation importante: l'introduction dans la littérature espagnole d'un genre représenté surtout en France à cette époque par Catulle Mendès, Armand Silvestre et Mezeroy, c'est-à-dire, le conte parisien.» (*L'influence*, etc., p. 39.)

(2) En efecto, hay mucho más de la manera modernista de Darío (*Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*) en la prosa que en los versos de *Azul*. La demostración de esto la hallará el lector en páginas siguientes.

(3) Mapes (*L'influence*, etc.), considera el contenido de *Azul* no en la forma primitiva de la edición de 1888 sino en alguna de las posteriores, adicionadas por Rubén Darío con trabajos de data más reciente. En aquélla no aparecen los sonetos *Caupolicán, De invierno, Leconte de Lisle, Catulle Mendès, J. J. Palma*, que Darío escribió más tarde.

Contreras por su parte (*Estudio preliminar a Emelina*, ed. de París, 1927) dice lo siguiente sobre los libros primeros de Darío, y especialmente sobre los publicados en Chile: «Es menester, pues, volver a publicar esos libros, algunos de los cuales están agotados, tal como aparecieron en la primera edición, a fin de poder trazar la verdadera línea evolutiva de Rubén Darío, sin caer en el error de atribuirle antes de tiempo trabajos que él incluyó en ediciones posteriores, como les ha ocurrido a casi todos sus críticos.» (P. XX.)

Y es que en verdad, sobre Darío, a pesar de lo mucho que se ha hecho, queda todavía mucho que decir. Desde luego una cronología de sus poesías vendría a arro-

La primera edición de *Azul*... fué dada a luz en Valparaíso, gracias a la buena voluntad y a la generosidad de los amigos del poeta, que corrieron con los gastos (4). Como prólogo se publicó un extenso trabajo crítico de don Eduardo de la Barra, a quien cupo el alto honor de apadrinar la primera edición del primer libro que haya de inscribirse, cronológicamente, en la renovación de la literatura poética americana. El año 1888, en efecto, ha sido escogido muchas veces como la fecha crucial de esta evolución, revolución mejor, que dió nuevo destino a las formas rítmicas del idioma castellano.

Azul... , como débil anuncio de la importancia de su misión futura, fué recibido con algún escándalo. El prólogo de Eduardo de la Barra, publicado en *La Tribuna* de Santiago los días 20 y 21 de Agosto de 1888, fué rebatido por *Puck* (Manuel Rodríguez Mendoza) el día 24 del mismo mes. De la Barra, explosivo y contundente siempre, adoptó uno de sus tantos seudónimos, y convertido en *El dragón azul* enderezó a Manuel Rodríguez Mendoza una solemne andanada entre crítica y satírica, distribuída en tres artículos que vieron la luz los días 12, 21 y 22 de Setiembre. En sus artículos, justo es decirlo, ambos escritores se concretaron poquísimos al tema en debate, que debió ser *Azul*... , y la calidad de la poesía en él contenida, y en cambio no encasaron las alusiones personales y los simples dicitos.

La fortuna de *Azul*... comenzó cuando don Juan Valera (en Octubre de 1888) le consagró nada menos que dos extensos artículos, después recogidos en un tomo de sus *Cartas americanas*. Aquí el autor de *Pepita Jiménez* estudiaba muy seriamente la poesía de Darío, y al hacer un diagnóstico de ella no sabía cuánta responsabilidad le iba

jar mucha luz sobre la fecha inicial de las innovaciones métricas, en que nada fijo se sabe todavía.

(4) Darío dice en *Historia de mis libros* (p. 172): «*Azul* se imprimió en 1888 en Valparaíso bajo los auspicios del poeta de la Barra y de Eduardo Poirier, pues el mecenas (*) a quien fuera dedicado por insinuaciones del primero de estos amigos ni siquiera acusó recibió del primer ejemplar que se le remitiera.»

(*) Don Federico Varela, organizador del Certamen referido más atrás.

a caber en el futuro próximo de la renovación poética que se iniciaba. En efecto, al tratar *Azul* . . . , Valera, aunque amable y condescendiente, no dejaba de consignar algunos reparos, envueltos por cierto en mucha miel. De entonces arrancan frases hechas para juzgar la poesía nueva—llamada luego modernista—, que inventadas por Valera terminaron por ser bienes mostrencos de la crítica literaria. Los artículos de Valera fueron el espaldarazo dado al poeta de *Azul* Aun cuando más tarde más de un zoilo trasnochado habría de hacer burla del movimiento renovador, los ingenios discretos seguirían el ejemplo de Valera y considerarían la poesía de Darío como un respetable fenómeno literario. Y esto en América tanto como en España, donde el influjo de Darío no se hizo esperar (5).

(5) A riesgo de fatigar al lector, he aquí una bella tirada de Darío sobre la acogida que tuvo en España: «Los maestros de la generación pasada nunca fueron sino benévolo y generoso conmigo. Los que en estos asuntos se interesan no ignoran que Valera, en estas mismas columnas [se refiere a *El Imparcial* de Madrid], fué quien dió a conocer, con un gentil entusiasmo muy superior a su ironía, la pequeña obra primigenia que inició allá en América la manera de pensar y de escribir que hoy suscita, aquí y allá, ya inefables, ya truculentas controversias. Campoamor fué para mí lo que testigos eminentes—entre ellos José Verdes Montenegro—pudieran certificar. Castelar me dió pruebas de intelectual—estímulo. Núñez de Arce, cuando estuve en Madrid por la primera vez, como delegado de mi país natal a las fiestas colombinas, fué tan entusiasta conmigo que hizo todo lo posible porque me quedara en la corte. Habló al respecto con Cánovas del Castillo—otro ilustre y bondadoso amigo mío—, y Cánovas escribió al Marqués de Comillas solicitando para mí un puesto en la Transatlántica. Entretanto yo partí. No sin que antes en las tertulias de Valera se aplaudiesen y criticasen algunos de los que llamaban mis atrevimientos líricos, que eran entonces, lo confieso, muy inocentes y apenas de un modesto parnasianismo: *Elogio de la seguidilla*; un *Pórtico* para el libro *En tropel* de Salvador Rueda. Mis versos fueron bien recibidos la primera vez que hablara ante un público español—fué una velada en que tomaba parte don José Canalejas—, Rueda me alababa, no tanto como yo a él. Mas mis amigos literarios, además de los que he nombrado, se llamaban entonces Manuel del Palacio, Narciso Campillo, el Duque de Almenara, el Conde de las Navas, don Luis Vidart, don Miguel de los Santos Alvarez. . . . Me apresuro a decir que yo tenía la grata edad de veinticinco años». (*Canto errante*, p. XVII-XVIII).

APENDICE

«Azul» y los temas literarios del Modernismo.

Azul... , a pesar de la brevedad de su contenido, iba a iniciar una revolución literaria. Pocos años más tarde, al nacer *Prosas profanas*, el mensaje poético de Darío se haría extensivo a todo el imperio de habla española, y *Azul*... sería olvidado o poco menos. En ese olvido yace, y no es raro que se hable de él sólo de oídas o después de superficiales lecturas. Pero la importancia de este libro es grande, y ese olvido innecesario. Nos proponemos demostrar que con él nació efectivamente el modernismo y que, por tanto, este movimiento de liberación de la poesía española y americana se incubó y vió la luz en Chile (1).

A propósito de la poesía de Darío—y Valera inició la costumbre al aplicarlo a *Azul*...—ha sido frecuente oír hablar de *galicismo*. Valera se refirió sólo al mental, que sería una manera de ver los temas literarios como entonces los trataban los escritores franceses. En realidad hay también en *Azul*... numerosos galicismos de construcción y de vocabulario. Si se añaden éstos al señalado por

(1) «La comparaison de ce recueil—Mr. Mapes se refiere a *Azul*...—avec les ouvrages que Darío a publiés en Amérique Centrale avant d'aller au Chili en 1886, démontre que les influences qu'il a subies dans la république méridionale ont provoqué en lui un changement extrêmement important de son style, de ses sujets d'inspiration, de sa manière de voir et de penser». (Obra citada, p. 21).

Valera, Darío viene a convertirse en un heraldo de la poesía francesa en la lengua castellana. Tal parece ser la conclusión lógica del libro de Mr. E. K. Mapes, *L'influence française dans Rubén Darío* (París, 1925). El análisis del profesor Mapes, riguroso y concienzudo, señala un primer hecho: las fuentes francesas de Darío son múltiples. Los poetas que en *Azul* . . . han dejado su huella son, entre otros, Catulle Mendès (2), Armand Silvestre (3), Victor Hugo, François Coppée; los prosistas, fuera de que los citados trabajaron también la prosa, serían Alfonso Daudet, Paul Arène, Arsène Houssaye, etc. Las citas que hace Mr. Mapes, de acuerdo con la técnica de la literatura comparada, no dejan lugar a dudas. Darío usó varias modalidades estilísticas desconocidas entonces en lengua española y las adaptó de recientes lecturas francesas. Ahora bien, esas lecturas fueron ahondadas, si no iniciadas, una vez que el poeta llegó a Chile. Se sabe que Darío encontró en 1881 (¡tenía catorce años!) en El Salvador a Francisco Gavidia. Mapes se refiere a este hecho diciendo:

(2) «Fué Catulle Mendès mi verdadero iniciador, un Mendès traducido, pues mi francés era todavía precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía, de las comprendidas en el *Parnasse contemporain*, fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de *La tentation de St. Antoine*, Paul de Saint Victor, que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo.» Estas palabras de Darío (*Historia de mis libros*, p. 170) ahorran muchos comentarios. Se refieren precisamente a su estancia en Chile y son concluyentes en cuanto a la influencia que tuvieron sobre él los escritores franceses a quienes no había leído antes de pisar tierra chilena.

(3) De éste traduce Darío en *Azul* . . . *Pensamientos de otoño*. No parece posible que el francés de Darío fuese tan precario, puesto que esa traducción es esmerada: Mapes lo ve claro: «L'imitation parfaite du français réalisée par Darío à cette époque serait tout à fait incompréhensible si nous ne supposions qu'il lisait couramment les oeuvres françaises qui lui tombèrent entre les mains.» (Obra citada, p. 20.)

Puede suponerse también que el francés de Darío durante su estada en Chile era insuficiente y que para traducir a Silvestre se valió de la ayuda de alguno de sus amigos que leían habitualmente francés, como Samuel Ossa Borne, Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Balmaceda Toro, etc.

En todo caso, como una de las mayores curiosidades con que he tropezado en mi pesquisa sobre Darío, anoto aquí la advertencia con que fué publicado el cuento *El rubí* (que luego salió en *Azul*) en *La Libertad Electoral* (9 de Abril de 1888): «A Armand Silvestre, en pago de una frase bondadosa.» ¿Quiere decir esto que Darío se había dirigido a Silvestre y había conseguido enhebrar con él correspondencia epistolar? Léase también el artículo de *El Heraldo* de Valparaíso publicado el 11 de Febrero de 1888, en el cual llama a Silvestre «amable maestro y amigo.»

Gavidia connaissait admirablement le français, et pendant le séjour assez prolongé qu'a fait Darío dans la ville, ils étudièrent ensemble avec beaucoup de soin la versification de Victor Hugo, et plus spécialement ses innovations dans l'alexandrin. (P. 15.)

Pero Darío llega después a Santiago, y en poco tiempo deja atrás no sólo la pálida imitación huguesca de *Primeras notas*, no sólo la sugestión becqueriana de las *Rimas*, sino también la manera campoamoriana de *Abrojos* y la imitación de Olmedo en el *Canto Epico*, para abrazar una manera estilística absolutamente nueva, no ya en él sino hasta en la literatura española de su tiempo (4). Esto significa algo; a mi juicio que Darío sólo en Chile vino a entrar en conocimiento de la moderna literatura francesa, cuyas modalidades se iban a reflejar, primero, en el espejo de su prosa de *Azul*... y más tarde en la poesía de libros como *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*.

Pero hay más: una atenta lectura de *Azul*... conduce al lector habitual de la obra posterior de Darío a un firme convencimiento: *Darío trató en Azul*... (preferentemente en prosa) *muchos de los temas que luego se iban a apellidar modernistas, y en las páginas de aquel libro están como esbozados algunos poemas de más tarde, y de los que siempre han pasado como los más representativos de su estilo.* Una mera enumeración de varios de esos temas, seguida de algunos ejemplos, bastará a mi juicio para producir esa persuasión en el lector.

(4) En efecto, el modernismo apenas tiene precursores, y el solo camino que se siguió después fué el tallado por Darío. Esto es lo único que puede encontrarse cierto e incontrovertible en la tan debatida cuestión de los precursores del modernismo.

1.º LOS CISNES

En el primer cuento de *Azul...*, *El rey burgués*, se hallan las primeras referencias a los cisnes, aves de linda historia en la mitología, a las cuales Darío iba a hacer populares en la poesía americana (1), hasta que el mexicano González Martínez ordenara:

Tuércelo el cuello al cisne de
[engañoso plumaje... (*).

(*) Enrique González Martínez, en *Los senderos ocultos*.

Las referencias a los cisnes en los libros posteriores de Darío son numerosísimas; de ellas conviene retener las siguientes:

El olímpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico
lustra el ala eucarística y leve
que abre al sol como un casto
[abanico
(Blasón.)

(1) Rodó, con su clarividencia habitual, lo advirtió muy a tiempo: «Y si se nos preguntase por el sér animado en que debería simbolizarse el *genio* familiar de su poesía, sería necesario que citásemos, no al león ni al águila que obsedían la imaginación de Víctor Hugo, ni siquiera al ruiseñor querido de Heine, sino al cisne, el ave wagneriana, el blanco y delicado cisne que surge a cada instante sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insistente evocación, y cuya imagen podría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo, de la manera como se grabaría en el escudo poético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo y hierático en el blasón de Baudelaire.» (*Prólogo a Prosas profanas*.)

La referencia que hace Rodó a Wagner es preciosa. En los artículos que forman la última parte de este libro, recogidos todos por primera vez en volumen, la mención de Wagner se ofrece varias veces. Parece que Wagner fué un deslumbramiento para Darío durante su estancia en Chile.

En *El rey burgués* vemos *cisnes de cuellos blancos*; más adelante, en *La ninfa*,

hay unas grandes aves alabastinas tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágata de sus picos.

Luego, en el fragmento titulado *En Chile* encontramos nuevamente:

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del asa de un ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en ágata de color de rosa.

En la forma de un brazo de lira
y del asa de un ánfora griega
es su cándido cuello que inspira
como prora ideal que navega.
(*Blasón.*)

Yo interrogo a la Esfinge que
[el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello
[divino.
(*Los cisnes.*)

¿Qué signo haces, oh cisne,
[con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes
soñadores?
(*Los cisnes.*)

El ilustre cisne, cual labrado
[en nieve,
con el cuello en arco, bajo el aire
[leve,

En el mismo cuento se hace una alusión a una clase de cisnes que Darío vió sólo en Chile y en muy pocos países fuera de éste:

... en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro, y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra...

boga sobre el terso lago especu[
lar...
(*Flirt.*)

Y el cuello del gran cisne
[blanco que me interroga.
(*Yo persigo una forma.*)

...y su cisne, cual si fuese
un cincelado témpano viajero,
con su cuello enarcado en forma
[de S.
(*Divagación.*)

Bajo la camisa asoman
dos cisnes de negros cuellos.
(*Copla esparça.*)

El alado aristócrata muestra
lises albos en campo de azur...
(*Blasón.*)

Es el cisne de estirpe sagrada...
(*Blasón.*)

¡Oh cisne! ¡Oh, sacro pájaro!
(*El cisne.*) (1)

(1) El capítulo titulado *Los Cisnes* en *Cantos de Vida y Esperanza* contiene cuatro poemas y está dedicado a Juan R. Jiménez. He aquí los primeros versos de los poemas indicados: *Qué signo haces, oh Cisne; Por un momento, oh Cisne; Antes de todo, gloria a ti, Leda.* Sólo el segundo tiene título, *En la muerte de Rafael Núñez.* Es curioso observar que en *Prosas profanas* y en *Cantos de vida y esperanza*, ambos libros en que culmina la manera modernista de Darío, es donde abundan los poemas consagrados al cisne o en le cual esta ave es, por lo menos, aludida. Después, debido «a la obra del minuto», los temas literarios de Darío son otros.

(El ritmo de la onda y el verso
[del ala
del mágico cisne, sobre la lagu-
[na.)

(*Salutación a Leonardo*)

Cisne, tendré tus alas blancas
[por un instante.
(*Los cisnes.*)

En vuestros picos tenéis las
[prendas
que manifiestan corales puros.
(*Los cisnes.*)

...Oh bella palma
sobre nuestras frentes! Cuello
del cisne! Paloma blanca!
(*Los cisnes.*)

Mientras el blanco cisne del
[lago azul navega
en el mágico parque de mis
[triumfos testigo.
(*Propósito primaveral.*)

2.º LAS FLORES DE LIS

En *El sátiro sordo* (1) aparece la primera mención a este tema:

...una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

Más adelante, al final de *En Chile*, hay otra alusión:

Las veces que aparecen mencionadas las flores de lis en los libros de Darío posteriores a *Azul*... son simplemente incontables. De todas ellas escojo dos que me parecen las más características; cabe hacer notar que en la primera de estas citas hay

(1) Aunque *El sátiro sordo* no fué publicado en la primera edición de *Azul*, lo considero aquí porque apareció en Chile en el mismo año 1888, como puede verse en la *Bibliografía*.

Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura (*), fondos azules flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

En el capítulo IV de *En Chile*, titulado *Agua fuerte*, se lee:

Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un imperceptible tono dorado.

En el capítulo X del mismo, titulado *Al carbón*, leemos:

Había en su frente una palidez de flor de lis...

(*) ¡Qué bella incitación hay en esas palabras para tratar del influjo de Góngora sobre Darío! Torres Rioseco ha prometido hacer este estudio y es de esperar que cumpla su promesa.

una combinación temática porque se alude también a los cisnes, de los cuales ya se ha tratado:

El alado aristócrata muestra
lises albos en campo de azur...
(*Blasón.*)

Su manto de poeta
reconocieron, los ilustres lises
y el laurel y la espina...
(*En la muerte de Rafael Núñez.*)

3.º LA DECORACION MODERNISTA

A manera de notas de ambiente, Rubén Darío prodiga leves pinceladas de lo que podría llamarse *decoración modernista*. Estos rasgos comienzan

Los poemas titulados *Era un aire suave* y *Divagación*, muy representativos del modernismo, podrían ser transcritos casi enteros en apoyo de estas referen-

sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen, lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en el plafón en forma de óvalo va por el fondo inmenso y azulado, sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre los delfines áureos y tritones corpulentos, que sobre el vasto ruido de las ondas hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracolas.

También la hallamos en *El palacio del Sol*:

Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, que húmedos de rocío sus cabellos de mármol, bañaba en luz su torso espléndido y desnudo.

...Tal iba el toro raptor de
[Europa
con el orgullo de su conquista.
(*Palimpsesto.*)

Europa le ha tocado [el cara-
[col] con sus manos divinas
cuando cruzó las ondas sobre
[el celeste toro.
(*Caracol.*)

4.º LAS JAPONERIAS Y CHINERIAS

Talvez con menor frecuencia que los demás temas apuntados, usa Rubén Darío en sus obras posteriores a *Azul*... la decoración oriental —japonesa y china— como marco para la escena de sus poesías. El gusto por ella nace en *Azul*..., donde más de una vez el poeta se entretiene

En el poema *Divagación*, que parece condensar todos los tópicos decorativos del modernismo, se lee:

en describir escenas orientales (1).

En *El rey burgués* cuenta cómo estaba adornado uno de los numerosos salones que ese personaje poseía en su palacio:

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por lujo y nada más.

Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida...

Gautier adoraba a las prince-
[sas chinas.
¡Oh, bello amor de mil genu-
[flexiones;
torres de kaolín, pies imposibles,
tazas de té, tortugas y dragones,
y verdes arrozales apacibles!
(*Divagación.*)

(1) La investigación que he hecho respecto de los orígenes del exotismo oriental en la obra de Rubén Darío, y particularmente sobre su amor a las cosas japonesas y chinas, me ha conducido a precisar dos fuentes principales:

1.^a La lectura de Judith Gautier, que antes de 1880 había publicado *Les peuples étrangers, Le livre de jade y Le dragon impérial*, como recuerda Mapes (o. cit., p. 47). Darío conocía a Judith Gautier antes de escribir *Azul...*, como lo prueba su artículo sobre aquella escritora, publicado en *La Libertad Electoral* de Santiago (Julio de 1888) y reproducido en este libro; la lectura de Edmond de Goncourt (de quien cita en el prólogo de *Emelina* (1887) el libro *En 18...*), en cuya obra *La maison d'un artiste* (1881) hay una descripción de cosas orientales muy parecida a la que Darío hace en *La muerte de la Emperatriz de la China* (*), *El rey burgués*, etc. (Ver más adelante, *Darío y Th. Gautier.*)

2.^a Los salones orientales de Pedro Balmaceda Toro (Palacio de la Moneda, Santiago), y de Carlos Toribio Robinet, ambos amigos íntimos de Rubén Darío. El primero poseía valiosos objetos chinos y japoneses, como ha contado don Luis

(*) Este cuento no aparece en la primera edición de *Azul...* (publicada en 1888); por este motivo he debido prescindir de su estudio. Debe mencionársele, sin embargo, por dos razones. Es la primera que fué escrito muy poco después de haber dejado el poeta la tierra chilena; es la segunda que el tema fué arrancado por Darío a sus recuerdos de Chile. Recaredo, el protagonista de *La muerte de la Emperatriz*, no es otro que Pedro Balmaceda Toro, y la pasión que aquél sufre por una figura oriental es parecida a la que auténticamente dominó a Balmaceda y que cuenta Darío en *A. de Gilbert* (p. 56-7). Todo esto crea lazos de unión entre *La muerte de la Emperatriz de la China* y los demás cuentos de la primera edición de *Azul...* Es evidente, por lo demás, que tienen un aire de familia más señalado este cuento y *El velo de la reina Nab* o *El rubí* que *El fardo*, de un enfadoso realismo.

En *La canción del oro* la men-
ción, más breve, es acaso más
sugerente:

Y allá en los grandes salones
debían estar el tapiz purpurado
y lleno de oro, la blanca estatua,
el bronce chino, el tabor cu-
bierto de campos azules y de
arrozales tupidos...

En *Palomas blancas y garzas
morenas* se lee:

...las bandadas de grullas de
un parasol chino.

Uno de los fragmentos de *En
Chile*, el intitulado *Naturaleza
muerta*, nos ofrece, además:

...una copa de laca ornada
con ibis de oro incrustados...

Amame japonesa, japonesa
antigua, que no sepa de naciones
occidentales: tal una princesa
con las pupilas llenas de visiones.

que aun ignorase en la sagrada
[Kioto,
en su labrado camarín de plata,
ornado al par de crisantemo y
[Ito,
la civilización de Yamagata.

(*Divagación.*) (1)

...en palanquín y en seda fina
por el corazón de la China...

(*El canto errante.*)

Las rosas francesas en los vasos
[chinos.
(*El faisán.*)

(1) Comparar con *La muerte de la
Emperatriz de la China.*

5.º EL BOSQUE MITOLOGICO

Condense en esta expresión,
sin duda infiel, la larga enume-
ración de temas mitológicos, ge-

Un poema entero, *Preludio*,
podría ser citado como revela-
ción de la influencia que más

Orrego Luco: «Estaba situado ese salón en la Moneda, en el ala derecha. Era una pieza espaciosa, dividida por un cortinaje en dos, de las cuales una era alcoba y la otra salón de nuestro amigo. Había revestido las paredes de tapiz rojo y adornado con abanicos y diseños japoneses, porcelanas de Sèvres, cuadros de Valenzuela Puelma, de Pedro Lira, de Alberto Orrego». (*Rubén Darío en Chile, Pacífico Magazine*, Enero de 1921).

Robinet, por su parte, hijo de un acaudalado comerciante que tenía relaciones con los países orientales, había nacido en Macao (China), y de allí había traído a Chile una vastísima colección de objetos preciosos. Su hermana nos ha contado, en el ocaso de la vida, que su casa estaba cuajada de valiosos muebles y objetos decorativos de oriundez oriental.

neralmente emplazados en una selva, en que Darío hace alternar a los sátiros con las ninfas, Pan y los animales propios de la mitología, fuera de las menciones a los dioses y semidioses de los griegos, muy habituales en la obra de Darío y que éste comienza a usar ya en el *Azul*... (Diana, Hércules, Europa—como se ha visto ya a propósito de la decoración modernista—, Apolo, Dionisos, etc.). En *El sátiro sordo* todo contribuye a dar al lector la impresión de hallarse en una selva mitológica; veamos un fragmento característico:

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía; cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa; y aunque no escuchaba ninguna voz ni el ruido de los crótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo, que tenía patas de cabra.

Más adelante, en el mismo cuento:

tarde iban a tener en Darío los detalles del bosque mitológico. A él remitimos al lector curioso. Fuera de los versos que lo componen pueden ser recordados los siguientes:

Término su sonrisa de piedra
 [brinda en vano
 a la desnuda náyade y a la ninfa
 [hechicera
 que viene a la soberbia fiesta de
 [la pradera
 y del bosque, en busca del lírico
 [Silvano.
 (*La Dea.*)

¿Qué selva mejor que la del sátiro, a quien él [Orfeo] encantaría, donde sería tenido por un semidiós; selva toda alegría, y danza y belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruidos de sistros, y donde el rey caprípedo bailaba delante de sus faunos beodo y haciendo gestos como Sileno?

Y en seguida se lee en *Azul*... *La ninfa*, otro cuento en el cual el motivo mitológico es céntrico, donde se habla ya de los centauros y se mezclan sátiros y ninfas en una abigarrada decoración sensual. También en *Primavera* hay una alusión al tema:

...y saben himnos de amores en hermosa lengua griega, que en glorioso tiempo antiguo Pan inventó en las florestas.

En este poema, por lo demás, las referencias mitológicas abundan:

...un joven fauno robusto y
[violento,
dulce terror de las ninfas in-
[cautas,
al són triunfante que lanzan al
[viento
tímpanos, liras y sistros y flautas.
(*Pórtico.*)

Se oye el ruido de claras linfas y la algazara que hacen las ninfas. Risa de plata que el aire riega hasta sus ávidos oídos llega, golpes en la onda, palabras locas, gritos joviales de frescas bocas, y los ladridos de la trafla que Diana tiene junto a la orilla del fresco río...

(*Palimpsesto.*)

Un día oí una risa bajo la
[fronda espesa,
vi brotar de lo verde dos man-
[zanas lozanas...
(*Palabras de la saritesa.*)

Como Pan en el campo haré
[danzar los chivos...
(*Dafne.*)

Despertó un fauno bicorne tras un alma sensitiva.
(*Por el influjo...*)

Un buen egipán latino

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro
de vino de Naxos llena...

.....
Y en la copa luminosa
esta Venus critea
tendida cerca de Adonis
que sus caricias desdeña.

con una bacante griega
y parisiense.

(Por el influjo...)

El espíritu griego transparece en Darío a cada instante, por lo menos en el período netamente modernista de su poesía; pero acaso no haya en todos sus poemas una demostración más directa del influjo helénico que los siguientes versos:

Hay en mí un griego antiguo
[que aquí descansó un día
después que lo dejaron loco de
[melodía
las sirenas rosadas que atrajeron
[su barca.
(Epístola a la señora de Lugones.)

6.º LAS JOYAS Y PEDRERIAS

Es sin duda éste uno de los temas más socorridos en toda la obra de Rubén Darío y particularmente en *Azul*..., donde no sólo emplea los nombres de las piedras preciosas y las menciones de sus atributos para hacer comparaciones y metáforas, sino también como materia de descripciones destinadas a enrique-

Las menciones que se hallan en la obra de Darío posterior a *Azul*... a las joyas y pedrerías, son abundantísimas. He aquí algunas muestras, en desordenado cortejo:

O en el que es soberano de los
[claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las

cer y hacer más opulento el relato.

En *La ninfa*:

Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas.

...las líquidas esmeraldas de la menta.

En *El velo de la reina Mab*:

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de patas doradas y alas de pedrería...

En *La canción del oro*:

...la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórvido, el ágata y el mármol...

...el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería...

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales...

Cantemos el oro porque es en las orejas de las lindas damas

[perlas de Ormuz?
(*Sonatina.*)

...que el alba constelara de
[perlas y diamantes.

¡Alabastros celestes habitados por
[astros:

Dios se refleja en esos dulces
[alabastros!

.....
Sus puñales de piedras pre-
[ciosas revestidos

—ojos de víboras de luces fas-
[cinantes—

al cinto penden...

...sus ojos, ya lángui-
[dos, ya ardientes,

son dos carbunclos mágicos de
[fulgor sibilino,

y en sus manos de ambiguos
[príncipes decadentes,

relucen como gemas las uñas de
[oro fino.

(*El reino interior.*)

En el oscuro cabello
pon las perlas que conquistas,
en el columbino cuello
pon el collar de amatistas,
y ajorcas en los tobillos
de topacios amarillos
y esmeraldas nunca vistas.

(*Otro dezir.*)

...perlas, rubíes, zafiros y gemas.

.....
.. ágata, perla, amatista, violeta
(*Pórtico.*)

sostenedor del rocío del diamante...

...el champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

En *El Rubí* no se puede escoger: el cuento entero es un elogio de las pedrerías y encierra varias enumeraciones de las piedras preciosas que formaban las paredes de la gruta donde vivían los gnomos...

En *El palacio del sol*:

...surgió de súbito un hada, en su carro ebúrneo y diminuto, vestida de hilos brillantísimos e impalpables, con su aderezo de rocío, su diadema de perlas y su varita de plata.

En *El pájaro azul*:

Entre las piedras preciosas, el zafiro.

En *Palomas blancas y garzas morenas*:

...como cinceladas en jaspe.

En *Al Carbón (En Chile)*:

...y allá en el altar, el sacerdote, todo resplandeciente de

Agua de un vario verde y de
[un gris tan cambiante
que discernir no deja su ópalo y
[su diamante...

.....
Toda zafir la cúpula sonora
sobre los triunfos de oro, de es-
[meralda y rubí.
(*Momotombo.*)

Y vi azur y topacio y amatista,
oro, perla y argento y violeta...
(*Revelación.*)

...y de claveles de rubí.
(*Responso a Verlaine.*)

Y en una palidez de oro de luna
una paloma blanca se cernía,
alada perla en mística laguna.
(*Visión.*)

Junto al verdoso charco, sobre
[las piedras toscas,
rubí, cristal, zafiro, las susurran-
[tes moscas.
(*Tutecotzimí.*)

A una extraña ave radiante,
un rubí
que rayara el firmamento
de zafir.
(*Hondas.*)

La perla que tú deslías
tendrá mi dolor.
(*A un pintor.*)

oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería...

En *Primavera*:

y una hermosa copa de oro;
la base henchida de perlas...

En *Invernal*:

¡Oh! ¡Bienhaya el brasero
lleno de pedrerías!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas...

...está presa en sus oros, está
[presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio
[real...
(*Sonatina*).

He visto, entonces, raros ojos
[fijos en mí:
los vivos ojos rojos del alma de
[rubí;
los ojos luminosos del alma del
[topacio
y los de la esmeralda que del
[azul espacio
la maravilla imitan; los ojos de
[las gemas
de brillos peregrinos y mágicos
[emblemas.
(*Coloquio de los Centauros*.)

7.º LOS CENTAUROS

Aparecen por primera vez en *La Ninfa*, cuento escrito al parecer bajo la influencia directa de curiosas lecturas en que Darío bebió noticias legendarias sobre los centauros. He aquí algunas de las referencias:

Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos... (*).

A mucho andar [San Antonio],

(*) Es una mujer la que habla.

Seguir la huella de los centauros en la obra de Rubén Darío nacida después de *Azul*... sería alargar desmesuradamente estas notas. Baste decir que tiene nada menos que dos poemas, bastante extensos por lo demás, dedicados íntegramente a tales monstruos: uno, el *Coloquio de los centauros*, es muy conocido; el otro se titula *Palimpsesto*. Como su reproducción integral no parece pertinente, invito al lector a leerlos por su cuenta.

Fuera de esos dos poemas, he aquí algunas referencias de otros:

¿sabéis quién le dió señas del camino que debía seguir? Un centauro, «medio hombre y medio caballo», dice un autor. Hablaba como enojado; huyó tan velozmente que pronto lo perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

...afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas como elefantes.

Cuando cual los centauros de
[metopas y estampas.
(*Oh, Captain, my Captain.*)

Y al misterioso són del nobel
[coro
calma el centauro sus grotescas
[iras.
(*Trébol.*)

8.º LAS PALOMAS

Tema muy frecuente en *Azul...* y que más tarde el poeta parece olvidar es el de las palomas. Ya en *El sátiro sordo* figuran:

Filomela había volado a posarse en la lira como la paloma anacreóntica.

En *El palacio del sol*:

...como palomas fatigadas de un largo vuelo...

En *Palomas blancas y garzas morenas*:

...unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales.

...las aves andaban a su alrededor e imprimían en el suelo

Hemos dicho que las menciones a las palomas en los poemas de Rubén Darío posteriores a *Azul...*, son escasas. He aquí algunas:

Y en tanto que arrullaban sus
[ternezas
dos nevadas palomas venusinas...
(*Friso.*)

oscuro la estrella carminada de sus patas.

Una paloma voló a uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual.

¡Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime, y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas!

Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo formando un opaco ruido de alas...

...con la pureza de la paloma...

En *La Virgen de la Paloma* (*En Chile*, V):

...y en la mano una paloma, una de esas palomas albísimas que arrullan a sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

En *Anagke* una paloma es protagonista:

Mi ala es blanca y sedosa;
la luz la dora y baña
y céfiro la peina;
son mis pies como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
que arrulla a su palomo en la
[montaña.

Y en una palidez de oro de luna una paloma blanca se cernía, alada perla en mística laguna.

(*Visión.*)

Que las más blancas tórtolas te
[inmolen...

(*Carne, celeste carne.*)

y a las palomas todo el amor...

(*Los cisnes, IV.*)

ejércitos de luz y mensajeras
castas palomas o águilas insignes.

(*Charitas.*)

que mitológico. Parecía conveniente, sin embargo, considerarlo separadamente porque Darío usó, después de *Azul*, las figuras de las ninfas, los sátiros y las bacantes con prescindencia de los demás elementos del bosque mitológico. He aquí algunas referencias de *Azul*...

En *El rey burgués*:

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: dioses, musas, ninfas y sátiros...

En *El sátiro sordo* podrían citarse largos fragmentos; de entre ellos:

Habitaba cerca del Olimpo un sátiro y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: «Goza, el bosque es tuyo;

a estas figuras de la mitología. He aquí algunas muestras:

Un buen egipán latino
con una bacante griega
y parisiense.

(*Por el influjo.*)

En un peplo de gasa pura
una bacante se envolvía.

(*Canción de Otoño...*)

...para portar las ninfas rosadas
[en los raptos.

...junto a la oculta fuente su
[mirada acaricia
las curvas de las ninfas del sé-
[quito de Diana.
(*Los Centauros.*)

...y hallé un sátiro ladino
que dió a mi labio sediento

Mapes en que esos temas aparezcan en *Prosas profanas* (habría que agregar también otros libros) «avec de nouveaux caractères». Lo único que cambia, en la generalidad de los casos, es la destreza del autor, a veces bajo el imperio de la rima y del ritmo y generalmente por la introducción de motivos accesorios. En cambio, hay verdaderos lugares comunes personales—si se permite la expresión—que acompañan a Darío desde *Azul*... Por ejemplo, ya en este libro compara el pico del cisne al ágata de color rosa, y varias veces—muchos años más tarde—volverá a hacer la misma asociación cromática. Otro tanto cabe decir de la decoración modernista.

Tal como ocurre en los estilos arquitectónicos, Darío representa en esta evolución de su poesía el tránsito de lo simple a lo complejo. La línea meramente ondulada al comienzo se convierte en voluta, de la cual salen más tarde tallos, hojas, zarcillos, pámpanos, etc. El climax de la manera propiamente modernista de Darío se halla en el momento en que esta decoración complicada deja de ser mero cortejo de otras imágenes para convertirse en tema central del poema. El lector fiel de Darío puede ir fijando los grados de esta evolución en las obras del poeta.

sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta.»

A su vista, para distraerlo, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca...

...donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes...

...las bacantes más furiosas habían callado...

También es abundante la recolección en *La ninfa*:

¡Bah! Para mí los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronces, y si esto fuese posible, mi amante sería uno de esos velludos semidiosos (*).

En ese mismo viaje, San Antonio vió un sátiro; «hombrecillo de extraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices cortas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra».

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina.

(*) Es una mujer la que habla.

nuevo aliento,
nueva copa y nuevo vino.

.....
¡Bien haya el sátiro griego
que me enseñó el dulce juego!
(*Dezir.*)

Y dice a las ninfas cosas
entre un querubín y un chivo.
(*Dream.*)

Se oye el ruido de claras ninfas
y la algazara que hacen las ninfas.
(*Palimpsesto.*)

...el sátiro es la selva sagrada,
[y la lujuria...
(*Coloquio de los Centauros.*)

...cual la más fresca y gentil de
[las ninfas.

.....
Un joven profano robusto y
[violento
dulce terror de las ninfas in-
[cautas...

.....
Ya es un tropel de bacantes
[modernas...
(*Pórtico.*)

Luego encontramos lo siguiente en *Un retrato de Watteau* (*En Chile*, VIII):

...y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro...

En *Primavera* también hay huellas:

Allá hay una clara fuente que brota de una caverna, donde se bañan desnudas las blancas ninfas que juegan. Ríen al son de la espuma, hienden la linfa serena; entre polvo cristalino esponjan sus cabelleras...

Y por fin en *Invernal*:

...tersos brazos de ninfa...

Un día oí una risa bajo la
[fronda espesa,
vi brotar de lo verde dos man-
[zanas lozanas...
(*Palabras de la sátiresa.*)

Por lo demás, el baño de las ninfas sorprendidas (*) (esta vez por una tropa de centauros) también aparece en *Palimpsesto*, que conviene recorrer íntegramente y comparar con *La ninfa*.

(*) Véase la columna de la izquierda en las referencias a *La ninfa*, cuento de *Azul*.

Después de esta revista panorámica, que podría haberse pormenorizado mucho más y conducido hasta más lejos, cabe hacer algunas conclusiones. En primer lugar, ninguno de los libros de Rubén Darío publicados antes de *Azul*... demuestra familiaridad con la literatura francesa de esos días; en *Primeras notas* hay, ya lo sabemos, influencia visible de Víctor Hugo, y la mención de este autor se ofrece también en otros trabajos de ese tiempo, pero la sensibilidad huguesa no es la que Darío bebe en los poetas de fines del siglo XIX. La influencia de los entonces modernísimos autores franceses no se ha podido ejercer en Rubén Darío sino gracias a su permanencia en Chile. ¿No le vemos, a poco de llegar a este país, imitar a Bécquer en

las *Rimas*, a Campoamor, Bartrina y Leopoldo Cano (1) en *Abrojos*, a Olmedo en el *Canto épico a las glorias de Chile? Azul*. . . nace más tarde, gracias al deslumbramiento que en el poeta produjeron las lecturas de los autores franceses, los mismos que leían sus amigos chilenos y en cuya frecuentación fué iniciado por éstos. Este hecho se ve suficientemente documentado por los propios recuerdos del poeta (en su *Autobiografía* y en otras páginas) a la vez que por lo que han escrito sobre Rubén Darío los que entonces fueron sus amigos en Chile (2).

En segundo lugar, los temas poéticos, ciertas formas de estilo y algunas ideas e impresiones cardinales que iban a constituir más adelante la retórica y el estilo del modernismo, se encuentran tratados en *Azul*. . . Lo curioso es que aquí Darío vierte en prosa lo que más tarde iba a tratar en verso, ya que en los de *Azul*. . . las huellas de la influencia que se había ejercido en el espíritu del poeta por las lecturas francesas, es apenas visible, según el análisis que hemos hecho más atrás. (Una hipótesis: los versos de *Azul*. . . deben ser anteriores a las prosas del mismo libro y, por lo tanto, o escritos en Centroamérica, antes del viaje a Chile, o durante éste y en los primeros meses de la estancia del poeta entre nosotros.) Por lo demás, Rodó vió bien claro el hecho en su conocido estudio de *Prosas profanas*. Allí, en efecto, al tratar de los libros de Darío anteriores a las *Prosas*, dice que *Azul*. . . es un bosquejo de lo que más tarde iba a ser la poesía definitiva de Darío. Sólo más adelante, y en versos de *El poema del otoño* o de data posterior, Darío deja paso a otros sentimientos y hace

(1) El 26 de Septiembre de 1886 los diarios chilenos dieron cuenta de la llegada de ejemplares de las *Saetas* de Leopoldo Cano a Chile.

(2) Cuando Darío estuvo en Chile no conocía otro idioma que el propio, pero su vocabulario era de una riqueza suma, sorprendente.

«No entendía gran cosa de bellas artes el joven poeta cuando llegó a Chile. Sin estudios adecuados y con muy escasas lecturas de ellas, encontróse, felizmente, con que aquí había de ser su mejor amigo un hombre superior, erudito en estas materias, dominado por ellas desde sus primeros años, admirablemente preparado para orientar con dirección certera la educación artística en el maravilloso cerebro de Rubén Darío. Manuel Rodríguez Mendoza despertó en él al artista.» Samuel Ossa Borne, *Un manojo de recuerdos rubenianos*, en *Pacífico Magazine*, 1918.

más grave su estilo. Es el peso de los años que va haciendo más meditativa su naturaleza y va alejando su imaginación de la decoración modernista, por lo general frívola y exótica, y del saludable paganismo de la juventud. Cercano ya el día de la muerte, canta el poeta sus amores y sus dolores con entonación lamentable. En sus versos hacen nido las inquietudes humanas por primera vez. Pero hay un largo período de la carrera artística de Darío en que sólo atiende a la belleza, y en el arte no ve más que una manera de hacer sensibles y comunicables sus anhelos ideales, sus ensueños y su visión de una vida más hermosa. Esos son los años del modernismo, y a lo largo de ellos el poeta repasa una y otra vez los temas y las sugerencias que había encontrado hacia 1888, cuando en Chile publicó *Azul*... , donde unos y otras se hallan desarrollados con pericia asombrosa en un joven de tan cortos años.

APENDICE

Rubén Darío y Théophile Gautier.—Una traducción chilena de Gautier y su influencia en Darío.

En 1887 se publicó en Santiago un tomito forrado en papel blanco y con la portada falsa impresa en tintas negra y roja. Este volumen se titula *El perrito de la Marquesa* y lleva la firma de Teófilo Gautier (1). En él aparece, además del cuento o novela breve que le da nombre, uno titulado *El vellocino de oro*. Ambos relatos—más el primero que el segundo—pueden ser enrolados en la manera fantasista de Gautier, de colorido opulento y saturada de esencias fuertes como especias, a la vez que de reminiscencias clásicas y mitológicas.

La lectura de este tomito de sólo cien páginas abre una ventana hacia el discutido tema de las influencias francesas sobre Rubén Darío. Que esa influencia ha existido, nadie podría negarlo. La cuestión es rastrearla metódicamente como ha hecho Mr. Mapes, y sobre todo precisar desde cuándo se ha ejercido. Es corriente leyenda que Francisco Gavidia dió a conocer a Darío, cuando éste no contaba sino catorce años y se hallaba todavía en la América

(1) He aquí la descripción bibliográfica completa:

El perrito | de | la Marquesa | por | Teófilo Gautier. | Santiago | Imprenta Colón | Tornero y Donoso, Ahumada 34 H. | 1887.

100 páginas in-16.º

Central, las obras de Víctor Hugo. Se sospecha además que Darío entonces no sabía francés (él mismo ha dicho que su francés era precario en Chile, seis años más tarde) y que Gavidia le traducía los versos de Víctor Hugo. Todo esto está muy bien, y las composiciones poéticas de subido radicalismo ateo que Darío escribió antes de venir a Chile, entre las cuales no falta por cierto una consagrada a Víctor Hugo, prueban que Gavidia tuvo esa misión cerca de Darío. Pero lo que no se ha dicho es qué parte del galicismo mental de Darío ha sido verosíblemente adquirida en Chile. Para dar algunos antecedentes, analicemos el contenido de este volumen de Gautier (2).

El perrito de la Marquesa es un cuento imitado, en estilo y decoración, de los relatos galantes del siglo XVIII. Dos mujeres rivalizan en caprichos y monadas, pero una tiene una prenda que la otra rabia por poseer. Se trata de un perrito, Franfeluche, al cual su dueña mima como a una criatura. El amante de Elianta, la envidiosa aspirante a la posesión de Franfeluche, obtiene la promesa de ser satisfecho en sus aspiraciones si consigue llevarle el codiciado perrito. Engañado por sus criados, el duque Alcindor, que es el amante, regala a Elianta no Franfeluche sino otro perro que se le parece mucho. Poco más tarde se descubre la superchería, y Elianta se desmaya, y llora como una perfidia el engaño de su amigo, que éste por lo demás ha cometido involuntariamente.

Esta fábula poco más que insignificante permite a Gautier hacer obra de pintor literario, muy primorosa y linda. En algunos fragmentos se ve parecido nada vulgar con las descripciones que Darío prodiga en los poemitas en prosa titulados *En Chile*, que son seguramente lo mejor de *Azul*... y también en algunos cuentos del mismo libro. Uno de los capítulos de *El perrito de la Marquesa*, el III, se llama *Un retrato al pastel, de Latour* (p. 10); el VIII de *En Chile*, *Un retrato de Watteau*.

(2) Aparece sin nombre de traductor. Medina no lo trae en su *Biblioteca Chilena de Traductores*.

En el capítulo IV de la obrita de Gautier (p. 13) leemos:

Los montantes de las puertas, pintados a la aguada en lila suave, representan aventuras mitológicas y galantes.

Por su parte, Darío tiene en *El rey burgués*:

...el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin...;

y *En Chile*:

..., quizá un recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles y mitológicas...

En el capítulo ya citado, Gautier trae:

Un biombo de verdadera laca de China, pintarrajeada de garzas reales, de dragones alados, de árboles airosos, de siervos con halcones en el puño...

Y Darío en *El rey burgués*:

...lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida...;

en *La canción del oro*:

...el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos...;

en *Palomas blancas y garzas morenas*:

...las bandadas de grullas de un parasol chino...;

en *Naturaleza muerta*, de *En Chile*:

...una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados...

y finalmente, todo el cuento titulado *La muerte de la Em-*

peratriz de la China, donde la decoración oriental es tema de cada línea.

En el capítulo VI de *El perrito de la Marquesa* se lee (p. 19):

Tengo dos poetas que duermen en la cuadra y comen en las cocinas.

El lector atento sorprenderá, condensado en estas palabras, todo el contenido de *El rey burgués*, primer cuento de *Azul...*, que narra precisamente el sufrimiento de un poeta hambriento a quien ese personaje fabuloso cobija como a mendigo y considera como mero objeto de diversión por haberle dado un organillo para que lo tocara en el parque de su residencia.

El segundo cuento de Gautier, *El vellocino de oro*, que es menos interesante, le permite al autor desplegar su caudalosa erudición pictórica. No parece que en él haya bebido directamente inspiración Rubén Darío, por lo menos para trabajar las páginas de *Azul...* Pero hay en ese cuento algo más curioso todavía. En la p. 47 leemos:

¿Me fijaré en una española (1.º) del color del ámbar, cejas pobladas y pelo negro? ¿Amaré a una italiana de párpados que oculten miradas de fuego? ¿A una francesa delicada, con nariz a lo Roxelana y pie de muñeca? ¿A una judía, morena, con la piel azul y los ojos verdes? ¿A una etiópica (2.º), negra como la noche y lustrosa como el bronce nuevo? ¿Tendré una pasión morena o rubia?

De aquí seguramente ha nacido en parte el lindo poema titulado *Divagación* que Rubén Darío incluyó en las páginas de su libro *Prosas profanas*, en el cual no sólo tenemos las interrogaciones:

¿Te gusta amar en griego?...
...¿Amas los sones
del bandolín, y un amor florentino?
¿O un amor alemán?...
¿Los amores exóticos acaso?...

sino también algunas de las referencias y circunstancias que usara Gautier:

1.º

O amor lleno de sol, amor de España,
amor lleno de púrpuras y oros...

2.º

O negra, negra como la que canta
en su Jerusalem el rey hermoso,
negra que haga brotar bajo su planta
la rosa y la cicuta del reposo... (3).

El tema de las ninfas que más atrás hemos señalado en la obra de Darío como nacido en Chile, bajo la advocación de *Azul*... , tiene un origen claro en la siguiente frase del *Vellocino de oro* de Gautier (p. 54):

Grupos de ninfas mofletudas y sonrosadas como flores nadaban en una atmósfera luminosa, sosteniendo guirnaldas de rosas de un brillo increíble y hacían caer del cielo perfumada lluvia.

(3) En el mismo poema se lee, además:

Gautier adoraba a las princesas chinas.

BIBLIOGRAFIA

I. Libros.—II. Artículos y poesías.—III. Bio-Bibliografía.

I. LIBROS

1887

1. Darío (Rubén)

Abrojos. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1887.

8.º 128 págs.

Sobre este libro, el primero que Darío publicó en Chile, hay varias referencias en la parte III, *Bio-bibliografía* y de él se dió cuenta más atrás. Su texto se reproduce íntegramente en *Obras de juventud de Rubén Darío*, editadas por Armando Donoso. El *Prólogo* está dedicado a Manuel Rodríguez Mendoza. Es fama que éste corrió con la edición de la obra, para lo cual habría aplicado fondos fiscales (Rodríguez Mendoza era jefe de sección en el Ministerio de Industrias y Obras Públicas) a la impresión del libro. Vale la pena anotar el dato como legendario ya que nada hay probado al respecto.

2. Poirier (Eduardo) y Darío (Rubén)

Emelina. Valparaíso. Imprenta y Litografía Universal. 1887.

8.º VIII más 204 págs.

En las VIII primeras páginas se publican una carta de Rubén Darío al señor Poirier y un comentario de éste sobre las ideas sustentadas por el primero. Se explica también allí la génesis del libro, del cual se dice que fué «escrito para un certamen, en diez días, como la suerte ayudaba, sin preparación alguna»... Se ha dicho ya más atrás, por la primera vez, que certamen fué ese,

3. Certamen Varela. Obras premiadas y distinguidas entre las novecientas noventa composiciones presentadas al Certamen literario promovido en 1887 por el señor don Federico Varela, Senador por la provincia de Valparaíso. Edición hecha a sus expensas. Tomo primero. Antología. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1887.

578 págs.

Este primer tomo de los trabajos presentados al Certamen Varela vió la luz en los primeros días de Diciembre de 1887, y las composiciones premiadas y recomendadas de Darío que allí figuran son las siguientes y ocupan las páginas que se indican:

Canto épico a las glorias de Chile, por don Rubén Darío (*Ursus*) Premiado. P. 52-66.

Rimas, por don Rubén Darío (*Imberto Galloix*) Accesit. P. 186-196.

En el informe de la comisión otorgadora de recompensas se dice lo siguiente respecto de los trabajos de Rubén Darío:

«El canto *A las Glorias de Chile por Ursus*, si no es propiamente un canto épico libre de defectos, tiene el mérito de ofrecer pensamientos hermosísimos, una versificación generalmente buena y muy sonora. Hay en este poeta inspiración y buen gusto; sobre todo fantasía delicada y viva y numen generoso y potente.»

Finalmente, la Comisión proponía dividir en dos partes el primer premio, de seiscientos pesos. De esta manera obtuvo Rubén Darío trescientos pesos por su composición.

Sobre las *Rimas*: «Estas catorce composiciones son originales por su concepto y por su disposición, que es enteramente artística y está expresada en versos flúidos y sonoros. Todas ellas corresponden al tema segundo, y no hay una que por la profundidad de su estilo no llame la atención, haciendo pensar. Son enteramente del genio de Bécquer.»

Un áccesit fué la recompensa en esta ocasión.

Firman el informe J. V. Lastarria, Diego Barros Arana y Manuel Blanco Cuartín.

El informe se publicó, además, en la segunda serie de los *Estudios Literarios*, volumen XI de las *Obras Completas* de J. V. Lastarria, Santiago, 1913, ya que su redacción estuvo a cargo del autor de *La América*. En el mismo volumen, p. 229 y sigs., el Sr. Lastarria hace algunos comentarios a las opiniones de Darío en su prólogo a *Renglones cortos* de Alfredo Irarrázaval Zañartu.

4. Irarrázaval Z. (Alfredo)

Renglones cortos. Poemas de Alfredo Irarrázaval Z. Santiago. Imprenta de *La Época*, Estado 361, 1887.

142 más IX págs.

Contiene una carta-prólogo de Rubén Darío. Son unas cuantas páginas amables en que no falta, sin embargo, alguna censura:

«Hay un pero... Tienes muchas incorrecciones, como la mayor parte de los que, como tú, escriben corriendo, corriendo, de prisa, ¡hop, a la diablo!»

En este volumen aparece dedicada «a mi amigo, el inspirado poeta de Nicaragua señor Rubén Darío» la composición titulada *Más allá*, a la cual sirven de epígrafe los siguientes versos de Rubén Darío:

Tendrás que ir con tu ilusión
de la vida en el camino
como pasa el peregrino
apoyado en su bordón.

En la composición titulada *Mi entierro* se lee, además, una parodia o *pastiche* de los versos de Rubén Darío suponiendo los que habría pronunciado en el entierro del autor:

Y al entregar a nuestra madre tierra
el ataúd que encierra
el cuerpo inerte y frío,
con inspirada voz y tierno acento
se alzó y dijo al momento
lo siguiente el señor Rubén Darío.

Don Rubén Darío

¡Ah! cómo *enarca* la muerte
a los seres de la tierra,
cómo *zahareña* se aferra
del achacoso y del fuerte!

¡Ah las almas siempre francas!
¡Eh las ilusiones ciegas!...
¡Uh las dulces *Hebes griegas!*
¡Oh las *tenues ninfas blancas!*

La diosa, *la diosa hebreal*...
Sueño envuelto en su capuz;
delirio de *flor de luz*,
ánfora de miel hiblea.

El fauno, la verde parra,
y la copa y el cincel,
y el sacro verde laurel,
cinagética y cigarra.

Las palabras subrayadas lo están seguramente porque su uso, poco frecuente en Chile, parecía consustancial al estilo de Darío.

1888

5. Darío (Rubén) y Rubén Rubí

Las rosas andinas. Rimas y contra-rimas por Rubén Darío y Rubén Rubí. Valparaíso. Imprenta y Librería Americana de Federico T. Lathrop. 1888.

46 págs.

Consta de un *Prólogo* irónico firmado por *El Editor* y fechado en Valparaíso el 1.º de Enero de 1888; de una introducción en verso a Rubén Darío firmada por R. R., es decir, Rubén Rubí, y de XIV rimas seguidas cada una de una contra-

rima o parodia que acreditan a Eduardo de la Barra (que es el poeta que se escondía tras el seudónimo Rubén Rubí) de ágil versificador.

Mapes (*L'influence française*, etc.), alude a una edición de 1889 de las *Rimas* de Rubén Darío. No la he visto. Como da por sitio de impresión Valparaíso, supongo que se tratará de un error por 1888, fecha de la edición que se acaba de describir.

6. Darío (Rubén)

Azul. . . I Cuentos en prosa. II El año lírico. Valparaíso. Imprenta y Litografía Excelsior. 14, Calle Serrano, 14. MDCCCLXXXVIII.

XXXIV más 134 págs.

A la vuelta de la primera página, en blanco, se lee: «De este libro se han tirado veinte ejemplares en papel Holanda, numerados (1 a 20). Un ejemplar en papel Japón.» La dedicatoria es «Al Sr. D. Federico Varela». *Prólogo*, que ocupa las páginas de numeración romana, de Eduardo de la Barra. El colofón dice: «Este libro se acabó de imprimir, en Valparaíso, el 30 de Julio de MDCCCLXXXVIII en la Imprenta Excelsior.»

Hay referencias a este libro en la parte III, *Bio-bibliografía*, fuera de lo que sobre él se ha dicho en el texto, capítulo V.

1890

7. Darío (Rubén)

A. de Gilbert. San Salvador. Imprenta Nacional. 1889.

VII más 212 págs.

Las páginas iniciales, con números romanos, están ocupadas por un prólogo de Juan J. Cañas, fechado en San Salvador, a 4 de Octubre de 1889. Como se sabe, este libro incorrecto y presuroso, motivado por la prematura muerte de Pedro Balmaceda Toro, es el testimonio más fiel aunque no el más completo que Rubén Darío dejó sobre su estancia en Chile.

Por más que en la portada de este libro se da como año de publicación 1889, el colofón dice así: «Este libro se acabó de imprimir en San Salvador el treinta y uno de Enero de MDCCCXC, en la Imprenta Nacional.»

1895

8. Darío (Rubén)

Gotas de absintio (Cuentos), por Emilio Rodríguez Mendoza. (A. de Géry.) Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. Bandera 73. 1895.

73 págs. más XI.

El prólogo, de Rubén Darío, no ha sido escrito en Chile: lleva al pie la fecha: Buenos Aires, Agosto de 1895. En él se lee una buena definición del libro. Rubén

Darío, en efecto, se refiere a los cuentos que lo componen y dice: «todos estos cuentos, más bien poemas en prosa».

1897

9. Solar (Alberto del)

El Mar en la Leyenda y en el Arte. Conferencia leída en el Ateneo de Buenos Aires, el 14 de Agosto de 1897, por Alberto del Solar. Buenos Aires. Imprenta de Pablo E. Coni e hijos. 1897.

XVII más 120 págs.

El prólogo, de Rubén Darío, está fechado en Buenos Aires, Septiembre de 1897.

1903

10. Darío (Rubén).

Azul... Santiago. Librería. Imprenta y Encuadernación de Guillermo E. Miranda. 1903.

38 págs.

Esta edición sólo contiene la parte poética del libro, titulada *El año lírico*.

1911

11. Darío (Rubén)

La Piedad Sentimental. Novelas rimadas por Francisco Contreras. Garnier Hermanos, Libreros-editores. S. A.

XVIII más 148 págs.

El prefacio, de Rubén Darío, está fechado en París, Abril de 1911, y se encuentra también en *Todo al vuelo* (ver la anotación correspondiente).

1912

12. Darío (Rubén)

Todo al vuelo. Madrid. Renacimiento. Sociedad Anónima Editorial. 1912.

256 págs.

En este libro aparecen dos artículos dedicados a cosas chilenas. El primero

se titula *Letras Chilenas. Francisco Contreras* (p. 108-116) y el segundo, *Un libro sobre Chile* (p. 232-238) y versa sobre la obra de Eduardo Poirier, *Chile en 1908*.

13. Darío (Rubén)

Azul... 1912. «El Libro Barato». Valparaíso.

146 págs. A la vuelta de la portada: Imprenta Barcelona, Santiago.

Es reproducción de todo el contenido de la primera edición de *Azul*, ya descrita, con la excepción del prólogo de Eduardo de la Barra y de la dedicatoria.

1918

14. Darío (Rubén)

Canto épico a las glorias de Chile. Premiado en el Certamen Varela en 1887. Imprenta «El Globo». San Isidro 59. Santiago. 1918.

8.º 30 págs.

Edición hecha por orden de don Samuel Ossa Borne.

1922

15. Darío (Rubén)

Sus mejores poemas. Selección de Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes. Librería Nascimento. Santiago de Chile. [Sin año.]

8.º 287 págs.

Se inicia con unas palabras (*Habla el poeta*) en que Darío cuenta someramente su vida, y comprende poesías desprendidas de cada uno de los libros del poeta, más algunas dispersas.

1927

16. Darío (Rubén)

Obras de juventud de Rubén Darío. Memorias de Chile. Ablojos. Impresiones de Santiago. Emelina. Rimas. Canto épico a las Glorias de Chile. Azul. Hombres de Chile. A. de Gilbert. Edición ordenada, con un ensayo sobre Rubén Darío en Chile, por Armando Donoso. Editorial Nascimento. Santiago, Concepción. 1927.

8.º 413 págs.

El estudio sobre *Rubén Darío en Chile* abarca de la p. 7 a la 127. Es el primer intento de reconstitución total de la vida de Darío en Chile. (Es una nueva

redacción de artículos publicados por el autor en la *Revista Chilena*, ver III parte, *Bio-bibliografía*.) En la selección de la obra del poeta escrita en Chile se reproducen sólo fragmentos de libros (*Abrojos* y *Azul*... se publican in extenso) y no los artículos dispersos en diarios y revistas. El señor Donoso ha anunciado la publicación integral de esos trabajos y tengo entendido que los originales están hace tiempo en poder de un editor europeo. Este libro no ha visto hasta ahora la luz. Véase el núm. 210.

17. Darío (Rubén)

Emelina. Novela en colaboración con Eduardo Poirier. Estudio preliminar de Francisco Contreras. París. Agencia Mundial de Librería. 14, rue des Saints-Pères, 14. [Sin año.]

XXX más 200 págs. Sobre el título: *Obras desconocidas de Rubén Darío*.

El estudio del señor Contreras, fechado en 1927, fija aproximadamente la publicación de este libro.

Aun cuando se trata de un trabajo esmerado y cuerdo, hay en él algunos errores. En la p. XIII el autor dice que Darío hizo su viaje a Chile gracias a «los recursos que le había dado un premio literario». (Ver el N.º 137 de esta sección.) Dice más adelante que Eduardo Poirier era alto funcionario de la administración. Cuando Darío lo conoció era gerente del Telégrafo Comercial de Valparaíso y traducía folletines para *El Mercurio*. No tenía ningún puesto público. En la p. XIX fija en 1888 la redacción de las *Rimas*. No es posible, comoquiera que fueron presentadas al Certamen Varela, que se realizó en 1887. En 1888 las rimas fueron publicadas por de la Barra (ver N.º 5).

Sobre *Emelina*, el autor incurre desgraciadamente en un error muy extendido: «Escribió Rubén Darío esta novela en colaboración para presentarla al Certamen Varela de 1887.» (P. XXI). He dicho ya en la parte pertinente que esto no es efectivo; a ella remito al lector.

1929

18. Darío (Rubén)

Sus mejores Poemas. Selección de Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes. II Edición Revisada y Aumentada. Editorial Nascimento. Santiago, Concepción, Chile. 1929.

8.º 304 págs.

Como reza el título, esta nueva edición rectifica algunos errores que se deslizaron en la primera y es más completa que ésta.

II. ARTICULOS Y POESIAS

1886

19. Darío (Rubén)

Benjamín Vicuña Mackenna.

En *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de Abril de 1886.

20. Darío (Rubén)

La erupción del Momotombo.

En *El Mercurio*, Valparaíso, 16 de Julio de 1886.

Este artículo es el primero que escribió Darío especialmente para un diario chileno. El anterior, como se sabe, había sido reproducido de un diario nicaragüense.

21. Darío (Rubén)

[Carta a la señora Victoria Subercaseaux de Vicuña.]

En *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de Julio de 1886.

Versa sobre la *Corona Fúnebre* a la memoria de don Benjamín Vicuña Mackenna y se duele de que el artículo colacionado aquí con el número 19 no fuese reproducido en dicha publicación.

22. Darío (Rubén)

Don Hermógenes de Irisarri.

En *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de Julio de 1886.

Artículo motivado por la muerte de Irisarri.

22 a) Darío (R.)

Cantos chilenos. I. El Manto.

En *La Epoca*, Santiago, 5 de Agosto de 1886.

22 b) Darío (Rubén)

El canal por Nicaragua.

En *La Epoca*, Santiago, 6 de Agosto de 1886.

22 c) Darío (Rubén)

Zoilo. Del poema Los Cauterios.

En *La Epoca*, Santiago, 8 de Agosto de 1886.

22 d) Darío (Rubén)

La Unión Centro-Americana.

En *La Epoca*, Santiago, 12 de Agosto de 1886.

22 e) Darío (R.)

Ondas y nubes. A Eduardo Poirier.
En *La Época*, Santiago, 22 de Agosto de 1886.

Aparece fechada «a bordo del Uarda, Junio de 1886». Fué escrita, pues, durante el viaje de Darío a Chile.

22 f) Darío (Rubén)

La Plegaria.
En *La Época*, Santiago, 31 de Agosto de 1886.

22 g) Darío (Rubén)

La Entrada a Jerusalén. Del poema póstumo de Víctor Hugo:
El Fin de Satán.
En *La Época*, Santiago, 15 de Setiembre de 1886.

22 h) Darío (Rubén)

En el Sur. A Mary F. Robinson.
En *La Época*, Santiago, 18 de Setiembre de 1886.

22 i) Darío (Rubén)

Apuntaciones y párrafos.
En *La Época*, Santiago, 18 de Setiembre de 1886.

22 j) Darío (Rubén)

Una contestación.
En *La Época*, Santiago, 25 de Setiembre de 1886.

Está dirigida a los Directores de *La Libertad Electoral*.

22 k) Darío (Rubén)

¡Al trabajo!...
En *La Época*, Santiago, 29 de Setiembre de 1886.

22 l) Darío (Rubén)

Apuntaciones y párrafos.
En *La Época*, Santiago, 3 de Octubre de 1886.

23. Darío (Rubén)

Abrojo.

En *La Época*, Santiago, 13 de Octubre de 1886.

Es el que comienza:

 Cuando la vió pasar el pobre mozo...

23 a) Darío (Rubén)

Sarah.

En *La Época*, Santiago, 17 de Octubre de 1886.

Es un elogio lírico de Sarah Bernhardt, que se hallaba en aquel entonces en Santiago.

24. Darío (Rubén)

Campoamor.

En *La Época*, Santiago, 24 de Octubre de 1886.

Publicada a continuación de un artículo de Campoamor y de unas composiciones poéticas del mismo; es la décima que se ha reproducido en todos los periódicos literarios de lengua española y que saben de memoria miles de aficionados a la poesía. El artículo de Campoamor es el primero que el poeta español, entonces en el apogeo de su fama, envió al diario santiaguino. Sobre el nacimiento de la décima hay datos en el texto y en la parte III, *Bio-bibliografía*.

25. Darío (Rubén)

Abrojo.

En *La Época*, Santiago, 11 de Noviembre de 1886.

Es el que empieza:

 ¡Un pensamiento! Cosa
 que mucho hace pensar...

26. Darío (Rubén)

Abrojo.

En *La Época*, Santiago, 18 de Noviembre de 1886.

Es el que dice:

 Una mañana de invierno
 hallé en el suelo, aterido,...

26 a) Darío (Rubén)

¡Al Trabajo!...

En *El Taller Ilustrado*, Santiago, Diciembre de 1886, núm. 63, año II.

Es la misma poesía colacionada en el núm. 22 k.

27. Darío (Rubén)

Abrojo.

En *La Época*, Santiago, 5 de Diciembre de 1886.

Empieza diciendo:

Cantaba como un canario
mi amada alegre y gentil...

27 a) Darío (Rubén)

El pájaro azul.

En *La Época*, Santiago, 7 de Diciembre de 1886.

27 b) Darío (Rubén)

Bouquet.

En *La Época*, 9 de Diciembre de 1886.

Es un elogio de las flores, en prosa.

27 c) Darío (Rubén)

Una Exposición.

En *La Época*, Santiago, 23 de Diciembre de 1886.

Se refiere a una exposición de labores femeninas.

28. Darío (Rubén)

Abrojo.

En *La Época*, Santiago, 26 de Diciembre de 1886.

Comienza:

Niña hermosa, que me humillas...

28 a) Darío (Rubén)

Abrojo.

En *La Época*, 31 de Diciembre de 1886.

Es el que comienza:

Oh, Rosario, te quiero...

1887

29. Darío (Rubén)

El fardo. A Luis Orrego Luco. (Cuento.)
En *Revista de Artes y Letras*, 1887, p. 113, t. 9.

Aparece también en *Azul*...

30. Darío (Rubén)

Album porteño. (Poemas en prosa.)
En *Revista de Artes y Letras*, 1887, p. 98, t. 10.

Publicado más tarde en *Azul*.

31. Darío (Rubén)

Album santiaguino. (Poemas en prosa.)
En *Revista de Artes y Letras*, 1887, p. 444, t. 10.

Aparece también en *Azul*...

32. Darío (Rubén)

La canción del oro. (A Pedro Barros.)
En *Revista de Artes y Letras*, 1887, p. 464, t. 11.

Publicado luego en *Azul*...

33. Darío (Rubén)

Apuntaciones literarias. Penumbas. (Poesías de Narciso Tondreau.)

En *La Epoca*, 14 de Enero de 1887.

34. Darío (Rubén)

Abrojo.
En *La Epoca*, Santiago, 16 de Enero de 1887.

Es el que comienza:
Viendo a su madre aterida...

35. Darío (Rubén)

Anatk. AVAIXY. (A Pedro Balmaceda.)

En *La Época*, 11 de Febrero de 1887.

Fecha en Valparaíso, 1887. En *Azul...* se titula *Anagke*.

35 a) Darío (Rubén)

Pensamiento de Otoño. De Armand Silvestre.
En *La Época*, 15 de Febrero de 1887.

Fecha en 1887.

36. Darío (Rubén)

En el álbum de Pedro Nolasco Préndez.
En *La Época*, Santiago, 4 de Marzo de 1887.

37. Darío (Rubén)

Idilio y drama. Colaboración de *La Época*.
En *La Época*, Santiago, 15 de Marzo de 1887.

En *Azul...* este poema aparece con el nombre de *Estival*.

37 a) Darío (Rubén)

Aviso del porvenir.
En *La Época*, 24 de Marzo de 1887.

Fecha en Valparaíso, Marzo de 1887.

37 b) Darío (Rubén)

A Rosa.
En *La Época*, 13 de Abril de 1887.

Fecha en Valparaíso, 1.º de Abril de 1887.

38. Darío (Rubén)

Autumnal. Para el álbum de la señorita E. R.
En *La Época*, Santiago, 14 de Abril de 1887.

Se publica con elocuente nota de la redacción como encabezamiento.

39. Darío (Rubén)

El rey Krupp. Colaboración de *La Época*.
En *La Época*, Santiago, 29 de Abril de 1887.

40. Darío (Rubén)

El fardo. A Luis Orrego Luco.
En *La Época*, 30 de Abril de 1887.

Aparece en *Azul*... Reproducido de la *Revista de Artes y Letras*; véase N.º 29.

41. Darío (Rubén)

El palacio del Sol. A Carlos A. Eguiluz. Colaboración para
La Época.

En *La Época*, Santiago, 15 de Mayo de 1887.

Aparece también en *Azul*...

42. Darío (Rubén)

Invernal.
En *La Época*, Santiago, 5 de Junio de 1887.

Aparece también en *Azul*...

En el mismo número, don Narciso Tondreau dedica a Rubén Darío su poesía *Mis amores*.

43. Darío (Rubén)

El zorzal y el pavo real. Fábula.
En *La Época*, Santiago, 23 de Septiembre de 1887.

44. Darío (Rubén)

Primaveral. A Alfredo Irarrázaval Z.
En *La Época*, 25 de Septiembre de 1887.

Aparece en *Azul*...

45. Darío (Rubén)

El velo de la reina Mab.
En *La Época*, Santiago, 2 de Octubre de 1887.

Publicado también en *Azul*...

46. Darío (Rubén)

Canto Epico a las Glorias de Chile por Rubén Darío. Premia-

do en el Certamen Varela. Al Excmo. señor don José Manuel Balmaceda.

En *La Epoca*, Santiago, 9 de Octubre de 1887.

47. Darío (Rubén)

La cabeza del rawi. (Oriental.) Para un álbum.
En *La Epoca*, Santiago, 2 de Noviembre de 1887.

Aparece en *Epístolas y Poemas*.

48. Darío (Rubén)

Un cuento alegre. A Alcibíades Roldán.
En *La Epoca*, Santiago, 4 de Noviembre de 1887.

Es *El rey burgués*, que luego apareció en *Azul*...

49. Darío (Rubén)

Erasmus a Publio.
En *La Epoca*, Santiago, 16 de Noviembre de 1887.

50. Darío (Rubén)

Rima.
En *La Epoca*, Santiago, 20 de Noviembre de 1887.

● Es la que dice:

En tus ojos, un misterio;
en tus labios, un enigma;
y yo fijo en tus miradas
y extasiado en tus sonrisas.

51. Darío (Rubén)

La ninfa. Cuento parisiense.
En *La Epoca*, 25 de Noviembre de 1887.

Publicado también en *Azul*...

52. Darío (Rubén)

Un soneto para bebé. A Carlitos Hübner Bezanilla.
En *La Epoca*, Santiago, 4 de Diciembre de 1887.

Fechado en Santiago, Noviembre de 1887.

53. Darío (Rubén)

El arte. A Nicanor Plaza, estatuario.
En *La Epoca*, Santiago, 6 de Diciembre de 1887.

54. Darío (Rubén)

A Juan Montalvo.
En *La Epoca*, Santiago, 18 de Diciembre de 1887.

Al pie lleva como fecha 1883.

55. Darío (Rubén)

La copa de las hadas. En el álbum de la señorita D. V. C.
En *La Epoca*, Santiago, 25 de Diciembre de 1887.

Fechado en Santiago, Diciembre de 1887.

56. R. D.

A Ladislao Errázuriz en la muerte de su esposa.
En *La Epoca*, Santiago, 29 de Diciembre de 1887.

Las iniciales R. D. y el estilo de la composición indican sin lugar a dudas que este soneto debe ser atribuído a Rubén Darío.

57. Darío (Rubén)

La Literatura en Centro América.
En *Revista de Artes y Letras*, 1887, p. 589, t. 11, y p. 340 y 593, t. 12.

No he visto reproducido más tarde en parte alguna este trabajo panorámico, que no deja de ofrecer aspectos curiosos.

1888

58. Darío (Rubén)

Goethe y la segunda parte del «Fausto».
En *Revista de Artes y Letras*, 1888, p. 442, t. 12.

No es original. Comienza diciendo: «Un joven escritor italiano, Augusto Cesari, residente en Bolonia y discípulo de Giosué Carducci, ha escrito el siguiente juicio sobre Goethe y la segunda parte de su poema admirable, juicio hasta ahora inédito que tengo el gusto», etc.

58 a) Darío (Rubén)

El ala del cuervo.

En *La Época*, 1.º de Enero de 1888.

58 b) Darío (Rubén)

Toda la lira.

En *La Época*, 8 de Enero de 1888.

58 c) Darío (Rubén)

José López.

En *La Época*, 18 de Enero de 1888.

Es un poema.

58 d) Darío (Rubén)

El poeta a las Musas.

En *La Época*, 15 de Enero de 1888.

59. Darío (Rubén)

Amunátegui.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 28 de Enero de 1888.

Versa sobre don Miguel Luis Amunátegui y fué publicado entre varios artículos destinados a honrar la memoria del historiador que acababa de fallecer.

59 a) Darío (Rubén)

Bouquet.

En *La Época*, 29 de Enero de 1888.

Se trata de varios poemitas de álbum.

60. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 11 de Febrero de 1888.

Comienza: «Había un orto dulce y bello esta mañana. Yo, que casi nunca veo la aurora, estaba preocupado por tener que iniciar hoy estas revistas semanales de *El Heraldo* y, lo que es peor, sin hallar sobre qué escribir la primera.»

Después de confesar la dificultad de hallar tema para sus artículos, dice: «Vi que existe entre nosotros un mundo aparte, para el cual todo oro y sueño son pocos: el mundo de las mujeres. Escribiré—me dije—para tales lectoras. Sobre todo, sé que las de *El Heraldo* son muchas.

«Pláceme tener la honra de anunciarlas que todos los Sábados me dirigiré a ellas, bajo el patronato de sus blandas indulgencias, y que si solamente sus ojos pasaran sobre las líneas que debo escribir, sin más ambición, me consideraría el más dichoso de los narradores, pues tengo la creencia de que el eterno femenino es la eterna gloria.»

A continuación siguen unas líneas periodísticas, de fácil erudición, sobre los monstruos, otras sobre los veraneantes en Valparaíso y Viña del Mar, santiaguinos en su mayoría, y la crónica termina con una invitación a olvidar preocupaciones y a gozar del espectáculo de la naturaleza.

Como se puede ver, nada hay en ella sobre los deportes, como quiso hacer creer el poeta en su *Autobiografía*.

61. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 18 de Febrero de 1888.

Segunda crónica. Esta vez trata de la música, especialmente de la de Wagner, que Rubén Darío defiende; de la fundación de un nuevo diario en Valparaíso, y del tiempo.

62. Darío (Rubén)

Don Manuel Fernández y González.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 1.º de Marzo de 1888.

63. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 3 de Marzo de 1888.

Trata de la vuelta de los veraneantes a sus hogares, del cólera, de un prestidigitador que estaba entonces de paso en Chile y se hacía llamar Conde Patrizio de Castiglione; del descubrimiento del sarcófago de Alejandro el Grande, con lo cual termina esta crónica, más larga que las anteriores, tal vez para compensar la falta de la que correspondía al 25 de Febrero.

64. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 10 de Marzo de 1888.

Trata de la reciente muerte del Emperador de Alemania.

65. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 17 de Marzo de 1888.

La crónica se abre esta vez con una fantasía, semi-cuento, semi-poema en prosa, y salta de pronto al cólera, a la salvación de don Vicente Reyes (cuando se estaba ahogando) por don Anbal Zañartu, entonces Ministro del Interior; a la Patti y a los espectáculos teatrales de Valparaíso.

66. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 24 de Marzo de 1888.

La política y los bomberos, la fiesta fúnebre de la colonia alemana en homenaje al Emperador difunto: he aquí los temas de esta crónica.

67. Darío (Rubén)

Catulo Mendez [sic]. Parnasianos y decadentes.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 7 de Abril de 1888.

68. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 7 de Abril de 1888.

Esta es la crónica sobre los deportes a que alude Darío en su libro autobiográfico, y como el lector habrá observado, no es la primera que publicó *El Heraldo*. Es, por lo demás, un artículo espléndido, talvez el mejor de la serie.

69. Darío (Rubén)

En la revista *El eco literario*, órgano del círculo literario «Benjamín Vicuña Mackenna», que se publicó en Santiago en 1888, aparece (p. 41, al parecer, del segundo número), una información titulada *Dos inscripciones al lápiz*, en la cual se lee una cuarteta de Rubén Darío trazada junto al monumento del Obispo Vicuña, alzado en el Santa Lucía junto a la tumba de Vicuña Mackenna. Esos versos dicen así:

Dió el arte vida al bloque ¡oh ministro sagrado!
¡Que dé ánima a la piedra el soplo de Jesús
y que descienda sobre la gran ciudad brillante
de la mano de mármol la bendición de luz!

70. Darío (Rubén)

La Semana.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 14 de Abril de 1888.

Dedicada a la muerte de don Ramón Vial Bello; también se refiere a la de *Laurent de Saint Cricq, escritor francés que estuvo en Chile.*

71. Darío (Rubén)

Los versos de Beaumarchais.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 18 de Mayo de 1888.

72. Darío (Rubén)

La canción del oro.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 1.º de Junio de 1888.

Aparece en *Azul*.

73. Darío (Rubén)

El rubí. A Armand Silvestre, en pago de una frase bondadosa.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 9 de Junio de 1888.

Apareció también en *Azul*...

La enigmática dedicatoria ¿significa acaso que Darío había iniciado correspondencia con Silvestre? Recuérdese que en *Azul*... iba a insertar luego Darío una traducción de un poema de Silvestre, *Pensamientos de otoño*; véase 35 a.

74. Darío (Rubén)

Lastarria.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 16 de Junio de 1888.

Soneto motivado por la muerte del autor de los *Recuerdos literarios*.

75. Darío (Rubén)

Palomas blancas y garzas morenas.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 23 de Junio de 1888.

Se publica también en *Azul*...

76. Darío (Rubén)

Hija de su padre. A Narciso Tondreau.

En *La Libertad Electoral*, 13 de Julio de 1888.

Versa sobre Judith Gautier.

77. Darío (Rubén)

Morbo et umbra. A Vicente Rojas y Rojas.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 30 de Julio de 1888.

78. Darío (Rubén)

El perro del ciego. Cuento para los niños.
En *La Libertad Electoral*, 21 de Agosto de 1888.

79. Darío (Rubén)

Hebraico.
En *La Libertad Electoral*, 3 de Septiembre de 1888.

80. Darío (Rubén)

Arte y hielo. A Carlos T. Robinet.
En *La Libertad Electoral*, 20 de Septiembre de 1888.

81. Darío (Rubén)

Pedro León Gallo, poeta.
En *La Libertad Electoral*, 5 de Octubre de 1888.

82. Darío (Rubén)

El sátiro sordo. Cuento griego.
En *La Libertad Electoral*, Santiago, 15 de Octubre de 1888.

Aparece en la segunda edición de *Azul*...

83. Darío (Rubén)

El humo de la pipa.
En *La Libertad Electoral*, Santiago, 19 de Octubre de 1888.

83 a) Darío (Rubén)

Sonetos americanos.
En *La Epoca*, 11 de Noviembre de 1888.

Son tres, titulados respectivamente *Chinampa*, *El sueño del Inca* y *El toqui*. Este último es el que más tarde se tituló *Caupolicán*. Están fechados en Noviembre de 1888. Esto explica que estos sonetos no figuraran en la primera edición de *Azul*... Al reproducirlos en las otras ediciones, sin dejar testimonio de aquella circunstancia, los editores de Darío han dado origen a diversas confusiones.

83 b) Darío (Rubén)

A propósito de un nuevo libro. Carta al señor don A. Aragón, Director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua en Centro América.

En *La Epoca*, 16 de Noviembre de 1888.

Versa sobre el libro *Siluetas de la historia* de que es autor don Pedro N. Préndez.

83. c) Darío (Rubén)

Abrojos.

En *La Epoca*, 9 de Diciembre de 1888.

1889

84. Darío (Rubén)

El libro «Asonantes» de Narciso Tondreau.

En *Revista de Artes y Letras*, 1889, p. 357, t. 16.

En nota al pie: «Este estudio, según sabemos, servirá de prólogo al nuevo libro de versos que próximamente publicará el señor Tondreau.» Trabajo de gran importancia para conocer la estancia del poeta en Chile. Según el señor Tondreau, este artículo ha sido reproducido en *El Repertorio Salvadoreño*, núm. I, Julio de 1889. *Asonantes* del señor Tondreau no se ha publicado hasta ahora.

84 a) Darío (Rubén)

Abrojos.

En *La Epoca*, 3 de Febrero de 1889.

Fechados en 1889.

84 b) Darío (Rubén)

Al Obrero. Composición leída en la celebración del aniversario de «La Liga Obrera de Valparaíso».

En *El Sud-Americano*, Febrero 20 de 1889, p. 300.

85. Darío (Rubén)

Desde Valparaíso. Llegada de la Argentina y del Almirante Barroso. Recepción y festejos. Domeyko.

En *La Epoca*, Santiago, 1.º de Marzo de 1889.

Fechado en Valparaíso, el 3 de Febrero de 1889, es este un artículo con forma de carta dirigida al Director de *La Nación* (de Buenos Aires); con él comenzó la larga colaboración de Darío en el diario de Mitre.

86. Darío (Rubén)

Unión Centro Americana. (Composición leída por su autor en

el banquete dado por los Plenipotenciarios de Centro América al Presidente del Salvador, el 20 de Octubre de 1889.)

En *La República*, Santiago, 15 de Diciembre de 1889, núms. 14 y 15, p. 119.

1890

87. Darío (Rubén)

La muerte de la Emperatriz de la China. Al duque Job (México).

En *La República*, 15 de Marzo a 1.º de Mayo de 1890, núms. 26 a 33, p. 225.

88. Darío (Rubén)

Invernal.

En *La República*, Santiago, los mismos núms. anteriores, p. 243.

89. Darío (Rubén)

Laetitia!

En *La República*, Santiago, 15 de Mayo a 1.º de Julio de 1890, núms. 34 a 41, p. 269.

1893

90. García y Díaz (Emilio)

Ramillete de poesías de autores españoles y americanos en obsequio de la juventud, por Emilio García y Díaz. Valparaíso. Librería del Porvenir. 138-Victoria-140. 1893.

223 págs.

Contiene *La paloma* de Rubén Darío (p. 139), que es la composición titulada *Anagke en Azul...*

1895

91. Darío (Rubén)

Canciones de España. A la seguidilla.

En *La América Moderna*, núms. III-IV, p. 307, 1895.

Más tarde se llamó *Elogio de la seguidilla*.

92. Darío (Rubén)

En un álbum.

En *Revista Cómica*, año I, núm. 5, p. 35, 1895.

Dice:

Las almas sensitivas
y todos los poetas soñadores
proclaman como rey de los olores
el olor virginal de flores vivas.

1897

93. Darío (Rubén)

Estrofas inéditas.

En *Lilas y Campánulas*, N.º 1, p. 6, 1897.

Es una larga composición que comienza:

¡Ya Dionisio en su pollino
no visita templos fálicos,
al són de sistros metálicos
y entre los cantos del vino!

94. Darío (Rubén)

Frente al Arco de Triunfo.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 16 de Diciembre de 1900.

1901

95. Darío (Rubén)

Medallones. (Salvador Díaz Mirón.)

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 13 de Enero de 1901.

96. Darío (Rubén)

Febea.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 27 de Enero de 1901.

97. Darío (Rubén)

Las ánforas de Epicuro. A los poetas risueños. La hoja de oro.
Dafne.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 17 de Febrero de 1901.

98. Darío (Rubén)

Medallones. I. Leconte de Lisle. II. Parodi. III. J. J. Palma.
En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 7 de Abril de 1901.

99. Darío (Rubén)

De «Las ánforas de Epicuro». La Espiga. La Anciana.
En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 14 de Abril de 1901.

99 a) Darío (Rubén)

El fardo.

En *Instantáneas de Luz y Sombra*, Santiago, 12 de Mayo de 1901.

100. Darío (Rubén)

Los ojos negros de Julia.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 9 de Junio de 1901.

101. Darío (Rubén)

Año nuevo.

En *Instantáneas de Luz y Sombra*, Santiago, 1.º de Enero de 1901.

102. Darío (Rubén)

El rey burgués. Cuento alegre por Rubén Darío.

En *Instantáneas de Luz y Sombra*, Santiago, 26 de Mayo de 1901.

103. Darío (Rubén)

La canción del oro.

En *Instantáneas de Luz y Sombra*, 28 de Julio de 1901.

104. Darío (Rubén)

Ante León XIII.

En *Instantáneas de Luz y Sombra*, Santiago, 13, 20 y 27 de Octubre de 1901.

105. Darío (Rubén)

El dios bueno.

En *Instantáneas de Luz y Sombra*, Santiago, 29 de Diciembre de 1901.

1907

106. Darío (Rubén)

Caridad.

En *Zig-Zag*, 29 de Diciembre de 1907.

Fechada en Palma de Mallorca, 1907.

1909

107. Darío (Rubén)

Rima.

En *Letras*, 8 de Mayo de 1909, Santiago.

Es la que dice:

Quando la vió pasar el pobre mozo...

108. Darío (Rubén)

Lo que yo te daría.

En *Letras*, Santiago, 1.º de Mayo de 1909.

Es una rima de tres cuartetas.

1911

109. Darío (Rubén)

La larva.

En *Selecta*, año II, núm. 9, Enero de 1911, p. 374.

110. Darío (Rubén)

Historia de un sobretodo.

En *Selecta*, año III, núm. 4, Julio de 1911, p. 119.

111. Darío (Rubén)

Miss Isadora Duncan.

En *Selecta*, año III, núm. 8, Noviembre de 1911, p. 234.

1912

112. Darío (Rubén)

Spes.

En *Musa Joven*, núm. 1, 2 de Junio de 1912.

113. Darío (Rubén)

Tríptico de Nicaragua. I. Los bufones. II. Eros. III. El terremoto.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 19 de Julio de 1912.

114. Darío (Rubén)

La rosa niña.

En *Musa Joven*, núm. 3, 20 de Julio de 1912, p. 35.

115. [Darío (Rubén)]

Francisco Contreras.

En *Musa Joven*, núm. 4, Agosto de 1912, p. 1.

Aparece sin la firma.

116. Darío (Rubén)

Pequeño Poema de Carnaval.

En *Musa Joven*, núm. 4, Agosto de 1912, p. 14.

1913

117. Darío (Rubén)

Pequeño Poema de Carnaval.

En *El Diario Ilustrado*, 3 de Febrero de 1913.

118. Darío (Rubén)

Vida de Rubén Darío en Chile.

En *La Razón*, Santiago, 4 de Febrero de 1913.

1914

119. Darío (Rubén)

Babyhood. Última poesía de Rubén Darío. A Julia Beatriz Berisso.

En *Primerose*, Chillán, 7 de Junio de 1914, año I, núm. 16.

120. Darío (Rubén)

Caupolicán.

Primerose, Chillán, 4 de Octubre de 1914, año I, núm. 24.

121. Darío (Rubén)

Ramón del Valle Inclán.

En *Primerose*, Chillán, 15 de Noviembre de 1914, año II, núm. 27.

1915

122. Darío (Rubén)

Diplomáticos poetas. Fontoura Xavier.

En *Primerose*, Chillán, 1.º de Setiembre de 1915, año II, núm. 38.

1916

123. Darío (Rubén)

Una composición inédita de Rubén Darío. Salmo.

En *Primerose*, Chillán, Abril de 1916, año III, núm. 45.

Es el que dice:

Un golpe fatal
quebranta el cristal...

124. Darío (Rubén)

Rubén Darío en Chile.

En *Pacífico Magazine*, Febrero de 1916, p. 135-144.

Información periodística a propósito de la muerte del poeta, formada con fragmentos de escritos de Darío referentes a su estada en Chile y con algunos de sus poemas. Ilustrada con retratos y reproducciones de portadas de libros. Una breve introducción a manera de epígrafe, firmada por A. D., informa acerca de la importancia que para Chile tiene la muerte del poeta.

125. Darío (Rubén)

El poema de la rosa niña. Divagaciones.

En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

Como epígrafe se lee: «Hojeando los diarios de Centro América, último refugio del poeta, que fué a esperar la muerte en su país natal, en el regazo de la mujer a quien se uniera en una hora de locura juvenil, hemos encontrado los últimos trozos de su pluma fecunda.»

126. Darío (Rubén)

Chile.

En *La Unión*, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

Reproducido de *Mundial Magazine*.

127. Darío (Rubén)

Palas Athenea. Una de las últimas poesías de Rubén Darío. Escrita expresamente por el poeta para las fiestas de Minerva, celebradas en Guatemala en 1915.

En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 10 de Febrero de 1916.

128. Darío (Rubén)

Poesías de Rubén Darío. Era un aire suave. Rimas triunfales.

En *Sucesos*, 24 de Febrero de 1916.

En el mismo número se publica, además, *A Roosevelt*.

129. Darío (Rubén)

Los motivos del lobo.

En *Sucesos*, 9 de Marzo de 1916.

130. Darío (Rubén)

Recursos geniales. Un préstamo de Rubén Darío. La profecía de Horacio. (Al amigo Dr. don Jerónimo Ramírez.)

En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 4 de Abril de 1916.

En un epígrafe se lee: «Ha muchos años, en la lejana capital de Nicaragua, un grupo de intelectuales habitaba cierta parte de la ciudad a la que nombraban «barrio latino». Rubén Darío, casi un adolescente, era el más joven del gremio; y el Dr. Jerónimo Ramírez, médico distinguido y hombre de letras, y don Modesto Barrios, orador profundo y sonoro, eran los directores de aquel grupo de hombres exquisitos. En cierta ocasión, Darío, siempre lleno de deudas y acosado por

sus sastres, le envió al Dr. Ramírez la carta-préstamo en verso que copiamos aquí.
El poema se titula *La profecía de Horacio*.

131. Darío (Rubén)

Un soneto a Cervantes.
En *Sucesos*, 1.º de Junio de 1916.

Comienza:

Horas de pesadumbre y de tristeza...

132. Darío (Rubén)

Benjamín Itaspes. Confesiones de Rubén Darío.
En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 14 de Noviembre de 1916.

Es un capítulo de *El oro de Mallorca*.

1917

133. Darío (Rubén)

Benjamín Itaspes. (De la revista *Nosotros*).
En *Los Diez*, Santiago, núm. IV, p. 300, Abril de 1917.

Véase el número anterior.

134. Darío (Rubén)

Valldemosa.
En *Selva Lírica*, Santiago, núm. 3, Octubre de 1917, p. 22.

Es un fragmento de la famosa *Epístola a la señora de Lugones*.

1918

135. Darío (Rubén)

El Manto. Cantos chilenos.
En *Revista Chilena*, núm. XII, Mayo de 1918, p. 221.

Lleva una nota de la Dirección que dice: «Gracias a la gentileza de nuestro amigo don Armando Donoso reproducimos esta poesía que Rubén Darío, en los comienzos de su carrera literaria, antes que el triunfo lo consagrara en todos los pueblos de habla española, publicó en la prensa diaria de nuestro país.» Véase el núm. 22 a.

1924

135 a) Darío (Rubén)

Los motivos del lobo.

En *Revista Católica*, Santiago, t. XLVII, 1924, p. 552.

1927

136. Darío (Rubén)

Canto épico a las glorias de Chile.

En *Revista Chilena*, año XI, Junio y Julio de 1927, núms. 86 y 87, p. 129.

III. BIO-BIBLIOGRAFÍA

1886

137. [Anónimo]

Don Rubén Darío.

En *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de Julio de 1886.

Da cuenta de la llegada de Darío a Chile. En la misma edición de este diario, bajo el título *Nicaragua* de la sección de noticias extranjeras, se lee: «*Para Chile*. El joven poeta Rubén Darío partió para Chile, habiéndole proporcionado el gobierno el pasaje y algunos fondos para los primeros meses de su residencia en aquella República. Deseámosle próspero viaje y que sepa aprovechar el tiempo en un país que entre los de Hispano América está resplandeciendo por sus progresos intelectuales y positivos. (*Independiente* de Granada del 26 de Mayo).»

Me parece que esto basta para quitar todo fundamento a la leyenda (transmitida por don Jorge Huneeus Gana a Armando Donoso, quien la recogió en la p. 31 de *Rubén Darío en Chile, Obras de Juventud*) de que Darío habría salido de Nicaragua poco menos que fugado a causa de un acontecimiento político.

1887

138. Poirier (Eduardo)

Revista literaria. Abrojos, por Rubén Darío.

En *Revista de Artes y Letras*, 1887, t. IX, p. 73.

Interesante recensión crítica en que se señalan las influencias que en ese tiempo pesaban sobre la poesía del nicaragüense. «Los versos íntimos, los que algo

nos revelan de amores desastrados, tienen a las claras verdadero parentesco con las *Rimas* de Bécquer y con el *Intermezzo* de Heine. Otros parecen haber sido dictados por la misma musa que inspirara sus *Saetas* a Leopoldo Cano y sus *Arabescos* al malogrado Bartrina.»

Más adelante escribe: «No terminaremos este modesto ensayo crítico sin dar nuestros parabienes y desear nuevos triunfos al autor de *Abrojos*. . . .» Y finaliza: «Ya nos ha dado *Abrojos*; pues bien, dénos luego *Buen Humor*, o cosa por el estilo, y háganos gozar tanto con la nota alegre como lo ha hecho con la nota triste, aunque reveladora de placeres inefables y cuyas hondas amarguras han venido suavemente envueltas en raros dulzores. . . .»

Este artículo está fechado en Valparaíso, Marzo 21 de 1887.

139. [Anónimo]

Canto Epico a la guerra del Pacífico por Rubén Darío, premiado en el Certamen Varela. Hemos adquirido de su autor este precioso canto, y tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que será publicado en *La Época* del Domingo próximo, con un juicio crítico de nuestro colaborador don Jorge Huneeus Gana.

En *La Época*, Santiago, 8 de Octubre de 1887.

Con estas palabras anunció *La Época* la publicación del *Canto*.

140. Huneeus Gana (Jorge)

Canto épico a las glorias de Chile, por Rubén Darío.

En *La Época*, 9 Santiago, de Octubre de 1887.

Se publica a continuación del *Canto* de Rubén Darío y es un artículo laudatorio que en buena parte se ocupa en rebatir la decisión del Jurado del Certamen Varela, que dió a este *Canto* sólo la mitad del primer premio. El señor Huneeus Gana pedía para él la totalidad de la recompensa.

140 a) (Anónimo)

(Párrafo sin título.)

En *El Ateneo de Santiago*, 15 de Octubre de 1887, núm. LXXVI, p. 224.

La sección *Revista Santiaguina* de la publicación citada contiene las siguientes líneas: «Y ya que hablamos de Rubén Darío.

«Todo el mundo habrá leído el canto épico a las glorias de Chile, que mereció un premio en el certamen Varela, y que este inspirado cuanto joven poeta ha dado a luz últimamente en uno de los diarios de la capital.

«Versos de oro y bronce, inspiración ardiente y majestuosa, noble sentimiento patriótico, corrección, unidad en el tema, he aquí lo que compone este canto que ha empeñado para con el autor la gratitud y el aplauso de los chilenos.

«Rubén Darío, que es hijo de Nicaragua, sólo cuenta veintiún años de edad. Por consiguiente empieza a vivir, y ya se ha puesto, con sus obras, al lado de aquéllos que llegan al fin de la jornada y que han necesitado de largos trabajos y fatigas para obtener el nombre que tienen.

«Su canto épico durará mientras exista un chileno sobre la tierra, y el sentimiento de lo bello y grande en los corazones humanos».

141. Warner (Eduardo von)

La crítica y el Canto Epico de D. Rubén Darío.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 24 de Octubre de 1887.

Artículo crítico lleno de reparos al *Canto Epico* y al artículo de don Jorge Huneeus Gana sobre el mismo (véase el núm. 140. En la página XXVIII hemos indicado ya que Eduardo von Warner parece ser seudónimo de E. Vásquez Guarda.

1888

142. Barra (Eduardo de la)

Crítica literaria. *Azul*. . . Cuentos en prosa. El año lírico, por Rubén Darío.

En *La Tribuna*, Santiago, 20 de Agosto de 1888.

Comienza: «Nos complacemos en abrir esta sección de nuestro diario reproduciendo el elegante prólogo y a la vez magistral estudio de crítica que, para la obra del señor Darío, ha escrito uno de los primeros literatos nacionales, don Eduardo de la Barra.» Como epígrafe del artículo se lee: «*L'art c'est l'azur*». *Victor Hugo*,

143. Barra (Eduardo de la)

Crítica literaria. *Azul*. . . Cuentos en prosa. El año lírico, por Rubén Darío. (Continuación).

En *La Tribuna*, Santiago, 21 de Agosto de 1888.

Continuación del anterior. Sigue publicándose el día 22 y concluye el día 24. En el último, la firma: E. de la Barra, C. E. de la Real Academia Española.

144. Puck

Un libro nuevo o la crítica literaria.

En *La Tribuna*, Santiago, 24 de Agosto de 1888.

Se refiere al prólogo de *Asul*, publicado en ese mismo diario y que ya hemos colacionado. El seudónimo *Puck* corresponde a Manuel Rodríguez Mendoza.

145. Dragón Azul (El)

Literatura. ¡César cruzando los Alpes! A M. Rodríguez Mendoza.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 12 de Setiembre de 1888.

El Dragón Azul es seudónimo de Eduardo de la Barra; con este artículo el poeta respondía a las observaciones del artículo *Un libro nuevo o la crítica literaria*.

146. Dragón Azul (El)

Literatura. ¡Pobre, está loco! I.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 21 de Setiembre de 1888.

Sobre el mismo asunto; el segundo artículo fué publicado al día siguiente.

1889

147. Corresponsal (El)

Valparaíso. Valparaíso, Febrero 9 de 1889.

En *La Epoca*, Santiago, 10 de Febrero de 1889.

En la crónica porteña de ese día se registra el siguiente párrafo: «Parte hoy a su patria en el Cachapoal Rubén Darío, el autor de *Azul*, el poeta de las rimas irisadas y áureas, el cantor de las glorias de Chile. Ha pasado en nuestro país tres de los mejores años de su vida. Su labor literaria y artística ha sido fecunda y variada. El poeta de sentimiento y de inspiración ha sabido encontrar aquí temas y argumentos dignos de su estro, que ha revestido luego del ropaje galano y espléndido que sabe dar a todas sus producciones. Saludamos en su despedida al cantor viajero y pedimos para él a la Providencia un porvenir lleno de ventura, de honor y de merecida gloria. Parécenos, y es de desearse, que el gobierno de su país habrá de colocarle en un medio, lugar y posesión en el extranjero, que puedan ser a propósito para que el hijo esclarecido siga honrando a su patria como lo ha hecho en Chile.»

148. Orrego Luco (Luis)

Rubén Darío.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, núms. 913 y 914, 20 y 21 de Febrero de 1889.

1890

149. Gavidia (Francisco)

«A de Gilbert» por Rubén Darío.

En *La República*, Santiago, 15 de Mayo a 1.º de Julio de 1890, núms. 34 a 41, p. 306.

150. Barra (Eduardo de la)

1887-1889. Poesías de Eduardo de la Barra, de la Real Academia Española. Tomo II. Poesía objetiva. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. Calle de la Bandera, 73. 1889.

440 págs.

En la *Quinta Parte*, titulada *Parodias*, p. 381 y sigs. hasta el final, aparecen *Las Rosas Andinas*. *Rimas y contra-rimas* que hemos descrito más atrás. En las *Notas* del mismo volumen, p. 431, se leen algunas noticias relativas a Rubén Darío: «Aconteció que tras del enojo de los irritables vates contra el autor de las *Rimas* laureadas [en el Certamen Varela], de que antes hicimos mención, algunos de ellos esperaban que el premio fuera objetable y, por lo mismo, impacientes aguardaban la publicación de los trabajos presentados al Certamen para ver y juzgar.

«El libro salió a luz: todos lo devoraron: ninguno alzó la voz para objetar los premios. Por el contrario, la lectura de las *Rimas* trajo una reacción a favor del laureado, y los jóvenes reconocieron que el fallo del jurado no era parcial e inmercedo.

«Sólo uno de ellos, más recalcitrante, no obedeció a los clarines de la retirada sin mostrar antes el puño cerrado al viejo poeta, objeto inocente de su saña.

«Convengo, dije, en que la obra premiada es de más mérito que las otras; pero apuesto que el premiado es incapaz de hacer algo tan artístico, tan lleno de frescura y savia juvenil, tan exuberante de vida, tan lleno de colores y reflejos tropicales como son las *Rimas* de Darío.

«Yo supe de aquel reto, y lo supe cuando aguardaba un nuevo ataque y por lo mismo me sentía profundamente dispuesto a la lucha. Caí en la tentación y acepté, pues, tácitamente el extraño desafío aquél.

«Casi maquinalmente abrí el libro del Certamen, y releí las lindas rimas de Darío, *dignas de mejor colocación*. Tentado estuve a darle la razón a mi contrario; pero entregarme sin intentar siquiera defenderme habría sido una cobardía. Cogí la pluma y escribí las contra-rimas.

«No bien nacidas, de mis manos volaron al público como un enjambre de abejas, y si mi adversario, el mantenedor, oyó sus zumbidos, ignoro lo que haya dicho y pensado.

«Pasadas mis vacaciones, regresé del campo, y la primera visita que recibí fué la de Rubén Darío, *quien me veía con mucha frecuencia*. Aquella vez, después de largos rodeos, hubo de abordarme al fin, y me habló de las *contra-rimas*.

«—¿Usted las ha leído?—me preguntó.

«—Sí: las conozco.

«—¿Y no sospecha usted de quién puedan ser?

«—Mieux que ça: conozco al autor.

«—¿De veras? ¿Quién es?... Dígame usted...

«—Jura y promete guardar el secreto?

«—Se lo prometo: ¿quién es el autor?

«—Yo.

«Darío se quedó estupefacto; mas, luego, me confesó que él y sus amigos, tras de muchas conjeturas, habían caído en la cuenta de que aquellas parodias eran mías y no de otro. Conté entonces cómo y por qué las había escrito; y él, hombre de talento, me refirió que había sido el primero en aplaudirlas por la prensa.»

151. Barrantes (V.)

El certamen Varela.

En *Revista de Artes y Letras*, t. XVI, 1889, p. 632.

Es una severa crítica tanto del poema épico de Darío como del de Pedro N. Préndez, premiado junto con aquél.

152. Balmaceda Toro (Pedro) (A. de Gilbert)

Estudios y Ensayos Literarios. Santiago, Imprenta Cervantes, 1889.

XXXVIII más 384 págs. y retrato del autor.

En este libro, publicación póstuma de los escritos dejados por el señor Balmaceda, se recoge el artículo que éste escribió sobre los *Abrajos* de Rubén Darío (p. 211-220). Es un artículo muy elogioso, muy cordial, en el que se observa una definición exacta de lo que es la poesía de Darío en esa época: «... es el libro de Job de la adolescencia». El señor Balmaceda se muestra aquí muy enterado de la poesía francesa moderna y dice: «F. Coppée, A. Silvestre, Arène y todos los *parnassiens* del gran barrio de París, si comprendiesen el español, dirían que Darío es un hermano.»

Este artículo se publicó primitivamente en *La Epoca* de Santiago, el 20 de Marzo de 1887.

1891

153. Figueroa (Pedro Pablo)

Prosistas y poetas de América Moderna, por Pedro Pablo Figueroa. Miembro correspondiente del Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires. Bogotá. Casa editorial de J. J. Pérez. Director, F. Ferro. 1891.

XI más 437 págs. más II y un retrato.

El estudio sobre Rubén Darío se lee en la p. 371. En él dice: «El [cuento] que ha titulado *El velo de la Reina Mab* es reflejo de una canción de Catulle Mendès. Darío comienza: «La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirada por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol...». Catulle Mendès canta:

Servíale de camino
la pendiente de un rayo,
y avanzaba trayendo
un lirio en cada mano.»

Más adelante: «Uno de sus cuentos de entonces, *El Sátiro viejo* (1), le valió las hostilidades de un millonario caduco, tan poderoso en sus escudos como opulento en vicios, que se creyó retratado en esa sátira viva, graciosa, juvenil como una caricatura de Basterrica, el ingenioso ilustrador de *La Linterna del Diablo*.»

(1) Error. El cuento de Darío a que se refiere el autor se llama *El sátiro sordo*.

1892

154. Vásquez Guarda (Efraím)

Tajos y reverses (Crítica y sátira) por Efraím Vásquez Guarda. Santiago de Chile. Imprenta Victoria. San Diego, núm. 71. 1892.

VIII más 271 págs.

En la p. 33 se lee un artículo sobre el *Canto épico de Rubén Darío*, con algunos reparos serios.

1895

155. Barra (Eduardo de la)

El Endecasílabo Dactílico. Crítica de una crítica del crítico Clarín, por Eduardo de la Barra. (De la Real Academia Española.) Establecimiento cromolitográfico de J. Ferrazini y Cía., Rioja 780, Rosario. 1895.

87 págs.

Uno de los primeros estudios sobre la métrica de Darío, en que con erudición incomparable el tratadista y poeta chileno defendió al poeta nicaragüense de los ataques de Clarín, quien había negado la calidad de versos castellanos a los de la composición titulada *Pórtico* con que Darío encabezó el libro *En Tropel* de Salvador Rueda. El señor de la Barra, después de hacer un análisis muy prolijo en que concluye que el endecasílabo dactílico que había usado Darío en esa poesía es ritmo conocido a muchos poetas clásicos y anteclásicos de España, dice lo siguiente: «Si el autor de la *Primavera* y la *Estival* no es poeta, ¿quién lo es entonces?»

Y luego afirma: «Darío, como Góngora, por desgracia, ha errado su rumbo aguijoneado por el prurito parisiense de la nota rara, de la frase llamativa, de la originalidad, a toda costa. Se extravía, seducido por no sé qué visión delirante de infundir vida a la forma, luz y color a cada letra, idea y sabor a la sílaba, sentimiento a la palabra, orquestación a la frase. Así poco a poco se reemplaza la sencillez ática, tan adorable y artística, por el relumbrón bizantino, y la naturalidad siempre apetecible y sabrosa por bizarrerías lírico-epilépticas, sibilinas divagaciones, caprichosos engendros volátiles y ensueños exóticos poblados de palabras polícromas, que suenan y no dicen, complicados arabescos, chinecas fanfarrias y monstruosidades japonesas. De lo artificial y afectado huye la Poesía, producto excelso de la naturaleza viviente, clara, verídica, serena, sencilla, noble y siempre armoniosa.

«Mas, a pesar de los extravíos de Góngora, ¿quién no dirá que fué poeta, y gran poeta?»

Conviene advertir que este trabajo del señor de la Barra, concienzudo y fino como el que más, ha sido constantemente olvidado por cuantos han emprendido la explicación de la métrica de Darío (acaso con la única excepción de Henríquez Ureña, que como especialista en métrica, lo conoce y aprecia). El señor Torres Rioseco, el último que ha trabajado en la materia, llega por sus propias fuerzas a

conclusiones semejantes a las del poeta de la Barra, pero al cabo de un análisis menos detenido.

1896

156. Florencia.

La crisantema. (A Rubén Darío.)

En *Revista Cómica*, Santiago, Abril de 1896, núm. 37.

Se publica con la siguiente nota de la redacción: «Se nos ocurre que la siguiente hermosa composición que hemos recibido por el Correo obedece al propósito de contestar de un modo digno y agudo, a la vez que discreto y comedido, al desdichoso artículo que Rubén Darío publicó en la prensa de Buenos Aires sobre los mismos poetas chilenos a quienes ensalzó no hace mucho tiempo, cuando vivía entre nosotros. Ya veremos lo que contesta el *apóstol del decadentismo*, que tan modestamente se ha jactado de habernos traído las gallinas....»

Florencia es seudónimo de Eduardo de la Barra.

157. Vinci (René)

Fantasia invernal.

En *El Mes Ilustrado*, Santiago, núm. 1, Agosto de 1896.

Sobre el poema *Invernal* de Rubén Darío. *René Vinci* es seudónimo de Enrique Hurtado y Arias.

158. Rodríguez Mendoza (Manuel)

Los «Abrojos» de Rubén Darío. (Del álbum de Samuel Ossa Borne.)

En *El Mes Ilustrado*, núm. 1, Agosto de 1896.

1897

159. Rubí (Rubén)

Nuevas parodias.

En *Revista Ilustrada*, Santiago, 15 de Enero de 1897.

Es un comentario jocosos, en prosa, sobre el soneto de Darío *¡Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia!*, con dos parodias en verso del mismo soneto. Ya se ha dicho que *Rubén Rubí* es Eduardo de la Barra.

160. Gómez Carrillo (Enrique)

A Rubén Darío.

En *Revista Ilustrada*, Santiago, 31 de Diciembre de 1897.

1900

161. Figueroa (Pedro Pablo)

Diccionario biográfico de extranjeros en Chile. Santiago de Chile. Imprenta Moderna. 1900.

261 págs.

En las p. 75-76 se lee una biografía de Rubén Darío bastante inexacta como información. El autor hace nacer a Darío en Segovia (Nicaragua) y dice luego que en 1887 llegó a Chile. En 1888 le hace ingresar a la redacción de *La Época* de Santiago.

162. Volney

Este lee a Rubén Darío!

En *Luz y Sombra*, Santiago, año I, núm. 8, 12 de Mayo de 1900.

Cuento con ribetes de crítica literaria.

1901

163. García Cisneros (Francisco)

Letras americanas. Rubén Darío.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, 9 de Junio de 1901.

1906

164. T.

Rubén Darío.

En *Zig-Zag*, Santiago, año II, núm. 88, 28 de Octubre de 1906.

Es un artículo violento y apasionado contra Darío.

1907

165. Vicuña Subercaseaux (Benjamín)

Gobernantes y Literatos. Montt y Varas. Mitre. Manuel A. Matta. Balmaceda. Juan E. Lagarrigue. Roosevelt. Germán Riesco.

Alberto Blest Gana. Manuel Blanco Cuartín. Zorobabel Rodríguez. Los hermanos Amunátegui. Carlos T. Robinet. Rubén Darío. Heredia. Santiago de Chile. Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Huérfanos 1036. 1907.

299 págs.

Contiene un artículo escrito con irritante superficialidad y con suficiencia impropia.

1908

166. Contreras (Francisco)

Rubén Darío. Su último libro: *Parisiana*. (Correspondencia especial para Zig-Zag.)

En *Zig-Zag*, Santiago, año IV, núm. 156, 16 de Febrero de 1908.

La redacción en nota dice: «Para que el lector se pueda formar juicio cabal de las opiniones que este artículo contiene acerca de la discutida personalidad literaria de Rubén Darío, creemos conveniente hace notar que el señor Contreras es uno de los más entusiastas discípulos de Darío.»

1909

167. * * *

Caras y máscaras. Rubén Darío.

En *Letras*, Santiago, núms. de 24 y 31 de Julio, 7, 14 y 21 de Agosto de 1909.

Estudio prolijo y bien concebido; su autor ha quedado oculto bajo impenetrable velo. ¿Será él el director de la revista en que fué publicado el trabajo, Israel Vásquez Yepes?

1912

168. [Varios]

El número 5 de *Musa Joven* (Setiembre de 1912) está dedicado a Rubén Darío. Colaboran Francisco Contreras, Vicente García Fernández (hoy Vicente Huidobro), Francisco Guerrero, Juan J. Guzmán C., Gabry Rivas, etc.

En el mismo número se reproducen varias composiciones de Rubén Darío.

169. [Anónimo]

Rubén Darío.

En *Pluma y Lápiz*, Santiago, núm. 9, 13 de Setiembre de 1912.

Es un comentario acerca del viaje de Rubén Darío a Chile, anunciado para esos días y que, como se sabe, no se efectuó.

169 a) Donoso (A.)

Rubén Darío en Chile. (Recuerdos de los tiempos viejos.)

En *Zig-Zag*, núm. 395, 14 de Septiembre de 1912.

170. Contreras (Francisco)

Rubén Darío.

En *Selecta*, Santiago, año IV, núm. 7, Octubre de 1912, p. 184.

Artículo que cuenta detalles íntimos de la amistad del autor con el poeta nicaragüense. Curioso aunque algo superficial.

1916**171. O. L.**

Rubén Darío.

En *La Unión*, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

172. * * *

Rubén Darío ha dejado de existir.

En *El Diario Ilustrado*, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

Información periodística sobre la muerte del poeta, con poesías de éste y una *Oración al poeta que muere*, por Claudio de Alas.

173. S. M. I.

Ha muerto...

La Opinión, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

174. V. D. S.

Rubén Darío.

En *La Mañana*, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

175. Avilés (Juan R.)

Junto al lecho de Rubén Darío. (La última entrevista del poeta.)
En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 8 de Febrero de 1916.

Interesantes revelaciones íntimas sobre el estado espiritual del poeta en los últimos días de su vida.

176. O. L.

Los últimos días de Rubén Darío.
En *La Unión*, Santiago, 9 de Febrero de 1916.

177. Poirier (Eduardo)

Rubén Darío. Añoranzas y recuerdos.
En *El Mercurio*, Santiago, 9 de Febrero de 1916.

Artículo de reminiscencias muy interesantes; muy completo. El autor cuenta allí cómo conoció a Darío y de qué género fueron sus relaciones con él.

178. Zañartu (Sady)

La corte está de luto.
En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 9 de Febrero de 1916.

La corte a que se refiere al autor es la «del rey de la rima americana»...

179. Donoso (Armando)

Rubén Darío ha muerto...
En *Zig-Zag*, 12 de Febrero de 1916.

180. Alemán-Bolaños (G.)

Los últimos días de Rubén Darío. La salida de Europa. La propaganda pacifista. En Guatemala. En Nicaragua. Las conversaciones. Su horror a la cirugía. Sus deseos de tranquilidad y reposo. Sus presentimientos de muerte.

En *Zig-Zag*, Santiago, 12 de Febrero de 1916.

181. A. B.

La familia de Rubén Darío.
En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 12 de Febrero de 1916.

182. Alemán-Bolaños (G.)

Recuerdos de Rubén Darío. 1908. El retorno del poeta a Nicaragua. Los festejos. Vida palaciega. El pueblo y la casa en que nació Darío. Nombramiento de Ministro en España. Vida de balneario. Periódico manuscrito que redactaba Rubén.

En *El Mercurio*, Santiago, 14 de Febrero de 1916.

Como indican los subtítulos, este artículo trata sólo del viaje de Darío a Nicaragua en 1908.

183. Orrego Luco (Luis)

Rubén Darío. I. Recuerdos íntimos.

En *Sucesos*, 17 y 24 de Febrero de 1916 y 2 de Marzo.

El autor cuenta en qué condiciones y circunstancias conoció a Rubén Darío y refiere la entrada del poeta a *La Epoca* de Santiago. En su segundo artículo cae en un error de fecha al decir: «Cuando Rubén Darío llegó a Chile, en 1887...» Recuerda el señor Orrego Luco el ambiente de refinamiento que frecuentó Darío en Chile merced a su buena amistad con Pedro Balmaceda Toro, hijo del Presidente de la República: «Nuestras ideas, nuestras elucubraciones, atrevidas entonces, fueron admirablemente asimiladas por el amigo nicaragüense que al llegar a nuestras playas sólo conocía a Víctor Hugo en poesía y en prosa los sollozos románticos de Margarita Gautier. Darío, silencioso casi siempre, pues era grande la dificultad de su palabra, escuchaba la lectura de trozos de los Goncourt que Pedro Balmaceda trasponía al castellano, de Gautier, de Baudelaire.»

Hay algunos preciosos detalles de la vida de Darío en Chile. «Darío no servía para la vida práctica, ni como periodista, ni en forma alguna que exigiese una vida regular y metódica. De *La Epoca* fué a la Aduana de Valparaíso; allí se enfermó, su naturaleza no resistía el peso rudo del trabajo.» Cuenta en seguida en qué condiciones, algunos años más tarde (1892), encontró al poeta en Madrid, agasajado por personajes importantes. Termina haciendo notar la hondura de la renovación introducida por Darío en la lírica de lengua española.

184. Garrido Merino (E.)

Rubén Darío en España.

En *Zig-Zag*, Santiago, 19 de Febrero de 1916.

185. Cruz (Ernesto de la)

Rubén Darío plagiarlo de un escritor chileno.

En *El Diario Ilustrado*, Santiago, 20 de Febrero de 1916.

Se refiere al estudio de Rubén Darío dedicado a Venezuela, que apareció primitivamente en *Mundial Magazine*, Julio de 1912. El poeta, según el señor de la Cruz, habría plagiado el capítulo titulado *Estados Unidos de Venezuela*, firmado por Tito V. Lisoni, que aparece en *Chile en 1910*, de don Eduardo Poirier.

186. Fenicio

Cosas de España. Rubén Darío.

En *El Diario Ilustrado*, Santiago, 20 de Febrero de 1916.

187. Hübner Bezanilla (Carlos)

Rubén Darío.

En *La Mañana*, Santiago, 21 de Febrero de 1916.

El nacimiento del autor de este trabajo había sido celebrado por Darío con su *Soneto para Bebé*, publicado en *La Epoca* el 4 de Diciembre de 1887.

188. Bustamante y Ballivián (J.)

Literatura. Rubén Darío.

En *Sucesos*, 24 de Febrero de 1916.

189. P. S.

Justicia póstuma.

En *La Unión*, Santiago, 25 de Febrero de 1916.

Contra la exageración en los elogios póstumos a Rubén Darío.

190. Donoso (Armando)

Ricardo Jaimes Freyre en Chile. Recuerdos íntimos de Rubén Darío.

En *Zig-Zag*, Santiago, 26 de Febrero de 1916.

191. Rodríguez Mendoza (E.)

Rubén Darío.

En *El Mercurio*, Santiago, 17 de Marzo de 1916.

Espléndido artículo de evocación de la estancia de Rubén Darío en Chile. En él se dice que fué Carlos Toribio Robinet quien introdujo al poeta en *La Epoca*, afirmación que no he visto en otra parte y de la cual no hay otro antecedente.

Este artículo está fechado en Buenos Aires el 5 de Marzo de 1916.

192. Alemán-Bolaños (G.)

Nicaragua y Rubén Darío. Ultimos momentos del poeta. Su muerte y sus funerales.

En *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 30 y 31 de Marzo y 1.º de Abril de 1916.

193. Rodríguez Mendoza (Emilio)

Rubén Darío en Chile.

En *La Lectura*, Madrid, Abril de 1916, p. 389.

194. [Varios]

Número especial de *Primerose* (Chillán, Abril de 1916, año III, núm. 45) dedicado a la muerte de Rubén Darío. Colaboración de varias docenas de jóvenes escritores y poetas chilenos.

195. Avilés (Juan R.)

Apoteosis de Darío. Últimas procesiones fúnebres en León de Nicaragua.

En *Sucesos*, 27 de Abril de 1916.

196. Alfonso (Paulino)

Rubén Darío. (Discurso de don Paulino Alfonso en la velada del Ateneo.)

En *El Mercurio*, Santiago, 30 de Abril de 1916.

La velada del Ateneo de Santiago se realizó el día 28 de Abril. En ella usaron de la palabra, fuera del señor Alfonso, don Eduardo Poirier, don Humberto Bórquez Solar, don Lautaro García y don Manuel Cordero Reyes.

197. Alfonso (Paulino)

Las veladas del Ateneo. Rubén Darío. Discurso de don Paulino Alfonso, leído antenoche, en homenaje a la memoria de Rubén Darío.

En *La Unión*, Santiago, 1.º de Mayo de 1916.

198. Cordero Reyes (M.)

Rubén Darío a grandes rasgos.

En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 8 de Mayo de 1916.

Leído en la velada del Ateneo.

199. Zúñiga Montúfar (Gerardo)

Recuerdos de Nicaragua. Rubén Darío. A Mont-Calm.

En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 21 de Junio de 1916.

200. Bórquez Solar (Antonio)

Rubén Darío y sus funerales.

En *Pacífico Magazine*, Santiago, Agosto de 1916, p. 55-62.

201. Gana (Federico)

Rubén Darío anecdótico.

En *Zig-Zag*, Santiago, 2 de Diciembre de 1916.

Basado en recuerdos de conversaciones con Manuel Rodríguez Mendoza. Se explica en este artículo la forma en que habría sido escrito el *Canto épico a las glorias de Chile*.

202. Vicuña (Cifuentes Julio)

Epitalamio rústico (Rubén Darío.)

En *Zig-Zag*, 30 de Diciembre de 1916.

Extenso poema que con el título de *Connubio rústico* se publicó más tarde en la *Cosecha de Otoño*, p. 80-90.

1917

203. Ossa Borne (Samuel)

Un té de amigos. (Algunos recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío.) (1887-1890.)

En *Revista Chilena*, Santiago, núm. I, Abril de 1917, p. 69-80.

Una de las contribuciones más valiosas al conocimiento de la estancia de Rubén Darío en Chile. He aquí cómo presenta al poeta: «Una noche Manuel Rodríguez se apareció acompañado de un personaje extraño, flaco, moreno, marcadamente moreno, de facciones niponas, de cabello lacio, negro, sin brillo; que vestía ropas que gritaban el recién salido de la tienda y en las que parecía sentirse cohibido; enredado para andar, amarrado para saludar, desconfiado, retraído, de escasa palabra, lenta y sin animación; pero con una gran vida en los ojos pardos, un tanto recogidos, faltos de franqueza, inquisidores. Era Rubén Darío.»

Cuenta el señor Ossa Borne en qué circunstancias nacieron algunos de los *Abrojos* de Rubén Darío y luego se refiere en los siguientes términos a la ilustración del poeta: «Conocía bien los clásicos griegos y latinos, mostraba sus preferencias por Anacreonte, por Virgilio, Ovidio y Juvenal. Poseía un gran bagaje de literatura española, se decía admirador de Santa Teresa y de Fray Luis de León.» Más adelante: «Heine y Goethe estaban entre sus predilectos. Pero el maestro era Víctor Hugo. Admira la poesía francesa, pero adora a Víctor Hugo.»

«Rubén Darío no encontró campo para su vida en Chile, en el Chile anterior a 1890; pero tuvo en este país, indudablemente, innegablemente, el impulso necesario, propicio, oportuno, y le fué benéfica en grado sumo la amistad de Eduardo Poirier, la amistad y el consejo de Manuel Rodríguez Mendoza, «el querido maestro»...»

Este interesante artículo está fechado en Santiago, Enero 2 de 1917.

Las referencias literarias que hace el señor Ossa a los escritores extranjeros que conocía Darío durante su estancia en Chile se verán confirmadas más adelante, en los artículos y poesías que recopilamos.

204. Montero (José)

La viuda del poeta.
En *Sucesos*, 26 de Abril de 1917.

Artículo anecdótico sobre Francisca Sánchez.

205. Ossa Borne (Samuel)

Un autógrafo de Rubén Darío. Para el retrato de Campoamor.
En *Pacífico Magazine*, Santiago, Mayo de 1917.

Reproducción del autógrafo de la décima dedicada a Campoamor por Rubén Darío y que el señor Ossa Borne guarda «entre los originales de *Abrojos*».

En unas cuantas líneas cuenta el señor Ossa Borne las circunstancias en que Darío compuso su célebre décima. Contrariamente a lo que el propio Darío dijo en su *Autobiografía*, no hubo torneo alguno entre los redactores de *La Época*, sino una iniciativa espontánea del poeta, que en pocos momentos trazaba en una hoja de papel sus primorosos versos. Ocurría esto el 26 de Noviembre de 1887 (1). Presentes a la escena, además de los nombrados, dice el señor Ossa Borne que estaban Pedro Balmaceda Toro y Manuel Rodríguez Mendoza.

206. Rodríguez Mendoza (Manuel)

Los «Abrojos» de Rubén Darío. (Para el álbum de Samuel Ossa Borne.)

En *Revista Chilena*, Santiago, núm. III, Junio de 1917, p. 278-281.

Es la historia de la génesis de los *Abrojos*, sobre los cuales dice: «Nacieron de las *Humoradas* de Campoamor, de las *Saetas* de Leopoldo Cano, y convino Rubén en que el *Abrojo* debía tener algo de la humorada y algo de la saeta: la nota alegre hermanada con la nota triste, el dolor al lado del placer, la virtud vacilante cerca del vicio victorioso, el deber burlado por la audacia cínica; en una palabra, «la risa en los labios y el llanto en los ojos...». El título—la palabra «abrojo»—se acordó después de leer una bellísima dolora de Manuel Acuña, el poeta-loco, autor del apasionado *Nocturno*, en que las estrofas parecen escritas con el llanto amargo de las almas enfermas y sin esperanzas...»

Como indica el subtítulo, se trata de una nota escrita en el álbum del señor Ossa Borne, que fué quien la proporcionó a la *Revista Chilena*.

(1) Hay un error en esta fecha. El poemita a Campoamor se publicó en *La Época* el 24 de Octubre de 1886. Es, por lo demás, de los primeros trabajos de Darío dados a la prensa de Santiago.

207. Ossa Borne (Samuel)

La Historia de la Canción de (sic) Oro. Recuerdo de Rubén Darío. (A mi querido amigo Paulino Alfonso.)

En *Revista Chilena*, Santiago, núm. IX, Diciembre de 1917, p. 368-375.

Da a conocer los libros franceses entonces en boga que leían Pedro Balmaceda Toro y el señor Ossa Borne, y alude a Alberto Blest, el hijo malogrado del conocido novelista. Es el relato de una noche santiaguina, con ópera en el Municipal, Gage al término de la función y cena luego en una casa discreta. Al día siguiente, y por influjo de unos versos franceses que se cantaron en aquella ocasión, Rubén Darío habría escrito la *Canción del Oro* que aparece en *Azul*. Este artículo está fechado en Santiago, 20 de Setiembre de 1917.

1918

208. González Blanco (Andrés)

Rubén Darío. Carta a Emilio Carrere.
En *Sucesos*, 10 de Enero de 1918.

209. Ossa Borne (Samuel)

Un manojito de recuerdos rubenianos.
En *Pacífico Magazine*, Santiago, Abril de 1918.

Artículo con caracteres de anotaciones para un trabajo más detenido. Coincide con el señor Orrego Luco en afirmar que Darío hizo su aprendizaje de las nuevas orientaciones artísticas en Chile. Reproduce dos facsímiles de originales del poeta y afirma estar en posesión de todos los de *Abrojos* y de las *Rimas*.

1919

210. Donoso (Armando)

Rubén Darío en Chile.
En *Revista Chilena*, Santiago, núm. XXI, Mayo de 1919, p. 30-69.

En una nota de la Dirección se lee: «De un prolijo estudio sobre la juventud del poeta nicaragüense, que figura como introducción en las *Obras de Juventud de Rubén Darío*, actualmente en prensa en París en la Biblioteca de Escritores Americanos que dirige Ventura García Calderón, publicamos los capítulos que relatan la permanencia del autor de *Azul* en Chile.»

Esa publicación, como se sabe, no se ha hecho. En cambio, el señor Donoso publicó en Santiago, con título similar, el volumen de que se ha dado cuenta más

atrás. El estudio preliminar que se lee en este libro es el mismo que vió la luz en la *Revista Chilena*, con algunas alteraciones no sustanciales. Se publicó también en la revista argentina *Nosotros*.

La continuación del trabajo colacionado aparece en los números de Junio, Julio y Agosto del mismo año de la *Revista Chilena*.

1921

211. Orrego Luco (Luis)

Rubén Darío en Chile.

En *Pacífico Magazine*, Santiago, Enero de 1921.

Artículo de valor anecdótico considerable, aunque de poca crítica. Acepta sin discutir la fecha falsa de la llegada de Rubén Darío a Chile: «Al llegar a Valparaíso le sorprendió la noticia de la muerte de Vicuña Mackenna... y le dedica un hermosísimo artículo en *El Mercurio* de Valparaíso...»

Reproduce una carta del poeta.

1927

212. Alone

Crónica Literaria. Obras de Juventud de Rubén Darío, por Armando Donoso.

En *La Nación*, Santiago, 25 de Septiembre de 1927.

1928

• 213. Figueroa (Virgilio) (Virgilio Talquino)

Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago. Establecimientos Gráficos Balcels & Co. 1928.

687 págs.

En el tomo II de esta obra se dedica atención a Rubén Darío por la circunstancia de haber residido el poeta en Chile. Las noticias son vulgares, incompletas y algunas inexactas. Hace morir a Darío en París y en 1924... Espléndida pieza de disparatorio. •

1929

214. Rodríguez Mendoza (E.)

Remansos del Tiempo. Compañía Iberoamericana de Publica-

ciones, S. A. Mundo Latino. Puerta del Sol, 15. Madrid. [A la vuelta de la portada:] Copyright by E. Rodríguez Mendoza, Madrid, 1929.

267 págs.

Entre las págs. 53 y 92 se lee *Rubén Darío en Chile*, que es un capítulo de evocaciones personales del autor.

215. Gamboa (Isaías)

Poesías. Isaías Gamboa. Notas proemiales. Selección de «Flores de Otoño» y de «El Cauca». Tres poemas: Fantasía, Primavera y Ante el Mar. Poesías sueltas. Producciones inéditas. Sobre «La tierra nativa». Gamboa íntimo, anecdótico y en el amor. El poeta después de su muerte. Jorge Isaacs y Adolfo Valdés. Estudios nuevos; sus mejores poesías. Teoría sobre la línea biográfica: Rubén Darío y Gamboa. Selección y estudio de Julio Molina Núñez. Editorial Nascimento. Santiago-Chile-Concepción. 1929.

247 págs. y láminas.

Está dedicada a Rubén Darío la *Parte Tercera*, titulada *La Línea Biográfica*, donde se hace una cronología muy caprichosa de la vida del poeta nicaragüense, como se podrá ver por la indicación siguiente: «II-1888. En Lima. Visitó al escritor y bibliófilo Ricardo Palma.» Esto da a entender que Darío hubiese hecho un viaje a Lima durante su estada en Chile, cosa que no está comprobada en modo alguno.

1930

216. Contreras (Francisco)

Rubén Darío. Su Vida y su Obra por Francisco Contreras. Agencia Mundial de Librería. [A la vuelta de la portada:] Es propiedad del autor, que se reserva los derechos de reimpresión, traducción y adaptación. Copyright 1930 by Francisco Contreras. Tipografía «Cosmos». San Pablo, 95. Barcelona.

322 págs. y láminas. Sobre el título: *Los grandes escritores*.

Libro metódico, bien escrito y ampliamente documentado, aunque al narrar la estancia de Darío en Chile el autor cae en algunos deslices imperdonables.

217. Silva Castro (Raúl)

Rubén Darío y Chile. Anotaciones bibliográficas precedidas de una Introducción sobre Rubén Darío en Chile, por Raúl Silva

Castro. Santiago de Chile. Imprenta «La Tracción». Carreras 287. 1930.

129 págs. Sobre el título: *Biblioteca Nacional*.

1931

218. Torres-Rioseco (Arturo)

Rubén Darío. Casticismo y Americanismo. Estudio precedido de la biografía del poeta, por Arturo Torres-Rioseco, Ph. D. Cate-drático de Literatura Hispano Americana en la Universidad de Ca-lifornia. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press. London: Humpfrey Milford. Oxford University Press. 1931.

XI más 253 págs.

Estudio biográfico breve pero muy preciso y bien coordinado; estudios lite-rarios y críticos regularmente documentados y esclarecidos con noticias nuevas y oportunas.

Fe de erratas

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe leerse</u>
XXVI	20	<i>Anagke</i>	<i>Anatkh</i>
XXXII	4	la <i>La</i>	<i>La</i>
XXXVI	6	ella	aquella
LVI	4 (bajo), col. de la derecha (nota)	le cual	los cuales
LXII	4 col. de la derecha	visiones.	visiones,
LXXIII	8 (bajo), col. de la derecha	profano	fauno

Obras desconocidas de Rubén Darío

LA ERUPCION DEL MOMOTOMBO

I

Centro-América es país muy montañoso y lleno de volcanes. La naturaleza tiene sus lujos a veces, y he aquí que formó en el istmo centroamericano una tierra de lagos y de montes.

Todas las cinco repúblicas que componen aquella rica sección del nuevo mundo ostentan esa peculiaridad. La que no tiene lagos es la más cubierta de alturas y cordilleras, la República de Honduras, patria de Francisco Morazán, el Bolívar de aquellas naciones. La que, por el contrario, luce su Gran Lago y su Lago de Managua, entre otros inferiores, es la República de Nicaragua, patria de Miguel Larreinaga, viejecito que naciendo pobre en un villorrio cercano a la ciudad de León, a principios de este siglo, logró a fuerza de trabajo y estudio ser llamado sabio en la muy noble y muy leal Santiago de los Caballeros de Guatemala, en la cual capital su simulacro adorna el salón principal de la Universidad.

II

Guatemala, que es de los cinco estados el más grande en territorio y en población y el más adelantado, tiene dos volcanes notables: el *de Fuego* y el *de Agua*.

Este último es famoso por obra de la tradición. Cuéntase que doña Beatriz de la Cueva, esposa del adelantado don Pedro de Alvarado, pereció en la última erupción de dicho volcán que arruinó la Antigua.

El novelista guatemalteco don José Milla y Vidaurre aprovechó dicho asunto para una de sus más lindas obras, *La hija del adelantado*.

Milla, o *Salomé Gil*, como él se firmaba, ofrece muchos datos acerca del hecho histórico en referencia, y a su obra despachamos a los que deseen saciar su curiosidad, si alguna tienen a este respecto.

III

El Salvador es el lugar más volcánico de todos aquellos. Allí están el Santa Ana, el San Miguel y sobre todo el Tzalco. En la lengua de los aborígenes se llama San Salvador *Cuscatlain*, que quiere decir *Valle de las hamacas*.

Calcúlese si serán vaivenes aquéllos en comarca famosa de antaño por sus terremotos.

La capital San Salvador ha sido destruída más de una vez por causa de ellos. Todavía puede el viajero notar las ruinas de los edificios derrumbados en la última catástrofe. Justamente es de advertirse el contraste que forman los musgosos restos de una antigua iglesia junto al Parque Central, uno de los más bonitos y elegantes paseos de la población.

A pocas horas de la capital, con un clima delicioso, con lindos alrededores y libre al menos hasta la fecha de temblores de tierra, se halla Santa Tecla o Nueva San Salvador, como han dado en llamarle. Se ha pensado varias ocasiones convertirla en capital; sin embargo, no se ha realizado la idea. Los valerosos hijos de la patria salvadoreña son testarudos y fuertes y no se les daría un arquite del mismo Vulcano con su Lípari y su Mongibelo. Para las revoluciones sísmicas tienen tanta altivez como, por desgracia, para otras que son harto fatales al progreso de aquellos pueblos. ¡Qué se hace! Cuestión de honor.

¡Triste fama la de todos mis paisanos de Centro América: no poder pasarse unos cuantos años sin que no corra sangre de hermanos! En justicia y verdad hay que decir que los costarricenses son los más cuerdos.

IV

En Costa Rica, ahí donde los marinos del *Abtao* han hallado de seguro abrazos fraternales y han celebrado una de las fechas más santas para los chilenos, en Costa Rica, digo, alza su airosa cabeza el enorme Irazú, que inspiró en época no remota brillantes páginas al poeta español Fernando Velarde.

Los costarricenses no hacen memoria de grandes sufrimientos por causa de erupciones volcánicas.

Ultimamente se sintieron algunos fuertes estremecimientos en la provincia de Alajuela. Pero puede decirse sin temor a equivocación que el tranquilo suelo de aquella región no ha tenido la culpa. Esos gigantes nicaragüenses han sido los mal intencionados, y entre todos el anciano Momotombo, que ha querido demostrar que todavía tiene alientos para sacudir una ciudad y fracasar torres y arruinar sementeras y empobrecer a los trabajadores, el ingrato.

V

Como mayor en edad y en tamaño entre los volcanes de Nicaragua, Momotombo se lleva la primacía.

Quien llegando al puerto de Corinto (en los mapas alemanes generalmente Realejo, nombre antiguo), tome el tren y sin detenerse en ninguna de las poblaciones intermediarias se dirija a Momotombo, a la orilla noroeste del lago de Managua, en lo primero que fijará la atención será en la imponente figura del cascado y crecido volcán.

Es el más bello de todos los de Nicaragua; bello, con

belleza salvaje y grandiosa. Es un inmenso cono, riscoso por un lado, calvo con derecho a serlo, pues hasta se ha perdido la cuenta de sus cumple-siglos; cubierto de vegetación exuberante y caprichosa en las faldas y arrullado por las tranquilas aguas que le besan los pies, dándole un perenne tributo de caricias y rumores.

Ni el Masaya ni el Ometepe, que en la isla de su nombre es el señor del gran lago; ni el Mombacho, que cercano a Granada proyecta su sombra gigantesca; ni el Cosegüina, famoso en toda obra geológica de alguna importancia por su célebre última erupción; ni el Felica, que hace tiempo no dice este cráter es mío; ni el Viejo, que a las veces, cuando rezonga, pone en cuidado a los chinandegueses, ninguno puede competir con el decano en cuestión. Vaya si es él hermoso para no tener noble y desmedido orgullo, viéndosé, como dice Víctor Hugo, «formando a la tierra una tiara de sombra y de llama».

A propósito, el gran francés tuvo la humorada de dejar Etnas y Vesubios y Strombolis y escoger para tema de un canto de su gran poema *La leyenda de los siglos*, nuestro Momotombo, en medio de Nicaragua, lugar que todo un capitán Voyer confundía hace pocos días con el istmo de Panamá. Qué mucho, sin embargo, que el célebre pianista no conociese en el mapa aquella región, cuando el *Benjamín de la Academia Francesa*, conversando con la escritora argentina doña Juana Manso, no hallaba diferencia alguna entre el Brasil, la Argentina y el Uruguay.

Decía, pues, que avino que cayese en manos del poeta una obra de Squier acerca de Centro América, en que se hablaba de cierta tradición. Siendo del agrado de Hugo, la embelleció. Porque, como dice Teócrito, las musas lo embellecen todo.

VI

Este es el caso, que puesto en versos de oro puede leerse en la *Leyenda de los siglos* con el título: *Les raisons du Momotombo*.

Los reyes españoles, viendo que los continuos terremotos eran motivo de desgracias, quisieron remediar el mal haciendo *bautizar los volcanes*. Así rezan las crónicas.

Enviaron, pues, a aquellas desconocidas regiones gobernadas por el cacique Nicarso, junto con los capitanes que pusieron el pabellón hispano en aquel país, religiosos que predicaran el Evangelio.

Estos comenzaron la tarea de bautizar a los rugidores idólatras.

Los frailes enviados con el piadoso objeto cumplieron su cometido con la mayor parte de ellos.

Cuando llegaron donde nuestro viejo conocido fué el poner más sentidos y potencias en el sacramento y manejar con más vigor el hisopo.

Momotombo rugió.

Se le impuso obediencia en nombre del Dios de los cristianos.

Momotombo lanzó su *crachement de lave*, como dice Hugo, y dijo a los frailes lo siguiente, poco más o menos: «Cuando yo veía a los indios de por acá hacer sus sacrificios y festividades a sus extraños dioses, sentía repugnancia por ellos y juzgaba que el Dios de los blancos debía de ser un dios de bondad. ¿Pero qué? De Lima me llega el olor repugnante de la carne quemada en hogueras inquisitoriales. En nombre de su Dios los blancos desuelan, asan y destruyen a sus hermanos. No quiero, pues, ser bautizado en nombre de un Dios como el vuestro. He dicho.»

Y como los buenos religiosos quisieran sacrificarlo a pesar de los pesares, Momotombo los abrasó con los chorros candentes de su lava. Así «no retornaron».

Hasta aquí la tradición en prosa. El que quiera verla pulida y empavonada, busque el canto citado de la *Leyenda de los siglos*.

VII

A un lado del actual pueblo de Momotombo, llamado también Moabita y Puerto Benard, se miran aun los restos del antiguo León, fundado en 1523 por Francisco Fernández de Córdova.

«Campos de soledad, mustio collado» son ahora las calles de la vieja metrópoli.

Y ya que de acabar tengo en este párrafo, recordaré otro hecho histórico que tiene muchos ribetes y adornos de tradición fantaseada por los cronistas: la muerte del Obispo Valdivieso asesinado en la conjuración de los Contreras.

El mismo día, dicen, que fué muerto el pastor, el lago de Managua se agitó como un mar furioso y arremolinado; la inundación cundió y el castigo de la ciudad de los sacrílegos puso pavor y espanto en las tierras comarcanas.

Momotombo, pues, en el escalafón volcánico es militar de alto grado y no ha querido estar inadvertido por pacífico y quieto. Así es que el 11 de Octubre del año próximo pasado ha medio destruído el actual León y puesto en mal estado a Managua y Chinandega.

Por las últimas noticias que ha publicado *El Mercurio* se sabe que últimamente, apenas oscureció un tanto el día la erupción del Momotombo, quien tiene ya sin fuerza y sin calor sus entrañas de granito, palacio antiguo y de genio de alas encendidas. No viene mal aquí una epifonema: ¡Oh, tiempo, tiempo, que blanqueas las cabezas y las cumbres, que pudres el tronco de la más robusta encina, apaga la lumbre de la más vívida estrella y dejas sin savia y sin calor el corazón del hombre y el seno profundo de la montaña!

Valparaíso, Julio de 1886.—RUBÉN DARÍO.

En *El Mercurio*, Valparaíso, 16 de Julio de 1886.

CARTA A LA VIUDA DE VICUÑA MACKENNA

Rubén Darío ha dirigido la interesante carta siguiente a la viuda del señor Vicuña Mackenna, la que no habíamos publicado antes por falta de espacio (1):

«Valparaíso, Julio 6 de 1886.—Señora Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna.—Santa Rosa de Colmo.—Muy distinguida señora: Junto con la apreciable tarjeta de usted he tenido el honor de recibir el ejemplar de la *Corona Fúnebre* que tuvo la amabilidad de enviarme por medio del señor Cónsul del Uruguay, don Juan Francisco Sánchez.

Altamente agradecido por tan valioso obsequio doy a usted las más expresivas gracias.

He hojeado todo el volumen, y he tenido la pena de lamentar la precisión con que se ha dado a luz, pues por ella probablemente ó por no haber llegado a manos de los compiladores las numerosas necrologías que con motivo de la muerte del ilustre Vicuña Mackenna publicaron muchos órganos de la prensa de Colombia y Centro América, éstas no se registran en el libro.

Ya se ve, ¡se ha escrito tanto sobre el gran chileno!

Sin embargo, nosotros tenemos derecho de quejarnos, porque él pertenecía no sólo a Chile sino a toda la América, como tantas veces se ha dicho. Y en mi patria, señora, su nombre es tan conocido, que al circular en los diarios la funesta noticia llegada por el cable, no hubo quien no se entristeciera.

El señor general Juan José Cañas (que fué Ministro del Salvador en esta República y amigo personal de su llorado esposo y que se halla desterrado en la capital de Nicaragua) recibió el propio día de la nueva una visita de pésame de varias distinguidas personas, encabezadas por

(1) Nota del diario.—R. S. C.

el general Carlos F. Avilés. Yo tuve la inmerecida honra de exponer al señor Cañas, en nombre de los visitantes, el objeto de aquella espontánea manifestación, y él contestó con sentidas palabras que fueron reproducidas en el *Mercurio* del 7 de Abril del año corriente.

Leyendo la *Corona*, al ver la relación de los funerales, he adquirido un grato convencimiento: Vicuña Mackenna tenía tantos queredores como admiradores. Conquistaba aplausos con la cabeza y bendiciones con el corazón.

Poseía el doble privilegio de los añosos y enormes árboles que hay en los bosques de mi tierra: a quien los mira de lejos le asombran con su grandeza y fecundidad; a quien se acerca a ellos, le amparan con su ramaje, le libran del sol. Dos veces asombran. Dón supremo y magnífico.

Nosotros desde allá le advertíamos alto y famoso a Vicuña Mackenna, por sus sabios escritos. Aquí, a más de eso, conocían sus bondades.

Y «así se explica que los desvalidos, los ignorantes, los obreros y hasta los mendigos sepan quién es don Benjamín Vicuña Mackenna, y lo alaben muchas veces sin saber pronunciar su nombre», como dice el elegante escritor Bañados Espinosa.

Esa es una gloria que muy pocos alcanzan.

Repito a usted mis agradecimientos por el regalo de obra tan querida para todos los que, como yo, admiran las innumerables de aquel prodigio de fecundidad.

Tengo a honra firmarme de usted atento seguro servidor que sus pies besa.—RUBÉN DARÍO.»

En *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de Julio de 1886.

DON HERMOGENES DE IRISARRI

I

Las musas se van, ¡oh Póstumo!, que tienes a bien poner oído a mis tristes apóstrofes. Las musas se van porque vinieron las máquinas y apagan el eco de las liras. Idos, ¡adiós, poetas inspirados! Los que nos quedaban se nos están muriendo; los que sobreviven han dejado la floresta primitiva de su Arcadia al ruido ensordecedor de la edad nueva; allá quedó el instrumento abandonado, el arpa de los cánticos primeros. Idos a Dios, encendedoras de divinos entusiasmos, dulces Piérides, que en mejores tiempos hallásteis en el suelo de Arauco servidores constantes y sumisos. Ya no hay vagar para vuestro culto.

Pero ¿será verdad lo que está diciendo este britano de lord Macaulay? Dice que la poesía, por ley universal va decayendo; dice que mientras el progreso empuja las naciones adelante, aquélla se va apagando como llama sin combustible. ¿Será verdad?

Los modernos sistemas filosóficos, que con la negación por método han proclamado la muerte de los ideales, son la causa del terrible decaimiento.

Pero la poesía no muere. ¡Qué ha de morir!

El *mercantilismo* que invade las sociedades ha maledado el viejo templo; mas éste no cae, y si por desgracia llegase a quedar abandonado de los que antes eran sus sacerdotes, permanecerá siempre alto y sagrado bajo la mirada del Eterno, con sus fuertes columnas y sus magníficos adornos, esperando que llegue la hora suprema de lo porvenir. Ya saldrá el sol.

II

Chile ha sido tierra de poetas. De Pedro de Oña a nuestros días luenga es la lista de sus cantores. Su natura-

leza ha sido descrita en soberanos tonos, con el pincel de fuego de sus líricos; sus guerreros han sido glorificados en himnos despertadores del patriotismo; sus creencias han tenido salterios religiosos que las han sublimado; sus vates, en fin, han sido de los primeros entre todos los del continente latino americano.

Pero ¿en dónde están? Casi todos permanecen silenciosos; casi todos han olvidado el amable comercio de las Gracias. Quién con la cartera del diplomático no cura si la Fama le ha encumbrado a la categoría del primer poeta filosófico de América; quién en prosaicas oficinas cuenta números en vez de hemistiquios; quién en las arduas tareas del profesorado apenas en cortísimos ocios escribe sublimes poemas que quedan sepultados entre sus papeles de matemático; quién, por último, rompe cítara y plectro y se entrega al mundo agitado de los negocios o a la brega terrible del parlamento. (1)

Y, sin embargo, la poesía vive, la poesía palpita en estas regiones: en el cano vellón de la andina cordillera; en la hermosura incomparable de las mujeres; en el trabajo que ha engrandecido este suelo; en ese brillo sacrosanto de la estrella del patrio pabellón; penacho de humo en el tráfago naval; sonoro silbido en la rauda locomotora; movimiento en el parque; chispa en el yunque y fuego en el corazón del *roto* que al son del clarín guerrero deja su esteva, corre a su fusil y lucha como un león y da la vida en pelea por la tierra de sus padres.

¿Se podrá negar que hay aquí poesía para todas las lirás del mundo?

III

Yo he oído de labios de un ilustre amigo mío, Antonio Zambrana, pinturas de reuniones de literatos y poetas en la capital de Chile, no ha mucho tiempo, muy semejantes

(1) Rubén Darío alude a los poetas chilenos Guillermo Matta, Eduardo de la Barra, Eusebio Lillo y otros más.—R. S. C.

a un banquete de los antiguos filósofos, a un día del Agora o a una asamblea noble y erudita en el siglo XVII y en la capital de México, convocada al Claustro de la Universidad y a las academias de los jesuitas, como las describe don Luis Fernández Guerra en su monografía sobre Alarcón, el primer poeta dramático mexicano antiguo.

Zambrana me refería cómo los humanistas chilenos (y entre todos, gran iniciador de estos adelantamientos, el venerable sabio Lastarria) trataban grandes cuestiones de ciencias y de letras, como no se hiciera mejor en ateneos de Europa; y de qué modo los nacionales vates presentaban obras maestras llenas de inspiración y galas poéticas al criterio de la justa y razonada crítica.

Y esos tiempos pasaron. La célebre *Revista Chilena* (cuyos volúmenes decoran en preferido lugar los estantes de la Biblioteca de Managua, en mi patria, y que es vista como obra de sabios), la *Revista* hace algunos años que desgraciadamente desapareció. Hoy, según supongo, no hay en Chile un periódico que la haya sustituido.

Puede asegurarse que en esta civilizada República lo que está visto con mayor indiferencia son las letras; y entre éstas el culto apacible de las Gracias, *eternas compañeras de la vida*, según las llama el bucólico de Siracusa.

Para mayor desconsuelo se van de este mundo los laureados conservadores de las pasadas glorias.

Hace pocos meses murió José Antonio Soffia, cantor del sentimiento, bizarro y elegante. Murió joven y dejó muchos dulces versos, que tienen la «diafanidad y frescura de la fuente que brota en la montaña», como dice Víctor Hugo de los del lírico de Teos.

Luego doña Quiteria Varas Marín, que nos dejó pocos, pero que asimismo puede decirse de ellos lo que Asclepiades de los de Erina, la amable *Abeja* lesbiana: «pocos, pero dulces y encantadores».

Ahora ha bajado al sepulcro el hijo de un centroamericano ilustre, defensor de la independencia de Chile, padre de la república, gobernador «enérgico y activo» en 1814; crítico dicaz y picante como el *ají*, seudónimo éste

suyo, correspondiendo cada letra de la palabra a las primeras de su conocida firma: Antonio José de Irisarri; quien también escribió mucho bajo el anagrama *Dionisio Ferrasa y Rejón*. Caprichos de Arquíloco.

IV

Don Hermógenes de Irisarri ha descendido a la tumba con los cabellos blancos, ha muerto de 67 años.

Con él se va uno de los poetas más castizos y seguidores de los clásicos que ha tenido Chile. Sus estrofas son joyas bruñidas y lujadas con un arte exquisito.

El ilustre doctor Valderrama llama a la poesía de Irisarri «diáfana y correcta», y dice de sus versos que «tienen una magia singular y una dulzura encantadora».

Fué poeta del corazón más que de la cabeza.

Como todos, sufrió sus desengaños. A veces, cuando el vivo entusiasmo de la mocedad iba huyendo de su pecho, sentía sus desalientos. En una hora de ésas exclamaba:

...Y ya la edad sañuda
va entibiando mi mente con su hielo
y blanqueando el cabello que no ha mucho
cayó sobre mi sien rizado y negro.
.....
¿A qué un acento destemplado y vano?
Juntos poesía y juventud nacieron...
El viento de la tarde las agosta...
La poesía y la flor mueren a un tiempo.

Y él propio se desmintió. No se puede impunemente ser poeta. Creyó repetir lo del vate del Lacio:

Nunc itaque et versus, et coetera ludicro pono.

Y volvieron las Musas a acariciarle y le halló la muerte arreglando sus caros manuscritos para imprimir el volumen de sus obras. La enfermedad de la verdadera poesía es incurable.

Conocedor de la literatura antigua, imitó felizmente

a Anacreonte, el tierno cantor de Batilo y la vejez alegre, que decía:

Que cuando al anciano
le gustan las danzas,
tendrá blanco el pelo
mas joven el alma.

Y lo imitó con tanta dicha, que pocas imitaciones del teyano hay en español como la siguiente, que quizá por no conocerla don Federico Baraibar no la incluyó en su minucioso estudio sobre Anacreonte:

Mucho hay, niña, de falso,
mucho la vista engaña;
jamás en apariencias
te duermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
mi cabellera cana,
no pienses que se ha helado
como mi frente el alma.
Tal en los altos Andes
se extiende un mar de plata
que el hielo de la cima
prolonga hasta la falda;
pero arde allá en el centro
un mar de fuego y lava:
retiembla el monte y se abre
paso la ardiente entraña
y luz esplendorosa
hasta los cielos lanza:
yo así, para cantarte
tengo de fuego el alma.

De poetas modernos tradujo e imitó a Alfredo de Vigny, el tan bien perfilado por Théophile Gautier, a Víctor Hugo y a otros.

El mejor trabajo de éstos es *La mujer adúltera*, del primero.

V

Fué poeta cristiano.

No hallaron eco en las cuerdas de su lira ni la duda enervadora que martiriza con sus disciplinas candentes, ni los escepticismos que trabajan la sociedad moderna, agotando la fecunda savia de los corazones: la esperanza.

Fué poeta de la patria.

Hay estancias tuyas que las acogería Ruckert, el de los *Sonetos acorazados*.

Tenía fe en el porvenir, y esperaba el engrandecimiento de las nacionales letras; así decía en su famosa *Oda al sol de Setiembre*:

Hoy brotan de las artes las primicias,
tempranos frutos nos darán las ciencias
y como en armas vencedor ha sido,
también lo ha de ser Chile por las letras.

Por último, fué poeta satírico. Manejó como su padre *el arma de la rabia*, como dice Horacio.

Su verso es flúido, sonoro, correcto; su idea aristocrática y noble, siempre ilumina la estrofa en que está encerrada como la llama de una lámpara el globo de cristal que la rodea.

Tras digno trabajo procede reunir en un tomo las obras de autor tan benemérito, como los de otros poetas, honra y gala de la literatura chilena. Por ellas se conocerá en otros lugares el grado de civilización y de cultura a que ha llegado la tierra de Vicuña Mackenna. Porque, como dice el profundo Joubert en sus *Pensamientos*:

¿Queréis descubrir el mecanismo de la idea y sus efectos? Leed los poetas. ¿Queréis aprender la moral, la política? Leed los poetas. Meditad lo que os gusta de ellos y daréis con lo verdadero. Los poetas deben ser el estudio del filósofo que quiera conocer al hombre.

Los tales visionarios se dan el lujo de la inmortalidad y son los encargados del proceso de las naciones, a los ojos de lo futuro.

VI

Hasta aquí del celebrado vate. Del ciudadano, del hombre, digan los que conocieron su honrada y bien templada alma, sus virtudes y sus privados merecimientos.

Yo no he querido sino escribir una página humilde pero nacida por obra de un buen propósito al ver apagarse la existencia de un chileno esclarecido, prole de un hijo de la América del Centro, allá en el encendido trópico, la tierra de Irisarri, de Barrundia, de Ayón y del Padre Reyes.

RUBÉN DARÍO.

Valparaíso, Julio 24 de 1886.

En *El Mercurio*, 26 de Julio de 1886.

CANTOS CHILENOS

I (1)

EL MANTO

La bella va con el manto
con tal modo y gracia puesto,
que se diría que esto

(1) Parece que Darío tuvo el propósito de escribir varios de estos *Cantos chilenos*. No hemos hallado otros, sin embargo.—R. S. C.

es el colmo del encanto.
(Santiaguina, por supuesto.)

Vela el cuerpo la hermosura
y va enseñando la cara;
tal parece una escultura
hecha en mármol de Carrara,
y con negra vestidura.

Con esa faz placentera,
esa negrura enamora;
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.

¡Qué par de ojos! Son luceros.
¡Qué luceros! Fuegos puros.
Con razón hay, caballeros,
compañías de bomberos
y pólizas de seguros.

Y ahora entiendo el por qué
cierto joven que llegó,
cuyos gustos yo me sé,
siente algo de qué sé yo
por causa de no sé qué.

Y siempre que mira un manto,
se fija en la faz un tanto,
lleno de dulces antojos
que en la faz están los ojos,
y en los ojos el encanto.

De una garbosa doncella
con un rostro encantador,
se afirmará al conocella,
que sin el manto es muy bella,
pero con manto, mejor.

Tiene elló mucho de santo
mas despierta cierto anhelo
cuyo velo no levanto;
si no fuera ese recelo,
andarían en el cielo
los querubines con manto.

Faz linda... forma hechicera;
esa negrura enamora
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.

R. DARÍO.

Santiago, 1886.

En *La Epoca*, Santiago, 5 de Agosto de 1886.

EL CANAL POR NICARAGUA

I

El cable ha trasmitido las siguientes noticias:

«WASHINGTON, Agosto 3.—El Senado americano aplazó la discusión del proyecto relativo a la construcción del Canal Interoceánico de Nicaragua.

PARÍS, Agosto 2.—Durante la semana pasada hubo grandes fluctuaciones en los precios de las acciones de la Compañía del Canal de Panamá. Cerraron a tres francos veinticinco céntimos más subidas.

La camarilla Lesseps está haciendo grandes esfuerzos para afianzar el buen éxito del empréstito.

Se han publicado ardorosos artículos en los diarios franceses con el objeto de excitar al pueblo.

Dichos artículos afirman, entre otras cosas, que aventureros ingleses y americanos tratan de adueñarse del Canal y completar la obra ellos mismos.»

II

Vuelve a agitarse, pues, en Washington el asunto del canal por Nicaragua, mientras en Francia van convenciéndose de que los bellos proyectos del gran francés se quedarán en halagadoras promesas.

La vía interoceánica, con tanto empeño estudiada, desde hace mucho tiempo, no la verán por el Istmo de Panamá los ojos del activo anciano que triunfó en Suez.

¿Quién no ha oído hablar de ese plan portentoso?

Ovidio lo soñó cuando dijo: «De dos mares aquí está la vasta puerta.»

Se han hecho grandes estudios sobre cuál sea la ruta más a propósito. De ello se ha sacado en limpio que Tehuantepec ofrece inmensas dificultades; que Panamá por su suelo y por su clima las tiene superiores; y que en Nicaragua si algunas se encuentran, pueden ser vencidas con poco trabajo y poco dinero.

El gran economista Miguel Chevalier era partidario decidido del canal por Nicaragua, y aquella era su opinión.

Una pluma imperial escribió un libro sobre dicho proyecto, la de Napoleón III.

Cuando estaba preso ese monarca en el castillo de Ham, fué visitado por el Ministro nicaragüense Castellón, y ya entonces había concebido la idea de ser él quien debía llevar a cabo la gran obra. Después publicó el libro citado. La suerte, esa terrible caprichosa, impidió que el rendido de Sedan cumpliera con sus propósitos. Holanda tomó en seguida la iniciativa; desgraciadamente, cuando iba a determinarse algo definitivo, grandes conmociones políticas en los Países Bajos evitaron toda realización.

Desde que Centro América fué descubierto se ha buscado la solución al interesantísimo problema.

Luego que en 1821 se proclamó la independencia y después de que aparecieron a la vida de naciones las cinco republiquetas que constituyen aquel bello país, todos los

gobernantes de Nicaragua han procurado de diversos modos la apertura del canal, que indudablemente transformará aquellas comarcas, hasta hoy harto desconocidas, en uno de los focos más poderosos de la vida universal; punto de comunicación de todos los pueblos de la tierra, emporio del comercio, aliento de la industria y verdadero camino del progreso. .

III

El Conde de Lesseps se decidió por Panamá, lleno de mil bellas ilusiones. Su nombre es un título de gloria; el canal de Panamá se creyó realizado; el buen viejo, con su influjo, estableció la gran Compañía que dió principio a los trabajos; se anunciaron conferencias en lugares públicos; la nueva, salida de París, se esparció por todo el mundo; se creía al sabio armado de una varita mágica, fracasando rocas, abriendo tierras y juntando mares. Daba conferencias y el recinto en que solía darlas se llenaba. Los franceses, que son la gente más entusiasta y novelera del mundo, hacían un ruido inaudito. El conde aparecía en un escenario; por medio de una linterna mágica, de luz eléctrica, hacía ver en un telón oscuro un mapa de Colombia; y allí el Istmo de Panamá; luego por combinaciones de la lámpara, el Istmo se partía, se juntaban el Atlántico y el Pacífico; y era de ver pasar en seguida buquecitos pintados que llevaban tendida al viento la bandera de la República. . . «Vive la France!» resonaba en el salón de conferencias; y a la salida, iban a depositar su contingente para el trabajo místico-grandioso, en las oficinas del canal de Panamá, el pobre trabajador de la blusa azul y la costurera que gana en su taller unos pocos francos.

Se comienzan las excavaciones; llega Mr. de Lesseps a Panamá; se le dan banquetes suntuosos; Joaquín Pablo Posada le hace versos; y vuélvese a París el genio emprendedor, confiado candorosamente en un soñado éxito seguro.

Millones de millones se amontonan en las cajas de la Compañía; se hace gala de una extremada riqueza; los ingenieros en el Istmo construyéronse hoteles espléndidos, antes de darse los primeros barretazos. El canal de Panamá comienza con un lujo rayano del derroche. Mientras tanto, los obreros que primero llegaron en alas de una esperanza justa, iban muriendo a montones. La fiebre amarilla, la fiebre pernicioso, esa horrible reina del Istmo, con un cortejo de enfermedades, no se daba punto de reposo acarreado trabajadores para los camposantos.

A obrero muerto, obrero puesto. Los barcos llegaban cargados de franceses. El clima, como no respeta clases, junto con los mozos de barra y espuerta se llevaba a la tumba a distinguidos empleados de la Compañía.

Entre tanto, era preciso el bombo.

La prensa asalariada daba por hecho el canal, mientras *El Figaro* aprovechaba el asunto del día para sus ca- lembours.

Mr. de Lesseps sale a paseo todas las tardes por el Bosque de Boloña. Sus hijos le acompañan; y la gente dice al ver a la mayorcita:

—Aquélla fué la que inauguró los trabajos del Canal de Panamá.

Peró el dinero se gasta.

Se establecieron multitud de empleos innecesarios en el Istmo. Gentes de todas partes del mundo allá se iban con la seguridad de hacer fortuna. Eso sí, exponiendo la piel. Y el derrochar, y el tirar el dinero por la puerta, y el hacer las excavaciones con dragas de oro dieron por resultado el natural: falta de fondos.

Al cabo, se había botado mucho y se había trabajado poco, casi nada. Se le comunica a Mr. de Lesseps la situación; él, siempre viendo concluída la obra con los ojos de su cándida buena fe, repite a cada paso en reuniones y banquetes:

—El año de 1889 el Canal estará hecho; pero se necesitan recursos.

Al principio los accionistas los dan; luego... (ya apa-

reció aquello), viene la natural desconfianza, y en la actualidad el pueblo francés va adquiriendo el convencimiento de que los francos vuélvense muy escasos para comprar billetes de una lotería cuyas ganancias están en los cuernos de la luna.

El gran francés no verá, es un hecho, el Canal de sus ensueños. Y no lo verá porque ya está muy viejo, y, aun teniendo el oro suficiente, la empresa es dilatada por los muchos inconvenientes del terreno; y sobre todo, por los miles de hombres que tienen que morir en ese criadero de fiebres.

Un escritor francés acaba de publicar un folleto que ha causado impresión en todas partes.

Lo dedica a las víctimas de la gran locura, y en la portada se advierte un ataúd. La gran locura es el Canal de Panamá.

IV

Mr. Paul Leroy Beaulieu, el notable estadista, autor del famoso estudio económico que en estos últimos días han publicado diarios de Santiago y Valparaíso, hace algunos meses trató la cuestión del Canal en una de las más notables revistas francesas. Prueba con abundante y sólida copia de razonamientos los inconvenientes de la vía por Panamá; y ya se sabe lo que vale la opinión del famoso economista.

Mr. de Lesseps responde a ella con su conocida cantilena: dadme fondos, y en 1889 estarán concluídos los trabajos.

Pero los franceses no quieren ya dar fondos.

Lá pobre costurera, que creía en el canal de Panamá como en el del telón iluminado por la lámpara eléctrica, prefiere comprarse un adorno a depositar sus francos en las cajas de una empresa eternizada.

Al comenzar la actual crisis por que atraviesa el Canal de Panamá, determinó el gran francés venir al Istmo a dar

algún aliento a los trabajadores, y alguna nueva esperanza a los accionistas. Le acompañó su hijo Carlos. Hubo lo de siempre, banquetes, discursos y versos.

Al embarcarse de vuelta a Francia, el anciano cayó en la escalera del vapor, lastimándose un tanto...

¿No sería esa caída un aviso de la inconstante fortuna?...

V

La doctrina de Monroe ha hecho que los ojos de Nicaragua se fijen en el Tío Samuel para la iniciativa de una obra que es todo su porvenir.

El Gobierno de los Estados Unidos se ha ocupado en el asunto. El Congreso ha tenido en diferentes épocas sesiones ruidosas, en que se ha discutido la conveniencia de ser los americanos los que abran el Canal. Se han temido complicaciones con Gobiernos europeos. Un Senador americano dijo un día en uno de sus discursos: «Si Nicaragua nos conviene, tomémosla.» Dichas frases levantaron protestas por todas partes. Esto fué en 1854, y el Senador se apellidaba Brown.

Antes, en 1825, un Ministro americano recibió comunicaciones en que se le indicaba hiciese estudio completo de las probabilidades de llevar a la práctica la obra, y de las facilidades de la empresa. Ello no tuvo grandes resultados. Todo fué humo; palabras, palabras. Y aquello de «*America for the americans*», a cada paso se leía en los periódicos de la gran República.

Apareció la luminosa figura del Conde de Lesseps, con el proyecto por Panamá, y entonces sí que se creyó un imposible el Canal por Nicaragua.

Llegaba a Centro América el ruido de las fiestas del Istmo panameño; se sabía lo rica que era la empresa iniciadora; y sobre todo, el hombre que había hecho en el Mar Rojo un milagro tan grande como el de Moisés, ha-

cía con su prestigio, seguro el buen suceso de los trabajos comenzados.

Sin embargo, se presenta en Nicaragua don Aniceto G. Menocal, ingeniero de la armada de los Estados Unidos. Se firma un contrato con él; y he aquí que pasando el tiempo... el contrato caducó.

El capitán Phelps de la marina americana visitó el Istmo de orden de su Gobierno. Después, una gran comisión exploradora recorrió Nicaragua. Vino el tratado Zavala-Frelinghuysen; y hará como un año que el ideal de los nicaragüenses recibía este golpe: el Senado americano no aprueba el tratado Zavala-Frelinghuysen.

Dicha noticia se recibió cuando el acertado gobierno del actual Presidente Cárdenas disponía el viaje del Ministro Zavala con objeto de trabajar eficazmente en favor del célebre proyecto.

Nicaragua tiene en los Estados Unidos partidarios de su canal tan fervientes como el almirante Daniel Ammen, quien no deja de hacer una laboriosa propaganda en el Gabinete y en la prensa. Mr. John Stevens, Presidente de la New Jersey Railroad and Canal Company, ha escrito notables artículos con igual objeto, y el finado Presidente Garfield, si no hubiera muerto, habría quedado con la gloria de que bajo su administración se llevara a cabo la empresa deseada.

Los Estados Unidos deben ser los factores de ella, eso es indudable. No se diga que eso traería una absorción: una estrella más al pabellón americano. Nada de eso. Los yankees no piensan de ese modo. Son hombres bragados y se van al grano. Su orgullo sería ver el pabellón de la Casa Blanca ondeando a la entrada del Canal de Nicaragua. Por lo demás, el caso de Tejas no es fácil por allá de repetirse.

El Canal en Nicaragua ofrece especiales ventajas. El Atlántico y el Pacífico hace tiempo que se buscan. Los grandes lagos de aquella tierra son gran parte del trabajo que la naturaleza tiene hecho; luego el río San Juan concluye la obra. Unos cuantos barretazos, y la puerta que

divide los dos mares se abrirá de par en par. Con un dique en el río San Juan, queda unida por completo la comunicación fluvial con el lago de Granada o Gran Lago, y establecida una altura de nivel de 126 millas de largo, según cálculos de un notable ingeniero americano. Habría únicamente que hacer más profundos algunos lugares del río y del lago, trabajo que muy fácilmente puede hacerse; las dragas lo allanan todo, y el dinero que se puede gastar es comparativamente por sumas muy insignificantes. Para concluir la obra se abre un pequeño cauce al Atlántico, por el Este, y otro al Pacífico por el Oeste. Por todo, cuarenta millas; veintinueve de terreno arenoso y arcilloso; y once de rocalloso. Suma total de esclusas, seis. En esto es en lo que hay que gastar más. Asegura Stevens que la obra de draga y excavación será muy fácil y hacedera, y que el agua no puede interrumpirla, porque el canal pasará por encima del desagüe general del país. Bombas se emplearán tan sólo en preparación de cimientos de diques, esclusas y acueductos; habrá en los extremos de la línea navegable puertos formados por rompe-olas de mampostería. Esto se necesita en cualquier ruta interoceánica; y en Nicaragua, está probado que resulta más barato su costo, por causa del terreno, y porque los rompe-olas pueden formarse con los residuos de las rocas cortadas. Economía en todo. El canal por Nicaragua no puede sufrir los riesgos que el de Panamá por inundaciones o falta de agua. La naturaleza lo evita. El Gran Lago es el encargado de ello, con sus desagües en verano, favorables a las esclusas. Dice Stevens estas palabras: «No conozco ninguna vía canalizable más exenta de daños por causa de inundaciones.» Lo cual es decir mucho.

La ciencia habla una lengua de verdad, en que no pueden expresarse los utopistas.

VI

Ahora bien, ¿cuánto no ha costado el Canal de Panamá? ¿cuántos millones no se han convertido en humo

de pajas? ¿cuántos no tienen que gastarse, cuando una insignificante porción de trabajo que se tiene hecha ha costado tantos cuartos (1) de francos?

En cambio, la comisión que el Gobierno de los Estados Unidos nombró en 1876, que calificaba la línea por Nicaragua como la mejor ruta interoceánica, calculaba un presupuesto de cien millones de pesos. Después se ha estudiado mejor el proyecto y resulta, según exactas cuentas, que puede llevarse a cabo con menos de cien millones.

De ventajas, el Directorio de Comercio de San Francisco de California aseguró que sólo el tonelaje sería de cinco millones de toneladas, y el presupuesto del Congreso, sobre derechos, de seis millones de dólares.

Compárese.

En tal situación, ¿se resolverán los Estados Unidos a realizar el Canal por Nicaragua, fieles sostenedores de la doctrina de Monroe? El tiempo es un caudal, el tiempo es oro, y no hay que perderlo.

A propósito, un yankee farsante, un tal Mr. Blakman, acaba de establecer en Nueva York una compañía titulada La Compañía Americana del Canal entre el Atlántico y el Pacífico. El hombre comenzó por buscar accionistas, fundando su enorme humbug en viejos, en caducos privilegios concedidos a Mr. Vanderbilt, el millonario que, cuando era pobre, caballero en una mula recorría tierras de Nicaragua.

Todo ello es una estupenda farsa. El *Herald* se burló del tal Blakman como lo merecía.

Preciso es, pues, que los norteamericanos se decidan, hoy que el canal de Panamá aparece a los ojos del mundo tal como es: un gran despropósito.

El iluso Lesseps es un genio que chochea.

Si Suez fué el triunfo, Panamá es el fiasco. A su vuelta de Panamá ha dicho estas palabras: «Se ha visto cómo nos hemos conducido en Suez; en Panamá se seguirá igual

(1) Sic.—R. S. C.

camino, y como me resultó en Suez, espero que me resultará en Panamá. Hemos pedido 505 millones para el canal de Suez, y hemos vuelto a la Francia (es una cosa que todos pueden saber, he pasado la nota al gobierno), y hemos vuelto a la Francia mil doscientos cincuenta millones.»

Y agrega que el pueblo es su mayor apoyo; que el burgués, que el aldeano, que el obrero, fueron los principales accionistas de Suez; que un cochero al recibir los treinta y cinco sueldos por una carrera, le dijo tomándole la mano: «Mr. de Lesseps, yo soy vuestro accionista»; que esas son sus esperanzas para Panamá y que el canal por ese Istmo estará abierto en 1889. Y exclama: «Yo amo la juventud, aunque tengo ochenta años. La vejez prevé; la juventud hace» (1). No obstante, los delirios del cano ingeniero son interrumpidos por la ruda voz de los números.

Lesseps exclamaba como se ha oído, poco antes del 15 de Junio; y el 19 del mismo mes, Leroy Beaulieu escribía: «que la empresa del Canal de Panamá no era como creían muchos, copia exacta de la de Suez; que era una falsificación, casi la parodia». Y afirmaba: «Los procedimientos de la segunda son del todo diferentes de los de la primera»....

Y después asestaba el siguiente golpe al corazón de Lesseps: «Si en nada se cambia la constitución de la empresa de Panamá, tendrá efecto, como lo hemos escrito en el año último, el más gigantesco desastre que habrá visto el mundo moderno después de la caída del sistema de Law» (2).

Lo cual quiere decir en buen castellano que el riguroso economista, con la fuerza de sus cálculos, ha despedazado la linterna mágica del sabio visionario. Nicaragua, en tanto, espera.

Ahora toca decidir en el gran asunto, a barbas blan-

(1) *Nouvelle Revue*, 15 de Junio de 1886.

(2) *L'Economiste français*, 19 de Junio de 1886.

cas y cabezas calvas bajo la rotonda del capitolio de Washington.

RUBÉN DARÍO.

Santiago, Agosto de 1886.

En *La Epoca*, Santiago, 6 de Agosto de 1886.

Z O I L O

DEL POEMA *LOS CAUTERIOS*

I

¡Oh padre Homero!...
Un día
se oyó en Grecia el sonar de un arpa ruda
de insólita armonía;
e infundiendo coraje,
sonó un himno salvaje
de ardiente poesía.

Cual si de un viejo tronco
de la inculta montaña
se hubiese hecho una lira gigantea,
tal se oye el himno ronco
y la música extraña
que aventaja a la lira apolinea.

Con tremulenta mano,
del áspero instrumento
arranca sonos que recoge el viento
un venerable anciano.
Contemplad: su cabello
se desgaja hasta el cuello;

su barba por el pecho se dilata
 como madeja de bruñida plata;
 de su labio la nota
 es fe y ardor, imprecación y ruego;
 y de sus ojos brota
 vena de llanto, y el anciano es ciego.

Canta de Aquiles fuerte e invencible,
 canta de Héctor famoso
 el denuedo terrible
 y el brazo poderoso.
 El poeta divino e inspirado
 se recuesta a una roca
 y al són del instrumento retemplado
 Ilíada inmortal canta su boca.
 He aquí el trueno de Jove armipotente,
 las falanges de dioses y guerreros;
 he aquí la lucha de adalid valiente,
 y el ruido y estridor de los aceros.
 Caen en la liza helenos y troyanos,
 y resuena el fragor de horrendas lides;
 cuando caen los fuertes adalides
 se estremecen los montes comarcanos.

¡Oh padre Homero!...

Y canta

bañada la cabeza en santo fuego;
 y al eco de su lira se levanta
 la aurora celestial del genio griego.
 Vienen las nueve hermanas de Helicon
 con el laurel de Apolo soberano,
 y tejen una espléndida corona
 para ceñir la frente del anciano.
 Pasan los aquilones
 llevando las canciones
 de aquel viejo gigante;
 y arrastran con estruendo hondisonante
 el ronco resonar de los bordones
 de aquella arpa a Occidente y a Levante.
 Una musa celeste
 de vaporosa veste,
 de aquellas musas del Olimpo, hermosas,
 está cabe el cantor. Sus labios bellos
 le murmuran palabras misteriosas,

y le enjuga el sudor con los cabellos.
 Y Homero crece y sube,
 y al cielo se levanta;
 en la cumbre del Pindo está su planta
 y su frente en el seno de la nube
 que el fulgor de los astros abrillanta.

¡Oh padre Homero!...

Y cuando la aureola
 de la luz inmortal, en vívida ola
 le cubre, y en los altos universos
 se repercute el ritmo de sus versos;
 cuando ve de hito en hito
 al sol que resplandece en lo infinito,
 cuando habla e interpreta
 la lengua de los dioses, ¡oh Poeta!,
 cuando ya está en la cima;
 cuando es numen y oráculo, y en todo
 el soplo de lo inmenso le sublima,
 Zoilo, lleno de lodo
 y enfermo por gangrena que le vicia,
 ebrio y desatentado,
 osa al genio sagrado
 y le arroja a la cara su inmundicia...
 ¡El Olimpo ha temblado!

II

¡Gran Hugo! El mal existe
 y se yergue a la faz del mundo entero.
 Maestro, bien lo dijiste:
 Es tan eterno Zoilo como Homero.

RUBÉN DARÍO.

En *La Época*, Santiago, 8 de Agosto de 1886.

LA UNION CENTRO AMERICANA

I

Las Repúblicas que componen la América Central, como se sabe, son Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras.

Hacer de todas ellas una sola nación, una sola patria y un solo gobierno, ha sido el ideal de los buenos hijos de aquella tierra, desde Francisco Morazán hasta Máximo Jerez.

Morazán luchó contra los separatistas, fué soldado valeroso y hombre de corazón. A esto hay que agregar que murió fusilado en San José de Costa Rica, un día quince de Setiembre, aniversario de la independencia.

Gerardo Barrios, Presidente del Salvador, fué apóstol abnegado de la gran idea y enemigo acérrimo del separatismo.

Murió también fusilado en la capital de su república. Su nombre es uno de los más ilustres en el catálogo de los mártires de la Unión.

Cabañas, hondureño, aguerrido como pocos, fanático seguidor de Morazán, murió algo menos que en la miseria.

Jerez, una especie de monomaniaco sublime, que andaba de lugar en lugar haciendo revoluciones y encendiendo los ánimos en pro de la causa de la Unidad Centro Americana, falleció en los Estados Unidos, en donde años antes hallara tumba don José Francisco Barrundia, otro que tal, orador famoso y varón benemérito por muchos títulos.

Ya se ve si habrá habido quienes hayan trabajado en el límite de sus esfuerzos por hacer de aquellas cinco naciones diminutas y desconocidas, una sola que sería vista con menos indiferencia que ahora por el mundo entero.

No obstante, han salido fallidas todas las revoluciones, han resultado infructuosos todos los afanes; y la idea, si alienta en la juventud, y es, por lo grandiosa, motivo de

entusiasmos que se traducen en odas y en arengas, no se llevará a una resolución definitiva por más de una causa poderosa.

Es un bello ideal: pura poesía.

II

Adviene que el localismo es en Centro América, como en todas partes, motivo de grandes oposiciones.

La Unidad todos la quieren en las cinco Repúblicas. Pero los guatemaltecos, por ejemplo, que tienen una capital, ciudad de segunda clase entre las de Sud América, no se conformarían con que el Presidente de la Unión residiese, ni en Managua, por lo lejano y por lo poco adelantado, ni en San Salvador, por la vieja inquina que, aunque se afirme lo contrario, permanece siempre, ni en Tegucigalpa ni en San José.

Todos desean el poder en su propia casa, y ninguno se gana en lo egoísta. Hay para ello, además, fortísimas razones. Verbigracia: Guatemala, Honduras y Costa Rica tienen deudas exteriores harto crecidas, para que el Salvador y Nicaragua, que no deben un centavo, las aceptasen como propias, dado que se llevase a la práctica la unidad de los cinco Estados.

III

La última tentativa de unificar a Centro América tuvo gran resonancia en todo el mundo civilizado.

Justo Rufino Barrios, un tirano progresista, un valiente guerrillero y pésimo general, ex-Presidente de Guatemala, comunicó a los vecinos gobernantes un decreto de las Cámaras de su país en que le ponían a la cabeza del ejército unionista, para comenzar la cruzada que había de reconstruir la antigua patria.

A decir verdad, Barrios tuvo grandes simpatías en el partido liberal de Nicaragua. Fué llamado por las mil bocas de la prensa, como un redentor. Quiénes, inocente-

mente, llenos de ilusiones, sin conocer lo que era el caudillo, veían en él al único hombre capaz de resucitar las proezas de Morazán y de Cabañas; quiénes, enemigos jurados del partido conservador, hoy dominante en la tierra de Chamorro, preferían el látigo del Dictador al régimen que han tenido la humorada de apellidar oligarca, porque la cosa pública está bajo la dirección de ciertos personajes de antiguo llenos de influjo y bastante hábiles para no dejar que el poder llegue a manos de sus opositores.

Barrios fué gobernante que hizo progresar su país a latigazos.

Un Rosas al revés.

Acabó con la nobleza guatemalteca que desde el tiempo de Rafael Carrera imperaba en aquel Estado.

Se hizo querer del pueblo, haciéndose odiar de la clase alta. Abofeteaba a un caballero de guante y frac, y abrazaba a un roto, en medio de la calle. De su carácter excéntrico se cuentan raras anécdotas.

Un escritor nicaragüense de gran mérito, nuestro primer crítico en Centro América, Enrique Guzmán (que, opositor a la actual administración de su país, estuvo al lado de Barrios, cuando la última guerra, siendo uno de sus generales), ha escrito un libro curioso, acerca del desgraciado jefe, que murió en Chalchuapa hace dos años, en Jueves Santo, como el famoso Presidente de Guatemala que por su apego a los jesuitas, poco le faltó para ser canonizado.

Barrios sucumbió, a pesar de sus miles de soldados equipados a la europea; y el ejército salvadoreño llevó a su capital la espada rota del que había intentado imponer su dominación en Centro América.

La lección fué terrible.

No se ha vuelto a hablar más de la reconstrucción nacional, hasta que el Cable ha transmitido la noticia de que los ex-Presidentes de las cinco Repúblicas y los Presidentes actuales se hallan reunidos en la capital de México, con el objeto de llevar a cabo la Unión Centro Ame-

ricana, y luego, de anexar la nueva confederación a aquella República.

Para el que conozca el actual orden de cosas de esos países, la nueva no pasa de ser un estupendo canard; una bola que sin qué ni para qué se echa a rodar por estos mundos.

IV

Esos ex-Presidentes de que se habla en el telegrama referido, son los del Salvador y Honduras, si es que en efecto hay algo de cierto en la noticia: el doctor don Rafael Zaldívar y don Marco Aurelio Soto.

Son los únicos ex-Presidentes de aquellas naciones que viven en Europa por motivos políticos, poco más o menos, como en Santiago el señor Veintemilla, ex-Presidente del Ecuador.

Es decir, cayeron, y, lejos de su país, están como Dios les ayuda.

A Zaldívar y a Soto les ayudó Dios tanto, que pocos príncipes rusos (excepto Guzmán Blanco...) han hecho igual ruido con sus millones y su vida fastuosa. Ambos pueden ahora estar en México.

Los actuales Presidentes de las Repúblicas Centro Americanas, por sus antecedentes políticos y por su posición de hoy, puede decirse que es imposible que hayan hecho viaje a la tierra de Moctezuma con el objeto de que dice el telegrama.

El general Barillas gobierna hoy a Guatemala; el doctor Cárdenas a Nicaragua; el general Menéndez al Salvador; el general Soto a Costa Rica, y el general Bogran a Honduras.

El general Menéndez fusilaría al ex-Presidente Zaldívar si lo tuviese a la mano, y el general Bogran haría poco más o menos con el ex-Presidente Soto.

En cambio, si estos ex hallasen ocasión de arrojar de los palacios presidenciales a sus enemigos lo harían inmediatamente.

Son odios profundos e imborrables los que existen.

Ahora bien: Menéndez era general de Barrios; y Cárdenas, el honrado y enérgico gobernante de Nicaragua, junto con el joven general Soto, que lo es de Costa Rica, fueron los que primero se opusieron al invasor, y los que apoyaron las disposiciones de Zaldívar en los primeros momentos de la última guerra, levantando numerosos ejércitos.

Acaban de reanudarse las relaciones entre Nicaragua y el Salvador.

Está todavía fresca la sangre de Chalchuapa.

Los salvadoreños odian a los guatemaltecos y viceversa.

Las revoluciones fermentan en el seno de aquellas Repúblicas. Cualquier paso de grave naturaleza tendría muy terribles consecuencias.

Cárdenas está muy preocupado con dejar concluídas las líneas de ferrocarriles de todo su país antes de bajar del poder, y no iría camino de México a charlar de asuntos imposibles.

Don Bernardo Soto no puede absolutamente hacer tratados sobre unión Centro Americana, porque todo Costa Rica es enemiga de ella, viéndolo bien. Si él pensase en semejante idea, le harían una revolución.

Menéndez no querrá meterse a camisa de once varas, cuando no tardará en caer, dado el estado actual de los ánimos en aquellas tierras.

Allá mudan de presidentes todos los días de fiesta.

En resumen, es imposible avenimiento alguno si se trata de un asunto tan debatido y que ha costado tanta sangre, como la unión de Centro América.

V

Todo esto quiere decir, pues, que la noticia que el cable comunica es una de tantas grillas que inventan los desocupados; y que el corresponsal mexicano de *El Comercio del Valle* de San Francisco, ha echado al aire una

pluma como dicen los salvadoreños, una pluma enorme, de avestruz.

Si ello resultase cierto, se puede creer en que las predicciones de Nostradamus se están cumpliendo, y que principian las señales del juicio final con juntarse elementos tan distintos entre sí, como guatemaltecos y salvadoreños, Cárdenas y Menéndez, Bogran y Soto, Soto y Barrillas: es decir, fuego y agua, sal y azúcar, luz y sombra.

RUBÉN DARÍO.

Santiago, Agosto de 1886.

En *La Epoca*, Santiago, 12 de Agosto de 1886.

ONDAS Y NUBES

A EDUARDO POIRIER

I

He aquí que en la noche callada,
sentado en la popa del raudo navío,
cielo y mar contemplando tan solo
lancé sin quererlo del pecho un suspiro.

Y lloré. Refrescaban mi frente
los húmedos soplos del viento marino.
Yo miraba la nube y la onda,
hermanas gemelas, hijas del abismo.

Y la onda gemía; y la nube,
bajel misterioso del hondo infinito,
inspiraba tristeza a mi alma
tornándose pálida de la luna al brillo.

Allá lejos mi hogar; allá lejos,
 tras el horizonte, ya oculto, perdido...
 ¡Ay! no sé qué sentía: un quemante
 fuego en la cabeza, y en el alma frío.

Lo que sienten las aves viajeras
 que dejan su bosque, su rama, su nido:
 lo que sienten las almas, y luego
 la boca no puede, no puede decirlo.

¡Ah! yo alcé mis pupilas a lo alto:
 las constelaciones cual diamantes fijos
 en el límpido azul de los cielos,
 movían sus áureos, tremulentos hilos.

Mientras tanto, una niebla flotante
 vagaba a los soplos del ambiente tibio;
 y seguía, en el cielo y el golfo,
 la nube su vuelo, la onda su gemido.

*

De pronto, entre el cielo y el hondo oceano,
 surgió de las ondas, con manto de nieblas,
 un hada que al ruido del agua y la espuma
 me dijo muy quedo: «No llores, poeta.»

Sus labios hablaban divino idioma,
 sus ojos brillaban con lumbre de estrella;
 su voz era el eco meléfuo de un arpa,
 y como el sollozo, de apacible y trémula.

¡Oh, pálida Musa!, le dije, ¿quién eres?
 Tu acento me inspira, tu voz me enajena;
 tu boca produce con ritmo inefable
 el dulce chasquido del labio que besa.

Abreme tus ojos, con ellos me mira;
 ábreme tus brazos, con ellos me estrecha;
 dame tus miradas porque me confortan,
 dame tus caricias porque me consuelan.

¿Quién eres? Tu rostro tierno y melancólico
 tiene mil dulzuras para un alma enferma;

y hay notas prendidas de celeste música
en los hilos de oro de tu cabellera...

¿Quién eres?...—

Entonces, plegando sus alas,
pedazos de cielo, me dijo:—Poeta,
yo soy esa musa que inspira los cantos
de vagas memorias; yo soy la Tristeza.

Yo soy la que sube del golfo azulado
si baja la tarde tranquila y serena;
soy la confidente de los amadores,
de los afligidos soy la compañera.

—Pálida Musa, le dije,
¡mil veces bendita seas!—

Y mientras iba el navío
por la onda que espumajea,
encaminando la proa
para las playas chilenas,
el hada desaparecía;
y yo, vuelta la cabeza
hacia el lejano horizonte
de mis natales riberas,
sólo vía abajo la onda
que en adamantes se quiebra,
y arriba la blanca nube
que al soplo del aire vuela.

I I

Pasó la noche; vino la luz del día.
Sonreía en Oriente tímida el alba,
y a sus primeras luces, el horizonte
parecía a lo lejos que se incendiaba.

Y otra vez del navío llegué a la popa,
y saludé a las ondas del mar en calma,
y a las nubes viajeras, albos esquifes
que conducen al cielo las buenas almas.

¡Oh, qué brisa tan fresca la que me trae
las primeras caricias de la mañana!
¡Qué fiesta de colores la del Oriente!
¡Qué músicas y ritmos los de las aguas!

De pronto de la espuma surgió, apacible
como un rayo de aurora, sonriente otra hada;
en sus ojos se vían dulces promesas
y fulgores divinos entre sus alas.

Ceñía cual diadema de mil cambiantes
un nimbo misterioso su frente pálida;
le enviaba sus saludos Héspero hermoso,
al dar sus mil vagidos la madrugada.

En tanto, allá a lo lejos aparecían
con la aurora las dulces chilenas playas
cuando el hada me dijo con voz del cielo:
—Yo soy tu compañera, soy la Esperanza.

La nave siguió su rumbo,
revolviendo la ola hinchada:
al ver las costas de Chile
no sé qué sentí en el alma...

Y el sol rompiendo las brumas
lentamente se elevaba,
y encendía ondas y nubes
con su reguero de llamas.

R. DARÍO.

A bordo del *Uarda*, Junio de 1886.

En *La Época*, Santiago, 22 de Agosto de 1886.

LA PLEGARIA

De hinojos ¡oh Dios mío!
alzo mi ruego ante el altar sagrado.
Perdón por mi desvío;
perdón por mi pecado,
perdón por las heridas que te he dado.

Derrama en mis potencias
la lumbre de tu fe y de tu esperanza;
quiero tus excelencias
gozar, la venturanza
y el bienestar que quien te adora alcanza.

Tú que todo lo truecas,
tú que el iris pusiste en la negrura,
y los tronos derruecas,
y castigas la impura
maldad que el hombre sigue en su locura,

dame, señor, que tenga
la llama de la fe en el pecho mío:
y dame que me venga
tu bienhechor rocío,
que es efluvio de amor, ¡Dios justo y pío!

Señor, gracia por tanto
que te he ofendido; acudo a tu eficacia.
mira que riego llanto,
mira que pido gracia
en mi tribulación y en mi desgracia.

Yo cerré mis orejas
a la palabra del amor divino;
y veo que te quejas,
me llamas de continuo,
y me quieres llevar por buen camino.

Oh, cuán cegado he sido,
apacible cordero sacrosantó;
mas ahora te pido,
del cielo luz y encanto,
gracia, gracia, señor tres veces santo.

Miré la azul esfera
y miré de zafiro la techumbre,
y viendo la pradera
halle tu dulcedumbre,
y en todas partes ví tu eterna lumbre.

Señor ¡bendito seas!
Bendito porque esparces tu dulzura;
bendito porque creas,

porque el bien es hechura
de tu mano, que enciende la luz pura.

Oye el coro liviano
de pájaros parleros que te cantan:
oye el mar oceano,
sus olas que abrillantan
los soles, cuantos himnos te levantan.

Oye el maravilloso
enjambre que del bosque va de vuelo,
y da su armonioso
clamor, cuando en su anhelo
de cantar y cantar se sube al cielo.

Encendiste la aurora
con solo tu mirar: con tu respiro
creaste el cielo, que dora
el sol que en raudo giro
camina por un campo de zafiro.

Congojado si treme
la tierra, y hay dolor, plañe el humano,
y tu cólera teme,
y advierte que es un vano
y deleznable ser ¡rey soberano!

En medio de este mundo
he visto de los males los excesos;
medité en lo profundo,
ví tus altos procesos
y se heló la medula de mis huesos.

Ví que las sociedades
están llenas de fango y de inmundicia;
y hallé muchas maldades,
y ví tanta malicia
que temblé meditando en tu justicia.

Y sollocé de vero,
y me ví en mi dolor contaminado
de tanto desafuero
y de tanto pecado;
y me puse a gemir desconsolado.

Busqué mi fe perdida
y me hallé en una noche muy oscura,
con la alma dolorida,
buscando tu luz pura,
en medio de aflicción y de pavora.

Curé si en la concordia
lograba revolver por el camino
de tu misericordia,
al sendero divino
de tu fe y de tu amor, Dios uno y trino.

Y cual rayo de aurora
que dora el cielo al despuntar el día,
santa y fecundadora,
¡oh fruto de María!
volvió la fe a lumbrar el alma mía.

Y por la fe te miro
lleno de alta virtud y omnipotencia;
y por la fe te admiro,
y en tu divina esencia
hallo todo principio y excelencia.

Señor, ora te ruego
me concedas la gracia que te pido:
que mantengas el fuego
de la fe en mi sentido,
ya que me devolviste lo perdido.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 31 de Agosto de 1886.

LA ENTRADA A JERUSALEN

DEL POEMA PÓSTUMO DE VÍCTOR HUGO, *EL FIN DE SATÁN*

Así es como cantaba, ante el cielo que brilla,
el joven alternando con la joven sencilla,
un gran coro de niños del pueblo Bethphagé.
A otro lado de un valle en brumas sumergido,
vense elevadas torres, un muro emblanquecido,
una puerta que se alza: y allí Jerusalén.
El incienso que el alba trae, los soplos puros,
las flores que despiertan en los bosques oscuros,
rayos de sol, se juntan de voces al clamor.
Un lado es del tranquilo sendero de la aldea,
fuera, cerca del límite do la señal blanquea
que indica al caminante la vereda mejor.
Todos buscan los campos, y se encuentran en ellos.
La yerba reverdece; del alba los destellos
iluminan el prado; y el hombre ha dicho así:
—«Tregua al trabajo austero».—Las hembras, a seguida,
en tierra depusieron el ánfora pulida,
y entreabrieron, cantando, sus labios de rubí.
Entre tanto, los pájaros modulaban los trinos
del Edén, armoniosos, apacibles, divinos;
una abuela reía de una choza al umbral;
tres rudos labradores de faz al sol curtida,
con cabos de guadañas, la tierra ennegrecida
batían en pausado y rítmico compás.
Las vírgenes garridas de frente pudorosa
como una lis perfecta, su vista vagarosa,
su boca que medio abre sutil respiración,
un brillo misterioso sobre sus lindos ojos,
y jadeantes suspiros entre sus labios rojos,
el horizonte vían en vaga expectación.
De repente, en el punto que el femenino coro
entona en la floresta su cántico sonoro,
el himno que le inspira su ardiente corazón,
las notas moduladas por sus divinas voces
que marcan las cadencias agrestes de las hoces,
alguien habló de súbito. Dijo: —«¡Oíd! ¡Atención!»

Las jóvenes tocando
con el dedo la boca, de repente
se detuvieron todas, escuchando
tras la colina que se abrasa cuando
relumbra el día ardiente.
Y así en quietud y calma,
oyeron otras voces que cantaban,
dulces como de alma.
Y oyeron que las voces exclamaban:
—«He aquí que el bien amado
a quien veréis, mujeres,
hoy pasa por aquí. Le conducimos.
¡Gloria al ser de los seres!
Hoy nos ha consagrado
el triunfo, compañeros. Le seguimos.
La luz sagrada y bella
nos deja que marchemos en pos de ella.
Y nosotros llevamos al Maestro
a su pueblo fiel. ¡Salve bien nuestro!
He aquí al bien-amado
de las almas; el ser dulce y clemente,
a quien la gran estrella ha derramado
su luz resplandeciente.
Todo poder y majestad suprema
forman su gran diadema.
Podría fulminar rayos y truenos;
quiere el amor de corazones buenos.
A Rachel afligida ha consolado
y a Sara ha levantado.
El avanza derecho a sus destinos
entre paz y ventura,
como un ramo de mirra perfumado
entre dos senos santos y divinos.
Su cetro que fulgura,
con su rayo fecunda
de fuerza omnipotente,
los restos deshará del viejo mundo
feroz, do se retuerce la serpiente.
Su nombre celestial que el pecho inflama
es como óleo sutil que se derrama.
Y sobre su cabeza
el angel se extasía en su pureza.
Y el cielo en su bonanza
es un murmurio inmenso de alabanza.
Porque él es más glorioso

que Alejandro; y más pulcro
que Salomón, quien en el gran reposo
tiene una flor de lis en su sepulcro.
Es su campo la tierra soberana;
su ley en los espíritus impera.
El viene a deshacer la horrible y fiera
noche que flota sobre el alma humana.
Hará retroceder la hidra triunfante,
y transfigurará toda la tierra.
Al ver su luz brillante
que las sombras destierra,
su mano vencedora
que amor y paz inspira,
el abismo le mira
y le aplaude la aurora.
Del león el rugido
y de la loba el grito áspero y duro,
el odio comprimido
del corazón impuro;
el iracundo que feroz y acedo
con cólera violenta
la piedra alza y avienta;
el ímpetu viciado,
la guerra, calmarán ante su dedo
el azul firmamento enderezado.
Amparo y luz del hombre,
ante su inmensidad en honda tumba
Moloch se desmorona, se derrumba.
Porque es sin tacha, límite ni nombre.
Si fija en el azul su ojo bendito,
el mal desaparece en lo infinito.
Sombra son si los ve su ojo sagrado
los carros de Faraón el poderoso.
Porque es muy más radioso
que Nemrod exaltado.
El brilla más que Ammon, quien en su abono
guarda toda delicia en su retrete;
y quien tiene por trono
el centro de un banquetete.
El sobrepuja a Ciro el denodado
de pie en la gran columna que éste huella.
¡Oh pueblo: el bien-amado
tiene por alma claridad de estrella!
Es un rey; más que un rey. Es el sublime
conquistador, el puro, el verdadero,

el grande, el que redime,
el que por todos lucha.
Desde el cielo en que gira
el alto sol le mira;
y el humano le escucha.»

Entonces se advirtió por el camino
un hombre que venía en un pollino.
Al mirar aquel hombre
repetían su nombre.
Era el mismo a quien viera
Sadoch, desde la altura
del templo, discurrir la otra semana
triste y meditabundo,
y a quien entonces hiriera
la oreja santa y pura,
de su cólera insana
con un grito iracundo.
Tenía los cabellos
sobre la frente en crenchas divididos.
En círculos armónicos y bellos
trenzando danzas, con bullicio y ruidos,
le seguían mujeres sonrientes
cubiertas de mil ramos florecidos.
Los infantes llevaban en las manos
ramas verdes y frescas, bien olientes,
y capullos lozanos;
y de todos lugares,
de los campos, las chozas y palmares,
de los bosques oscuros,
y de Jerusalén, de cuyos muros
la mole se veía,
la multitud salía,
toda alegre, feliz, confusamente.

Y le seguía, fuera de su techo,
con rostro sonriente
la joven madre, y le mostraba ufana
a su niño de pecho.
Y los abuelos de cabeza cana
así de trecho en trecho
repetían: ¡Hosana!
Otros soplaban rústicos braseros,

donde echaban perfumes,
a guisa de dorados pebeteros.
Y él andaba apacible, dulce, serio,
con la tranquila calma del misterio.
Y al pronunciar su nombre
esos hombres loaban a ese hombre.
Y extendían la pobre vestidura
en medio del camino,
a la cabalgadura de aquél a quien loaban de continuo.
De pedazos de púrpura formaban
banderas que llevaban
a la cabeza del cortejo hermoso;
y en eco jubiloso
se escuchaba este grito repetido:
—«Que Dios Padre proteja al bienvenido!
¡A él gloria y loores!
Porque es el que ha llegado
a tornaros mejores.»
El, pensativo, vía ensimismado
Jerusalén, sus flores,
adorno sin igual de la floresta,
el sol en lo más alto de los cielos
cual vestido de fiesta:
contempló tristemente
después, tantos y tantas
tapices a sus plantas,
coronas en su frente;
las mujeres cantando,
los hombres acudiendo...
Y allí entonces fué cuando
exclamó entristecido sonriendo:
—«¡Presto voy a la muerte caminando!...»

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 15 de Setiembre de 1886.

EN EL SUR

A Mary F. Robinson.

Como parda golondrina
pequeñuela, partí al valle
de los dulces ruiseñores
y de Apolo a los boscajes.

Rocas agrias y blanquizas
han quedado tras de mí,
olas cóncavas y verdes
que se rompen al morir,
los fríos vientos del Norte,
el nublado cielo gris,
la heredad en la cañada...
¡Y heme solitario aquí:
que mi hogar está muy lejos
y no me puede seguir!...

¡Oh trinos del ruiseñor
tan dulces como la miel!
¡Oh ramajes de laurel!
¡Oh limoneros en flor!
A todos os miro yo
cerca, muy cerca de mí;
a todos os miro aquí;
pero ¡ay, a mi dicha no!...

¡Que hacer! En la pintoresca
campaña, por mi fortuna
agobiado, arrancaré una

clavellina roja y fresca.

O entre el céfiro liviano
oiré el cantar repetido
del abadejo montano
que huelga haciendo su nido
en glorietas de avellano.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 18 de Setiembre de 1886.

APUNTACIONES Y PARRAFOS

Luis Royo y sus *Manchas de tinta*.—Un libro de André Michel.—
Letras y toros.—Nueva novela de Eduardo Delpit.—El ateísmo
del día.—Un gallo que canta.—Hallazgos históricos.—Un
poeta mexicano.

Luis Royo y Villanova es un escritor valenciano que acaba de salir del cascarón. En España, los autores de provincia se están llevando la palma. Este bizarro poeta acaba de publicar sus *Manchas de tinta* con un éxito en verdad bastante justo. En esta época es muy difícil ser gracioso, y Royo lo es. Es gracioso sin zoncería como no lo son muchos de sus paisanos. Por ejemplo, Marrasquino, sin agraviar a *La Epoca* de Madrid.

Royo se burla muy buenamente de los libros nuevos que traen recomendación de buscados prologuistas, y publica sus *Manchas de tinta* «con un prólogo de Royo (don Luis), y un epílogo de don Luis Royo». Y agrega: «(Sin el retrato del autor)».

—Has caído en gracia, le dijeron unos amigos.

—Efectivamente—dice él—: Siento el batacazo.

¡Más valdría haber caído en un colchón!

Los versos de Royo son todos o casi todos referentes a asuntos de colegio, y tienen una originalidad propia de su autor, quien, según parece, hace poco dejó los bancos de la Universidad.

En la composición *A mi catedrático*, habla de los compañeros de clase:

«Yo tengo compañeros de esos puntuales,
que usted al verlos tan quietos y tan formales
se figura que atienden a lo que explica
y piensan en los ojos de alguna chica.

Hay otros que bostezan y otros malditos
que se leen los diarios a pedacitos;
y si usted al hablar tiene su muletilla
y hay algún estudiante que se la pilla,
ese no hará otra cosa mientras las clases,
que ver si usted repite la misma frase.

Fabricantes de barcos y cucuruchos
y pájaras que vuelan, ¡de esos hay muchos!
y otros que hablan de novias, cantan a coro
y sacan los relojes porque son de oro.

Otro que tiene un ceño muy antipático
y hace caricaturas del catedrático
y dos que van juntitos continuamente
y se ríen de todo bicho viviente,
y se ponen arriba, por los rincones,
y se las echan ellos de muy guasones,
se ríen sin motivo y hablan de ustedes
y se llevan el yeso de las paredes,
y si alguno se queda medio dormido
van y le meten pajas por el oído...»

¡Es un cuadro completo el que pinta en esos versos, cuadro que todos conocemos y que viene a nuestra memoria al recordar los tiempos felices de la primaria!

Entre col y col pone una lechuga el gracioso poeta.

Entre las poesías jocosas referentes a asuntos de colegio, pueden leerse algunas tan delicadas y sentidas como *El Canario*, y cantares como los siguientes:

Antes de nacer te quise;
y es que naciste mucho antes

en el fondo de mi alma
que en el seno de tu madre.

Ante su rubia cabeza
me paro, la miro, y pienso
que tiene una mina de oro
en la raíz del cabello.

Algunos tienen todo el sabor de los que en la tierra española son el lenguaje sincero y vivo del corazón del pueblo, esa sencillez apacible harto difícil de ser imitada:

Un angelito del cielo
ayer del cielo bajó
a decirme que tu cara
se parece a la de Dios.

Cieguecita se ha quedado
la niña de mi querer,
que Dios le quitó los ojos
para ponérselos él.

Te tengo tanto cariño
y es mi cariño tan grande,
que te diera, niña, un beso
con la boca de mi madre.

Lo que llama *Cantares adulterados* son parodias de los más comunes y sentidos cantarcillos, cantas o malagueñas. ¿Quién no conoce aquello de:

En el carro de los muertos
ayer pasó por aquí:
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí!...?

Es un suspiro, una queja salida del corazón. El desgraciado e incógnito hijo de pueblo, habla de su amada.

Royo adultera así:

En una casa de empeños
la otra mañana la ví;

los bolsillos hacia fuera
¡por eso la conocí!

¡Se refiere a la maltrecha levita que en sus apuros de bohemio ha conducido al Monte de piedad!

Royo publicará pronto una colección de artículos con el título de *Palotes*, y otra con el de *Figuras de cera*.

André Michel ha dado al público un nuevo libro. Es un estudio dilatado y bien escrito, sobre Francisco Boucher, pintor del Rey Luis décimo quinto.

Es una completa rehabilitación.

El célebre artista que concibió sus obras maestras entre el lujo de los blasonados alcázares del monarca francés, había sido echado en olvido muy injustamente.

Se le achacaba al pintor el contagio de la corrupción reinante en aquellos días en que Madama de Pompadur, la elegante y alegre señora, era lujo y gala de la corte frívola de su tiempo.

El pintor de *Las Gracias* ha sido colocado hoy en el trono a él perteneciente de derecho, por la pluma brillante de Michel.

Watteau, con su fama y todo, queda a la par, si no bajo la egregia figura de Boucher; y Chardin mismo luce ante él con iguales brillos.

Michel ha prestado un gran servicio al arte contemporáneo, y su magnífica obra es una muestra exquisita de su maravilloso juicio artístico.

Demos un pequeño salto, volviendo a España. En la heroica nación cunde la literatura de redondel. Hay una especie de caló del oficio que se emplea en las crónicas

de las corridas de toros, y del cual se usa a maravilla. En todo café flamenco se oyen los cantares y romances laudatorios a los espadas y diestros más famosos; y publicaciones hay que no son para leídas por quien no sepa de asuntos de capa y cuerno. Para muestra basta un botón. Helo aquí:

«Currinche dejó un par malo y repitió con uno tirado.

Mojino entró bien, pero la cosa le salió mal, y el par resultó prendido en la arena. El chico enmendó el yerro dejando en seguida un par bueno.

Mochuelo, negro, caído de cuerno y de muchos pies.

Se los paró Angel Pastor dándole seis verónicas y una navarra, en dos tandas y con dos capotes, pues en la tercera verónica perdió el capote con que había empezado a lancear.

Capuchino, negro bragao, listón y cornicacho.

Tomó nueve varas, las nueve malas de la *high life varilarguera*.

Regaterín clavó dos pares, uno bueno y otro aceptable.

Pulguita dejó un par bueno a toro parado.

Frascuero pasó parando los pies y manejando el trapo con bastante soltura.

Lió, se arrancó en corto y por derecho, y soltó medio estocada superior.

Palmas justas.

El toro muy bueno en la muerte.»

Estilo de tauromaquia.

Para originalidades, los franceses. Eduardo Delpit ha creado en su última novela un tipo muy subido de color. Me refiero a Miguel Buranthon, de *Los hijos del siglo*.

¿Qué se propone Delpit? Seguramente enseñar uno de los lados flacos de la vida presente: la falta de fe religiosa. Miguel Buranthon no es un ateo vulgar, de esos de

a muchos en libra; es un hombre honrado que tiene el horrible pero de no creer en Dios.

La propaganda que hace de sus doctrinas es con la mayor buena fe. Y para convencer a sus amigos y parientes emplea los argumentos más poderosos según su leal saber y entender.

Es un apóstol del ateísmo en realidad de verdad, no como muchos de nuestros días, apenas barnizados de doctrinas: algo como «imitación-de-ateo».

La novela se desenvuelve muy bellamente, y se conoce que Delpit ha querido emplear en ella todo su talento.

Tiene una moraleja: Michel Buranthon muere desesperado y abatido.

Y una inmoraleja: no se convierte ni en el último trance.

El anarquista Gallo es poeta; lo cual demuestra que las Musas andan hechas unas locas, escandalizando pueblos y lanzando proclamas incendiarias, en vez de estarse quietecitas únicamente inspirándole exámetros a nuestro Padre Santo León décimotercio y epístolas horacianas a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

En el tribunal del Sena habló Gallo como hombre resuelto cuando fué acusado en estos últimos meses.

Luego se supo que no sólo era dinamitero, sino también poeta. ¡Habrás visto!

En efecto, Gallo ha escrito la *Marsellesa de los anarquistas*, de la cual mostramos hoy a nuestros lectores las siguientes estrofas:

Nos pères ont jadis dansé (bis)
 Au son du canon passé (bis)
 Maintenant la danse tragique
 Veut une plus forte musique.
 Dynamitons!
 Dynamitons!

.....

Plutôt que le rouge étendard
soit repris par le clan soudard,
nous ferons sauter à la ronde
toute la terre, tout le monde.
Dynamitons!
Etc., etc.

Por eso es que Gallo anda en tantos afanes. Si él se estuviera callado y sin dar que hacer a los jueces, otro gallo le cantara.

Hace poco tiempo se han encontrado muy interesantes documentos para la historia de Inglaterra.

Los duques de Rutland, en su residencia de Belwir, hallaron varias colecciones de cartas de los Reyes Enrique IV y Enrique VII. Además, cartas del conde Shreusbury, que, como se sabe, es el renombrado Talbot.

En los archivos de los duques hay también, según ellos han manifestado al Director de la Real Biblioteca de Londres, varios curiosos documentos que se relacionan con la ejecución de la desgraciada María Estuardo, quien ha recibido su buena parte de inmortalidad de manos de Schiller.

La noble casa de los Rutland ha cedido a los archivos nacionales las interesantes reliquias de una época que es para Inglaterra, al propio tiempo, de baldón y de gloria.

Muy poco conocido es en Chile Salvador Díaz Mirón, uno de los mejores poetas mexicanos y orador brillantísimo.

Es autor de un canto *A Victor Hugo* que puede competir con el de Andrade.

Insertamos a continuación cortos fragmentos que dan idea de los quilates que tiene el oro de esa elevada poesía.

El vidente está allí, noble y sereno;
 Si los hombres le afligen porque es bueno
 Y en su yerma heredad siembran la hortiga,
 El los consuela, y del terruño ajeno
 Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
 ¡Arbol que el viento del otoño hiere
 En la hoja, en la flor, en el retoño!
 ¡Arbol que al viento del otoño muere
 Y que perfuma el viento del otoño!
 Todo el vapor que del pantano sube,
 Miasmático y sombrío,
 Se cuaja arriba en tormentosa nube,
 ¡Pero desciende en bienhechor rocío! (1).
 ¿Qué importa que el sublime Prometeo,
 Bajo el chispazo que su frente atrae,
 Muerda el polvo en la lid, sí, como Anteo,
 Se endereza mayor siempre que cae?
 La ráfaga que zumba
 No ha de apagar la estrella.
 ¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
 ¡La luz de su estro, como nunca bella,
 Brotará por las grietas de su tumba!

Al hablar del destierro de Víctor Hugo, Díaz Mirón es incomparable; al pintar el estado de Francia en días de oprobio y mengua, dice así:

—Y tú no fuiste el único en el duelo,
 En la pena, en el Gólgota, en la injuria...
 Cuanto era cumbre o remontaba vuelo
 Sufrió el embate de la misma furia.

Mas ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,
 qué ingente cataclismo
 decapitó de un golpe la montaña
 aventando sus crestas al abismo?

(1) Compárese con el *Abrojo* de Darío que dice:

Lodo vil que se hace nube
 es preferible por todo
 a nube que se hace lodo:
 ésta baja y aquél sube.

¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
 qué estallido de horno
 rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
 arrojando sus águilas en torno?
 ¡Profanado el augusto tabernáculo
 y erguidos y triunfantes los protervos!
 ¡Apagada la zarza en el pináculo
 y allí agrupados en festín los cuervos!
 ¡El pueblo subyugado por la tropa,
 el pueblo audaz que con ardor fecundo,
 dando su sangre en holocausto a Europa,
 reivindicó la libertad del mundo!
 ¡Radiante y vencedor el culto falso!
 ¡La virtud perseguida con encono!
 ¡El deber expirando en el cadalso
 y la infamia sentándose en el trono!
 ¡Oscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
 —¿En dónde estaba Dios que no veía,
 puesto que así dejaba
 prevalecer la noche sobre el día?

Otra de sus hermosísimas obras es la que ha llamado *Sursum*. Quisiéramos transcribir algo de ella, pero nos falta espacio.

Para concluir, copiaremos una pequeña filigrana de esas en que el poeta emplea tanta gracia, como fuerza en sus poemas acabados.

U n c o n s e j o

A BERTHA

Ya que eres grata como el cariño,
 ya que eres bella como el querub,
 ya que eres blanca como el armiño,
 sé siempre ingenua, sé siempre tú!
 El torpe engaño que el vicio fragua
 nunca se aviene con la virtud.
 Sé transparente como es el agua,
 como es el aire, como es la luz!
 Que tu palabra—dulce armonía
 que tu alma exhala como un laúd,
 como una alondra que anuncia el día

presa en la sombra que flota aún—
sea un arroyo sereno y puro
do, al inclinarme como un saúz,
mire las guijas del fondo oscuro
y las estrellas del cielo azul!

Lectora amable, o discreto lector: hasta la vista.

RUBÉN DARÍO.

Santiago, Setiembre de 1886.

En *La Epoca*, Santiago, 18 de Setiembre de 1886.

UNA CONTESTACION

Señores Directores de *La Libertad Electoral*.

Me refiero al número de ayer del diario de ustedes (1).

Creo que mi deber me obliga a declarar que fui yo quien hizo la trascripción de una parte de la correspondencia publicada en *La Tribuna Nacional* de Buenos Ai-

(1) El día 24 de Setiembre había publicado *La Libertad Electoral* de Santiago el siguiente suelto de redacción: «¿Inocencia o picardía?—*La Epoca* de hoy da hospedaje en sus columnas al siguiente fragmento de una correspondencia dirigida desde Santiago a *La Tribuna Nacional* de Buenos Aires: «Del nuevo gobierno aguardan los partidos muy halagüeños resultados. El señor Balmaceda inspira confianza a todos, por su probidad proverbial y su patriotismo e inteligencia. Sin embargo, creemos que el señor Balmaceda prescindirá de la política. Abriga el vivo deseo de establecer el gobierno parlamentario serio, de dotar al país de nuevas industrias y de dar a la educación común ensanche en armonía con el progreso de la época. Por esto mismo se ha puesto en duda que el señor Balmaceda se entregue en brazos de amigos indiscretos. En algunos círculos políticos afectos a Balmaceda, se ha temido que Eusebio Lillo comprometa los intereses del país en el Ministerio del Interior, a causa de su ninguna versación en los negocios públicos. Por otra parte, Lillo es un hombre que no guarda en reserva ni sus propios asuntos. Sabido es que el diplomático no necesita ser muy locuaz ni vocinglero para afianzar la felicidad de las naciones.» Tenemos antecedentes para creer que los mortificantes temores de que habla el corresponsal no han nacido ni en el círculo

res. Si en ello ha habido un error, él debe caer sobre mi poca versación en la política de este país, y en el cargo que hace poco desempeño, gracias a la confianza que han depositado en mí los directores de *La Epoca*.

El puesto que ocupó en este diario, débolo principalmente a los esfuerzos del señor don Adolfo Carrasco Albano, quien, condecorador de mis antecedentes, me ha dispensado benévola amistad.

No quiero concluir sin dar a ustedes las gracias por los conceptos injuriosos que contiene la crónica de *La Libertad* de ayer relativos a mi persona.

Si los escritos que me atribuyen son cursis, zonzos, semi-pedestres, semi-poéticos, lo lamento por el diario que los acoge, por los señores directores, y por el verdadero autor del artículo en cuestión, cuya pluma brillante y conocida, pertenece a la redacción de *El Orden* de Buenos Aires.

Me hallo por fin en el caso de declarar que creí que no habría diarios en Chile donde no se dispensase la consideración debida a los escritores extranjeros que, como yo, viven honradamente de su trabajo, sin ofender ni difamar reputación alguna.

De Uds. atento S.

RUBÉN DARÍO.

De la Redacción de *La Epoca*.

En *La Epoca*, Santiago, 25 de Setiembre de 1886.

liberal afecto al señor Balmaceda, ni en el círculo radical. ¿Habría sido su cuna el círculo nacional, del cual *La Epoca*, que da acogida a la noticia, es el órgano autorizado? Lo razonable es creer que sí, a menos que se demuestre que al hacer la transcripción al colega se le fueron los pavos, percance que le ocurre con demasiada frecuencia.»

A este artículo replicó Rubén Darío en la breve comunicación que reproducimos.

¡AL TRABAJO!

Ante todo, os diré que esa desidia mina vuestra existencia.

La natura toda es vida y calor: el arroyuelo camina bullicioso en la espesura; los astros acompañan en el cielo sus carreras de elipses, y las almas tienden llenas de fuerza y movimiento a pasar la región del firmamento. Oíd. En el principio, Dios Eterno formó con su poder todos los mundos, y como río misterioso, interno, se esparcieron los gérmenes fecundos. Austro y Bóreas cruzaron los abismos, Océano rugió; los altos montes temblaron; los inmensos horizontes dejaron entrever cien cataclismos; explosiones de luz, soles errantes, la vida, el agitado movimiento; y el hombre ante los soles deslumbrantes llevando dentro un sol: el pensamiento. ¡Trabajo! ¡Lucha! Universales leyes: sujeta a ellas la luz sus vibraciones, sus rugidos y garras los leones y su testuz los paciencudos bueyes. Del átomo a la estrella luminosa, del líquen móvil a la débil caña, del pétalo encendido de la rosa al rudo guayacán de la montaña; céfiro y aquilón, la inextricable selva oscura, la feble sensitiva, la onda que rueda, el ruiseñor amable, la sangre que circula roja y viva; la gota de rocío, la suave hoja del árbol que acaricia el aire leve, la llama de la hoguera ardiente y roja: lo que existe, lo que es, ¡todo se mueve! Ese laboratorio de volcanes donde hierve la lava que calcina, parece la mansión de mil titanes que la luz de sus hornos ilumina.

A un lado, entre calzadas de granito,
 bullente y cristalina corre el agua,
 mientras el cráter arroja al infinito
 las chispas gigantescas de su fragua.
 Volcán erguido, mira cara a cara
 al sol que le saluda por Oriente,
 y con enorme y relumbrosa tiara
 de relámpagos cíñese la frente.

El retumbar de su pulmón se escucha:
 ese altivo titán
 lucha y relucha.

Cuando amanece Dios, toda la tierra
 se estremece de amor, llena de vida;
 dora el alba encendida
 las cumbres de la sierra;
 la parda golondrina

chillando hasta las nubes se avecina;
 el gallo su clangor eleva y corre,
 alegre emperador de su serrallo;
 y al cántico del gallo

responden las campanas de la torre.
 Crece el hervor. La fragua del herrero
 empieza a arrojar chispas.

Ya el ruido
 comienza en el taller. Es la santa hora
 del trabajo fecundo.
 Sobre su riel de acero
 la audaz locomotora
 corre como un relámpago, y al mundo
 saluda triunfadora.

El pastor apacienta sus ganados
 entre la grama fresca de los prados;
 el marinero audaz el golfo surca,
 emperador del mar en frágil urca;
 el sabio a los abismos interroga
 y con lo inmenso del azul dialoga;
 el pescador su red echa al abismo;
 el sabio hace lo mismo:
 aquél saca una perla de valía,
 éste saca una idea...

¡Oh, Poesía!...

Y el poeta en su hondísimo oceano
halla los ideales:
luceros inmortales
en las tinieblas del linaje humano.

En tanto, ¡oh perezosos!, de seguro
que el ruido universal os da molestias
y en vuestro lecho impuro
todo lo véis nublado, todo oscuro:
Comed; bebed, dormid, roncad...

Ah, bestias!..

¡Oh, vosotros, obreros
de hacha y espuerta, de cincel y pluma!
¡Oh, vosotros audaces marineros
que bogáis arrullados por la espuma!
Vosotros, los que abríis el surco y luego
la semilla sembráis y echáis el riego;
los que labráis la piedra; los que el duro
roble y el cedro añoso;
los que de laja alzáis soberbio muro
o palacio fastuoso;
los que arrancáis el oro de la entraña
de la fecunda tierra;
los que hacéis que resuene en la montaña
el ruido rechinante de la sierra;
pastores que lleváis al pastoreo
el rebaño que trisca y se alborota;
pensadores que el rudo clamoreo
del mal hacéis callar; oíd: la nota
sagrada de la lira del Eterno,
al resonar suprema ley nos trajo:
Pereza es la palabra del Infierno;
y la palabra del Señor, Trabajo!

Oh, vosotros obreros:
corramos a empezar nuestra tarea.
¡Arriba, compañeros:
labradores del campo y de la idea!

La infamia nace en la quietud viciosa;
 el agua que se estanca es cenagosa:
 mientras que la que corre y se desata
 en rauda y cristalina catarata,
 se eleva en iris, se deshace en hebras,
 salta en diamantes, se retuerce en quiebras,
 y sube hasta los cielos, ¡oh Dios mío!,
 para caer en bienhechor rocío.

Seamos agua clarísima que corre a la cascada;
 formemos bellos iris de la flotante bruma;
 de aljófares racimos la corriente lanzada
 finja con los vellones de cana y leve espuma;
 y reguemos la tierra que no esté cultivada;
 ninguna voz se calle, ningún brazo se entuma.
 Vosotros, compañeros, que manejáis la azada.
 ¡Vosotros, compañeros, que manejáis la pluma!

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 29 de Setiembre de 1886.

APUNTACIONES Y PARRAFOS

Henry Mürger.—El humorismo.—Los poetas terribles.—Quevedo en Francia.—Dante en griego.—Narciso Oller.—La Marsellesa es un plagio.—La ida del corsé.

Uno de los libros que mayor impresión han dejado en nuestro ánimo es la *Vida de Bohemia*.

Se sabe bien que Henry Mürger tomó sus personajes del natural como que Mimí ha sido conocida por todo París, y Chaunard y compañía tienen nombres gloriosos en la literatura contemporánea.

Es indudable que la obra maestra de Mürger es esa pequeña novela donde se ve con todos sus tintes y amargos detalles la existencia de esos seres nobles y llenos de ingenio, que en el centro de París, gran mar humano, bogan al azar, con ansias de llegar a una costa feliz. Ellos son suficientemente buenos no apelando al crimen para vivir, y suficientemente sensatos para no echarse por la calle del vicio. Pobres, trabajan y huelgan a su manera. Aman, y son pícaros o ingenuos según el estado de su ánimo y de su bolsillo.

El bohemio existe en todas partes; y no hay que confundirle con el perdido.

La novela de Mürger pasó a las tablas. El autor en colaboración con Teodoro Barrière la convirtió en obra dramática.

En la *reprise* de dicha obra, Jules Lemaitre escribió un juicio crítico de ella, en que si es verdad que la alaba, llega a asegurar que en ciertas escenas, Mimí es insopor- table. ¡Lemaitre es hombre muy severo!

Otros han observado, y no sin razón, que los estudiantes alegres y noblemente ambiciosos de los tiempos de Luis Felipe, ya no existen en París.

¡Ni en lugar alguno!

El mozo pobre, pero gentil y de corazón hidalgo, tal como lo pinta Mürger, es planta rara, rarísima. No es posible pensar hoy en aquel mísero poeta, en aquel mísero pintor, en aquellos chicos amigos de divertirse, que cuando no tienen un *sou* se mueren de hambre, y cuando tienen cien francos, van a la mejor fonda y toman del mejor champagne, o se los dan todos a una infeliz muchacha, la cual puede ser modistilla o callejera.

¡Todo cambia en este mundo! El progreso tiende a desbaratar el sentimiento como objeto inútil, y a dejar entronizado arriba y abajo, en el banquero como en el estudiante, el rey-cálculo, majestad muy positiva. Y *vive le Roy!*

Mürger tenía mucho de alemán, no sólo en el apellido sino también en el corazón.

Escribió baladas en prosa en que se advierte aquella vaguedad germánica, nebulosa y propicia a las almas soñadoras.

Veán nuestros lectores, por ejemplo, la siguiente paráfrasis de una de ellas, escrita por el poeta nicaragüense Román Mayorga Rivas.

Los tres velos de María

I

El primer velo de María era de puro lino, lo tejió ella misma, más blanco que la nieve y vaporoso como un jirón de pálida neblina.

Bordó sobre la tela una guirnalda, formando con la seda florecillas que, por lo naturales, las abejas con su aleteo a cariciarlas iban.

Una sola ocasión el blanco velo lució la pura y candorosa niña, y fué aquel día en que por vez primera hizo su comunión en la capilla.

II

Era el segundo velo un velo negro de lana, que así oscura parecía ser por los tristes genios de la noche con girones de sombra entretejida.

Empezólo a bordar, con esas flores que están junto a la tumba, siempre vivas, el día aciago en que su santa madre del seno de la muerte fué a la vida.

Le regó con sus lágrimas, y solo se lo puso una vez la pobre niña, cuando, buscando amparo en el convento, se hizo esposa de Cristo en la capilla.

III

El tercer velo de María era azul celeste y de labor divina, salpicado de estrellas, como el cielo

en una noche azul, limpia y tranquila.

Estaba embalsamado, y su perfume
como fragancia del Edén olía;
ella no lo tejió, su ángel custodio
dicen que fué quien se lo dió a la niña.

Una vez lo llevó... y era en la tarde
en que rezos y cánticos se oían
y, en busca de su madre, una alma huérfana
dejaba olor a tumba en la capilla.

¡Humorismo! Ante todo, hay que decir que la Real Academia Española tiene que adoptar la palabra, por la razón o por la fuerza del excelentísimo Campoamor y Campo-Osorio.

A Menéndez Pelayo le displacía el género en otros tiempos. Ya le agrada. Y como conoce bien el alemán, se ha dado buenos atracones de Heine.

Núñez de Arce es inflexible. Ese sí que no pasa por lo que él llama suspirillos germánicos. En tanto, las *Humoradas* han salido del seno de la Academia, y el público las lee con mucho agrado.

Hemos comenzado a hablar de humorismo para entrar poco a poco a hacer lo de los poetas terribles.

Los poetas terribles son por lo general o muy subjetivos, o rayanos de un realismo exagerado.

Siempre llenos de profundo y amargo sentimiento.

No recordamos a ninguno que supere a Joaquín María Bartrina, de quien un amigo nuestro muy inteligente nos decía :

—¡Qué poeta ha de ser! ¡Es un demonio que maneja un bisturí!

El profundo sentido filosófico y la intención de Bartrina son admirables, al propio tiempo que infunden temor.

Nosotros tuvimos el honor de cultivar buena amistad con un amigo íntimo del desgraciado poeta catalán. Nos

referimos al doctor José de Torres Bonet, muerto en el Instituto de Granada.

Este ilustrado escritor español nos refirió mil episodios de la vida de Bartrina, lo mismo que nuestro antiguo compañero en las tareas del periodismo, Manuel Riguero de Aguilar, también de la península.

Bartrina era de un carácter variable. En sus estudios lo daba a conocer. Un día se encorvaba sobre una especie rara de planta, y trataba de ella como un consumado botánico; y al siguiente, abandonaba las ciencias y se entregaba a leer un poeta favorito.

Desengañado y escéptico hasta no más, escribía sus composiciones como con hiel.

Véase algunos de los que él llama *Arabescos*:

El que pierde a su padre,
llora afligido...
¡y el que pierde dinero
se pega un tiro!

Juan tenía un diamante de valía,
y por querer saber lo que tenía,
la química estudió, y ebrio, anhelante,
analizó el diamante.
Pero ¡oh dolor! Aquella joya bella,
lágrima al parecer de alguna estrella,
halló al fin con rabia y con profundo encono
que era sólo un poquito de carbono.
Si quieres ser feliz, como me dices,
¡no analices, muchacho! ¡no analices!

Para asesinar la honra,
para envenenar la dicha,
es un gran puñal la pluma
y un gran veneno la tinta!

Y así todo lo que dejó en un precioso volumen que en las librerías se vende con el título de *Algo*.

Manuel del Palacio ha imitado a otro poeta por el estilo, al italiano Carducci:

Húmedos están los campos,
húmedo el aire también,
húmedos tus ojos negros
donde un tiempo me miré...

y continúa, hasta concluir de la manera más triste y profundamente amarga con que concluyen las producciones del género.

En Francia hay un poeta melancólico que muy bien puede entrar en el círculo de los terribles, y a quien Henry Chantavoine, crítico áspero e inflexible a las veces, le llama poeta macabro. Este es Mauricio Rollinat.

Hace pocos años era desconocido. Publicó sus *Neurosis*, y adquirió fama muy merecida de vate excelentísimo. Tienen ellas algunas reminiscencias de Bécquer. Su poesía es triste. Ultimamente ha salido a luz *El Abismo*. Y aquí sí que apareció el poeta terrible.

Las pasiones humanas se miran por el análisis de Rollinat quizá peores de lo que son.

Para él la vida es una carga pesada que hay que tirar al suelo.

A diferencia de Bartrina que hace pensar, él hace sentir.

Un escritor le califica de poeta enfermo. Y van dos epítetos.

Sí, enfermo, muy enfermo de aquel mal incurable que padeció Heine, que sufrió Baudelaire, que mató a Bécquer y a Bartrina; neurosis misteriosa, de la cual están libres los que no tienen más que pura masa cerebral entre las cuatro paredes del cráneo.

En América hemos tenido, tenemos también poetas enfermos, poetas macabros.

El primero entre todos: Manuel Acuña, el mexicano,

y he aquí que cualquier poeta puede convertirse en neurótico sin haberlo sido.

Manuel amaba a Rosario, y ella le correspondía. Aquí los versos alegres, los versos dulces, las mieles poéticas que dan a beber las musas en corolas de lirios y azucenas. . .

Rosario le engañó, Rosario se casó con otro, y aquí la neurosis, y aquí las rimas de Acuña que él bautizó con el nombre de *Hojas secas*.

He aquí una, quizá la mejor:

Oye, ven a ver las naves,
están vestidas de luto,
y en vez de las golondrinas
están graznando los buhos. . .

El órgano está callado,
el templo, solo y oscuro,
sobre el altar. . . ¿Y la virgen
por qué tiene el rostro oculto?

¿Ves? En aquellas paredes
están cavando un sepulcro,
y parece como que alguien
solloza allí junto al muro.

¿Por qué me miras y tiembles?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fué el verdugo?

Resumen: este poeta macabro se suicidó envenenándose con estricnina.

La Mercedes Matamoros ha escrito muy preciosas rimas como Pérez Bonalde, Peón y Contreras, primer poeta dramático mexicano, y autor de los *Ecos*, Francisco Gavidia y algún otro.

Los franceses son muy egoístas. ¿Quién lo duda?
El *chauvinisme* reina en todos ellos, hasta la exageración.

Se ocupan en sí propios, y se les da un ardite de cuanto pasa en el resto del mundo, sobre el cual se extiende según el maestro Hugo todo el humo de las chimeneas de París.

¡Ellos traducir de lengua extranjera a la suya!

¿Y para qué?

Lo que se dijo, lo que se dice, lo que se puede decir, está en francés. Esto no es un inconveniente para que sus mismos clásicos hayan tomado, al descuido, argumentos enteros de comedias de autores españoles.

Hay algunos franceses, sin embargo, amigos de dar a conocer lo extraño a sus compatriotas. Acaba de traducir Savine *La Papallona* de Narciso Oller; y juntamente Mr. Merimée, doctor laureado, y *ainda mais* maestro de conferencias de la Facultad de Letras de Tolosa, ha publicado un interesante libro sobre Quevedo.

Bien se lo merece don Francisco, cuyas obras, según los mismos franceses, forman solas una verdadera biblioteca.

El libro de Mr. Merimée se divide en dos partes.

La primera es un estudio biográfico ilustrado con numerosa copia de datos y observaciones; la segunda es un estudio crítico sobre las obras de Quevedo, teológicas, literarias, críticas, filosóficas, dramáticas, novelas y poesías de todo género.

Un desahogo para concluir este párrafo: *El Drama nuevo* de Tamayo está traducido a casi todas las lenguas europeas, ¡menos al francés!

Hace poco leíamos una correspondencia de Londres en que se hablaba de hombres de letras que desempeñaban altas funciones políticas.

Al momento pensamos en don Eusebio Lillo, recordamos a Núñez de Arce de Ministro en España, a don Rafael Núñez de Presidente de Colombia, y a la mayor

parte de los actuales diplomáticos españoles y chilenos, casi todos letrados o poetas.

Hoy nos ha llamado la atención lo que dice la *Pall Mall Gazette* respecto al ex-Embajador turco en Londres, varón lleno de conocimientos, sobre todo en lenguas y literaturas europeas.

Es dicho personaje Musurus-Pachá, quien había traducido en verso griego las dos primeras partes de la *Divina Comedia*, conviene a saber: El Infierno y el Purgatorio. Hoy ha puesto término a su magno trabajo, confesando en una introducción a propósito, que ha encontrado más profundo y difícil El Paraíso que las dos partes que le preceden.

El trabajo de Musurus es un acontecimiento en la literatura griega contemporánea, la cual ya empieza a levantarse después de tanto tiempo de decaimiento.

Y hay razón de que así sea, puesto que han aparecido figuras brillantes y dignas de conocimiento, como Diosio Solomos, el autor del *Himno a la Libertad*, quizá la mejor poesía patriótico-popular de toda Europa; Jorge Zallocostas, poeta guerrero que cantaba al propio tiempo que combatía; Alejandro Rangaví, escritor benemérito y periodista de nota, y muchos jóvenes literatos y poetas que siguen la corriente de progreso intelectual que tiene nacimiento en Francia, los cuales fundan sociedades y Ateneos, y traducen las mejores obras extranjeras.

Acabamos de leer *La Papallona* de Narciso Oller.

Siempre hemos creído que las letras catalanas progresan y que están llamadas a iniciar un gran renacimiento. La vieja Provenza volverá a su antiguo esplendor. Los cultivadores de la lengua de oil y los de la lengua de oc, se dan la mano.

Cabezas privilegiadas inician el gran movimiento. Cataluña tiene a Víctor Balaguer, al presbítero Verda-

guer y a otros tantos de alto vuelo, como las orillas del Ródano se glorían con Federico Mistral y sus discípulos.

Los felibres se saludan.

Las dos lenguas, teniendo un mismo origen, tienden a acercarse, y las asambleas de todos los años y los juegos florales, son reuniones donde Cataluña y Provenza ganan con gloria eglantinas y coronas.

Narciso Oller, entre los escritores catalanes contemporáneos, se lleva la palma como novelista. Hemos leído su última obra, *La Papallona*, y nos hemos convencido de que apesar de las afirmaciones en contrario del prologuista, la obra trasciende a realismo.

No se complace Oller, a modo de Zola, pintando cuadros lascivos o asquerosos; y he aquí por qué en opinión de críticos acostumbrados a novelas como *La Curée*, o *L'OEuvre*, Oller decae a las veces. Un escritor francés decía de Zola que cuando éste flaqueaba en sus libros, cuando el interés iba desapareciendo a la vista del lector, él se apresuraba a arregazar el traje de la heroína. Y es lo cierto. Con lo cual se da toques fuertes y se hace agradable lo leído con el acre picor de lo vedado.

Oller no hace eso. Es realista, sin andar a caza de cuadros fisiológicos.

Zola mata horriblemente a sus personajes y deja una impresión de terror en el ánimo. Oller hace morir a la infeliz muchacha seducida por Mariposa, con el alma tranquila. Hay más, los casa, y se advierte cierta tendencia moralizadora.

Lo cual, si para algunos es muy común, para otros es excelente. Y quede cada cual con su opinión.

Pues, señores, la Marsellesa es un plagio.

Un plagio, como ustedes oyen.

Así es que Rouget de l'Isle se vistió con plumas aje-

nas, plumas nada menos que de esa gran águila que se llama Racine.

¿Pero quién dice eso?

Un sabio irlandés, a quien poco le importan los *home rules*, y Gladstone y la misma verde Erin.

Dicho señor (cuyo nombre no tenemos el honor de conocer) ha probado hasta la saciedad que el canto francés por excelencia, tiene su origen en tragedias de Racine.

Y no habla a humo de pajas, puesto que da pruebas como las siguientes.

En la *Athalie* se encuentran los siguientes versos:

Chères soeurs, n'entendez-vous pas?
J'entend même les cris de barbares soldats.

Y la Marsellesa dice:

N'entendez vous dans les campagnes,
mugir ces feroces soldats?

De *Esther*, acto I:

On egorge à la fois les enfants, les vieillards,
les fils dans les bras de ses pères.

Y la Marsellesa dice:

Ils viennent jusque dans nos bras,
égorger nos fils, nos compagnes.

De *Athalie*, otra vez, acto I:

Et comptez-vous pour rien Dieu qui combat pour nous?
Dieu dont le bras vengeur, etc.

Y la Marsellesa dice:

Soutiens, conduis nos bras vengeur;
combats avec tes défenseurs.

Los franceses han puesto el grito en el cielo. Pero el asunto está claro, y no hay sino reconocer que tiene justicia el irlandés.

La Marsellesa es, pues, paráfrasis de un salmo judío hecho por Racine.

Y muy bien dice alguien:

Lo curioso del caso es ver a Luis XIV y a la Maintenon encargando a Racine el himno que había de inspirar la Marsellesa, y los soldados de la revolución, marchando sin saberlo, exaltados por el ritmo y las palabras de un canto hebreo, en que la principal transformación consistía en sustituir la palabra Jehová por la de Patria.

Señoritas, es con ustedes. Tenemos que darles una mala noticia.

No es que ningún sabio haya logrado demostrar que la luz de los astros supera a la de esos lindos ojos: ni que se haya lanzado excomunió n mayor contra quadrilles, cotillones y bostons; ni nada que a ello se parezca.

Señoritas, pronto se dejará de usar corsé.

Un periódico inglés asegura que «se trabaja vivamente en los círculos femeninos y londonenses, por sustituir algo así como el bombacho turco a los trajes que hoy se usan y por arrojar a eterno olvido el viejísimo corsé».

¡Y vaya si es viejísimo!

Quisiéramos echarla de eruditos, pero el asunto es espinoso.

¿Quién inventó el corsé?

Como hombres que somos, con pelos en la barba, sabemos, por ejemplo, que Angelo de Rodas fué el primero que compuso patillas y bigotes, el inventor del arte de la bacía y la navaja, del afeit e y compostura de la cara. Como poetas, recordamos con placer a Lisias, el inventor de las cuerdas de tripa para las liras.

Pero el corsé... , el corsé... , ¡vaya que es difícil la cuestión!

El muy ilustrado escritor don Miguel Luis Amunátegui en sus *Apuntaciones* publicadas en *El Diario Oficial*, cita a Monlau, quien habla de una cinta con que se ceñían gran parte del talle las antiguas romanas.

Hé aquí pues el origen del corsé.

Pero no. Esa cinta que los latinos llamaban *strophium*, verbigracia Catulo: Non tereti strophio vincta papillas, esa cinta, digo, se conocía ya en Grecia desde muy anteriormente.

Recordemos esta odita de Anacreonte, en que el poeta habla a su amada. Algo así como lo que dice el conocido autor de los *Deseos*:

Si fuera yo la brisa pasajera,
etc., etc.

Habla Anacreonte:

.....
¡Quién se trocara espejo
y así me mirarías!
¡Quién se trocara túnica!
contigo siempre iría.
Para lavar tu cuerpo
fuera agua cristalina,
y para ungir tu cutis
ungüento de la Siria.
Y perla de tu cuello,
y de tu seno cinta...

¡Aquí está el corsé!

Y con agregar que en griego le llamaban *taynie*, y que las orientales bayaderas usan algo así como el corsé que oprime los lindos talles de ustedes, lamentamos la moda que amenaza, y nos despedimos hasta los días venideros.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 3 de Octubre de 1886.

S A R A H

Bajo el gran palió de lumbre
del arte, una encantadora
a quien admira y adora,
y aplaude la muchedumbre;
una voz de tono blando,
un cuerpo de sensitiva;
algo como un arpa viva
que da el sonido temblando;
y luego una sombra; y luego
un alma y un corazón,
y una inmensa inspiración
que baja en lenguas de fuego;
amor hondo y subitáneo,
odio profundo y deshecho,
las tempestades del pecho
con las tormentas del cráneo;
la pasión terrible y fiera
que por el rostro se asoma;
un arrullo de paloma
y un rugido de pantera;
la pálida faz de muerta
por donde el lloro resbala,
y el suspiro que se exhala
por una boca entreabierta;
algo humano, algo divino,
algo rudo, algo sereno;
con una palabra el trueno,
con otra palabra el trino;
¡eso es Sarah! Y gloria a ella,
que con su ingenio fecundo,
brilla a los ojos del mundo
con resplandores de estrella.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 17 de Octubre de 1886.

B O U Q U E T

La linda Stela, en la frestura de sus quince abriles, pícara y risueña, huelga por el jardín acompañada de una caterva bulliciosa.

Se oyen entre las verduras y los follajes trisca y algazara. Querubines de tres, de cuatro, de cinco años, chillan, aturden y cortan ramos florecidos. Suena en el jardín como un tropel de mariposas o una alegre bandada de gorriones.

De pronto se dispersan. Cada chiquilla busca su regazo. Stela da a cada cual un dulce y una caricia; besa a su madre, y luego viene a mostrarme, toda encendida y agitada, el manojo de flores que ha cogido.

Sentada cerca de mí, tiene en las faldas una confusión de pétalos y de hojas. Allí hay un pedazo de iris hecho trizas. Es una muchedumbre de colores y una dulce mezcla de perfumes.

Aquella falda es una primavera.

Stela, flor viva, tiene en los labios una rosa diminuta. La púrpura de la rosa se avergüenza de la sangre de la boca.

Por fin me dijo:

—Y bien, amigo mío, usted me ha ofrecido acompañarme en mi revista de flores. Cumpla usted. Aquí hay muchas; son preciosas. ¿Qué me dice de esta azucena? ¡Vaya! ¡Sirva usted de algo!

Empezamos por esa reina, la rosa. ¡Viejo Aquiles Tacio! Bien dices que si Jove hubiera de elegir un soberano

de las flores, ella sería la preferida, como hermosura de las plantas, honra del campo y ojo de Flora.

Hela aquí. Sus pétalos aterciopelados tienen la forma del ala de un amorcillo. En los banquetes de los antiguos griegos, esos pétalos se mezclaban en las ánforas con el vino. ¡Aquí Anacreonte, el dulce cantor de la vejez alegre! Ambar de los labios, la dice, gozo de las almas. Las Gracias la prefieren, y se adornan con ella en el tiempo del amor. Venus y las Musas la buscan por valiosa y por garrida. La rosa es como la luz en las mesas. De rosa son hechos los brazos de las ninfas y los dedos de la aurora. A Venus la llaman los poetas rósea.

Luego, el origen de la reina de las flores.

Cuando Venus nació de las espumas, cuando Minerva salió del cerebro del padre de los dioses, Cibele hizo brotar el rosal primitivo.

Además, oh Stela, has de convencerte de que es ella la mejor urna del rocío, la mejor copa del pájaro y la rival más orgullosa de tus mejillas rosadas.

Esa que has apartado y que tanto te gusta, vino de Bengala, lugar de sueños, de perlas, de ojos ardientes y de tigres formidables. De allí fué traída a Europa por el muy noble lord Macartenny, un gran señor amigo de las flores, como tú y como yo.

Junto a la rosa has puesto a la hortensia, que se diría recortada de un trozo de seda, y cuyo color se asemeja al que tienes en las yemas de tus dedos de ninfa.

La hortensia lleva el nombre de la hija de aquella pobre emperatriz Josefina, por razón de que esta gran señora tuvo la primera flor de tal especie que hubo en Francia.

La hortensia es hoy europea por obra del mismo lord galante de la rosa de Bengala.

Ahí está el lirio, blanco, casi pálido: ¡graciosa flor de la pureza!

Los bienaventurados, ante el fuego divino que emerge el trono de Dios, están extáticos, con su corona de luceros y su rama de lirio.

Es la melancólica flor de las noches de luna. Dícese, Stela, que hay pájaros románticos que en las calladas arboledas cantan amores misteriosos de estrellas y de lirios!...

¡Está aquí la *no me olvides!*

Flor triste, amiga, que es cantada en las *lieder* alemanas.

Es una vieja y enternecedora leyenda.

Ella y él, amada y amado, van por la orilla de un río, llenos de ilusiones y de dicha.

De pronto, ella ve una flor a la ribera, y la desea. El va, y al cortarla, resbala y se hunde en la corriente. Se siente morir, pero logra arrojar la flor a su querida, y exclama:

—¡No me olvides!

Ahí la *lied*.

Es el dulce *vergiss-mein-nicht* de los rubios alemanes.

Déjame colocar en seguida la azucena. De su cáliz parece que exhala el aliento de Flora.

¡Flor santa y antigua! La Biblia está sembrada de azucenas. El Cantar de los Cantares tiene su aroma halagador.

Se me figura que ella era la reina del Paraíso. En la puerta del Edén debe de haberse respirado fragancia de azucenas.

Suiza tiene la ribera de sus lagos bordadas de tan preciadas flores. ¡Es la tierra donde más abundan!

Aquí la camelia, ¡oh Margarita!, blanca y bella y avara de perfume.

Está su cuna allá en Oriente. En las tierras de China. Nació junta al *melati* perfumado. Sus pétalos son inodoros. Es la flor de aquella pobre María Duplessys, que murió de muerte (1), y que se apellidó *La dama de las Camelias*.

A principios de este siglo un viejo religioso predicaba el Evangelio en China. Por santidad y ciencia, aquel sacerdote era querido y respetado. Pudo internarse en incultas regiones desconocidas. Allí predicó su doctrina y ensanchó su ciencia. Allí descubrió la camelia, flor que ha perpetuado su nombre.

El religioso se llamaba el reverendo Padre Camelin.

¿También azahares?

Es la flor de la castidad. Es la corona de las vírgenes desposadas. Hay una bendición divina en la frente que luce esa guirnalda de las felices bodas.

La santa dicha del hogar recibe a sus favorecidos en el dintel de su templo con una sonrisa del cielo y un ramo de azahares.

Debes gustar de las lilas, Stela. Tienen algo de apacible, con su leve color morado y su agradable aroma, casi enervador.

(1) Sic en el original.—R. S. C.

Las lilas son de Persia, el lejano país de los cuentos de hadas

Su nombre viene del persa *lilang*, que significa azulado.

Fué llevada la bella flor a Turquía, y allí se llamó *lilae*.

En tiempo del rey cristianísimo Luis décimo cuarto, Noite, su embajador, llevó a Francia la lila.

¡Es una dulce y simpática flor!

Veo que me miras entre celosa y extrañada, por haber echado en olvido a tu preferida.

Deja, deja de celos y de temores; que, en verdad te digo, niña hermosa, desdeñaría todas las rosas y azucenas del mundo por una sola violeta.

Pon a un lado, pues, todas las otras flores, y hablemos de esta amada poderosa.

Bajo su tupido manto de hojas, la besa el aire a escondidas. Ella tiembla, se oculta, y el aire, y la mariposa, y el rayo de sol, se cuelan por ramajes y verdores y la acarician en secreto.

Al primer rumoreo de la aurora, al primer vagido del amanecer, la violeta púdica y sencilla da al viento que pasa su perfume de flor virgen, su contingente de vida en el despertamiento universal.

Hay una flor que la ama.

El pensamiento es el donoso enamorado de la violeta.

Si está lejos, la envía su aroma; si cerca, confunde sus ramas con las de ella.

Y luego, amiga mía, juntas van ¡flores del amor y del recuerdo! en el ojal de la levita, frescas y nuevas, acabadas de cortar, o ya secas, entre las hojas satinadas del devocionario que abren blancas y finas manos y leen ojos

azules como los de Minerva, o negros y ardientes, Stela, como esos con que me miras!...

RUBÉN DARÍO.

En *La Época*, Santiago, Diciembre 9 de 1886.

UNA EXPOSICION

Gracias a la amabilidad de un amigo, hemos visitado ayer el monasterio de los Sagrados Corazones, donde se exhiben actualmente trabajos de las niñas que hacen allí su aprendizaje bajo la dirección de las buenas madres. Pasamos el dintel de aquel santo edificio y, francamente, ya sentíamos la dulce inquietud que reina allí. Advertimos desde luego un orden y arreglo admirables, una vida apacible y un fresco olor a flores que se esparce de los patios limpios, hermosos y cubiertos de plantas.

Allá, adentro, se oyen los acordes de un piano. Son las niñas que estudian. No hay otro ruido. Apenas, el zumbar de las abejas. Las madres tienen en el primer patio muchos enjambres. Esto parece símbolo. No hay sino ver que mientras las abejas hacen sus mieles yendo y viniendo de las corolas a las colmenas, las madres aleccionan en trabajos y manufacturas las inteligencias y los delicados dedos de un gran número de pequeñas hacendosas.

Con asomarse al primer patio se miran los arbustos floridos; luego, las ventanas de los gabinetes de las alumnas, a través de cuyos vidrios se pueden advertir caras sonrosadas y ojos curiosos que espían a los visitantes.

A la derecha llaman la atención dos largas filas de álamos, cuyas ramas enlazadas forman ojiva. Bajo la bóveda de esta arboleda nos acompañaba una madre y nos explicaba:

—Ya ven ustedes, a fuerza de paciencia hemos doblegado estos árboles orgullosos.

Y como notásemos la limpieza y cuidado:

—Esta mañana—continuó—ha venido a visitarnos la comisión de higiene. Ha quedado satisfecha (1).

De seguro, con tal aseo.

Ya lo creíamos. Esas buenas almas, perlas de virtud, viven como en un relicario.

Y después pasamos a la sala de exposición.

Atrae, ante todo, las miradas, la sección de muebles. Sillas magníficas, preciosos cojines, mesitas delicadas, *puffs* que de todo son dignos, menos de su nombre, sofacitos en los cuales se sentarían, holgadas a maravilla, un par de hadas de Catulle Mendès; confidentes y costureros que honran a las manos que los han decorado; todo esto, arreglado, ordenado, tiene grandes atractivos para los admiradores de esos trabajos manuales, de la fina labor de la seda, del raso, del terciopelo, de la felpa, en los que, según arte, se bordan flores de oro, pájaros azules, cestos de rosas, hojas verdes, sobre esos fondos rojos, color de cielo, color de lila.

Nótanse, al lado derecho, las secciones de ropas y de bordados; al frente y a la izquierda, las de dibujo y caligrafía.

Vamos por partes.

Quisiéramos escribir muchos nombres. ¡Son tantos!

(1) La existencia de la epidemia de cólera en Santiago había hecho nacer comisiones de higiene que vigilaban los locales públicos.—R. S. C.

¡Hay tanta blanca tarjetita sobre las obras presentadas, con el nombre de las autoras!

Satisfechos quedaríamos citándolas a todas. Siendo esto casi imposible, nos referiremos a lo que en una o en otra sección se lleva la palma. Porque, aunque todas son dignas de elogio, hay algunas que merecen la primacía.

Marta y Carmela Lecaros. Presenta la primera bordados de sillas. En una ha puesto lindos manojos de flores, que salen revueltos de una zâpatilla que por lo diminuta no sería ajena para Cenicienta, y en la cual cabría sin holgura el sonrosado piecesito de monsieur Bébé. En otra, un cesto rebosante de pétalos, de cálices y de hojas.

Carmela ofrece un asiento de piano. Es uno de esos muebles elegantes, para dos personas.

En fondo de velludo color de amapola hay bordados apreciables.

Del mismo modo que las niñas Lecaros se distinguen Matilde y Oriana Lafuente, Teresa Spínola, Laura Carrera y otras más.

¡Los *puffs*!

Ante uno muy elegante, de alto gusto y espléndidamente adornado, nos detendremos por un instante. Lleva el nombre de Enriqueta Vera. Esta tierna y dulce trabajadora ha hecho de la rica tela una esclava. Con su aguja de bordadora ha dejado ahí pájaros como recién traídos de los ramajes, hojas y ramas trenzadas, como acabadas de cortar en los jardines, flores que es de extrañar que no despidan aromas por lo exactas, y todo eso que abona a Enriqueta en la exposición para que se la coloque en primera línea.

Junto a esto vemos adornada por la misma alumna una mesita primorosa. En ella ha puesto también esos bellos simulacros de flores, de botones recién nacidos, de cogollos que acaban de brotar, de frescas yemas.

Vienen Clara Lafuente y Elisa Balmaceda.

Un sillón ricamente bordado y guarnecido exhibe la primera; la segunda un *puff* y una muy bonita caja de guantes. El esmero y el gusto que en estas obras se notan es merecedor de atención. Ese *puff* elegantísimo, correcto, bien adornado, da a entender que quien ha dirigido su hechura y lo ha decorado, tiene un gusto envidiable y una habilidad harto plausible. La compostura de la caja de guantes es también acreedora a justas alabanzas.

En sillones de varias clases, de hermosos adornos y de gran mérito, encontramos los nombres de Matilde y Oriana Lafuente, Teresa Spínola, Laura Carrera, Alba Cuéllar y Elisa Cousiño. Además, el de Julia Altamirano, en un excelente trabajo que es muy digno de mención.

Mesitas, las hay variadas. Unas con bordaduras y relieves, flores, aves, canastillos, y otras con pinturas sobre seda, que copian guirnaldas de hojas y flores en combinaciones caprichosas.

Citaremos como los principales factores de estos pequeños y lujosos muebles, muy especialmente a Ana Mourgues, Elena Herrera y Pastora Correas.

Ahí tenemos a seguida los cojines, vistosos y muelles, donde las manos hábiles y bien dirigidas han hecho primores. Casi todos son de color rojo. De tela brillante y lustrosa, en ellos se han formado toda suerte de exquisitas labores. Apuntamos, al recorrer estos trabajos, los nombres de Matilde Correa V., que ha bordado con mano maestra un amohadón digno de un rey; Sara García, Berta Bascuñán, Carmela Rodríguez, Virginia Palma, Rosario Martín, Mercedes Muñoz, Carmela Gormaz, Laura Ovalle y... ¡con cuánto gusto las citáramos a todas si nos lo permitiesen las dimensiones de este corto artículo!

Costureros hay pocos, pero que atraen las miradas del que visita. Rosa Fernández presenta uno magnífico.

Junto a éste hay otro que encontramos con el nombre de Carmen Silva. Esta niña que se llama como la ilustre reina de Rumania en sus libros, demuestra que conoce los secretos de la aguja, con tan bonitas bordaduras como ha dejado en las telas.

Con el nombre de *obras de gusto* bautizó la afable madre, nuestra guía, todos esos pequeños objetos, graciosos, elegantes, cubiertos de bordados: la papelera de papá, la relojera del hermanito, el marco de un querido retrato, en que las manos se esmeran puliendo, decorando, de tal guisa que la hechura quede a propósito para ser regalada en un dichoso natalicio.

Hay muy lindas obras.

Tiene Malvina Cifuentes una papelera estimable, y otras tantas muestran las tarjetas de Luz Ortúzar, Josefina Lira, Isabel Alzérreca y Blanca Cuéllar.

Sencilla, elegante, de graciosa factura, hay una paleta de velludo azulado, marco de un retrato del señor don José Manuel Balmaceda, y obra de su hija Julia.

Es una verdadera obra de gusto.

Hay una colcha ricamente bordada por Genoveva Ibarra.

Es una excelente manufactura, de gran lujo y de bellos colores.

Novicias cuyos nombres se callan, exhiben lindos pañuelos que bien estarían en el guarda-ropa de una princesa. Telas y labores son magníficas.

Vense varios pañuelos de encaje, obra de Sara Joglar, Adela Donoso, Amelia Herreros, Mercedes Bravo, Amelia Alvarez y Delia Cifuentes.

Hay una sección de ropa bordada. ¡La parte útil! Los mismos dedos que bordan los cojines y los lujosos pañuelos han hecho excelentes costuras; preséntanse esas buenas camisas, esas cofias, un verdadero almacén de ropa blanca.

¡Y pensar que muchas de las aristocráticas obreras son apenas más grandecitas que sus muñecas!

En esta sección leemos, entre otros, los nombres de María Ester Spínola, Pastora Correa, Dolores Rivas, Mercedes Silva, Carolina Freire, Adriana Ossa, Dolores Lira, Hortensia Spínola, Teresa, Lucila y Lucrecia Morandé.

Por fin llegamos a los cuadros, dibujos y muestras caligráficas.

En primer lugar está el retrato del señor don J. M. C., trabajado al pastel por la señorita Mercedes Aguirre. Es una obra apreciable.

Hay acuarelas. Una en raso lleva la firma de Carmela Lecaros. Otra la de Marta Ducaud.

Muy bonitos estudios al lápiz muestran los nombres de las señoritas Balmaceda.

Al pastel hay pequeños cuadros de Adela Vargas Montaner y de Elvira Cousiño. La primera exhibe un paisaje de invierno, y la segunda otro campestre.

Hay además dos cuadritos de Rosa Baltra. Uno al lápiz de Julia Altamirano, y otro de María Luisa Ahumada. Todas las obras pregonan buenas aptitudes en las alumnas y una loable aplicación.

Para concluir diremos que nos sorprendieron agradablemente los cuadernos caligráficos. Hay lindas letras, de todas clases. Se ven páginas que hacen recordar las de los misales antiguos, con sus mayúsculas admirables, llenas de flores, de palmas, de hojas. Niñas hay que emularían

a un copista o imaginero de los tiempos medievales por sus fantaseos de pluma y sus letras floridas y caprichosas.

Predomina el carácter francés en la escritura. La ortografía es irreprochable.

Aquí los nombres de María Rosa Baltra, Teresa Cifuentes, Hortensia Meza, Clarisa Grez, Enriqueta Vera, Genoveva Ibarra y Adela Vargas.

Pero sobre todas Marta Ducaud, que hace con la pluma verdaderos arabescos, espléndidas muestras de caligrafía.

Salimos de aquel recinto considerando cómo las buenas madres, pacientes y dulces, aleccionan las tiernas inteligencias y los corazones, y sintiendo el suave ruido de los laboriosos enjambres y el fresco olor de las flores del jardín, por donde huelga, en horas de recreo, un lindo ramillete de flores vivas.

RUBÉN DARÍO.

En *La Época*, Santiago, 23 de Diciembre de 1886.

APUNTACIONES LITERARIAS

Penumbbras (Poesías de Narciso Tondreau)

Un *étrenne* digno y mucho de llamar la atención de los amigos de la buena lectura nos ha dado en este mes la imprenta Cervantes: las *Penumbbras* de Narciso Tondreau. Poeta a todas veras, Tondreau ha dejado en su libro sus más espontáneas y frescas inspiraciones. Hay que leerle en voz alta, y si su excelente padrino Rodríguez Velasco guía

a la discreta lectora por bosques y ribazos, es mejor. ¡Un gran poeta conduciendo a la morada de la nueva musa!

Siéntese, al leer una estrofa de Tondreau, necesidad de respirar a pulmones llenos el olor a ramaje, el saludable efluvio de las tupidas montañas, que ensancha el espíritu y da una inmensa sed de vida.

Tondreau es, sobre todo, un verdadero *forestier*.

A la selva, a la campaña nos lleva el bravo poeta; allí, a oír el himno de las cascadas, el ruido de los grandes árboles, liras del viento; a cortar flores silvestres junto a la roca, junto al torrente; a saciarnos con los estremecimientos, con los vagidos de la naturaleza, la gran voluptuosa; a ver en un arroyo las blancas espaldas de una ninfa de desflocados y vaporosos cabellos; a saludar con un cántico a la salvaje floresta, en su grandioso templo.

Hace recordar a André Theuriet, el cantor de la *Prière dans les Bois*:

.....
 Tandis que je rêvais sous les arbres touffus,
 le couchant s'éteignait, l'ombre tombait plus ample,
 les hêtres y noyaient la pâleur de leurs fûts
 et la grande forêt paraissait comme un temple.

Otra de las particularidades que distinguen a Tondreau es el sentimiento. Canta con una dulce franqueza todo lo que ha sufrido, y de modo tal, que de seguro hallará simpatías en los buenos corazones que lo comprendan. A Emelina, una hermana muerta, ha dedicado sus más sentidos versos, unos romances tristes, que hacen pensar en ese bello ángel difunto que nos retrata el poeta.

A propósito de sus romances, diremos que es un romancista completo. Las mejores composiciones del libro están escritas en estrofas asonantadas, de esas que parecen hechas a cincel en un trozo de alabastro; collar de bruñidas cuentas, engarzadas con arte plausible y exquisito.

Mucho tiene, en esa clase de estrofas, de Gregorio Gutiérrez González, el egregio colombiano.

Es el romance de tales condiciones métricas que se aviene perfectamente con la expresión de cierto subjetivismo harto encantador. En romance admirable lloró Juan Clemente Zenea la muerte de Fidelia. En memoria de Emelina bien está que Tondreau haya escrito sus más lindos romances.

Tiene nuestro brillante joven el don de describir bien cuando contempla la naturaleza, y admira las maravillosas hermosuras que en ésta se hallan. Diríase un pintor que poetiza paisajes con la pluma. Prueba de ello *Yungas*, *Noche en la choza*, *Cielo sin nubes*, *El suicida* y sobre todo su poemita *Emelina*. Sus selvas, sus nubes, sus nieves cantan como los pinos y las viñas de Jean Aicard.

Es un poeta tropical; su poesía hierve. Hay que apurarla a grandes sorbos en la copa fina y burilada de sus versos. A las veces rudo, agitado en la expresión de los afectos; en otras no quiere inmensas nubes, ni torbellinos ni truenos: pide tan solo

horizontes diáfanos, un rayo
de luz azul que poetice el cielo;
un mar que cante, un bosque donde se oiga
el trino de la alondra y del jilguero.

Las expansiones del espíritu, la canción en pleno aire, bajo el cielo tranquilo, eso, le da a manojos los endecasílabos vibrantes como láminas de oro.

Siguiendo mis instintos viejos, mis inclinaciones clásicas, me detengo en tres traducciones de Horacio con que engalana su libro el nuevo poeta. Todas tres son joyas del volumen y están escritas con corrección y apego a los clásicos preceptos. Es la mejor de todas (a mi humilde entender) la que ha hecho de la oda XXXI del libro I, *Quid*

dedicatum poscit Apollinem. Las otras dos son la I del libro II, *Motum ex-Metello Consule civicum*, y la XXIII del I, *Vitas hianuleo me similis Chloe*.

Muy digno de aplauso es quien como Narciso Tondreau, aun siguiendo la corriente de la poesía contemporánea, dedica horas de trabajo mental al estudio de maestros como aquel antiguo

por quien los áureos venusinos metros
en copioso raudal se precipitan
al ancho mar de Píndaro y de Safo.

Mucho hay también merecedor de loa en quien procura y consigue dar a sus obras el lustre que distingue a aquellas que en castizo lenguaje son escritas; tanto más que en este tiempo vese como asunto de poco interés lo que se relaciona con el buen uso del idioma, desgraciadamente por muchos tan descoyuntado y maltrecho. La moda francesa invadiendo la literatura ha hecho que la lengua castellana se convierta en una jerga incomprensible. La tendencia generalizada es la imitación de escritores y poetas franceses. Puesto que muchos hay dignos de ser imitados, por razones de escuela y de sentido estético, sígaseles en cuanto al sujeto y lo que se relaciona con los vuelos de la fantasía, pero hágase el traje de las ideas con el rico material del español idioma, adunando la brillantéz del pensamiento con la hermosura de la palabra.

¿No lo ha comprendido así el insigne Núñez de Arce, imitando a François Coppée en su precioso poema de *La Pesca*? Mas tan grande es el brillo de la forma que los rasgos del autor francés desaparecen envueltos en la pedrería de las estrofas, en la magnífica expresión del vate hispano, oro purísimo que aquilata un profundo conocimiento de la patria lengua.

Ya que he dicho lo que me agrada del nuevo libro, diré lo que me desplace, con la franqueza que abona mi

admiración al autor y mi apego y cariño a cuanto se relaciona con las buenas letras.

Hay en las poesías de Tondreau cierto egotismo que una crítica dicaz calificaría de profuso, siendo a mi modo de apreciar, nada más que sincero.

En todas sus composiciones, aun en aquellas que lo que más tienen es de descriptivas, aparece el poeta. Bien entiendo que la pintura de las emociones a ello le obliga, y sobre todo el estado psicológico de su alma, que a través de sus versos se refleja. La mayor parte de éstos (pudiera decir todos) son verdaderos desahogos.

En una introducción o dedicatoria a su madre, dice él estas palabras, refiriéndose a sus versos:

Si Ud. las lee, encontrará en ellos muchas melancolías, una que otra lágrima, gritos de duda, de escepticismo a veces, acento de alegría de cuando en cuando, su poquillo de fantasía y muchas palabras que no son más que palabras, porque nada significan ni tocan el corazón ni llegan a la mente.

Difícil me sería dar con lo que Tondreau llama en sus versos «palabras que no son más que palabras, porque nada significan, ni tocan el corazón ni llegan a la mente». De seguro que no son las expansiones de su corazón, sus versos íntimos; de cierto que no se refiere a sus cantos patrióticos, entre los cuales su oda *A José Miguel Carrera* es una buena obra. Yo creo, y con sentimiento, que Tondreau trata de sus pequeñas composiciones, como *Lo que va de ayer a hoy*, que, en realidad de verdad, es de las que más han halagado mis aficiones literarias en el volumen en que me ocupo:

Tendida estaba en el jardín la estatua,
sin brazos ni cabeza;
y por su talle se enredaba en círculos
un cinturón de hiedra.
El pedestal poblaban los lagartos,
los grillos, las abejas,
y del vetusto mármol las heridas
de moho estaban llenas.

¡Y era aquélla la Venus que brotara
 de una mano maestra
 que a golpe de cincel dió forma y vida
 a la bullente idea?
 ¡Cómo cambia la hoz de las edades
 cuanto a su alcance encuentra!
 Ayer la carne palpitando en mármol;
 hoy ¡un montón de piedra!

¡Aquí lo que deseaba! Aquí la unión de esa idea digna de Leconte de Lisle, con esos versos hermosos, bruñidos, escultóricos.

Francamente, gozo mil veces más con esas cortas estrofas que con los inútiles *caprichos* que la musa de las horas extravagantes ha hecho escribir a mi estimado poeta. Sí, ese *capricho*, estudio en metros cortos, al que Tondreau lamentablemente dió cabida en su libro, no debe de estar junto a sus romances y sus poemitas «que no tocan al corazón ni llegan a la mente».

Su leyenda *El suicida* que, como versificación es merecedora de elogio, por su argumento es pobre y por su desarrollo desmayada. ¡Ah, si Tondreau nos hubiera dado romances!

Más o menos se comprenden sus tendencias literarias. Ese notabilísimo cincelador no es para los engarces de una trama complicada. Al menos, de las del género a que se aficiona, a aquellas leyendas de viejo cuño, a las cuales no le aconsejaría dedicar ni uno solo de sus felices momentos de inspiración.

Que nos dé cantos de esos en que se acompaña con su lira nueva, flamante, armoniosa. Y empleo el usado símil del instrumento de cuerda a pesar de los modernos enemigos de las arpas y liras clásicas. Que los hay, ¡oh Fabio.

Dénos amargura, sentimientos profundos, llanto y pena, pues su idiosincrasia, por decirlo así, le coloca en el número de los poetas tristes; pero dénos todo eso con el lustre de metal recién vaciado y pulido; vaciado en el consagrado molde del precepto; pulido con el rico y poderoso arte nuevo, propicio a los espíritus jóvenes que bus-

can ese aire donde respiran los fuertes pechos y donde se vuela con alas de águila y a distancias inconcebibles.

Bajar a observaciones tales como la de indicar versos duros o fuera de lugar, en composiciones cuyo valor intrínseco las aleja de pequeñas críticas, sería como censurar las monorrimas del maestro Zorrilla o los hiatos de Joaquín María Bartrina.

De todas maneras, debiendo ya concluir este artículo, diré que la publicación de las *Penumbras* me ha llenado de verdadero placer, puesto que el autor de ellas puede gloriarse de ser entre los poetas chilenos contemporáneos digno de toda estima y de todo aplauso.

RUBÉN DARÍO.

En *La Época*, Santiago, 14 de Enero de 1887.

EN EL ALBUM DE PEDRO NOLASCO PRENDEZ

I

Ante el tribunal divino
de Apolo, el crinado y fuerte,
poco después de su muerte
llegó Andrade, el argentino.
Y entre las Musas y Gracias
en aquel supremo día,
con el néctar y ambrosía,
sin andar con diplomacias,
en tan buena proporción
engulleron y libaron
que a la postre se alegraron,
y aquí su conversación:
—¿Y cómo anda por tu tierra,
por tu tierra americana,

mi poesía soberana?

—Señor, le hacen mucha guerra.

—¿Quiénes?—Vates en legiones

a quienes hay que abatirles;

vates fofos, vates chirles,

ya simples o ya llorones.

—Pero tú entre tantos locos

cantaste.—Es verdad, canté,

pero a muchos no gusté

cuando me aplaudieron pocos.

—¿La inspiración de tu musa

a pocos les acomoda?

—Sí.—¿Y mi lira?—No es de moda.

—¿Y mi plectro?—Ya no se usa.

—¿Y el ideal?—Ya diré a usted

lo que hay sobre eso, señor:

poco apego, poco amor

a la divina merced

que usted nos da: somos blanco

de la sociedad presente

y gusta más a la gente

un buen billete de banco

que todos los hemistiquios

que usted brinda al bello canto;

y más que el cantor de Ofanto

con sus yambos y pirriquios,

valdría el pobre Olegario

si en vez de ensalzar a Hugo

hubiera sido un besugo

con cajas de millonario.

—Poco a poco. ¿Tú te quejas?

Fuí contigo dulce y blando...

¡Hasta ganas me están dando

de tirarte las orejas!

Te quejas, cuando se inspira

la nueva edad hoy en tí;

te quejas cuando te dí

bien encordada la lira;

te quejas, cuando de flores

ofrecen guirnalda hermosa

a tu *Atlántida* grandiosa

y a tu *Nido de condores*,

los pueblos americanos

que te hacen un semidiós

que fué de la gloria en pos

con la lira entre las manos...
Y a propósito, ¿do está
la lira que te dí yo?
—¿La lira? Se me quedó...
—Pero en dónde?—Por allá.
—Y yo que ahora quería
que tú me cantaras algo.
—¡Cómo del apuro salgo!
—Voy a prestarte la mía.
Pero antes, dime tú ¿a quién
le dejaste el instrumento
que acompañaba tu acento,
que manejabas tan bien?
Iba a hablar Andrade, pero
llegó una musã que dijo:
—Padre, sepa usted de fijo
que muy bien anda el pandero;
la lira está, rubio Dios,
con Préndez, y no me arguya
que Préndez tiene la suya
porque ahora tiene dos.

II

Ya sabes, Pedro Nolasco,
si crees que tal relación
es falsa, harás sin razón
que padezca un triste fiasco;
pues que creo, y creo bien,
que hoy eres tú propietario
de la lira de Olegario
y de la tuya también.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 4 de Marzo de 1887.

AVISO DEL PORVENIR

¡Atención! ¡Atención! Se abre una fábrica de buenos sentimientos. ¡Atención! ¡Acudid! ¡Acudid! La ciencia hipnótica le ha tocado las barbas al buen Dios. Procedimientos de excelentes médicos pueden hacer sentir a un corazón en un minuto o dos, a precios módicos, lo que guste el feliz consumidor. Pueden hacerse los bandidos ángeles como se hacen tortillas con jamón, y se dan pasaportes baratísimos para ir al reino celestial, *by God!* Se hacen almas virtuosas y magníficas de cuarenta caballos de vapor, y lecciones se dan teórico-prácticas para vencer a Lucifer al *box*. Yo, señores, me llamo Peter Humbug (obsecuente y seguro servidor), y me tienen ustedes a sus órdenes, 30, Franklin Street, en Nueva York.

RUBÉN DARÍO.

Valparaíso, Marzo de 1887.

En *La Epoca*, Santiago, 24 de Marzo de 1887.

A ROSA

¡Mujer-flor!

La mejilla
sonrosada es gemela
del pétalo, do brilla
la gota de rocío que se cuele
entre los rayos de la luz; la boca

fresca es el cáliz donde se halla preso
en tibio nido de perfume, el beso.
¡Alba! Tu luz adora
esa rosa aromada y sensitiva.
¡Oh amor! ¡Tú eres la aurora
que bañará de luz esta flor viva!

RUBÉN DARÍO.

Valparaíso, 10 de Abril de 1887.

En *La Epoca*, Santiago, 13 de Abril de 1887.

DON MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

Hace pocos días, lamentando la muerte del hombre ilustre que Chile acaba de perder, me decía el señor Lastarria: más que político, más que educacionista, más que todo, Amunátegui era escritor.

Y el maestro decía una gran verdad.

Ha perdido la literatura americana una de sus primeras columnas. En México, en la América del Sur, en Centro América, habrá muchos diarios que vestirán luto al saberse la noticia de esta grande y triste desaparición. Era Amunátegui investigador incansable.

Laborioso y fecundo, sus libros están llenos de buena erudición, y son sano alimento de espíritus estudiosos.

Este trabajador alzó al gran Andrés Bello un monumento cuando, tras de descifrar los viejos manuscritos, tras arreglar y coordinar, dió al público la edición nacional completa de las obras del sabio, y le escribió su vida como quien levanta un pórtico.

No tenía Amunátegui pompa y resplandor en el estilo; pero sí ternura y fragancia clásicas. Escribía en pe-

ríodos cortos, como quien dice apotegmas; y claros, como quien desparrama luces y enseña. Sobre todo, su gran facultad de investigación le tornaba en libro vivo. Sé de él que nadie volvió de su gabinete de estudio sin llevar satisfecha la cabeza y resuelta su consulta. Y que todo joven estudioso tenía en él un amigo, y que no era avaro de sus conocimientos, antes bien, derrochador. Gustábale borrar toda ignorancia y en su cátedra todo hambriento de saber quedaba harto.

Con su hermano don Gregorio Víctor escribió algunas de sus mejores obras.

Fueron ambos, como dijo últimamente un distinguido amigo suyo, gemelos de alma y corazón. Es hermoso, es plausible, es glorioso siempre, eso de ver dos hermanos unidos en las vastas tareas del espíritu. Los Goncourt, los Hugo, los Daudet; en Venezuela los Calcaños y entre nosotros los Alempartes y los Amunáteguis. Van soberbios, juntos, por el camino de la bella gloria.

Alguien ha asegurado, y aun muchos lo dicen, que de los libros de don Miguel son mejores los primeros, los que escribió de joven. Si se busca lo fresco y lo galano, sí; mas doctrina y saber, más hay en los últimos.

Y esto es natural, puesto que los caudales de erudición y de fuerza aumentan a medida de la investigación y del estudio, los cuales, en varón tan laborioso, acrecentaron con los años.

Cuando llegue a Centro América, mi tierra, la triste nueva del fallecimiento de este hombre, todo lo que allá luce, todo lo que allá alienta en letras se conmoverá. Lo sentirá Valero Pujol, ese historiador y escritor hispano que escribió sobre Amunátegui en *La República* de San Salvador, uno de sus más bellos estudios; le llorará Cañas, el poeta, que tanto le quería; lo sentirá Gavidia porque le conocía el espíritu a fondo; Pedro Ortiz, porque le ha estudiado y escrito sobre él y sus hermosos artículos; y si el viejo Ayón, una de nuestras más elevadas glorias, viviera con su fina cabellera cana y su fuerte cerebro, lamentaría y mucho a quien fué una de sus mejores fuentes de consul-

tas, cuando escribía el anciano ilustre su *Historia de Nicaragua*. Y más que todo, le sentirá la juventud, en todas partes firme, en todas partes sedienta, en todas partes aurora.

Bien hayan los grandes hombres que aman lo que se levanta, que protegen lo que tiene en su mano el porvenir.

Cuando se enseña se es padre, porque en la vida moral se forman hijos.

La mejor de las memorias que se conservarán de Amunátegui, será la de los que recibieron sus enseñanzas, la de los que oyeron su palabra en el Instituto, la de los que se abrevaron en su fuente.

Tendrá bustos en las Academias, estatuas en las plazas públicas, laureles y fama en las obras de los críticos; pero en el corazón de los estudiantes tendrá un recuerdo inmortal.

Eso recogen los que siembran santa semilla de luz en buena tierra. Bravos hombres, viriles trabajadores, sacerdotes de una religión augusta, tienen el privilegio de que se agiten palmas sobre sus tumbas, de que se dé a su cuerpo el mármol y a su alma gloria espléndida.

Los trabajos de Amunátegui serán siempre admirados, y los escritores futuros tendrán en ellos un magnífico venero de ricos datos, de noticias valiosas, inapreciables para los que ahonden la historia patria y la literatura española. El estudiaba para enseñar, y a través del tiempo se escucharán sus lecciones.

Los libertadores de hombres que con la espada fracasan tronos y rompen cadenas son ensalzados, y su recuerdo provoca el himno y llama a la boca la bendición. Así los que arrancan al espíritu de la sombra, los que dan brillo de ciencia al cerebro esclavo de la ignorancia, los redentores del que no sabe, los que por acero tienen la palabra alada y vibrante, son loados, son bendecidos y se echan sobre sus cuerpos muertos las alabanzas como si se vaciasen cestos de rosas.

El vivirá, y a los que hoy le lloran y lamentan su par-

tida, puede decirseles hablando la santa lengua del Evangelio: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?»

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 28 de Enero de 1888.

EL REY KRUPP

Si no por la prisión de Schnaebel, por esto, por lo otro, por lo de más allá, hoy, mañana o pasado mañana, estallará la guerra entre Alemania y Francia.

Si vuestras simpatías están con los gloriosos franceses o con los gloriosos alemanes—¡ambos lo son!—, de cualquier manera no está de más que sepáis lo que un inglés imparcial y curioso cuenta de la formidable «ciudad del acero» de los teutones.

Sabréis quizá que en el pueblo de Essen, lugar donde trabajan en su inmensa fábrica los obreros de Herr Krupp, hay un aviso a las puertas de la población en el cual se advierte al viajero o visitante cómo debe de entrar con los labios cerrados y no despegarlos para hacer preguntas e indagaciones, por la razón poderosa de no dársele respuesta alguna acerca del gigantesco taller.

A pesar de todo, Jules Verne logró hacerse de algunas noticias, siquiera un tanto inexactas, las que adornadas y aumentadas por obra de imaginación dió al público en su bonita novela *Los quinientos millones de la Bagum*.

Esto hace ya algún tiempo. Hoy, un inglés como he dicho antes, que logró penetrar en todos los departamentos

de la «ciudad del acero», da sus observaciones detalladas, estando ellas tan lejos de la novela como que el sajón habla en guarismos.

En el pueblecito de Essen nació Fritz Krupp de una familia de obreros.

El muchacho creció. Era de buenos músculos y de huesos firmes y aprendió a herrero. Luego tuvo fragua propia y se casó. Aquel verdadero *maître des forges*, machacando fierro, trabajando mucho, no lograba ganar sino muy poca cosa. Apenas para la comida, la cerveza y el tabaco del día. Esto era allá por 1810.

En 1826 murió Fritz Krupp. Su mujer quedó siempre pobre y con un hijo, Alfredo, quien apenas contaba quince años.

En 1848, Alfredo, que siguió el propio oficio de su padre, tomó a su cargo la forja y en ella no encontró el día de su instalación «más de tres obreros y las deudas en mayor proporción que las ganancias».

Aun se conserva la antigua cabaña del herrero, en donde el hoy rey de los industriales ha hecho colocar leyendas en que aconseja a los trabajadores señalándose como un ejemplo vivo. ¡Ah! si el viejo Fritz resucitara hoy, vería que al pasar un anciano de setenta y cuatro años por los alrededores de Essen dícense los que lo miran, señalándole con misterio: «Ese es herr Krupp, que viene de los talleres.» Hace recordar lo de Dante: «Ese es el hombre que vuelve de los infiernos.»

1,000 hectáreas abarca la fábrica, únicamente en Essen, y quinientas se hallan llenas de edificios y construcciones.

Allí se agita el hormiguero de trabajadores. Cerca de

doce mil se ocupan exclusivamente en la obra de los talleres.

Todos los obreros, con sus mujeres e hijos, suman, según el último censo levantado, sesenta y cinco mil trescientos ochenta y un individuos.

Herr Krupp tiene muchas minas y éstas repletas de peones.

Tiene minas en Sayn, que le producen crecidas cantidades de metal. Tiene minas en Bilbao, buenas y pingües; minas en Essen mismo; en fin, en Alemania, quinientas cuarenta y siete minas más.

En los talleres son de admirar muchísimos departamentos. El departamento de calderas y el de fraguas, sobre todo la potencia motriz es pasmosa. Hay cuatrocientas cincuenta calderas y cuatrocientas cincuenta máquinas de vapor.

Todo ello da un conjunto total de fuerza de más de diez y ocho mil quinientos caballos.

Se oye un ruido ensordecedor, un hervor infernal, un crujimiento continuo.

Aquel fuego que allí llamea con el resplandor de cien incendios, devora todos los días tres mil cien toneladas de carbón.

Mil y seiscientas cuarenta y ocho chimeneas están perennemente sacudiendo sus penachos negros, pálidos y blancos; todos los tonos del humo, toda la gama del gris, entre bocanadas de chispas. Sobre todas las oscuras chimeneas, las mayores miden algo más de doscientos ochenta pies de altor.

En los talleres se fabrica cada día, por término medio, además de muchas diversas cosas, mil ochocientos rieles, ciento sesenta ruedas de ferrocarril, ciento sesenta llantas, ciento veinte ejes y mil obuses.

Hay que advertir que, en caso de urgencia, todo puede aumentarse, y solamente la suma de rieles diaria puede pasar de mil setecientos. Agregando a todo esto que mensualmente es posible dar por concluidos doscientos cincuenta cañones de campaña, sesenta cañones de a cinco pulgadas,

quince de a nueve, ocho de a once y uno de a catorce, de los que pesan cincuenta y siete toneladas.

La cantidad de agua que se consume por día y que llega por un gran acueducto, sube a veinticuatro mil seiscientos metros cúbicos.

Luego, señores, pertenecen a la fábrica del rey Krupp cuarenta y dos millas de líneas férreas, con veintiocho locomotoras y ochocientos ochenta y tres vagones, y un telégrafo, que cuenta con cincuenta y cinco aparatos Morse.

Agregad, también, cuatro vapores grandes y excelentes.

La fábrica es la verdadera «ciudad del acero» de Verne.

Muévense los mismos trabajadores como por máquina. Y son de asombrar en sus cuadrillas, todos altos, todos robustos, todos fortísimos, unos gigantes rubios bebedores de cerveza.

Desde lejos se oye el estrépito, y el que va a entrar por las puertas de Essen siente algo entre la admiración y el temor.

El observador inglés ha enviado al *Harper's Magazine* sus datos, acompañados de planos y dibujos. Ahí podéis verlos.

En tanto, mientras en tierra de Francia el pueblo conmovido se agita recordando a Sedan, en el país de los hombres de los ojos azules, tras un velo de paz muy fácil de rasgarse, se oye como un ruido de fusiles y cascos que se entorchocan.

¡Oh, tal vez muy pronto sonarán los clarines!

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 29 de Abril de 1887.

EL ZORZAL Y EL PAVO REAL

FÁBULA

Ve un zorzal a un pavo real
que se esponja y gallardea,
le mira la pata fea
y exclama: «¡Horrible animal!»
sin ver la pluma oriental
el pájaro papanatas.

Gentes que llaman sensatas
son otros tantos zorzales:
cuando encuentran pavos reales
sólo les miran las patas.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 23 de Setiembre de 1887.

NUMEN

Pasa «el Dios», se estremece el inspirado
y brota el verso como flor de luz;
y quedan en el fondo del cerebro
un rostro de mujer, un sueño azul!..

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 23 de Octubre de 1887.

EL ARTE

A NICANOR PLAZA, ESTATUARIO

Corred, gallardos versos acorazados de oro,
chocad las armaduras en el tropel sonoro,
lucid cascos de plata en brillante escuadrón,
id en caballos blancos libres de espuela y freno,
que hinchando las narices sacudan a sol pleno
la rica pedrería de su caparazón.

¡Id! y llevad aqueste tributo de mi parte
a quien guardando en su alma la santa luz del arte
lleva en su mente un mundo de inspiración y afán;
tendedle vuestros mantos purpúreos y soberbios
a quien con sus escoplos dio sangre y vida y nervio
y el bronce de sus carnes al gran Caupolicán (1).

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, 6 de Diciembre de 1887.

A LADISLAO ERRAZURIZ

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA (2)

El día de los castos azahares
y el velo virginal, eras dichoso:

(1) Después de estos versos sigue una extensa composición que comienza diciendo:

Dios, que con su poderío,
lleno de infinito anhelo...

En las ediciones que hemos visto de estos versos se han suprimido los que hemos transcrito y la mención del nombre de Nicanor Plaza. No damos, pues, el poema completo sino la parte desconocida de él. Aquella segunda parte, no relacionada con Nicanor Plaza, aparece en *Epístolas y Poemas*.—R. S. C.

(2) Con motivo de la muerte de la señora doña Rosa Lazcano de Errázuriz. Se publica a continuación de la noticia del fallecimiento y aparece suscrita con las iniciales R. D. Creo que se puede atribuir sin temor a Rubén Darío.—R. S. C.

¡quién te viera feliz como el esposo
de aquel dulce Cantar de los Cantares!

Hoy sabes de dolor llorando a mares,
sin miel, sin luz, sin flores, sin reposo;
sopló sobre ti un viento borrascoso
y has sentido el pesar de los pesares.

¡Sombra trágica y negra! El niño llora
de la madre ante el cuerpo mudo y frío,
que deja al compañero que la adora.

Queda el gemir, queda el hogar vacío;
la noche amarga tras la blanca aurora...
¿Pero por qué, pero por qué, Dios mío?...

R. D.

En *La Epoca*, Santiago, 29 de Diciembre de 1887.

BOUQUET

I

EN EL ALBUM DE C. P.

Ante todo diré, gallarda niña,
que entre mil te ví hermosa
como una reina-flor en la campiña.
Cerca de tí exclamé: ¡qué olor a rosa!
y en seguida pensé: ¡qué linda estrella!
Y estuviste en mi mente por lo bella,
como estrella aromada y luminosa.

*

Yo soy así. ¡Qué quieres!
Soñadores, ardientes, inspirados,

los poetas son locos rematados
que se mueren de amor por las mujeres.

Y es esto tan notorio,
que aun ya viejos, persiste su manía.
Y esto mejor que yo te lo diría
Don Ramón Campoamor y Campo Osorio.

Y qué te diré yo, que si he bebido
la hiel de los más crueles desengaños,
tengo a la vista el puerto apetecido
que divisa un marino de veinte años!

Y si ese bardo ilustre amigo mío,
es un volcán nevado por las canas,
arde en el alma de Rubén Darío
el fuego tropical de sus sabanas.

*

¡Oh, niña encantadora:
juventud es sinónimo de aurora!

Juventud es lo que arde, lo que anhela,
lo que las puertas de los cielos toca,
lo que convierte en rosas los abrojos.
Es la hermosura de tu faz, Carmela,
el carmín animado de tu boca
y las luces divinas de tus ojos.

*

¡Y bien! Tú eres un ave tempranera,
lucero de la aurora,
lirio de primavera,
y la joya primera
del joyero magnífico de Flora.

¡Y yo! Yo soy pagano.
Soy sacerdote del amor humano
en el altar de la mujer hermosa.
Y el vino de lo ideal y soberano,
con la lira en la mano
lo consumo en el cáliz de una rosa.

*

Tú tienes la ternura
en el rayo del sol de tu mirada.
Te ví de blanco y te creía un hada
que fuera una azucena en su blancura.
Y que de hebras de luz fuera formada
su leve y luminosa vestidura.

*

¡Oh, qué más te diría!
Fuera el verso torrente de armonía
si te dijera todo lo que callo,
porque las cuerdas, al pulsarlas, hallo
que son tus siervas en la lira mía.

Y has de saber en suma,
que por mi inspiración galante y loca,
si te digo aquí mucho con la pluma,
mucho más te diría con la boca.

I I

A BERTA

Por mis muchos y tristes desengaños,
te lo confieso ahora:
soy un loco de amor que se enamora
de las lindas mujeres de cinco años.

*

Ay, la blanca inocencia
sólo muestra su lumbre bendecida
en el orto del sol de la existencia.
Y tú, niña, trasciendes a la esencia
de las rosas del alba de la vida.

*

¡Adios, adiós! Y que recuerdes quiero
cuando yo haga el retorno a mis hogares,
a aqueste trovador y caballero

que ha cantado en tu reja sus cantares,
porque el amor en sus entrañas lleva
a ramo virgen y a corola nueva.

I I I

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORA L. V. DE M.

Cada palabra de lo que hoy yo pienso
para escribir aquí, se me figura
que es un grano de incienso
quemado en el altar de tu hermosura.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, Enero 29 de 1888.

LA SEMANA

Había un orto dulce y bello esta mañana. Yo, que casi nunca veo la aurora, estaba preocupado por tener que iniciar hoy estas revistas semanales de *El Herald* y, lo que es peor, sin hallar sobre qué escribir la primera.

Pero es preciso no conocer lo que es el alba, para no buscar en ella lo que se necesita, sobre todo los poetas.

Fuí, pues, a orillas del mar acerado y medio dormido, siempre solemne.

En el horizonte había oro franjeado de sangre, y acababan de cerrar sus pétalos luminosos las margaritas del celeste jardín.

El pobre narrador de cuentos, el pobre poeta, meditaba en lo dificultoso de su situación de revistero. Y sobre todo, de revistero en la buena ciudad de Valparaíso.

El croniqueur de capa y espada, el que se entra por el

campo de la política y canta claro y es audaz y es firme, tiene ya buena suerte, me decía. Y al decir esto, pensaba en *Juan de Santiago*, ese parisiense de Chile. (1)

Pero para mí está vedado ese campo. Me defiende de entrar en esas luchas mi santa coraza de extranjero cumplido.

No me ocuparé, pues, en nada que con tales asuntos se relacione.

Y luego pensaba en que sería algo exótico en este gran pueblo de comercio y de actividad, dar al viento la palabra soñadora, el oropel del estilo «decadente» aunque espontáneo; y casi habría desistido de mi propósito, si no hubiese venido a mi cerebro una idea salvadora, de allá, de la luz nueva, del horizonte encendido, de la mañana alegre.

Vi que existe entre nosotros un mundo aparte, para el cual todo oro y sueño son pocos: el mundo de las mujeres. Escribiré—me dije—para tales lectoras. Sobre todo, sé que las de *El Heraldo* son muchas.

Pláceme tener la honra de anunciarles que todos los Sábados me dirigiré a ellas, bajo el patronato de sus blandas indulgencias; y que si solamente sus ojos pasaran sobre las líneas que debo escribir, sin más ambición, me consideraría el más dichoso de los narradores, pues tengo la creencia de que el eterno femenino es la eterna gloria.

Los monstruos han estado de moda en Santiago.

Hace poco tiempo se presentó a la intendencia una mujer que pedía se le concediera poder exhibir a un hijo suyo, deforme, con el objeto de ganar lo suficiente para hacerle una operación que le dejaría sano y libre de su defecto. Este es el de tener otro cuerpo que le sale del pecho, con un brazo.

Además, se presentó otra madre con un hijo que tiene

(1) Juan de Santiago es seudónimo de Rafael Egaña.—R. S. C.

diez años y aparenta dos. Nosotros hemos visto aquí mismo, en Valparaíso, una viejecita que tenía de cuarenta a cincuenta y parecía de cuatro.

Viendo estos casos no hay sino pensar que tiene la naturaleza sus raros caprichos. Bien conocidos son el hombre-perro, el hombre-cíclope, los hermanos siameses, el hombre de dos cabezas y otros cuantos.

De antiguo se sabe que no eran tan raros estos fenómenos. En un tiempo se creían formados por influencias sobrenaturales. Desde Filetas Coó, que era tan delgado que se puso planchas de plomo en los pies para que no se lo llevase el aire, hasta los hombres con pies de cabra que dice Alberto Magno que cogieron en Sajonia, larga es la lista de los monstruos conocidos.

En Tartaria, según Enrico Zormano, había hombres con sólo un pie y un brazo que les salía del pecho. San Antonio vió hombres casi sátiros, y Vincencio conoció a un sujeto que tenía cabeza de perro.

La gran fuerza creadora, como dijimos antes, tiene sus caprichos. En las flores coloca a la flor carnívora, eslabón quizá el más cercano entre el vegetal y el animal; en el mineral, el carbunclo fabuloso; en el rayo, la luz misteriosa, y en el hombre, el monstruo, con cerebro de semi-dios o con cabeza de dogo.

De los monstruos pasemos a los ángeles.

Nos llena desde hace días la inmigración de verano. Nuestras calles hierven. Hay una muchedumbre de rostros nuevos, y una animación bulliciosa por todas partes. Se pasea, se goza. Las santiaguinas han venido a la visita anual al mar saludable, al puerto alegre, al aire libre y salado que les insufla vida en los pulmones y les sonrosa las mejillas. Vese en las noches la calle del Cabo llena de luz y de rostros bellos. Ha habido una irrupción de hermosuras. Porteñas y santiagueñas forman un solo cuerpo.

De las últimas han emigrado también muchas a los

lugares de moda. Viña del Mar tiene hoy sus *chalets* colmados de rosas. Las que vienen de la brillante Santiago son a modo de aves que dejando las jaulas doradas, buscan el aire y se hunden en él, y sacuden el plumaje en vuelo libre. Dejan los salones donde hubo calor y fiesta y ruido en el invierno; y las alamedas verdes, las acacias floridas en la época más dulce del año.

Las nostálgicas de la primavera vienen buscando frescura en el suave viento que sala el gran Océano; vienen a ser Galateas en la playa porteña, donde la onda es dura y la espuma soberbia. Nostálgicas de la primavera, aquí tienen el sol resplandeciente, el cielo estrellado y el agua inmensa!

Es de ver en las mañanas a las que vuelven del baño. Visten por lo general trajes de colores claros, de telas ligeras, propias de la estación, y llevan su pequeña maleta de bañadoras, blanca y ceñida con fajas de cuero. Los rostros frescos, rosados, los ojos lucientes. El gran sol que aun sube, los llena de su luz oblicua y vibrante. Casi se diría, con tanta flor hermosa y fresca, que estamos en el tiempo primaveral.

Lástima que entre todo este movimiento, en este bello y dichoso cuadro, ponga su nota oscura y triste la terrible epidemia que nos azota.

No obstante, Valparaíso se divierte.

Díganlo si no las fiestas de mañana, en conmemoración de una gran gloria, y las dispuestas para divertimento de los que deseen otras alegrías.

Gran día será el de mañana, aniversario de la jura de la independencia. Se desplegarán pabellones y banderolas, se asordará la bahía a cañonazos, se quemará mucha pólvora, y las músicas militares harán vibrar sus himnos.

Valparaíso se divierte.

Quiénes irán al paseo que se tiene preparado a Concón, y gozarán de un buen rato navegando, como no se maren; quiénes concurrirán al Nacional, a ver a los acróbatas de Dockrill, a los hombres elásticos y a los caballos veloces.

Por la noche se asistirá a un concierto en el teatro de la Victoria, concierto que promete ser magnífico; y en el gran festival que prepara el maestro Cesari se oirá música escogida; todo bueno, y entre lo mejor, un potpourri de *Lohengrin* de Wagner, el artista genial, el músico poeta, el revolucionario e inspirado creador de la «música del porvenir».

¡Día alegre! Estruendo y fanfarria, luces y barcos de gala. Todos los días lloramos los sombríos desaparecimientos, las profundas tristezas, y todos los días toca nuestra puerta la francachela con su cascabel sonoro.

El siniestro cólera morbo no apaga las llamas vivaces. ¡Y así rueda el mundo! El mundo, que sería insoportable sin sus altibajos, sin sus locuras, sin sus ansias y sin sus contrastes.

Y yo, al salir el sol, pensaba esta mañana, de cara al mar, soñador y meditabundo, en cómo Dios junta y confunde las alegrías y los pesares; las fechas luctuosas con los días solemnes y llenos de gloria, el lamento de ayer con el placer de hoy.

El cielo estaba encendido. Recordé lo que dice Armand Silvestre, el amable maestro y amigo:

Las lágrimas verdaderas, como las alegrías verdaderas, son fugaces, pasan repentinamente.

Y bien, exclamé: a ¡divertirse! En tanto que la aurora, del todo fuera de su lecho y toda espléndida, tendía su abanico de púrpura y oro, abierto a la manera de la irisada cola de un encantado pavo real.

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 11 de Febrero de 1888.

LA SEMANA

El señor Augusto Patin tuvo la buena idea de fundar en Valparaíso la Sociedad del Cuarteto, y esperábamos que dicha sociedad fuera favorecida por los amantes de la música.

El primer concierto, desgraciadamente, nos demostró lo contrario. A pesar de que el programa era escogido y de que muchos de los artistas eran simpáticos para el público, la concurrencia fué escasa.

M. Patin no sabemos si se habrá desalentado; pero es lo más probable.

Una de las tendencias de este maestro es la de desarrollar entre nosotros el gusto por la música wagneriana. Hay que saber que M. Patin fué el primero que en Buenos Aires dió a conocer en conciertos obras del autor de *Lohengrin*. Allá hubo éxito, Wagner estuvo de moda primero, y ahora los bonaerenses han visto en sus teatros interpretados *El buque fantasma*, *Lohengrin*, etc.

¿Sucederá lo mismo aquí?

Es dudoso.

Wagner es indudablemente el más potente, el más creador de todos los músicos modernos. Desde muy joven, no obstante su educación seria, como él mismo le decía a su amigo Villot, era muy dado a los asuntos del teatro y gran conocedor. Cuando Weber estaba para dejar este mundo, alcanzó a dar lecciones a Wagner, en Dresde. El corazón del joven músico recibió profundas impresiones de aquel talento que se acababa.

Después, recién muerto el gran Beethoven, Wagner se dió a estudiar la música de este maestro. Sus sinfonías eran algo que llenaba de un fuego sagrado y avivaban en él deseos que más tarde llegaron a ser gloriosas realidades.

Poeta, innegablemente, había escrito de joven tra-

gedias. Para esas obras de su ingenio compuso sus primeros ensayos musicales.

En la cabeza del futuro creador de la «música del porvenir» había un gran pensamiento. A la sazón, la música de ópera que él oía en Alemania le causaba desconsuelo y tedio. Pensaba, como él mismo dice, recoger en el lecho del drama musical el rico torrente de la música alemana tal como la produjera Beethoven. Pero se sentía desfallecer, le faltaban ánimos. Al fin, después de mil tentativas, de mil esfuerzos, de mil padecimientos, sucedió lo que debía suceder, venció.

Mucho se ha escrito sobre la música del célebre maestro, de sus tendencias de novador, de su manera de considerar el drama musical, de su rara y soberbia orquestación y de su concepción de la gran melodía.

Nada mejor sobre esto que lo que él propio expresa. El detalle que la gran melodía presenta, detalle infinitamente variado, debe descubrirse no sólo al inteligente, sino al profano, al más ignorante, en cuanto se halla absorbido en el indispensable recogimiento. Luego, la célebre metáfora del bosque:

La melodía debe producir desde luego en el alma una disposición parecida a la que un hermoso bosque, al ponerse el sol, produce en el viandante que acaba de escapar de los rumores de la ciudad.

La abstracción, según él, produce la percepción del gran concierto de la selva. Es el conjunto soberbio y armónico el que se escucha; la voz del tronco, del ramaje, de la hoja, del nido, la inmensa melodía salvaje y solemne. Todo unido produce el gran himno. Mas si se pretende desconcertar el todo, destruir la unidad soberana, se desciende a la pobre melodía, a la «melodía italiana» como dice el maestro, en vez de ascender a la gran melodía, robusta y profunda, brotada de la maravillosa naturaleza.

Se ha atacado, se ataca a la música de Wagner. Se la ha llamado absurda y se la ha comparado con un tratado de metafísica.

Es lo cierto que es preciso conocerla para apreciarla, para gustar de ella. Y para conocerla entre nosotros es necesario más entusiasmo, más buenas disposiciones.

Yo sé de muchos que la noche del concierto Patin tenían encontrar en el salón de la sociedad musical jugo de adormideras y solos de contrabajo.

En cambio, en el Odeón, lleno y alegre, resonaban los aplausos estrepitosos a las *peteneras* del *Lucero del Alba*.

Se dice que muy pronto aparecerá un nuevo diario porteño sostenido por una sociedad de jóvenes. El número de accionistas aseguran que es ya crecido.

Piensen hacer una publicación amena y, sin distinción de colores políticos, solicitarán la colaboración de los principales escritores, bajo condiciones bastante aceptables.

Será un buen paso.

La decadencia de la producción literaria en nuestra prensa estriba en una economía mal entendida. Se publica muchas veces aquello que no tiene sino la ventaja de ser colaboración gratuita, y no se busca el trabajo de plumas de reconocida fama por temor a una remuneración costosa.

De ahí que nuestros letrados notables no publican nada sino de cuando en cuando, llevados de sus aficiones o por motivos ocasionales. En cambio, vense todos los días aparecer trabajos de mérito nulo, literatura de pacotilla, ciencia fofa o versainas desconsoladoras. Todos los que están en alguna mesa de redacción saben lo mucho que llega por correo o es entregado personalmente día a día, y conocen los archivos de papel manchado que se forman con los trabajos de mil solicitantes de espacio en las columnas de un diario.

Si no se publica el artículo o verso remitido, el redactor se hará de un enemigo irreconciliable. Pero como el diario sea abierto, o sus redactores benevolentes, o como

el ahorro se lleve más allá de lo necesario y justo, ya tendrán los lectores que resistir la gran plaga de la colaboración que nada cuenta. Y ahí está el destrozamiento del bien decir, del bien pensar y hasta del sentido común; ahí la *grafomanía* y la causa verdadera de que en la prensa española, por ejemplo, y nada menos que en *La Ilustración* y *La Época* de Madrid se coloque junto al nombre de Lastarria, de Barros Arana, de Vicuña y de Amunátegui, la firma de un Fulano de Tal o de un Perico de los Palotes.

Es muy conocido, muy viejo y muy verdadero aquello de que el espejo de un país es su prensa. Se juzga fuera de aquí nuestra vida intelectual por lo que se lee en nuestros diarios. Y como en éstos rara es la vez en que, por hoy, se imprime un nombre y apellido de esos que son un título de gloria, resulta que nuestras águilas se quedan aquí en sus nidos y los avechuchos de imprenta vuelan a Europa en el viento de la fama.

Por eso aplaudimos la disposición del nuevo periódico, referente al material con que llenará sus columnas, y sería de desear que todos los demás imitasen su ejemplo.

El tiempo ha estado muy variable en la semana que hoy concluye. Ha habido días espléndidos, días casi invernales, húmedos y nublados.

Las lloviznas han hecho de repente aparecer los paraguas en pleno mes de Febrero.

Estos cambios atmosféricos que hemos venido notando, quizá sean causa de un recrudecimiento de la epidemia actual.

Dios quiera que no.

Los huéspedes veraneros no dejan con todo de pasar una alegre temporada. No es cosa que los preocupa un día lluvioso, por más que ellos hayan venido en busca de días de oro.

Se pasea a pesar de todo, y el baño es goce de todas las mañanas.

¡Juventud, alegría, eterno cielo azul! Eso llevan consigo las mujeres, que donde están hacen florecer una encantada primavera.

Entretanto, a la hora en que escribo, el sol aun no ha salido. Miro caer desde mi ventana una lluvia tamizada e insistente, de un cielo plomizo, invernal, opaco. La luz asciende al meridiano como tras un espeso cristal deslustrado.

Esta mañana me hace pensar en tierras que están muy lejos...

En los días brumosos el alma gusta de las cosas tristes. Por eso quizá los trovadores alemanes han producido las más dulces y melancólicas baladas en las orillas del Rhin, pobladas de sueños, de inspiraciones vagas, de wilis errantes, ajenas a las caricias ardientes del buen astro del día, que adora a la tierra como un amante y reina en el firmamento como un emperador.

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 18 de Febrero de 1888.

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

Toda la prensa ha reproducido en la semana que pasó los artículos de los diarios españoles referentes a la muerte de Manuel Fernández y González.

España ha perdido uno de sus más grandes y fecun-

dos ingenios, y aquí tenemos hoy el deber de sentir con ella, con la madre que nos dió fe y lengua, vida y espíritu.

El insigne novelador que ha desaparecido es tan conocido en América que su nombre es título. Se aplica a los fecundos, a los vivaces, a los chispeantes.

¿Quién no ha leído alguna obra de ese Dumas hispano, de ese productor infatigable, grato a las letras y musas castellanas?

Poeta, y de rica vena, deja hartas obras que atestiguan su ciudadanía parnasiana. Aun hay quien dice que valía más como poeta que como novelista. No es verdad.

Aquel cerebro fortísimo no tiene igual en España para la invención y formación de una trama; mas no producía ni con mucho obras que le igualasen a los hoy reinantes líricos de la península. *El cocinero de Su Majestad* tiene armadura de hierro y no la romperá el áspero tiempo. Las poesías de Fernández y González no vivirán mañana.

Era este glorioso hombre como nacido para la existencia brillante de la fantasía. En su vida privada tenía todas las peripecias del más enredado de todos los hijos de su pluma. Hubiera debido vestir jubón y ponerse chambergó emplumado y espadín al cinto. Generoso, audaz, recto, embustero vibrante, era un príncipe poeta destrozado que habría visto como muy natural un manto de oro en sus espaldas. Tenía una mina en la cabeza y un agujero en la mano por donde se escurría el oro del cerebro. Ganaba y botaba. Asombraba al público con su maravillosa fecundidad, y si hubiera sido avaricioso, habría muerto millonario.

En cuanto a su procedimiento literario, se asegura que imitaba a Walter Scott. No hay tal cosa. Era tan original, tan español, tan lleno de sí propio, que no procede de nadie. Era don Manuel Fernández y González, y nada más.

Se cuentan de tan preclaro ingenio mil anécdotas llenas de chispa y de sol. Su vanidad era ingeniosa, franca, justa, necesaria tal vez en su temperamento.

Recuerdo que mi muy querido maestro y amigo don José Leonard y Bertholet me refirió en un tiempo mucho de la vida del autor de *Men Rodríguez de Sanabria*.

Leonard lo conoció cuando este ilustre polaco tuvo la honra, en el reinado de Amadeo de Saboya, de ser redactor de *La Gaceta* de Madrid.

El me pintaba con la verdad que le caracterizaba el vivir de don Manuel, agitado, tempestuoso, raro. Aparecía ante mis ojos el novelista, con su mirada brillante, su hablar picaresco, su risa fácil; airoso, erguido, ceceador como buen andaluz, amigo de las fuertes interjecciones, del buen vino, de la buena comida y de ese imaginar de los que andan por arriba, de los que se van al Olimpo con gabán roído y beben champaña sin tener para comer. Yo le habría dado mi voto para rey de la Bohemia. No pagaba al casero y daba banquetes; y en una noche de gozo hallaba suficiente almíbar para endulzar un año de hiel y pesadumbres.

Oh, sufría, sufría mucho. Sé de él que tenía todas las ambiciones que puede sentir un hombre de talento, y que le dolía no verse en donde le colocaban sus deseos. Ansiaba saber bien francés, porque tenía la convicción justísima de que la Gloria habla esa lengua y que la Gloria francesa da escudos.

Y habría sido más de lo que fué, si como Eusebio Blasco, que es hoy tan español como gabacho, se hubiera ido a París por más tiempo del que estuvo en la gran capital. Es de reconocer y está a la vista que vale Fernández y González por cuatro Montepin.

La novela histórica era su fuerte. Ponía los asuntos de tal guisa, trataba la obra con tal habilidad, que lograba conducir al lector a una época cualquiera, hacerle ver los

sucesos y hasta a veces tragarse con satisfacción los más gruesos anacronismos.

Del estilo no se cuidaba gran cosa. Intriga y más intriga; que el cómo escribía no era asunto de gran preocupación.

Era, como él decía, don todo el mundo: Walter Scott, Dumas, Sue y todo para honra propia y beneficio de editores.

La novela por entregas, plaga enorme, fué para Fernández y González veta de oro.

Escribía lo que se le venía a las mientes; no importa qué. Mataba al marqués y casaba al barón. Lo que no era inconveniente para que en el capítulo próximo saliesen vivo el uno y soltero el otro.

¡Pobre ingenio! En esa terrible y áspera vida de las letras españolas contemporáneas tuvo que sufrir la ley amarga de morir sin dinero. Gracias a una reina benigna, a una mujer dulce y grande, los hijos de Manuel Fernández no tendrán que sufrir necesidades.

Bien haya la soberana del pueblo español favorecedora de los pobres diablos que tienen riquezas en el alma y en la pluma, que dejan este mundo casi siempre sin tener con qué para el entierro.

Reina que protege las letras es reina gloriosa. Porque la gloria tiene repartidos sus más sonoros clarines entre las armas y las letras, y a éstas tocan los mejores, puesto que son la lengua armónica y soberbia que tiene en sus cláusulas luz y oro.

Como dramaturgo fué poco feliz Fernández y González. Se creará y con razón que con dos principales elementos, invención fecunda y exposición fácil, triunfaría.

Pecaba siempre por el defecto de sus cualidades.

Hacía preciosos versos e inventaba o disponía asuntos magníficos, mas al juntarlo todo, se veía la flaqueza.

La crítica le dijo muchas verdades. De ahí sus disgustos con muchos escritores amigos suyos.

A propósito, recordaré dos episodios de esta especie.

Fué Fernández y González el creador del nombre con que muchos conocen a Florencio Moreno Godino, el distinguido literato. Ese nombre, *Floro Moro Godo*, fué obra del egregio novelista cuya muerte hoy se llora. Creo que por asunto de crítica literaria vino don Manuel a abreviar el nombre entero de Moreno Godino; pero es el caso que lo de *Floro Moro Godo* quedó para todos los días.

Por lo que hace a la vanidad proverbial de Fernández y González hay mucho que contar.

Recordaré únicamente algo que hubo de referirme Leonard y que se agrega muy bien a las anécdotas que dan a luz los diarios en los últimos días.

Es el caso que se estrenaba en Madrid el drama que compuso don Manuel tomando varios episodios de la vida del Cid Campeador.

En el palco destinado a los autores dramáticos había muchos de éstos, los mejores. Ahí estaba, a la sazón, don Juan Eugenio Hartzenbusch, quien tenía por buena costumbre asistir a todo estreno de autor amigo. Fernández y González tenía gran idea de su obra. ¿Cuándo no? Estaba satisfecho, lleno. Su *Cid* era para él algo como lo mejor que hubiese producido él. . . y por lo tanto, todas las musas españolas y extranjeras!

El bravo poeta estaba oculto, al bajar el telón, en el fin del drama, tras una cortina que había en el palco en referencia.

Alguien le pidió a don Eugenio su opinión sobre la obra representada.

El buen viejecito, franco y llano, la dió tal como su gran talento y sus blancas y gloriosas canas le autorizaban. Dijo—y creo que copio al pie de la letra las palabras de Leonard—que el *Cid*, a su modo de pensar, no era personaje que podía caber en las tablas de un teatro. Fernández y González, por él y no por Corneille, salió entonces a la defensa de su obra.

Y no dijo nada del poeta francés, ni de las razones que tuvo él para poner en las tablas al de Vivar; no, se dirigió al viejo Hartzzenbusch, y entre el asombro y susto de éste, y con voz robusta y ceceo andaluz, le dijo:

—¡Librito viejo bien encuadernado! El Cid cabe donde cabe don Manuel Fernández y González...

Y el Cid cupo.

Dió don Manuel bastante que hacer a los editores con su informalidad. Muchas veces al salir una entrega no sabía el autor cómo empezaría la próxima. Y llegaba el día de la publicación y don Manuel estaba charlando alegre en el café. El editor suplicaba, pedía, daba razones, y a don Manuel le importaban un ardite esos afanes. Por fin, recibía nuevo dinero, pedía pluma, tinta y papel en seguida, y ahí mismo tomaba el hilo de la novela y escribía la entrega.

Se ha hecho muy sabida su afición al alcohol. Cierta es. Pero no se crea que fuese un vicioso consuetudinario y vulgar, ni que tuviese la borrachera áspera de Poe, ni aun que se intoxicase triste y aristocráticamente como Musset.

Era el hombre alegre, el bohemio toreador que bebía para vagar en ese mundo ficticio y radiante aunque peligroso de la embriaguez. ¡Cuántas veces el terrible pero consolador vaso de ron no calmó más de una amargura en aquel espíritu delicado!

Le acosaban las penalidades, los desengaños, a ese pobre opulento que asombraba a los criados con sus caprichos y sus propinas, pues era un necesitado que ganó muchas veces cien duros diarios.

Niño grande, su viveza era espontánea, su espíritu le salía a los ojos, y en su locuacidad tenía brillo y gracia, miel y pimienta.

Muchas veces tuvo disgustos por causa de su modo de ser. Sus genialidades le captaron más de una malquerencia. Podía decirse de él lo que de mi amigo Antonio Zambrana expresó, creo que don Ambrosio Montt: era una mariposa que tenía el alma en las alas.

¡El alma en las alas! Así la tienen ciertos hombres excepcionales; el alma a la vista, brillante, dulce, auroral, y la muestran, como el hypsipilo el polvo sonrosado que adorna los dos abanicos con que vuela. Son mariposas en medio del gran viento humano que las agitan, las barren, les arrancan la pedrería con que se afanan y las hunden en el polvo o las elevan al vasto cielo azul.

En sus obras se refleja don Manuel, en esas obras grandes, a veces mal ordenadas, siempre llenas de rápidos chispazos, del hervidero brillante del ingenio español. Tienen ellas un sello propio y entre mil delatarían la procedencia.

No fué amigo de seguir huellas ajenas Fernández, ni de meterse a novador. Ni siquiera tuvo la mala idea de escribir novelas realistas. Su fibra patriótica vibraba en todo; el autor lo tenía todo en casa, y sus personajes no tienen parentela fuera de España.

Gran conocedor de los viejos tiempos, hubiera podido vivir en los del segundo Felipe o en la corte morisca de la hermosa Granada.

Creo que sabía hasta árabe como don José Zorrilla. Trajes, usos, monumentos, armas eran para él conocidísimos. Hacía lujo de descripción pintando una época cualquiera, y sobresalía en el detalle. Escribía generalmente en períodos cortos capítulos largos de novelas larguísimas.

El dón de la improvisación—dón que a veces, casi siempre, suele ser funesto—lo tenía en sumo grado. Y volaba de una idea a otra, y tenía un pensar inquieto, descontentadizo, fugaz. ¡Siempre la mariposa!

Podía rendirlo el cansancio del cuerpo, nunca el del espíritu.

Si Fernández y González hubiera sido parisiense, hubiera muerto con la corona de rey de los folletines, y habría dejado palacio y arcas llenas a su familia. ¡Cuántas novelucas anodinas no salen por esos mundos de Dios, impresas por Hachette o por Dentu, que no podrían hombrarse con la peor de las del autor del *Cocinero!*

En España mismo, otros han logrado dinero escribiendo a la par con Fernández. Ciertamente es que sabían economizar para comprarse quintas, y esto lo digo por don Enrique Pérez Escrich, con sus novelas pacatas y burguesas.

Antonio de Padua, San Martín, oh, todo el cardumen de lo mediano logró algo o mucho. Fernández ganaba, pero no pensaba en el mañana. Hoy se goza y nada más. Y vengan las cenas con la bohemia literaria y artística, y al amanecer Dios, sin un cuarto. Ese era el hombre.

Quedan en España muchas plumas gloriosas. Está Galdós, que con tendencias veristas explota la novela histórica; está Pereda con toda la savia y sabor de su *tierruca*; está la Pardo Bazán, mujer prodigiosa y admirable; y existe una agrupación de jóvenes inteligencias que son esperanza de vida y robustez para las letras hispanas, y en especial para la novela. Pero Fernández y González deja un vacío que no se llena fácilmente. Su obra es única. Y a ese caballero de la literatura no hay quien lo reponga. Y ha caído al fin, no cansado de luchar, sino con bríos aun, aunque canoso y medio ciego, con ansia de seguir en la brega, con la bella ambición de la grandeza, siempre vigorosa el alma, joven el ingenio.

Me he sentido conmovido al saber su fallecimiento; he recordado que de niño le conocí en sus obras y que él me enseñó a gustar de los paladines vestidos de hierro, de las justas y torneos, de los trovadores errantes y las damas castellanas con sus neblíes y javalinas. Sí, él me condujo a los castillos feudales, y me parece que lo veo apuesto, a la usanza antigua, relatando una de sus fábulas o leyendas, en noche lluviosa, en un salón de armas, cerca de un hogar donde chisporrotea un grueso tuero y echa al aire un enjambre de abejas doradas y encendidas. Y ahí escuchando al contador el viejo caballero, la dama en su dosel y los barbudos escuderos, ante un fondo de panoplias y junto a los lebreles adormilados.

He querido dedicar un recuerdo al gran novelista, y por eso he escrito estas líneas.

A través de la distancia y del tiempo, miro la radiante y fugaz mariposa; con las alas irisadas cayendo a la negra y eterna noche, pero dejando una huella de luz a su paso, un radiantísimo polvo de oro y una dulce fragancia de gloria.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 1.º de Marzo de 1888.

LA SEMANA

Se van los inmigrantes, se van los que vinieron en busca de sol y de fragancias del mar. Ya pueden retornar a la espera del invierno las hermosas elegantes de Santiago, del invierno frío pero aristocrático, árido pero opulento.

Se va el verano, se va con su gran manto de espigas, áureo, brillante, ardiente; se va con su fuerte aliento y su

viento cálido y su relampagueo ficticio en las noches oscuras y tibias.

Se va el verano, amigo de los cosechadores de la campaña, porque tuesta y dora el grano que va a rellenar la troje del necesitado.

Se va el verano, alegre para las niñas gentiles, porque es el que les trae los trajes claros, las dulces emigraciones, el cariño del campo y los besos ásperos del mar. Gozan ellas por todo el año el halago de la ciudad, el lujo de la moda nueva y el esplendor de los salones; mas en llegando los meses de este tiempo, viene el emigrar, el ver los lugares más provechosos a la salud o al ánimo. Y luego, el rejuvenecimiento para las naturalezas agotadas, la sangre para los cuerpos anémicos y la alegría para las almas tristes.

Hay mujeres delicadas que miran el verano como una luminosa libertad. Después de las apreturas del salón, de las gravedades y etiquetas, de los tiempos del año en que se da culto al dios caprichoso que reina en las ciudades en el invierno, frío como si fuese de nieve, entre el calor de las estufas y los *clagues* arrugados y los rasos de largas colas, es bien que se salude al sol.

Se le busca porque es vida y oro, salud y grandeza; y las damas, que son siempre rosas, llenas a la continua de su hermosura, se convierten en girasoles cuando llega este buen tiempo: buscan el gran astro.

Las familias santiaguinas que han venido a Valparaíso y Viña del Mar van de vuelta. Se van a sus hogares de siempre, mas es de dudarse que no lleven—digo, las almas jóvenes y soñadoras—la esperanza del año que viene. El año que viene es siempre azul. Se ve un arco iris en todo porvenir de mujer, una libélula fugaz y cristalina, un vago sueño, y las damas son las que tienen más derecho de llevar, si no esperanza, al menos recuerdos.

En Viña del Mar, según datos, ha hecho Amor mu-

chas de las suyas, y bodas nuevas tendremos a maravilla en este año o en el entrante. Y si esto no sucediese, sería una falta de nervios, o de corazón, y, vamos, de gusto, en la parte masculina que nos ha visitado; y aun más, en la de esta ciudad de Valparaíso.

Porque es lo cierto que el verano si trae mucho oxígeno, mucho sol, mucha vida para los visitantes del mar, también trae mucho amor, y no es un imposible que niña que viene en busca de salud y de alegría, lleve en el retorno una dulce cosa más: salud, alegría y novio.

Lo que es el negro cólera morbo se ha cansado.

Va de vuelo ese gran murciélago, ese pájaro siniestro.
¡Que vaya y nunca vuelva!

Su partida es un hecho. Aun existe en las gentes un algo de prudencia y un mucho de miedo.

¡Y bien! No obstante todo el mundo casi come fruta. Y se comen, en Valparaíso, desde que se ha dado franquicia a los vendedores.

¡Cuántas naturalezas muertas he visto por esas calles de Dios después del decreto en que se ordenó libre venta de los productos de Pomona! Adviértase que hablo en pagano. Y va de apuntes, como dicen los pintores.

Un vendedor, con traje áspero, gris, sucio, abierta por el cuello la blusa, arremangados los pantalones, la cabeza cubierta con un gran sombrero de junco que le cubre hasta los hombros, tiene un cesto de duraznos que ni con cera y carmín se les hubiera figurado mejores. Son frutas nuevas. Después de tanto tiempo de prohibición, las saca el dueño a la venta y a tentación de golosinas.

Un muchacho de camisa rota y sombrero de paja casi negro por el tiempo, de traje entre repugnancia y lástima, por lo andrajoso, mas con cara llena de arrugas de risa y de picardía de niño, lleva un canasto de uvas. Son éstas moradas, de las preferidas por los pintores de cuadros de

comedor, llenas del polvo blanco que traen de la viña y apiñadas como un ramillete de obscuras perlas.

Y luego están las brevas, los racimos de uvas blancas medio doradas, de un tono pálido y con una tenue pelusilla que llama al mordisco.

El durazno es rosado en lo general, mas algunos que hoy venden son opacos, marchitos quizá por el tiempo en que han estado guardados y con excomuni6n. Mas todos son llamadores, abren apetito, dan deseos y tienen al comerlos una sabrosura que hace agua en la lengua y pone regocijo en el paladar.

Sí, la fruta es sana, buena, y hoy triunfante avergüenza al cólera.

Aunque muchas familias veraneantes están llegando a la capital después de una temporada de ausencia, otras tantas abandonan aun la gran Santiago y vienen a hacernos la visita anual.

Las calles de la Metrópoli están tristes siempre; los portales vacíos de hermosuras, los teatros con escasas concurrencias.

Entre tanto, nosotros estamos bulliciosos; el Ode6n se llena cada noche, las plazas y jardines se colman de bellas inmigrantes y por todos lugares resalta la nota luminosa de la sana alegría, que ha ahuyentado como por encanto la epidemia.

Hoy se estrena entre nosotros el conde Patrizio, el célebre prestidigitador.

Y digo se estrena, no porque ignore que ya otra vez ha asombrado al público porteño con sus maravillas y rarezas, sino porque las que hoy trae superan a las pasadas y conocidas. Es el conde hombre de tales facultades, mago tan admirable y charlador tan ameno, que no es de ponerse

en duda en ninguna parte el lleno de los teatros en que trabaje.

La prestidigitación, la magia, ha sido en todos los tiempos asunto de grandes discusiones. Aun hoy, los espiritistas se aferran a las tradiciones, no digo de Bálamo, que vivió ayer, sino de los mismos magos orientales de los primeros siglos.

Egipto los tuvo y de primer orden. No sé si mi amigo el señor conde podrá hacer otro tanto que aquéllos que el Faraón ponía ante su trono para contrarrestar el poder de estotro mago formidable, Moisés.

Ignoro si hará que una vara se torne en serpiente y si puede hacer que una de éstas devore a las otras que se le presenten delante.

Los indios y chinos tienen hoy día maravillosos juegos de magia o ilusión, de equilibrios casi absurdos y de engaños de los sentidos. Es lo cierto que en todos lugares y en todas personas, aquellos hechos que no se explican y que producen asombro o duda, traen a la mente la idea de lo sobrenatural o divino. Hay indios que se cuelgan de un acero afilado y de una flor hacen brotar un árbol de dos pies de altura.

El conde Patrizio, que es viajero notable a la vez que prestidigitador, y que ha dado lecciones de juegos de ilusión al conocido Brazza, ha repetido varias veces en el seno de la más franca confianza que sus experimentos y trabajos no tienen explicación sino en leyes claras y sencillas que se demuestran con los principios de las ciencias físicas. No asegura el conde que trae a su llamado las brujas de Macbeth; mas sí que como un Fausto, investigando, ha dado en la clave de mil enigmas que él como Macalister, como Hermann, como Bosco, sabe aprovechar.

No es brujo sino para el vulgo. Hay cosas que pone a vista del público y de las cuales da la explicación incontinente.

Se complace en sorprender con su franqueza, y ese creo yo que es uno de sus mejores medios de producir la ilusión.

El conde Patrizio es sujeto de vida tan rara y larga, que es difícil para quien no tenga a la vista detalles, escribir algo acerca de ella.

Por lo que la memoria me ayuda y lo que conocedores de las peripecias de este prestidigitador me han referido, sé que nació en el Piamonte, que fué militar valeroso con Garibaldi y que en el ejército comenzó su carrera de prestidigitador.

Después sé que viajó, que recorrió Europa, Asia y parte de Africa; y que cuando mis ojos lo vieron, tenía apenas yo la edad en que la iglesia concede uso de razón a los humanos.

Le conocí en Centro América.

Cuando él llegó allá había recorrido casi todo el mundo. No creo fuera del caso recordar que el Presidente Zaldívar en San Salvador trató a Patrizio como a cuerpo de rey. Verdad es que era tan escamoteador como él.

El conde Patrizio de Castiglione es bastante aficionado a la literatura, y en verdad si no lo fuera no valdría creo yo gran cosa su magia.

Una de las cosas que mejor recordamos es la visita de él a Zola, de quien es admirador decidido.

Cabalmente, recordaba yo hace poco la carta de Bonetain al maestro, firmada también por Decazeves y otros. Después de ella Zola afirmó que no los conocía. El conde nos ha asegurado que una de las personas con quienes fué a Médan era Paul Bonetain, el autor de *Ofrium* y de *Charlet s'amuse*, la célebre novela fonográfica, cuya factura fué argumento en la misma última cuestión entre Zola y sus discípulos.

Anteayer nos dió noticia el cable de haberse descubierto en Saidi el sarcófago en que están los restos de Alejandro el Grande.

Tras tantos acontecimientos, tras tantas catástrofes,

aparece lo que queda de aquel rayo de la guerra. ¡Misterioso tiempo!

El mundo sabe quién fué Alejandro. Su nombre es hoy de bronce. El mundo le admira tanto que casi se le coloca entre los de los semidioses. El arte más que la historia le ha pagado tributo.

Hay un cuadro magistral de Solimena que representa a Alejandro vencedor de Darío. En el fondo está la nube de la inmensa polvareda que alzan las fogosas caballerías; un robusto elefante va cargado, y al propio tiempo, como que es feroz, agita la trompa y aplasta. Allí están también las grandes banderas que llevan unos jinetes, que casi son una sola carne con los brutos espumosos y humeantes que les llevan; blanden las cortas y fuertes espadas los paladines, y los vencidos ruedan todavía, escudo al brazo y gesto rudo en la cara.

Hermoso y brillante de gloria es el cuadro que trazara ese pincel fecundo. Y hay otro a más de éste que encargó Juvara al pintor francés citado.

Porque la pintura ha dado tono aparte al gran vencedor de cien batallas. Y luego hay razón. Fué regimiento soberbio ese soberano valeroso, ese soldado resplandeciente y casi sobrenatural, ese genio. Precedió a César y a Napoleón, y vió quizá en sus victorias cernerse en los espacios el águila romana y el águila francesa.

Filipo el tuerto, su padre dudoso, ante quien la historia severa y todo, ríe, le dió su fortaleza y su pensar y su fibra robusta.

Los pintores han dado a la vida del gran capitán de Macedonia todos los tintes de su paleta para todas las facces de sus victorias. He hablado ya del magnífico Solimena.

Pintó Costanzi una de las más soberbias y poéticas etapas de aquella vida de gloria, el momento en que el César ordena la construcción de la vasta y bella ciudad de Alejandría, episodio que mi estimadísimo de la Barra ha explotado en bellas estrofas. Dejó a la vista de los siglos inmortalizada la entrada de Alejandro en el templo de

Jerusalén, Sebastián Conca, quien con su fuerza artística puso sello a sus obras. Francisco Ferrando sacó de su paleta el cuadro en que colocó a Alejandro remunerador premiando a sus generales y oficiales; Trevisano pintó a los pies del valiente vencedor la familia del gran Darío, orgulloso vencido; Creti el boloñés pintó la generosidad del augusto hombre para con Apeles, y Pittoni crea su Alejandro triunfador como quien cincela una estatua.

¡Y qué energía en esos rostros!

Tienen los héroes una misma silueta. Hay en César, en Alejandro, en Napoleón, en Bolívar, en Washington, cierto perfil que tiene rara y verdadera semejanza.

Es esa nariz audaz, ese ojo vivo, mucho de águila; caras en fin como que esperan el cuño para correr por el mundo y por el tiempo en medidas y medallas que apenas muerden los siglos.

Y el polvo de Alejandro, aquel coloso, se ha hallado anteayer en su sarcófago al golpe de la piqueta de algún pobre obrero, como se encontró en la tierra donde resucitó la soberbia Venus de Milo.

Ese es aquel augusto emperador cuyo caballo tempestuoso le llevó siempre a la gloria. Ese es aquel César hijo de Filipo de Macedonia, Dios humano, vencedor en las vastas y sangrientas batallas. Ese es Alejandro que venció a Darío.

Y se han encontrado los restos del formidable y real guerrero antiguo, cuando un príncipe, el heredero del imperio germánico agoniza, como presagio de grandes tristezas para su país, y cuando en la vibrante y ardorosa Francia se castiga a Wilson, traficante con la honra de la patria, siendo su condena gran triunfo de la república.

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 3 de Marzo de 1888.

LA SEMANA

¡Semana de conmociones!

En la gran Alemania, país soberbio, ha muerto el viejo emperador.

¿Conocéis la agonía del delfín contada por un poeta *decadente* contemporáneo?

El niño-rey está en su lecho, lleno de postración y abatimiento. No quiere morir, y la pálida muerte está cerca de él. Y ha llegado allí implacable y sin licencia. ¡Cómo! Los guardias con sus brillantes espadas de hojas firmes, ¿lo han permitido? ¡Cómo! ¿El viejo ayo deja que esa deidad espantosa atraviese los anchos salones, los gabinetes heráldicos, los lugares de armas, y vaya a arrancar la vida a ese dulce príncipe de la cabellera rubia? ¡Cómo! ¿Y la real voluntad que acatan los hombres vestidos de oro y de plata, las guardias espléndidas y valerosas, no es óbice para que la fría mano mortal hiele esa tierna frente?

Y el niño es presa de la muerte, el niño agosto, el delfín bien amado. Y tras los tapices llenos de asuntos de Boucher se oye el triste gemir de los nobles vasallos, de las bellas marquesas, que en gratas horas rodeaban al rey infante, risueñas y opulentas, con sus collares de perlas y sus pomposos trajes de raso azul.

Pues hoy he recordado el cuento triste, y en vez del lirio marchito he puesto al roble inmenso y secular.

Nada ha sido valladar para el destino. Sonó la hora suprema para la gran águila, gloriosa y vieja, en su férreo nido imperial. Guillermo el fuerte, Wilhelm el querido, rey del pueblo de los hombres de ojos azules, ha pasado las puertas de la tumba. El sombrío poder, que según el latino hiere en las pobres chozas o en los artesonados techos, ha entrado implacable al severo palacio de Berlín.

No ha impedido su paso la muchedumbre que en la ventana preferida buscaba y veía al César y le saludaba

como a un buen padre y como a un gran general; ni los hermosos hulanos de vistosos uniformes; ni los soldados reales con sus fuertes y relumbrosos cascos, altivos y rectos, orgullosos y erguidos como tallados en los rudos troncos de la selva negra; descendientes de aquellos formidables teutones que pasaron el Rhin cargados de victoria, soberanos en la lucha, imponentes en sus vastos escuadrones triunfales.

Nada son los ejércitos, nada ese gran cuartel de la tierra germánica, donde en vez de caminar se marcha; nada Essen, la ciudad del acero; nada las humanas grandezas ante las grandes miserias humanas, ante la ley que hoy hace inclinarse a la tierra esa cabeza blanca ceñida con el oro de dos coronas.

El cetro del muerto lo hereda hoy el moribundo. Triste acontecimiento.

El príncipe Federico, Fritz, a quien tanto adora su pueblo alemán, está minado por terrible dolencia, enfermedad sorda y profunda que la ciencia no puede curar. ¡Quién le viera en la bulliciosa pompa del jubileo de la reina de Inglaterra, madre de su esposa, bello y varonil con su uniforme blanco y su casco, donde se esponjaba sedoso un penacho al viento! Era el más apuesto de todos los nobles, y la faja que ceñía su cintura brillaba con la luz. Junto a él iba el príncipe de Gales.

Se pensaba en aquellos dos hombres, futuros monarcas de dos vastas naciones, y se les veía como nacidos para la altura del trono, para el peso del manto y para la corona soberbia.

La muerte del gran Emperador ha conmovido al mundo. Porque ese anciano era un símbolo; porque tenía en sí la encarnación de una autocracia casi bendecida por sus súbditos; porque en el equilibrio europeo esa vejez pesaba como una montaña; porque bajo su poderío se venció a la Francia invencible; porque a este orgulloso purpurado, sostenedor del derecho divino, por su cabeza unvida, hubiera podido decirle el férreo Barbarroja: «Sire, os reconozco.»

Berlín ha presenciado silencioso la inmensa desaparición, como la puesta de un astro. Y en verdad se ponía el sol que alumbró a la gran patria alemana unida y grandiosa.

Había el día de la muerte un cielo gris, una lluvia tamizada y persistente, y la muchedumbre berlinesa ansiosa se agrupaba cerca del palacio imperial.

Reinaba un silencio profundo, como precursor de honda catástrofe. Cuando se anunció que el anciano había fallecido, debe de haberse escuchado algo como un eco de onda en una playa quieta, después de una tempestad. No se deben haber oído vítores al Rey nuevo; sí, sollozos por amor al padre de la unidad patria que se hundía en la eterna sombra. Al venir abajo el antiguo roble, la selva tiembla.

El tiempo es traidor.

Hacía poco que el Emperador Guillermo había sido felicitado por cuerpos y diputaciones, con motivo del entrante año. Entonces, cuando las gentes de la ciudad de Halle le llevaron sus votos y saluciones, él dijo lo siguiente:

Ha pasado el tiempo de los cuidados. En cuanto a mi hijo, el Kronprinz, espero verle bien la próxima primavera en Berlín.

¡Ah! Y cuando las *vergiss-mein-nichts* muestren al día sus dulces ojos azulados, ¡quién sabe si no dormirán juntos el infinito sueño, padre e hijo, mientras la tierra florida renueva su juventud de todos los años!

Llegará de la Villa de San Remo el pobre Príncipe enfermo, y encontrará vacío el trono que dejó lleno de grandeza; y la Emperatriz anciana quizá lllore a la continua al heredero del Rey difunto.

La muerte del Patriarca de la Corte más jerárquica de Europa debe ser motivo de grandes y trascendentales acaecimientos.

El que ha de seguirle al sepulcro deja un heredero que tiene sobre sí el influjo del Canciller Bismarck cuyo

solo nombre amenaza. La hegemonía de Alemania como país militar lo hace aparecer como uno de aquellos antiguos caballeros germanos, armado de todas armas, vestido de bronce, temeroso tan solamente del poder de Dios que todo lo fracasa y lo derrueca con sola su omnipotencia.

El Emperador, ya cansado con el peso de tantos hechos y de tantas glorias, nevado el cabello, el alma quieta como quien se acerca a la eternidad, pensaba en la paz, en la paz amable que es luz en el camino de las naciones.

Bastante sangre había visto correr, muchas lágrimas había hecho derramar, y debía sentir, es indudable, esos cuidados de las testas coronadas, esas obscuras inquietudes que mariposean alrededor de la luz de un cetro y de una espada triunfante y temible.

Hoy el mundo ve los preliminares de una tempestad europea. ¿Alzará la cabeza el enorme oso ruso? ¿Hará Alemania sonar sus clarines de bronce? Hay un cielo nublado y amenazante. ¡Francia relampaguea!

Tenía mucho de los déspotas guerreros sus antepasados, Guillermo de Prusia. De mozo fué buen jinete, brazo robusto y amigo de hacer oír a las ciudades rebeldes los truenos de los cañonazos. Creyente como buen pietista, tenía por sacratísimo el óleo de los reyes, y hallaba que el poder absoluto proviene del Eterno, quien escoge razas privilegiadas para la púrpura y el armiño y da directamente a los autócratas su soberanía y su grandeza, como las alas a las águilas y las garras y la crin de oro a los leones. Creía que los grandes conquistadores, que los rayos de la guerra eran enviados por Dios, quien en sus altos juicios hacía vibrar esas espadas sangrientas con fines ulteriores.

Y desde que fué regente por abandono de su hermano Federico Guillermo el cuarto, vió el poder divino obrando en él, sintió su misión y aún más fortaleció su espíritu.

Rey de Prusia, supo imitar al gran Othón, que rodeaba su trono de doce reyes: tuvo junto a sí un grupo de príncipes germánicos, entre los cuales él resplandecía como un sol.

Después creando la unidad tuvo su cenit. ¡Cenit radiante!

De joven debe haber sido apuesto. En sus últimos días era un hermoso anciano. Siempre erguido, en su pecho saliente había algo de coraza. Alto como un legítimo teutón, tenía un bello cuerpo para lucir un manto real. Sus patillas plateadas le adornaban el rostro, y sobre su casco, en actitud de alzar el vuelo, tendía sus alas doradas la más gloriosa de las aves. Ese es el simulacro que todos conocemos.

La corona de Emperador ciñó su cabeza en tierra de Francia.

No puede haber sido mayor su regocijo, pues después de vencer ese país brillante se sentía señalado para mayores altitudes por el dios de los césares, ese dios terrible para los pueblos, funesto para la libertad.

Pudo mostrar al mundo el orgullo de su mano que se extendió hasta París y arrebató de la diadema francesa dos perlas que serán siempre materia de odio, causa de luchas, principio de sangre: Alsacia y Lorena. Esas dos perlas en poder de Alemania se han tornado ópalos, son fatales.

Después de las peleas y de las victorias, vivió este monarca en sus dominios como un jefe en su cuartel. A su lado estaba Bismarck que bajo su cráneo guarda un pensar terrible, y Moltke, formidable jugador de ajedrez que dió jaque mate al hombre del 2 de Diciembre.

Estaba convencido el César, como hoy lo está el canciller, de que el imperio es invencible, en su puesto; que el suelo alemán es sagrado y que a él no llega humana fuerza en son de guerra.

Recuerdo a este propósito una escena de Lohengrin.

La música wagneriana hace vibrar los bronce en un acorde de maravillosa armonía; la escena representa una pradera a orillas del Escalda. Brilla el alba. El Rey está ahí, entre un coro de príncipes, condes y caballeros; suenan los clarines, ondean las banderas.

«*TODOS (golpeando sus escudos en el momento de colo-*

carse el Rey bajo una encina): —¡Honor y gloria al poderoso Rey!

EL REY:—Gracias, pueblo de Brabante. Siéntese orgulloso mi corazón al encontrar siempre junto a mí un pueblo fuerte y vigoroso. Si el enemigo se acercara, dispuestos estamos a combatirle. Creo no obstante que desde los desiertos del Este no osará venir a atacarnos. ¡Guardemos el suelo que nos vió nacer y este imperio será eterno!»

Y el coro general atruena el aire repitiendo la última frase. Es bello, es triunfante.

Y esa última frase está en los labios de todo alemán hoy que el horizonte oscuro presagia la tormenta.

Europa en tanto por todas partes se agita.

Los franceses tienen su himno en el pecho listo a salir a la boca.

Italia—¡oh historia!—busca el cuadrilátero, y la mano de Crispi aprieta la de Bismarck.

En Rusia, donde forcejea el panslavismo, no se advierte tanta claridad. Pero si el Zar supiese de memoria, como muchos de sus súbditos, estrofas encendidas de Deroulède, el mundo vería entonces una alianza formidable.

Alemania, patria de soldados que si no tienen el ardor latino poseen la firmeza sajona, es temible como una fortaleza. Ahí está el espíritu de la guerra; ahí el aire huele a pólvora, y el soldado es autómeta y el ejército máquina. En Essen se hacen cañones Krupp y en Spandau fusiles Mannlicher perfeccionados. Y la disciplina militar impera, y las mochilas y las botas están preparadas para salir a la campaña.

Si se da una ley nueva, es sobre el Landwehr y el Landsturm. Y si se piensa en algo es en que el imperio alemán sólo puede ser herido por rayos del firmamento, en cóleras divinas.

En sus últimos días el Emperador estaba en perfecta armonía con el Pontífice Romano. En tiempos de Pío IX fué intransigente con los católicos.

Fiel a las creencias y principios religiosos de sus padres, luchó contra la iglesia de Roma.

Con León XIII hubo paz y amistad. En el jubileo del Papa centelleaba a la luz, entre dos flaveles, la regia tiara regalada por la Emperatriz Augusta al alto pastor.

Y así Guillermo, Rey protestante, al morir ha llevado el aprecio de todos los tronos, hasta el de San Pedro.

Debe de haber ya resonado en són de duelo la gran campana de la Catedral de Colonia, regalo del soberano; los cuarteles deben de agitarse a estas horas; las músicas marciales resonarán entristecidas, el pueblo bullirá silencioso.

Me imagino ver bajo el techo de la augusta morada, la muchedumbre noble, en el lugar de su jerarquía; la capilla ardiente, los negros cortinajes con lágrimas de plata, y en su lecho último el cadáver del gran Emperador, el rostro pálido y arrugado, sus barbas blancas; a un lado, cetro, corona y globo imperiales, y haciendo la guardia cerca del sagrado cuerpo, viejos veteranos de rostros duros, mas con los ojos llenos de llanto y de pena.

Cerca, Bismarck que arruga el ceño.

Y en su cerebro, el porvenir de Europa.

Cuando llegue el Príncipe, verán los berlineses que el hermoso Federico de la barba de oro es un anciano en la apariencia; que su faz da tristeza; que de sus labios brota la palabra ahogada; que no podrá como en los buenos tiempos de las luchas, apretar con sus muslos la espalda nerviosa de un corcel de guerra; que se inclina al suelo como solicitado por la sepultura; que su cabeza vacilante y débil no puede soportar el gran peso que le dejó su padre; que la deseada vida se escapa; que el cáncer devora la majestad. ¡Sombrío enigma!

¡Cuántas esperanzas desvanecidas en la misteriosa desolación de una vida tronchada en pleno vigor, llena de savia y fortaleza! Las opulencias imperiales; la coronación solemne a estruendos de música, de vítores y cañones; la nobleza, los caballeros vestidos según el ritual, en la jura del nuevo señor y amo, agitando las espadas relumbro-

sas; los Ministros de la Iglesia rogando a Dios por el augusto de frente olímpica cubierta de oro y pedrería; y en los aires Wotam el de las viejas tradiciones, llevando una armadura invisible al Rey joven y haciendo estremecerse el polvo de los niebelungos con la buena nueva de que el imperio de hierro tiene un soberano más, cuyo nombre se escribe en la lengua lista de los coronados dueños; y el pueblo amante de su señor; en la altura, la púrpura, en el escudo el águila bicéfala, y llevando el viento lírico las áureas odas resonantes que ofrendan al monarca los poetas. Todo lo cubrió la noche, todo lo apagó la sombra.

Y cuando concluyan las luctuosas ceremonias por el que fué Guillermo de Prusia—¡que Dios revocara sus fallos!—, volverán a escucharse las tristes marchas de las músicas ensordecidas en duelo y los batallones de hulanos presentarán las armas al carro negro que llevará el cadáver del Kronprinz, en los regios funerales.

RUBÉN DARÍO.

En *El Herald*, Valparaíso, 10 de Marzo de 1888.

LA SEMANA

«El año que viene siempre es azul.» Así dije en una de las semanas anteriores, y no habría creído que mi frase fuera la causa de una dulce confidencia de mujer.

El año que viene suele ser gris, lectoras, y para vosotras escribo esta demostración de ello. Sencillamente, una historia referida por una asidua amiga de *El Herald*, historia melancólica quizá, seguramente verdadera, y que bien pudiera ser la motivadora de una serie de sonetos,

escrita por cualquier nervioso que conozca el ritmo y la prosodia y sea un poco soñador. La historia es ésta.

Había una vez una niña rubia, que muy fácilmente hubiera nacido paloma o lirio, por causa de una dulce humedad que hacía los ojos adorables y una blancura pálida que hacía su frente casi luminosa y paradisíaca.

Cuando esta niña destrenzaba sus cabellos, el sol empapaba de luz las hebras, y cuando se asomaba a la ventana, que daba al jardín, las abejas confundían sus labios con una fresca centifolia.

Tanta hermosura habría provocado la factura de gruesos cuadernillos de madrigales; pero el padre, hombre sesudo, tenía la excelente idea de no dejar acercarse a su hija a los poetas.

Llegó el tiempo de la primavera en el primer año en que la hermosa niña vestía de largo. Por primera vez pensó al ver el azul del cielo, una tarde misteriosa, en que sus oídos escucharían con placer un amoroso ritornelo y en que no está de más un bozo de seda y oro sobre un labio sonrosado.

Después de la primavera con sus revelaciones ardientes llegó el verano, todo calor, despertando los gérmenes, poniendo oro en las espigas, caldeando la tierra con su incendio.

La niña había encontrado el bozo rubio sobre una boca roja; pero no en el salón, en la gran capital, sino a la orilla del mar inmenso, lleno de ondas pérfidas como las mujeres, según Shakespeare, en el puerto donde por la ley del verano llegó la niña que empezaba a despertar a la vida de los deseos amorosos, con los anhelos de una adolescencia en flor.

Tiempo. Los amantes—no os extrañéis, lectoras, ¡y

qué os habéis de extrañar!—se comprendieron en un día en que una misma vibración de luz hirió sus pupilas. Una mirada—y esto es lugar común en asuntos de amor—es una declaración.

¡Oh, se amaron mucho! El era joven, virgen el alma como ella. Fué aquéllo una sublime confianza mutua, un desgarramiento de los velos íntimos del alma, un «yo te amo» pronunciado por dos bocas en silencio, pero cuyo eco resonó en los dos pechos a la vez.

Se hablaban de lejos con flores. Lengua perfumada y místicamente deliciosa. Una azucena sobre el seno de ella era un mensaje; un botón de rosa en el ojal de la levita de él, era un juramento.

El viento del mar, propicio a los enamorados, les favorecía llevando los suspiros de uno y otro. La naturaleza y el sueño tienen ciertos mensajeros para los corazones que se aman. Un ave puede muy bien llevar un verso, y a Puck, hecho mariposa, le es permitido entregar, sin ruido ni deslumbramiento, un beso de un amado a una amada, o viceversa.

Aquellos amores de lejos fueron profundísimos. En el alma de él había un sol y en la de ella un alba.

Pero el verano partía.

El viejo invierno, con la cabellera blanca de nieve, anunciaba su llegada.

La niña debía partir a la ciudad, al salón donde aparecería por primera vez a los ojos de todos, señorita hecha, con crujidor traje de raso, de ésos en que ríe la luz.

Y partió. Pero llevando consigo—¡caso casi increíble!—toda la inefable ilusión que le había llenado el alma en su despertamiento.

El quedó en la vida de la esperanza, agitado, conmovido y soñando en el año venidero.

—¡El año que viene siempre es azul!—pensaría.

La hermosura encontró admiración en la gran capital. Su mano fué solicitada por muchos pretendientes. Pero aquel corazón de mujer fiel y rara tenía su compañero aquí, junto al gran Océano, donde sopla un viento

salado y hay ondas pérfidas, como las mujeres, según el poeta inglés.

Y pensaba—¡ella también!—en la dicha del año que viene, del año azul.

Pero Dios dispone unas tristezas tan hondas, que hacen meditar en su infinito amor de abuelo para con los hombres, a veces incomprensible.

La dulce niña se volvió tísica.

De su opulencia, en medio de riqueza y lujo, de sedas, oro y mármol, se la llevó la muerte, como quien arranca una flor de un macetero.

¡La pálida estrella! Aquel encanto se hundió en la sepultura, y la corona de azahares y el velo blanco fueron para la tierra.

La lectora de *El Herald* que me ha referido esta historia fué confidente de la muerta enamorada.

Le reveló su amor al morir y cerró los ojos para siempre, pensando en el amado, que era casi un adolescente, con su sedoso bozo y su primera pasión.

Y la narradora agregó:

—¡Oh! Ese joven es hoy un escéptico y un corazón de hielo. El año que vino fué para él negro.

—¡Sí, pero para ella siempre fué azul. Voló a ser rosa celeste, alma sagrada, donde debe de existir el ensueño como realidad, la poesía como lenguaje y como luz el amor!

El cólera se va definitivamente. Satisfecha su cruel sed de víctimas, emigra el odioso huésped. ¡Si se fuera para siempre!

En cambio, tenemos ya encima otra epidemia, no menos temible. Próxima la época de las elecciones, la política prepara sus ataques, contra los cuales no hay clorodinas, nitro-ozonas ni calomelanos que valgan. De uno y otro bando prepáranse a la cercana lucha los esforzados adalides y sus disciplinadas huestes. Ya corren de boca en

boca las listas de candidatos; ya se aprestan los parciales de unos y otros. Han empezado las primeras escaramuzas; los banquetes y los clubs están a la orden del día.

En los primeros como en los últimos se discuten las cuestiones de actualidad, al calor de los brindis entusiasmados; y en las peroratas de las tribunas populares. ¿Cuál será el resultado? ¿Quiénes vencerán? ¿Serán montescos? ¿Serán capuletos? No lo sé, ni me importa saberlo, y mucho menos puedo ni quiero vaticinarlo. Ya otra vez he dicho que si hay honduras que me infunden pavor, son esas honduras de la política.

La monotonía de los pasados días en punto a noticias, monotonía que por cierto no ha sido la de la abundancia—que así me las dieran todas—, sino de la más horripilante escasez, ha venido a interrumpirse sólo a fines de la semana. ¡Gracias sean dadas por ello a la Providencia de los revisteros!

Ayer don Aníbal Zañartu, Ministro del Interior, realizó una acción que le honra en extremo.

Ya la conocen los lectores en sus detalles. No necesito, pues, recordar éstos.

Con riesgo de la propia, el señor Ministro de lo Interior, don Aníbal Zañartu, ha salvado la vida al señor don Vicente Reyes. Referir el hecho es hacer el elogio más cumplido de tan meritoria y noble hazaña.

Según es la altura social de una persona así cobran más o menos grandeza las acciones buenas que ejecuta.

El señor Ministro Zañartu, de quien sé bien que es noble y caballeroso, ha dado una prueba de su carácter, de su generosidad, prueba que le honra tanto cuanto es la altitud en que se halla colocado en la sociedad y Gobierno chilenos.

Hombre que de tal manera pone en riesgo su vida, es hombre de alma bella y corazón valiente. Y si ese hombre es un Ministro de Chile, su acción hermosa merece dobles aplausos de sus compatriotas.

Vaya un párrafo sobre arte, y con él una mala noticia: la Patti no vendrá a Chile. Y no vendrá porque Ciachi dice que a Chile no tiene intenciones de volver con compañías líricas italianas.

Según una carta que hemos visto de él, dirigida a un conocido y notable maestro residente en Valparaíso, piensa, cuando más, traer operetas a teatros chilenos.

Dice que está escaldado, y que gato ídem, huye del agua fría.

Así, pues, los que pensábamos oír la voz de la garganta más famosa del siglo, nos hemos quedado burlados en nuestras esperanzas.

La Patti trabajará en Montevideo y Buenos Aires, donde se ha subvencionado a los empresarios con pingües sumas. Son gastadores los bonaerenses y saben darse gusto a maravilla.

Y a propósito de teatro, es de sentirse que uno como el de la Victoria esté tan desprovisto de decoraciones y material escénico. Un teatro así es como dama sin guardaroja, sin compostura y afeites de necesidad.

Y hay más. Existen decoraciones aquí mismo que bien podrían comprarse a precios bajos, comparados con los que se piden en Europa. El primer escenógrafo de Italia, el caballero Magnani, es autor de unas hermosas decoraciones de Aída, que se nos van de aquí—¡ay!—para Montevideo. ¿Por qué no quedarnos con ellas? Muy sencillamente: los montevidianos pagan y la Municipalidad de Valparaíso—que tendrá sus razones para ello—no.

No obstante, al considerar que se nos va de las manos una obra de mérito, un trabajo hecho por el escenógrafo de la Scala de Milán, da una especie de tristeza artística.

Hoy en Valparaíso se nos sirven dos platos, zarzuela a la española y magia a la italiana. Y el Conde Patrizio dará dos funciones más, y adiós Chile. Se va con sus dia-

bluras, con su vara de virtud y su lengua maravillosamente movediza.

Se va con sus fantasmas, con sus demonios, con su hermosa turca sonámbula y su linterna mágica que hace ver espléndidos paisajes, desnudos clásicos y ruedas de colores que fatigan la vista y apenan a los neuróticos, trémulas y luminosas como las que se ven en ciertas pesadillas, cuando hay congestión en la cabeza.

Nos quedamos con la compañía del Odeón, que sea dicho de paso, hace su agosto.

Hace lo posible la empresa por agradar, y a veces lo consigue. Tiene elementos que bien dirigidos, pueden formar algo bueno.

Con no dar a Terradas papeles cómicos, ni hacerle cantar cuando se halle enfermo; con escoger obras en que la señorita Linares luzca su voz y su buena gracia andaluza; con no dar obras demasiado fuertes que luego resulten deficientes; con Serrano que haga de las suyas; con Arellano que se esmere y Hernández que se esfuerce, tendremos algo plausible.

La empresa representada por el señor Oliva Martí, siguiendo el camino que Astol abrió, llenará su caja.

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 17 de Marzo de 1888.

LA SEMANA

No es la gran lucha política con sus agitaciones sordas o estallantes, ni los meetings donde se lanzan palabras como si se enarbolasen banderolas; ni los cuchicheos que corren de labio en labio, ni los discursos fogosos y resuel-

tos de los oradores populares, ni los llamados a combate de opinión por los partidos opuestos, ni las marejadas de hojas sueltas que se esparcen a puños por las calles, encendiendo entusiasmos, atizando pasiones, poniendo a la vista general llenas de mérito y brillantes de elogios las figuras de los personajes que se desea lleven voz del pueblo al recinto del Congreso; ni es el choque de los soldados chilenos con argentinos ahí por Llaima, en la cordillera, donde por bravear éstos y serlo lanzaron una descarga que dió muerte a uno de Chile, siendo causa de que estos rotos bravíos, leones en la cólera, se lanzasen a ellos y les destrozasen onces hombres a filo de sable; ni festival pomposo, ni la despedida de los veraneantes a los primeros soplos invernales en esta semana, ocupan mi atención, ni mueven mi pluma; son dos fiestas fúnebres y solemnes, dos grandes manifestaciones de esas en que el sentimiento se exalta y el pensar sube a cosas augustas y vemos que el ser y el todo humano se vuelven a nuestros ojos resplandecientes con talla y apariencia de semidiós.

Bien se sabe que estos bomberos de Chile son únicos; que son de historia hermosa y de ardor en los pechos y caballeros de guante crema en los parques y jardines y audaces con la escalera al hombro o pitón en mano.

Por eso fué conmovedora hasta grado sumo, hasta las lágrimas, la fiesta que en Santiago se hizo en los últimos días, en salas bien ornadas de la Tercera Compañía, donde se colocaron en hora triunfante y bella los simulacros de dos héroes de las bombas chilenas, Johnson y Ramírez.

Causa de emoción fué aquello, y algo propio de laureles verdes y odas pindáricas, y aplausos y frases lapidarias en labios de poetas y oradores.

Fueron a la fiesta comisiones de todas las Compañías, orgullosas con sus uniformes de colores y sus cascos que quiebran la luz en el charol o el bronce, fueron como a cumplir un deber alto, a una ceremonia triunfal y rara, a ver cómo a dos compañeros muertos en la lucha de la llama, del ascua, del humo que ahoga y el muro que aplasta, se les ponía en lugar de inmortalidad; pues no es tanta

y tan grande la vida que el arte ha dado a sus figuras como la que tienen en la memoria de todos los que admiran y veneran sus sublimes y espléndidos sacrificios.

Estaba la viuda de Johnson en la fiesta, con su semblante triste y sereno de viuda de héroe; muchas damas santiaguinas la acompañaban, y era de ver lo envidiable de la figura enlutada de la hermosa señora, melancólica en su gloriosa desolación, atrayéndose todos los ojos, siendo objeto de los halagüenos y callados cuchicheos que son una especie de incienso en ocasiones semejantes.

Cato estaba también. A Cato todos lo conocen, desde que debiendo quizá seguir en el viaje trágico a sus dos compañeros, Dios quiso salvarle. Cato libró de la muerte y entró al grandioso cariño de todos los que conocen el hecho de cómo estando cerca de la muerte, la muerte lo respetó.

Cato estaba conmovido. Se le veía en los ojos la humedad de las fuertes impresiones, y ese bombero casi lloró cuando con el sonoro estallido del cobre armónico, oyó que las cornetas tocaban diana al pronunciarse, al pasar lista, el nombre suyo saludado en explosiones de intensos clamores.

Bien se sabe que en tales ceremonias, al revistarse a todos, los muertos viven. Es una luminosa y ardiente resurrección del recuerdo, un llamamiento, un golpe que se da en las puertas de lo infinito, diciendo a los hermanos que se rememoran: «No habéis desaparecido para nosotros».

Así se llamó a Vicuña Mackenna, y Vicuña debe de haberlo oído en su tumba. Y así se hizo con otros memorables difuntos, y sus nombres fueron pronunciados como palabras sacras y victoriosas.

Se descubrieron los retratos de los dos bomberos, y todo el mundo sintió entonces ahí la tempestad en los nervios y el grito en la boca y el aplauso en la palma de las manos.

En la hermosa fiesta eran en sus cuerpos las figuras principales, entre otras, Llona, Rojas, Izquierdo. Cum-

plían al ocupar sus puestos, cual si estuviesen llenos del deber de un sacerdocio.

Cuando a Cato se le puso la medalla en el pecho, habría sido difícil no sentir conmovida el alma por un eco unísono formidable.

Había en las palabras himnos y en los ojos ardentía, y se deseaban palmas para agitarlas como en los viejos tiempos, y todos se sentían cubiertos y vanidosos por la gloria ajena que era la propia. Cato recibía sus premios y estaba entonces trémulo cual si sufriera un peso enorme con tanto soberbio gozo.

La banda del Buin tocaba en los intermedios de tan hermosa fiesta. Había un ambiente feliz, magnífico, soberano. Brillaba una luz de apoteosis en el sol de entonces.

Un poeta envió unos versos en loor de los mártires, y fueron recitados con brillo.

¡Oh! y había razón en todo.

Eran dos mozos los muertos, dos mozos robustos y con porvenir lleno de aurora.

El uno padre, el otro enamorado. El uno con hijos, amor intenso, pedazos de alma, dicha todos; el otro viendo la ilusión junto a él, caballero joven que tenía en su cabeza un casco de oro, ese yelmo de la ilusión que baña de luz la esperanza y pone el cerebro soñador y el alma dulce.

Pero en aquel hombre había hierro. El carácter, la potencia de voluntad, el arrojo, son cualidades que resplandecen y arrastran.

Ambos lo dejaron todo, ambos se lanzaron en ese torbellino áureo y chispeante del incendio, de donde el bombero saca o la muerte o la gloria. Para ellos era un clarín de honor ese grito de la bomba humeante y convulsa; un clamor de animación, un eco de empuje el sonar los clarines de los compañeros.

La pared que cae, el edificio bamboleante, la hoguera amenazadora no amedrentan al esforzado. Y todos los bomberos chilenos llevan esa divisa. Cada cual podría ser un héroe en situaciones semejantes.

Los griegos eran artistas en todo, y los romanos tam-

bién en mucho. Es lo cierto que eran más poetas que nosotros. Encuentro triunfante que un Rey pretenda aprisionar al Océano y darle azotes. Mas creo mejor lo nuestro, domar la hoguera, reinar en el fuego, apagar explosiones, aherrojar la chispa; que el hombre con un casco de cuero domine la llama, más que un Rey, con una corona de oro, impere en la tromba.

Es bello el bombero en su tarea. Tiene elementos en contra y en favor, pero en todos grandeza y poesía. El fuego le da ante todo sus jardines llameantes, sus ardores luminosos, sus destrucciones que infunden asombro; el viento sopla para ellos enemigo, esparciendo con sus grandes alas invisibles los remolinos candentes, y el agua que ya se evapora, ya chirría en la brasa, ya cae en lluvia rápida, forma arrojada por las mangueras e iluminado el chorro por el fuego, plumeros irisados, rosas cristalinas, penachos de diamantes, en el aire fugaz y caprichoso que vuela sobre todo.

Así luchan esos trabajadores que son poetas sin quererlo.

Así se hacen heroicos y ganan las odas, las estatuas de mármol, las efigies hechas por buenos pintores y los inextinguibles ditirambos.

Así el bombero de Brooklin, histórico y poético, con el niño abrazado, tiene monumento en los Estados Unidos, como Tenderini y sus compañeros en Valparaíso.

A Cato, que vivió, se le dió medalla de oro, y grande y pulida y de aquellas que recuerdan nobles hechos. Para él debe valer tanto como un busto en vida.

Y para Cato deben llevarse la mano al casco los bomberos chilenos, porque es uno de aquellos que en los ejércitos son saludados por las vibraciones de los mejores clarines y por los redobles y dianas de los más sonantes tambores.

Así se ha recordado a los héroes.

De distinto género, pero siempre sentida, siempre grande, ha sido la fiesta fúnebre que los alemanes de Valparaíso han hecho en esta semana para conmemorar la muerte del gran Emperador Guillermo de Alemania.

No fué el local como en la fiesta de Santiago, cuartel de bomberos, sino un club gimnástico germánico; no se trataba de héroes del deber sino de un soberano cuyo nombre refulge como la luz y pesa como el hierro.

En el Deutscher Turnverein, en el lugar donde la juventud alemana porteña educa el músculo y la voz y el alma, y se afianza en la comunidad y en el amor a su gloriosa patria; ahí, en ese gimnasio donde se recuerdan los buenos tiempos griegos, los tiempos de Alcibíades y de Pericles, y se da cultivo al cuerpo y se aumenta la vida y se aplaude al que tira una bola férrea a modo de discóbolo o salta en vuelo elástico, o se cuelga de una barra y hace en el aire fantaseos de vigor; ahí donde se hacen los hombres robustos, donde los adolescentes se inician en el arte de la fuerza y donde esos vagos teutónicos dan el ejemplo del amor a la potencia física, desdeñada por nuestra raza latina, tan soñadora cuanto canija y poco desenvuelta, en ese local en que todos los años la colonia alemana acostumbraba celebrar el natalicio del Emperador Guillermo, con música escogida y canto clásico, y alegría aristocrática y versos de uno de los mejores escritores del *Deutsche Nachrichten*, se han reunido con motivo de la muerte del famoso monarca, recién lamentado, nacionales y extranjeros, sobre todo alemanes, en concurrencia fúnebre y brillante, para dedicar un recuerdo al regio difunto y tejer a su memoria como una corona inmortal.

Verían los hijos del bello país de la Alemania cómo nuestras mejores representaciones llegaron en nombre del Gobierno chileno y del país mismo a formar parte de la escogida concurrencia. Ahí estaban el Contra-Almirante Uribe y el Ministro de Relaciones Exteriores y dos Edecanes del Presidente de la República, con galones que chispeaban a la luz; ahí una gran muchedumbre de lo que hay

de noble y distinguido en esta gran ciudad de comercio y de mar, ricos propietarios, cónsules y comerciantes.

Y también las damas. Había muchas, más alemanas que chilenas, y abundaban las niñas rubias, de azules ojos y bocas rosadas, prestas desde el principio para cantar coros místicos en la ceremonia religiosa. Vestían las niñas de blanco, adornados los trajes con crespones, y abejeaba por aquellos rostros infantiles como una placidez y dulzura angelicales.

Allá en el fondo del vasto salón, había como un arco de palmas, y bajo de él se erguía líricamente el busto del Kaiser.

Encima del busto y a los lados, los colores del pabellón germánico se veían enlutados, y la imperial cruz de hierro se figuraba en el cielo con matices bien dispuestos por manos artísticamente patrióticas.

Reinaba el tono obscuro. De negro riguroso vestían los concurrentes; el arrayán formaba arcadas góticas y fragmentos de temples medioevales, y abajo, rodeando el imperial busto, las niñas estaban en línea, con sus trajes albos como una sarta de lirios.

Luego estallaron los himnos armónicos, las oraciones cantadas a modo de antífonas, y el sermón severo y conmovedor del pastor protestante Fiedler que recordaba al soberano muerto. Y al hablar con su voz serena y vibrante, entre coros de frescas niñas, se me antojaba un sacerdote antiguo, rodeado de canéforas.

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 24 de Marzo de 1888.

LA SEMANA

¡Sport! ¡Sport! Un día húmedo, friolento, nebuloso, hubo ayer, día de carreras en el Hipódromo de Viña del Mar. Era un bello tiempo otoñal, propicio a los *sportsmen* que hubiesen deseado ir a la vecina ciudad.

Aquí todo estaba como en día de fiesta. Los bancos, cerrados; los miembros del comercio, la mayor parte allá. Y con todo, la fiesta hípica no estuvo como era de esperarse. La concurrencia fué harto escasa. ¡Vaya si sería pobre cuando no había todo el plácido concurso de hermosuras que en otras ocasiones ha enflorado aquel lugar! Y la mujer en casos tales es de necesidad; sí, de necesidad, para todos los que no van tan solamente a apostar unos cuantos duros confiados en los cascós de un caballo.

Y después, la mujer está ante todo.

Recuerdo a este propósito un cuadro de género, muy conocido. En primer término, una victoria, flamante y charolada sobre la cual se yerguen todas garridas, todas parisienses, dos elegantes damas. Más allá la muchedumbre; por último, esfumados en tonos opacos, en el fondo, resaltan apenas las gorras de los jockeys y las cabezas de los potros, en un handicap vertiginoso.

Viña del Mar, ayer, a pesar de todo, tuvo animación.

Es un hecho que los amigos del sport son muchos entre nosotros. Hubo verdaderos partidos, apuestas considerables y triunfos alegres.

A propósito de carreras, del sport en general, es de aplaudirse y digno de llamar la atención el entusiasmo que se ha despertado por él.

Las carreras a caballo y a pie, los clubs gimnásticos, todo esto que da a entender que no se deja a la buena de Dios el cultivo del cuerpo y que no tienen ocupados los cerebros generalmente tan sólo números, dudas o sueños, que es peor, va adquiriendo auge.

El montar bien a caballo es algo bello. Es cierto que

se necesita gallarda apostura. No obstante, es un hecho que no está en el buen cuerpo y buena cara ser buen jinete.

Entre todos los animales, el que tiene mejores disposiciones para montar a caballo, después del hombre, es el mono.

El jockey escogido tiene algo de especial, en cuanto a la vista. Me refiero no sólo al jockey del Hipódromo sino también a esos maravillosos jinetes que hacen cosas casi inverosímiles en los circos.

Recuerdo haber gozado bellamente con los ejercicios atléticos del circo de Barnum, ese rey de los espectáculos que tiene trono en Londres y en Nueva York y que ha paseado su procesión de maravillas por las más grandes ciudades europeas y americanas.

Barnum, que como sabemos anda a caza de todos los prodigios, tiene en mucho los de la fuerza.

El ha exhibido al hombre que jugaba con balas de cañón como con naranjas; que rompía un guijarro como quien descascara una nuez, y a los que hacían de púgiles en fiestas que recordaban las romanas.

Luego ha formado bajo sus carpas gigantescas, facsímiles de las antiguas cabalgatas regias, de las históricas procesiones de que hablan los viejos libros de escritores como Jenofonte, el de Efeso.

Barnum ha hecho dar vueltas en su circo neoyorquino a algo así como aquello que recuerda Ateneo, en Alejandría, donde dice que iban por la calle perros de la India e hircanos, hombres que llevaban árboles, fieras y aves; papagayos y faisanes en jaulas, bueyes indios, osos blancos, rinocerontes, leopardos y panteras. ¡Cosa común en Barnum Circus!

Procesiones gigantescas y llenas de todos los lujos orientales y legendarios; elefantes, leones, todas las fieras, todos los hombres de lo antiguo, y de entre éstos los más fuertes, renovados, eso da Barnum.

Da a ver el famoso empresario algo que bien puede ser un recuerdo de los viejos atletas, de los luchadores de

la epopeya. Bien podía inspirarse ahí Alma Tadema, tomar del natural esas escenas en que huelga su pincel arcaico y correctísimo, cuando tras pintar la enseñanza del hijo de Clodoveo se ha dado a buscar temas, para gloria de la Real Academia de Londres, en las edades griegas, cuyas gentes, costumbres e ideas comprende a maravilla hasta hacerlas brotar de la tela que colora su admirable paleta, mina de iris.

Lo que se nota en todas partes, respecto a lo que se ha dicho sobre fuerza, es la preponderancia de otras naciones sobre las latinas. Por ejemplo, Alemania, Inglaterra sobre todo.

¡Qué cambio! La raza latina de antes, tan vigorosa, tan atlética, tan llena de pujanza, y la de hoy tan canija, tan debilitada, tan sin músculos, toda entregada a utopías, toda dolorosa, toda decadente.

Porque—¡Dios santo!—vamos quedando con nuestro modo de ser amenazados por la raza férrea anglo-sajona, al menos en América, raza que ha hecho de sus puños martillos, que habla una lengua férrea también, ruda, erizada, rápida y casi eléctrica.

Es en esas naciones sajonas donde se ha dado vida al moderno gimnasio.

El gimnasio es hermoso. Está primero en él el billar aristocrático, donde no tan sólo se hace rodar la bola de marfil con golpe hábil, sino que se da a los brazos fuerza con el ejercicio, robustez y soltura; está el trapecio: ahí todo el cuerpo tiene obra; están las paralelas, y sirven de gran cosa, pues que colgados de las manos los ejercitantes, en empujes de gimnasta, en esfuerzos de atleta, se alivianan el pecho, dan movimiento vivo a las coyunturas. Las argollas: allí los brazos lo hacen todo, las manos están firmes en el hierro y el resto del cuerpo gira y se mueve.

La humanidad nueva que desea el poeta yanqui Walt

Whitman será dueña de la fuerza, robusta y fragante por el gimnasio.

¡Será una verdadera generación!

En Grecia tenían sus coronas, sus triunfos, los reyes del músculo, los fuertes hombres de la lucha, los vencedores en espléndidos desafíos.

Luchaban, luchaban, y tras los esfuerzos tenían los ditirambos, los coros poéticos, los amores fáciles, las alabanzas por todos lugares. Eran los discóbolos, los que se armaban el brazo con el cesto, o los que manejaban una cuadriga fogosa y humeante, llenos de fama como un filósofo, o como un escultor, o como un poeta. Con las mujeres se llevaban la palma esos nervudos.

Y luego, en el descanso, tenían besos, caricias, y apuraban para refresco del paladar y satisfacción de la garganta y gusto del pecho y gloria de la cabeza, vino parecido a aquél que en una gruta bronca y bella, áspera y poética, donde vivía Quirón y Dolo, centauros, obsequiaron a Alcides, envuelto en su piel rudamente aterciopelada de crines de león.

Ah, cómo era aquel Egón, por quien en su idilio cuarto pone entre tanta miel y lisonja, Teócrito, pedazos de mármol esculpido.

Egón que un día devoró ochenta tortas, era el azote de los atletas, y llevó en obsequio de Amarilis, blanca y cándida niña, un tro asido por la pezuña.

Y luego que el formidable hombre le traía de la selva arrastrando, el casco en el puño, todas las mujeres reían al mirarle.

El cultivo del cuerpo, gran cosa.

Oh, tiempos viejos, y qué distantes andamos de aquéllos en que en Grecia, tierra poética, hablaban los dioses

a los hombres porque eran dignos de ellos; tiempos en que el ser humano subía, y lo ideal se realizaba, y el himno era justo y a veces escaso, y el poeta tenía para sí la inspiración y el púgil la carne!

Entonces había corazas que para ellas el pecho del más grande de los hombres de este siglo sería el de un niño; vasos como el de Néstor que no lo alzarían tres hombres de ahora; escudos como el de aquel héroe iliadíaco, hechos con siete pieles de buey; luchadores homéricos que herían a las diosas vertiéndoles la «blanquecina sangre», según el exámetro sonoro; cuadrigas como relámpagos, conducidas por aurigas como semi-dioses.

¡Sí, aquellos tiempos pasados fueron mejores! Al menos no se padecían las neurosis de estas épocas, las enfermedades del espíritu como la duda y las del cuerpo como la tisis y el histerismo, tal como las conoce y estudia la medicina contemporánea.

Tuvo Grecia—y luego Roma, la reina del mundo—aquellos gimnasios únicos, históricos, ejemplares, material hoy de las ciencias, tema siempre de la poesía.

Eran grandes sus locales, tan grandes como para contener lo que hoy no cabría en el más espacioso teatro del mundo.

Gimnasios eran en que espíritu y carne tenían cabida.

Bien podía existir el disco junto al diálogo, el forzudo luchador junto al sabio.

El retórico explicaba. daba su luz, esparcía su palabra, su enseñanza; el viejo amante de la sabiduría sembraba el grano espiritual, prodigaba lo que concebía; reunidos todos los sedientos de su palabra, la daba toda, y del recinto salían gozosos los que se abrevaban de aquellos labios, fuente deleitable de saber profundo.

Y estos mismos eran de los que, bellos mancebos al modo de Alcibíades, tras la enseñanza del alma buscaban la salud y fortaleza corporales.

Tenían ahí mismo los discos, los encuentros gímnicos

y bregas gallardas; algo como el pelotaris eúskaro de nuestros días, y luego el descanso.

Casi siempre el agua después, las abluciones, ciertas sumergidas en pilas de todos temples.

Refresco y limpieza después de las agitaciones.

Así se concurría a la palestra primero, después al baño.

¡La palestra! Nuestra gimnasia moderna no tiene nada que se acerque a los cinco ejercicios griegos, que inspiraron a muchos poetas y fortalecieron a muchos héroes.

Era el primero el salto, algo así como nuestros modernos saltos de trampolín; luego, la carrera, la carrera a pie, sueltamente, sin traba alguna, a no ser que fuese la ley de las piernas ágiles, ley épica, por la cual el gran Homero llamó por elogio y gala al garbosó y valiente Aquiles, «el de voladores pies», porque Aquiles al andar volaba.

El disco venía luego, en el cual ejercicio eran tan gallardas las posturas que los escultores las inmortalizaron gloriosamente.

Así Mirón, merecedor de los epigramas de Anacreonte, dejó su discóbolo famoso para deleite de los amantes del arte primitivo y de la belleza franca y naciente, ya con forma en el mármol, en el marfil y oro antiguos, o en los más hermosos granitos y crisofasias.

Los flecheros venían después, admiradores de Diana, la virgen diosa cazadora, y de Febo, cuyos dardos vuelan al comenzar la Iliada, por causa de Cresias, el sacerdote.

Por último el choque de los pechos, el forcejear brazo con brazo, las rápidas zancadillas, los apretones en que crujían las junturas de los huesos, la lucha, en fin, enseñanza del soldado, gala del joven bizarro, que al lanzarse a ella en la palestra se ungía con aceite, era saludado por los untadores y salía luego al encuentro del contrario estirándose la piel y poniendo en juego las muñecas.

Sobre todo, recordemos a Esparta. ¡Esparta! Ahí Licurgo y todo lo bueno de su tiempo; ahí el valor legendario, refranESCO, y ahí... ¿qué más, Arsenio Houssaye, que eres tan *espartano* como Paz, el argentino, como Gau-

tier, como Lord Lytton Bulwer, como otros así? En Esparta, en fin, estuvo Elena, que era a quien yo quería llegar ya que me he engolfado en estas garrideces del cuerpo, de ejercicios de la carne en actividad, de todo lo que puede contribuir a la belleza en la mujer sin afeite y al valer y vigor en el hombre, todo en sí mismo.

Allá la mujer aprendía a ser madre no tan solo en alma sino en cuerpo. Se ejercitaba en los gimnasios como los varones, y era aplaudida. Lograba mayor hermosura, disputaba el premio, y ensanchaba el pulmón y la cadera. Hombres y mujeres iban a las palestras desnudos. Ahí toda mirada sensual era apagada y todo apetito aherrojado en tanto reinaba la fuerza natural, y esto no lo digo yo—¡que soy pagano!—, lo dice el Arzobispo inglés Potter, con serenidad y donosura. Quizá parecerá raro que las mujeres se mostrasen así en público; mas se tenía toda la modestia del caso, y no había licencia. Era aquel modo de conducirse a propósito para no despertar pasiones ni deseos, y ellas iban deseando las propias recompensas para los mancebos.

Puede recordarse a Paris, que por boca de Ovidio habla a Elena en una epístola. Mas es preciso trasladarse a aquella edad, ir a aquellos tiempos en que el hermoso «humano» estaba divinizado casi, y en que los poetas juntaban en los himnos a los atletas y a los dioses.

Hay dioses atletas. ¿Y Hércules?

Hay dioses flecheros. ¿Y Apolo y Vesta?

Cástor y Pólux, luchadores, eran semidioses.

Y eso hasta en el modo de andar—*incensu patuit dea*.

Los gimnastas eran entre los griegos tan apreciados como altas personas y gente de valía.

Timonax, maestro en gimnasia, mereció que Anacreonte escribiese, para una herma o monumento que colocó en la puerta de su establecimiento, un epigrama.

Ahí lo leían los que pasaban, y por el verso del poeta sabían la gloria del gimnasta y rogaban a los dioses por él.

Bien hubiera a la sazón Olimpia, lugar de los juegos principales!

Los juegos olímpicos y los píticos produjeron los cantos más famosos.

Píndaro, que compuso bellos peanes, lindas estrofas, soberbias odas para coros de doncellas, para danzas líricas y hermosas, dió también sus elogios en versos áureos a los púgiles vencedores, a los cocheros triunfantes, y así celebró sus hazañas a pleno entusiasmo.

Cantó a Asópico, niño de Orcomeno, y digo niño, pues cuando mereció por vencedor en el estadio los cantos de Píndaro era un sonrosado efebo el hijo de Cleodamo.

Celebró a Jenofonte, hijo de Tésalo de Corinto, quien en el pentatlo dió honra a su abuelo Pteodoro, y tuvo agilidad en la carrera, y mereció aplausos y vítores. Y a este Jenofonte llama Píndaro—¡épico adjetivo!—«alígero» porque en el estadio logró victoria por su velocidad.

Fué ceñida su frente con apio en Nemea, donde se amaban las buenas cosechas y se temía al rugiente león.

Bien lo merecía Jenofonte, hijo de quien había sido aclamado en los ejercicios Elocios dedicados a la gran Minerva, y coronado en Atenas tres veces.

Cantó el lírico, además, a un buen ciudadano de Himera—por ser en tal ciudad vencedor—, cuyas piernas eran tan ágiles que vencían a muchos otros en la carrera larga, y cuya cabeza revolucionaria le hizo huir de Creta al país sículo.

Este fué Ergóteles, y fué famoso, y tuvo hasta estatua, en Himera, en el bosque de Júpiter.

¿A quién más? Ensalzó al hijo de Arquestrao que de joven tenía puños robustos y contundentes, y gozó victoria ciñéndose lauros tempranos. También dió su alabanza poética a Efarmosto—cantado por Arquíloco—, gran hombre de lucha, fuerte y casi sin rival, y a Arcimendonte y Timóstenes, con su hermano Melesia, untador; y a todos lauro y a todos verso rítmico, sonante y lisonjero.

Pero más que a éstos, más que al púgil Diágoras de Rodas, a quien escribió estrofas que se grabaron áureas en el templo minervino, en lisonja de quien fué nieto de reyes; más que al siracusano Agesias que tuvo sagrado sa-

cerdocio en honor de Júpiter, más que a Saumias, dos veces triunfador, con corceles y mulas, ceñido con la oliva de Pisana, más que a Terón, radiante de victoria en la fiesta teosenia, más que a otro alguno, celebró a un rey *sportsman*, como se diría ahora, a un rey que gustaba de guiar corceles y correr en carros; que tenía por agradable que el viento le extendiese la cabellera y el manto; que le salpicase el polvo olímpico alzado por el casco del bruto o por la rueda de la carroza; y que los poetas a quienes amaba y protegía de veras, le diesen sus odas y sus gracias magníficamente. Ese monarca era Gerón de Siracusa. Rey a quien Teócrito dedicó uno de sus mejores cánticos; rey a quien loó Píndaro por tantas razones, vive ahora, vivirá siempre. Vive, como todos los protectores del arte del talento, en las espigas de luz que les produjo el grano de oro que sembraron.

Así era en Grecia el cultivo del alma y el del cuerpo.

¡Y hoy!

La gimnasia moderna es especuladora; el sport no tiene, viéndolo bien, sino el mérito y atractivo de las apuestas. El jinete es una máquina.

En los circos el caballero azota a su cabalgadura y rompe aros de papel haciendo visajes o saludos extravagantes.

Todo está profanado. ¡Oh, los caballos blancos en grupo, los carros tirados por bestias casi divinas, las buenas cosas viejas, las hermosuras clásicas!

Edmundo de Goncourt creó sus *Frères Zemganno* tras un estudio maravilloso y rarísimo. Es el estudio del gimnasio y el estudio del circo, al par que el estudio más psicológicamente triste que se puede imaginar.

Dos gimnastas, dos hermanos que hacen pruebas juntos, que se aman mucho y que saben su arte; que aprecian cada torsión, cada descoyuntamiento, cada curvatura, cada salto, como deben, mueren en su oficio. La obra es magnífica.

Amad de lejos, tened, si no amor, estimación, oh, todos los que me leáis, por esos pobres errantes que hacen

piruetas y se lanzan de un trapecio a otro y se visten de rojo y morado y verde y amarillo, con lentejuelas.

Por lo que a mí toca, siempre he gustado de todas veras de estos gimnastas vagabundos que he visto en tantas partes ganándose la vida, exponiéndola al azar de un aplastamiento o de un choque o de una caída de grandes alturas. He encontrado en ellos algo artístico y fabuloso, algo que llama el aplauso y pone viveza en la imaginación.

Luego admiro el vencer las dificultades de la fuerza, es decir, el poder hacer valer por cuatro el músculo que vale por dos; el poder hinchar con sangre y nervio y casi piedra el biceps raquíptico o flaco; el crear la gallardía de la forma donde pudiera reinar la anquilosis o la deformidad; y el ser gamos en la carrera, renos en el salto, monos en la elasticidad y leones con las manos que se tornan nervudas garras. Es para mí altamente poético el bíblico Sansón que puede desgarrar mandíbulas de leones, donde después van las abejas a hacer sus dulces mieles.

En el actual sistema de educación que se sigue entre nosotros es de aplaudirse que se procure el ensanche de la fuerza física al par que el de las facultades intelectuales. Un gimnasio es tan útil a un niño que puede darle hasta la vida. Para la educación de hombres y mujeres es incalculable el bien que produce. Después del libro el aro de goma, o el trapecio, o el salto. Así morirá la anemia en las niñas, que empiezan a recoger las rosas de la pubertad, y no saldrán hombres raquípticos ni neuróticos de entre aquellos adolescentes que se robustezcan en los ejercicios.

La mujer lo necesita. Bien han pensado las damas rusas que han establecido carreras en trineos en aquella nieve de su país, manejando ellas los caballos encollados, vestidas de colores vistosos, avasalladoras en su audacia.

Hagan las nuestras algo parecido. Déense al trabajo gimnástico las delicadas.

¡Lirios pálidos! Sois así muy bellos; mas ¿no es cierto que preferiríais ser como rosas, llenas de sangre, fragantes en su púrpura opulenta? Sí, y para eso ser menos la-

tinias, menos soñadoras, o tener el sueño en español y vivir la vida en inglés o en alemán. *Lawn tennis, turnverein, turf, sport!* ¿No es así?

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 7 de Abril de 1888.

CATULO MENDEZ (1)

PARNASIANOS Y DECADENTES

(Especial para *La Libertad Electoral*)

En las comidas de Víctor Hugo, aquellas en que el maestro se rodeaba de poetas como un pontífice de sacerdotes, o como un Sócrates de discípulos en clásicos ágapes, había siempre al lado de Lockroy, cerca de Coppée, buscando siempre oír bien la palabra del «dios», un poeta rubio, joven, gallardo, que a los postres solía hacer lindas fábulas en verso, en las que casi siempre llamaba al gran Hugo, águila o encina. Aquel poeta se llamaba Catulo Mendez.

El apellido, como se ve, es portugués, y en verdad corren algunas gotas de sangre lusitana en las venas de ese rimador exquisito.

Es Mendez hombre vivaz, al par que soñador. Como contador es espléndido. ¿Quién no conoce algunos de sus cuentos?

El cuento francés, de antiguo abolengo, es hoy de

(1) Sic en el diario en que fué publicado el artículo.—R. S. C.

alta jerarquía en las letras francesas. Y Mendez tiene ahí un tesoro.

No se parece a los últimos narradores de los tiempos nuevos, no tiene nada de Musset, de Balzac, de Daudet mismo, aunque con éste se le noten algunas analogías de arte.

Es hoy un creador distinto. Tiene un sello suyo que delata la procedencia de cualquiera de sus obras; y es el sello brillador, magnífico de su estilo, de su escribir como con buril, como en oro, como en seda, como en luz. Es un parnasiano y un decadente: así le llaman. Los parnasianos vienen de lejos; vense ya en «el paje de Víctor Hugo» y suegro de Catulo, Teófilo Gautier.

A propósito, he ahí un hombre dichoso, este Méndez, casado con una mujer inteligentísima, bella, que cuadra a su marido como la piedra preciosa al anillo, hija nada menos que del autor de *Spirita*.

«Madama Mendez vale más que su consorte», me decía una noche el espiritual Carlos Wiener, que los conoce bien.

Pero Madama Mendez no publica nada y poquísimos saben de lo que esa dama es capaz con el cerebro. Quizá su marido la estimule más tarde. ¿No está floreciendo el *Figaro* unos ramilletes en prosa de madama Alfonso Daudet?

Bella es la hija de Gautier, y cuando soltera era la delicia del hogar de Hugo, a quien se la recomendó su padre al morir.

Algunos de mis lectores deben saber de una anécdota de Antonio Zambrana, el orador cubano, en casa del primer lírico de mundo.

Cuando aquel estimado amigo mío acababa de llegar a París, recién pasados sus trabajos en pro de la libertad de Cuba, tuvo la dicha de que Víctor Hugo le concediese una audiencia.

En el salón estaba, conmovido en aquella morada que tenía algo como una consagración, cuando el anciano llegó

a él llevando de la mano a una niña muy blanca, muy bella, muy gentil.

Zambrana apuró el *sumus* (1) de su más correcto francés y procuró ofrecer una galantería.

—Sí—dijo el gran viejo—: mi ahijada es una estatua de mármol habitada por una estrella.

Esa es la mujer de Catulo Mendez. Y según creo, no tuvo poca participación en las bodas el maestro, rimando dos hermosos alejandrinos.

Viéndolo bien, difícil sería establecer diferencia entre parnasianos y decadentes. Ambos aman el símbolo, ambos prodigan la metáfora, ambos emplean vaguedades o plasticidades desusadas y mal vistas por varios grupos literarios; pero que son más combatidos por los de la escuela chata y burguesa del señor Ohnet y compañeros, con muchísima justicia de su parte, la justicia de «los malos estómagos», como le decía Hugo a Mery a propósito de cierta crítica.

Mendez, como ya he dicho antes, es de los decadentes. Todo el que haya leído sus versos, en *Hesperus*, por ejemplo, le aplaudirá; pero quien haya visto algún cuento suyo, de esos que tan donosamente esmalta y enflora, habrá reconocido al admirable fraseador; un temperamento artístico exquisito, un poeta, en fin, delicadísimo y bizarro. Al escribir su prosa, casi rima. ¿Cuál es el procedimiento?

Creen y aseguran algunos que es extralimitar la poesía y la prosa, llevar el arte de la palabra al terreno de otras artes, de la pintura verbigracia, de la escultura, de la música. No. Es dar toda la soberanía que merece al pensamiento escrito, es hacer del dón humano por excelencia un medio refinado de expresión, es utilizar todas las sonori-

(1) Sic.—R. S. C.

dades de la lengua en exponer todas las claridades del espíritu que concibe.

Los hermanos Goncourt fueron de los primeros en caminar por esa hermosa vía. Julio Janin, a la sazón folletinista de *Los Debates*, les atacó sus primigenias tentativas. Hay que recordar aquellas advertencias cuando la publicación del originalísimo *En 18...* Entonces Janin llamaba «estilo en delirio», al estilo de Julio y Edmundo, y consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el alma de las cosas.

A los de ahora, y sobre todo a Mendez, se les ataca por ese lado.

Mala fe o ceguera.

Hay, dicen, un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la envoltura opulenta. Así se les llama decadentes, porque han dejado, según los contrarios, de rendir culto al pensamiento por la forma, por la cáscara.

Ah, y esos desbordamientos de oro, esas frases kaleidoscópicas, esas combinaciones de palabras armónicas, en períodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, todo eso es sencillamente admirable.

¡Sí—gritan—, pero eso es ir para atrás, ir en decadencia ¿y el ideal?

Señores, desde en tiempos de Homero, genio casi fabuloso, el ideal artístico no es llamar al pan pan y al vino vino.

Se asombran de la descripción, del detalle irisado, de la «salsa lírica» que dijo Zola!

¡La descripción! Para Homero era cosa de siempre; no en Minerva la diosa de ojo azul, ni en el de ligeros pies; en apios y otras verduras holgaba derramar la épica monotonía de sus hermosas pinturas. Hay que ser justos.

Un exceso de arte no puede sino ser un exceso de belleza. Se sabe lo que es el arte. Luego hay ojos tan miopes, hay juicios tan extraños, que pueden confundir en un rasgo, o en un amontonamiento de adornos, a un Benvenuto con Churriguera.

Con fuerza y gracia, ahí está el encanto, señores.
Y es dón muy raro.

Juntar la grandeza o los esplendores de una idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras; lograr no escribir como los papagayos hablan, sino hablar como las águilas callan; tener luz y color en un engarce, aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el misterio. Y para eso, nada de burgueses literarios, ni de frases de cartón.

Se hacen irrupciones a todas las ciencias, a todas las artes, en busca de lo bello, del encaje, del polvo áureo.

La Academia ve la escuela, la agrupación, con malos ojos. No es temible, pero es enemiga a la callada. Aprueba que se esté a la husma del vocablo en el léxico, mas impone su prosodia, su gramática toda, sus leyes de abuela, las preciosidades absolutas de sus pergaminos.

¡Oh, y qué!

Las palabritas escogidas no son el estilo, porque hasta está ya gastado lo de que el estilo es el hombre. Apréndase Ud. un diccionario de memoria, y será Ud. un tonto. Es aforismo.

Los que deseen argüir deben saber lo siguiente: No hay que afanarse por aparecer brillante sin tener brillo. A quien Dios se las da el buen San Pedro se las bendice. Y luego se puede ser un escritor muy plausible por otras vías conocidas.

No puede escribirse así, sin conocimiento de todo; un conocimiento suficiente, no es preciso llegar al fondo. Tampoco sería posible.

El jovencito principiante, el bachiller talentoso tendrá el buen juicio de evitarse molestias pretendiendo cosechas en terreno vedado. La ignorancia o la pretensión rompen, en estos casos, el casco de oro y muestran el pelo de la dehesa; en tales ocasiones, crin espantable.

Un orífice pintor, un músico que esculpe, un paisajista fotógrafo y hasta químico y siempre poético y—aquí está la palabra—un poeta con el dón de una universalidad pasmosa, he ahí a Catulo Mendez.

Aborrece a los gramáticos, a los filólogos de pacotilla, a los descuartizadores de las partes de la oración, por sus disciplinas, por sus anteojos, porque aturden con sus reglas y se sientan sobre sus diccionarios; y no obstante, es Mendez gramático consumado, puesto que no olvida nunca ser correcto y bello al escribir. Conoce más que lo que enseña el señor profesor; tiene el instinto de adivinar el valor hermoso de una consonante que martillea sonoramente a una vocal; y gusta de la raíz griega, de la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa. Sabe que hay vocablos maravillosamente propensos a la armonía musical. Las letras forman, por decir así, sus cristalizaciones en el lenguaje. Las *eles* bien alternadas con *eres* y *enes*, enlazando ciertas vocales, la *q*, la *y* griega, son propicias a las palabras melódicas. Hay letras diamantinas que se usan con tiento, porque si no se quiebran formando hiatos, angulosidades, cacofonías y durezas.

En castellano hay pocos que sigan aquella escuela casi exclusivamente francesa.

Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan—para producir la chispa—con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa, la doctora, que retorció y laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, der aras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizá más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia a maravilla. Hay audaces, no obs-

tante, en España y no faltan—gracias a Dios—en América.
¡He aquí a Riquelme, a Gilbert en Chile!

Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.

No nos debilitemos, no empleemos ese procedimiento con polvos de arroz y con hojarascas de color de rosa, a la parisiense—hablo con los poquísimos aficionados—, pero empleemos lo bello en otras esferas, en nuestra literatura que empieza.

En otra ocasión diré algo de las obras de Catulo Mendez.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 7 de Abril de 1888.

LOS VERSOS DE BEAUMARCHAIS

(Para *La Libertad Electoral*).

El creador de *Fíguro* era poco aficionado a rimar, y son escasos los versos que de él quedan. Se explica esto en un tan gran prosista, lleno de ingenio, chispeante, fino, sutilísimo y gallardo; en este caballero escritor que dejó para siempre deleitosa y formidable la pícara filosofía de su inmortal barbero derramada en admirables escenas. El espíritu francés resalta en todas sus obras. Es un pensador sonriente, con algo de bonachón y con aquella perspicacia

sonriente, con algo de bonachón y con aquella perspicacia que colocó en la escena a don Basilio, o que pudo hacer que él mismo, Beaumarchais, adivinase cuál era la dueña de aquel manto encontrado en una calle de Londres, cerca del Panteón. Cabalmente, cuando con este motivo escribió su célebre graciosa carta al editor del *Morning Chronicle*, dió suelta a la vena y compuso ciertos versos agradables y llenos de su buena broma.

Había poco tiempo antes hecho representar su *Gaité* en la capital inglesa.

Para un hombre como Beaumarchais, rígido y bien educado en sana escuela literaria, conocedor de Molière, con un poquillo de Alcestes en las venas, provisto de gusto pero audaz a veces, en ciertas libertades, mas sin las obscenidades de Collé, podrían haber sido las canciones de entonces buen campo en que aparecer vencedor con ufanía.

Mas este hombre tenía un raro tesoro: el carácter. He ahí algo que según Samuel Smiles obra prodigios, bien dirigido, bien ostentado, como sólo pueden hacerlo varones favorecidos por el destino!

¡Pues qué! ¿No era cosa fácil con ese buen príncipe, retoño de Luis XV, ser adulón a la usanza de entonces y fabricar sonetos de subido color rojo, halagando sus orejas y su sangre joven?

En una corte como aquélla, no sólo habría sido esto plausible para nuestro ingenio; pero que se habría evitado los odios que por su rectitud le cayeron encima.

El Delfín le hizo un gran mal a Beaumarchais con aquello de: «Sólo él me ha dicho la verdad.» He ahí un cebo de pasión, una justa causa de aborrecimiento, aprovechada por el enjambre de cortesanos que rodeaban al príncipe.

¡Cuán distinto si haciendo como con las marquesas vestidas de azul, entre tapices de la época, hubiese él dedicado sus frases sutiles para bordar de rosa cuentos galantes de interminables decamerones!

¡No decir la verdad a los príncipes, señor, que ahí

están atisbando para arrojaros su odio los que les halagan con la genuflexión o el vicio!

Así se habría evitado que el señor Conde de la Blache «diluyera en su tintero la palabra *bribón*» y diese al público una colección de insultos destinados a herir al ilustre escritor, con motivo de un conocido proceso.

Este hombre perspicaz, sutil, caballeroso, aprendiendo a rimar en los clásicos—pues que su instinto o inclinación natural no le llevaba al camino de la poesía—se dejó tentar por el blando demonio de las musas.

Con gran razón llaman los franceses *fugitivas* a esas composiciones poéticas ligeras, sin grandes vuelos, hechas con ingenio, que no están destinadas a vivir largo tiempo, sino que llegan, huyen y pasan al olvido, cuando el creador de ellas no deja un edificio en que se conserven como adornos, como encajes, como agregaciones, sin mayor mérito que el que refleja el monumento. Así los versos de Caron de Beaumarchais.

Siempre será para las letras francesas la obra de tal autor altísima y llena de brillo, la base principal en su grandeza, hará valiosas también las pequeñas producciones.

Así el manto de púrpura hace bello el fleco de oro, y la alta fábrica, la cornisa delicada.

El arco del triunfo se conoce tanto como sus bajo-relieves.

Ahora bien, es preciso que reconozcamos que los versos de Beaumarchais no corresponden, en toda la extensión de la palabra, a lo producido por aquella cabeza excepcional en otras esferas.

La comparación puede efectuarse viendo una edición completa de las obras de él, la que se publicaba en plena oposición del romanticismo, en la Bibliothèque Choisie de la calle de Coq-Saint-Honoré, por ejemplo, y que creemos la mejor.

Beaumarchais que no pretendía absolutamente aparecer como poeta y que por lo tanto nunca quiso publicar sus versos, conservándose éstos gracias a la memoria de uno que otro amigo suyo, tuvo el pensamiento de que su *Barbero* apareciese en la ópera cómica. Para esto era preciso que Fígaro cantase *couplets* a propósito en las tablas. ¡He ahí al buen francés!

En 1809, cuando M. Gaudin publicó la edición de Beaumarchais no pudo dar a luz sino un solo *couplet* original, en que Fígaro relató por qué prefería *l'utile revenu du rasoir* a la honra de componer una pieza para el teatro. ¡He aquí lo que pensaba dicho personaje, cuyas opiniones no nos escarmientan a muchos!

Lo dejo en francés para mayor claridad.

D'abord il a fallu la faire;
souvent ensuite la defaire;
au gré des acteurs la refaire;
et n'obtenir pour tout salaire
que les brouhahas du parterre,
la critique du monde entier,
l'injure du folliculaire.
Ah! le triste, le sot métier!
J'aime mieux être un bon barbier,
un bon barbier, un bon barbier.

¡Vaya una excelente sensatez! Y el señor de Beaumarchais no pudo quejarse por lo que a éxito se refiere.

Pero sus versos, sus composiciones sueltas, sobre diversos asuntos dan a conocer un suave y vivo ingenio nunca desfalleciente.

La *Folle journée* produjo una canción llena de donaire que llevaba en sí una firme pero aterciopelada venganza del escritor. La canción fué desfigurada, copiada, repetida en todas partes, con variantes y agregaciones aprovechándose de ella el escándalo, gran factor de entonces.

Pero Beaumarchais no empleó nunca el sistema de agradecer con doble sentido llevado hasta la licencia, ni con el desnudo impúdico. Era el buen cancionero, el galante decidor, que bien podía formar sonrosados madrigales, sin herir ciertas conveniencias, sin hacer resaltar la nota encendida de lo vedado. Aun en lo satírico, perfumaba la flecha y la lanzaba, ostentando su franca sonrisa.

Siendo amigo del Príncipe de Conti llegó con él hasta la más noble severidad sin doblar nunca su espinazo en reverencias lisonjeras. Es cierto también que el Príncipe era el alma altiva, pero sin dobleces ni enconos.

La vida literaria de Beaumarchais, como su existencia social, ofrece muchos contrastes, hartas bregas; mas junto a las espinas brotan algunas flores; después de una tormenta viene un tiempo blando y propicio al cultivo de la belleza y del bien.

Estudió y amó la antigua Grecia, en su casa, donde gustaba vivir consigo mismo, conociéndose a sí propio, como aconseja el filósofo, era donde más sentía achaques poéticos.

Según propia confesión en su jardín era dichoso, cultivando en paz las flores, dulces e inocentes amigas, cuya alma es el perfume.

Ahí tenía su Propóntide, y ahí pasaba sus mejores horas, desilusionado a lo Cándido y más tolerante que Martín. Entonces escribía canciones a las hermosas marquesas, o en los plintos, zócalos o pedestales de sus estatuas dejaba epigramas, en el sentido antiguo de la palabra. Bajo un simulacro del Amor escribió un dístico en que pedía la felicidad de su hija; y otros dos alejandrinos para las estatuas de Platón y del esclavo Cimbaleño:

El hombre en su dignidad se mantiene libre: piensa. El esclavo degradado no piensa nada: baila.

A veces he meditado en la vida de este hombre en la Corte con verdadero deleite. Me lo imagino encantando con sus discreteos agudos un círculo de damas en casa de

su amiga la Marquesa de Saylli, *que tenía el lindo nombre de Flora*.

La alegría francesa desbordando en los labios rientes; los hermosos cuellos reales, las cabelleras rubias y rizadas; madama de Souvré, la *charmante hôtesse*, todo en el salón aristocrático a la usanza del tiempo, con frescas pastoras que sonríen en los tapices, cerca de amorcillos gordiflones, con carnes rosas, como las de ciertas manzanas.

El elogio de la mirada—una galantería en cinco octavas—lo escribió jugando con el apellido de madama Monregard. Componía esta clase versos a propósito para ser cantados con aires conocidos. Tiene una composición que llamó *Seguidilla*, sobre un aire español. *La mujer del gran mundo*, sobre el aire: *Tot, tot, tot, battez chaud*, y que encierra cierto picor, que podría sobresaltar algunas sensibilidades delicadas; *El dichoso sucesor*, couplet, y los hechos para otra fiesta en casa de M. Lenormand D'Etiole, en que tiene la humorada de decir de Carlos V:

Si grand coquin
qu'il devasta la terre ronde...

y otras varias cancioncitas impregnadas de la tradicional sal gala.

Las canciones siempre han sido y serán una expresión especial del país de Francia, del carácter esencialmente vibrante y luminoso de aquella gente, para quien el sol parece que tuviera más luz. Renan acaba de demostrarlo en un bello discurso. Por lo que hace a lo antiguo y lo moderno, a aquel autor o a éste, Ajalbert sostiene actualmente en el *Fígaro* una polémica con más de un paladín, en que se discute si Béranger encarna la canción francesa, a otros poetas popularísimos, o si lo *rococo* vale o no vale, como si el talento no fuese el mismo siempre, tanto ayer como hoy, variando tan solamente en la manera de producir, sujeta como todo a los caprichos del tiempo y a las tendencias de cada época.

La canción galante, en el sentido especial de la frase,

por ejemplo, si tuvo su gran auge y cultivo en tiempos de la Corte Francesa más muelle y brillante, hoy sirve con razón de agradable coyuntura a los aficionados a estudiar la influencia de la literatura en las costumbres.

Bravo ingenio Beaumarchais, cuando hasta en sus versos sale airoso. En sus versos, donde evadía ser obsceno, más que en ninguna cosa! No fué poeta, es cierto, pero sí un gallardo versificador lleno de donaire. Los cuentos en verso que Lope y Calderón intercalaban en sus comedias no apagarían la sonora gracia de aquel que escribió Caron sobre el capuchino de Bourg-en-Bresse, tío de Jesucristo!

En su existencia casi siempre agitada, pudo Beaumarchais, mientras tenía tiempo para cultivar sus rosas, hacer estrofas. Dulce consuelo el del arte. Así pudo sentir como un soplo benéfico, como un descanso para su espíritu, el amable comercio con las musas, él, cuyas obras con justicia pueden ostentar, como la ostentan, a modo de divisa, la frase profunda y soberbia de Voltaire: Mi vida es un combate.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 18 de Mayo de 1888.

GOETHE Y LA SEGUNDA PARTE DEL «FAUSTO»

Un joven escritor italiano, Augusto Cesari, residente en Bolonia y discípulo de Giossué Carducci, ha escrito el siguiente juicio sobre Goethe y la segunda parte de su poema admirable, juicio hasta ahora inédito que tengo el

gusto de presentar a los lectores de la *Revista de Artes y Letras*.

He aquí las ideas de Cesari.

I

Cuando Wolfgang Goethe estudiaba leyes en Leipzig primero y después en Strasburgo, la literatura alemana se había presentado audaz, revolucionaria, combatiendo todo aquello que tenía sabor antiguo, la tiranía escolástica, la pequeñez de espíritu y la pedantería. Era una literatura de oposición.

Por todas partes se oía el grito que pedía la abolición de lo *rococó*; en el sentido más lato, la libertad sobre la esclavitud de las instituciones decrepitas: «¡Guerra a la clerecía! ¡Abajo los déspotas! ¡Naturaleza y libertad!» Y el acento romántico se hacía siempre oír en medio de todas las agitaciones y cambios. Fué aquel romanticismo el que dictó a Goethe las más suaves canciones de la juventud, el que puso en la mano de Werther la pistola asesina.

Poseído de la intuición lúcida y profunda de la época, Goethe, seguido de un grupo de fuertes, supo escalar aquel Olimpo de la poesía, cuya verdadera senda había sido señalada antes por Werder y Merck. De modo que si, por una parte, Federico Schiller comenzaba a subir por la falda del monte, por otra Goethe se lanzaba como al asalto.

Así, si Schiller escribía *Los bandidos*, genial manifestación de tiempos borrascosos, Goethe, en el *Fausto*, el poema universal de la edad moderna, concretaba de aquella época los dolores, las esperanzas, los desfallecimientos, las titánicas cóleras, las aspiraciones y las luchas. Aquella tragedia fué, es cierto, como una revelación de todas las revoluciones modernas.

El *Fausto* es la expresión más profunda, más atrevida, más extraña en arte del ingenio germánico. La poesía alemana, dice Enrico Panzachi, para quien la siente en sus

armonías fundamentales, suena como un grande himno a la vida, a la humanidad y a sus esperanzas (1).

Es el *Fausto* edificio raro en el cual encontramos ante todo, no sé por qué, el lado obscuro, los lazos mefistofélicos y el egoísmo de aquel viejo rejuvenecido; el *Fausto*, digo, considerado en su forma completa, parece un gran monumento elevado por el genio soberano de la Alemania a un grande ideal de la humana existencia.

En el *Fausto*—compuesto a la larga distancia—la leyenda medioeval se transforma desde el primer momento; la mitología del norte y la griega, el símbolo filosófico y el ascético, el romanticismo y el clasicismo se confunden en un haz. Me parece que T. G. C. Schelling decía muy bien cuando, hablando de la *Divina Comedia*, dejaba sentado que el único poema de naturaleza universal que, como la *Comedia*, pintase los extremos más distintos según las tendencias del siglo, mediante la invención completamente propia de una mitología parcial, era el *Fausto*, si bien esta obra mejor se podía llamar comedia en sentido más aristofanesco, y divina en sentido más poético que aquélla del Dante (2).

Aunque Goethe había dividido el poema en dos partes y muchos comentadores y críticos lo habían considerado sustancialmente dividido de idéntico modo, creo que se debe dividir en tres para comprender bien el espíritu del poema. El primer momento es breve, son las primeras escenas de la primera parte publicada en 1790; el resto de la primera parte constituye el segundo momento; toda la segunda parte, el tercero. Cada momento del poema retrata la experiencia moral e intelectual de Goethe en las varias épocas de su vida. En las primeras escenas es el poeta de Goetz y de Werther, franco, atrevido, apasionado, que vaga guiado por su fantasía en un mundo imposible, y quiere la muerte para sustraerse a una existencia que no comprende; lo nebuloso se junta a lo real; el

(1) Enrico Panzachi, *Feste Quadre*. Bolonia, Zanichelli.

(2) Schelling, *Consideraciones filosóficas*.

romanticismo verdadero, genuinamente alemán, reina. El segundo momento del poema es más tranquilo, y leyéndolo se piensa en la música procelosa del bello mar Jónico, azul, luminoso y fragante. En verdad que el cerúleo cielo de Italia, sus mujeres de dulces ojos profundos, la ciudad resplandeciente en una gloria de sol, el aire sereno, oloroso a rosas, violetas y naranjas, debieron enamorar a Goethe. Es así aquella parte de *Fausto*: si bien potente todavía de pasión y de drama, luce más serena; es clásica, no de aquel clasicismo escénico que es casi un *spogliatoio teatrale*, sí de aquel clasicismo eterno que es la armonía más íntima del concepto con lo imaginado, de lo contenido con la forma (1).

Ahora, pasada la rebelión prometeana de su mente, empieza en él un estado más tranquilo, más científicamente maduro, más en consonancia con la realidad. Y tenemos el tercer momento, o sea la segunda parte del *Fausto*, en la cual el poeta es celeste, une la poesía a la ciencia, el espíritu antiguo y el moderno; introduce demasiado largamente el símbolo, siempre o casi siempre antipoético.

La segunda parte, como cualquier otro trabajo goetheano, es idealizada; Goethe da la primera parte de *Fausto*, da aquella unidad en la variedad, da aquel conjunto de lo ideal y de lo real, da aquella exuberancia de acción, de contrastes de la existencia; sale a una concepción más amplia, más profunda, más serenamente humana de la vida, convencido una vez más de la necesidad de que todas las energías humanas debieran irrevocablemente doblarse a la universalidad de las leyes cósmicas.

En la primera parte el drama estalla con la pasión que abrasa y que penetra profundamente; en la segunda es la lírica grande que se eleva a la visión ideal de la vida humana. Estas son las raras situaciones de la experiencia intelectual de Goethe, ilustradas y explicadas en su misma obra grandiosa.

Con el *Fausto*, con el *Conde de Egmont*, con *Wallenstein*

(1) Giosué Carducci, *Bozzetti critici*, Livorno, Vigo.

y con el *Guillermo Tell* queda determinado en Alemania el período del clasicismo germánico, el que se levantó con Klopstock y que alcanzó con Schiller y con Goethe el mayor grado de esplendor. Pero respecto a estos dos grandes amigos, la palabra tiene todavía el significado particular que indica el ideal artístico de ambos a dos: «el moderno grecismo», o para decir más exactamente, el «helenismo alemán».

II

He dicho que el *Fausto* en la primera parte es más poético, es más dramático que en la segunda, donde es idealmente más grande.

En la primera parte hay también, encerrado en tal fragmento, un drama nuevo, inmenso, como no lo tiene ninguna literatura antigua ni moderna. Mientras completando idealmente la segunda parte del poema pierde su poder dramático, la individualidad languidece, no se siente circular dentro la sangre de la pasión creadora; hay un símbolo, no un hombre; científicamente se perfecciona, pero poéticamente decae (1).

¿Por qué esto? Porque la tragedia épica de *Fausto* concentra toda la vida de Goethe, todas sus evoluciones intelectuales, compendia los esfuerzos generosos que el mundo alemán en la segunda mitad del siglo pasado y a principios de éste, ha hecho por acercarse a la civilización y al arte sano e íntegro, al arte soberano que el hombre histórico jamás haya alcanzado: el griego.

Fausto, tal cual se muestra en la primera parte, es el héroe de los sentidos, el héroe de la sensualidad y del sentimentalismo, el héroe de la desenfrenada juventud. Y si Goethe hubiese dejado solamente su *Fausto* como el que en la leyenda parece víctima de sus desórdenes sensuales, habríamos tenido en él el justo par del Hamlet de Shakes-

(1) Gaetano Trezza, *Saggi Postumi*. Verona, Drucker y Tedeschi.

peare; aquí la tragedia del pensamiento, allá del sentimiento. Pero el Fausto de la segunda parte es Goethe mismo, es la humanidad que vacila, peligra, pero no perece, y toma, después, un aspecto épico. El se purifica de los ardores del sentido, se guarece contra toda sentimentalidad, recobra la íntima armonía entre el pensar y el querer, y así apercebido y mejorado, se pone a la obra. Y la obra suya es grande, es humana. Y la tragedia que representa los daños derivados de los excesos del sentir y del pensar, de los errores humanos, cede el puesto a la epopeya que representa la conquistada redención en la grande actividad multiplicada y transmitida al porvenir

En verdad que el poeta podía cerrar la gran composición con la perdición de Fausto, y no sería el fin de una verdadera y potente tragedia en el que se hubiese reducido el protagonista a ser en sí propio causa de desventura; pero Goethe prefiere abandonar las razones del arte por las razones de la ciencia; él quiere que Fausto sea en adelante un símbolo de la humanidad que va siempre mejorando, con la vergüenza de tantos errores; y pinta el tema final. El interés dramático debía necesariamente desvanecerse delante del interés filosófico.

Después hace aparecer la juventud de Fausto, en la cual se refleja la suya propia y la de la renovada humanidad; el poeta ahí representa luego la virilidad de Fausto, la suya asimismo y la del hombre en la edad moderna (1).

Así, la redención de Fausto está en la actividad que alcanza a través de la prosa de la experiencia, que le encierra entre la tempestad y la alegría salvaje de la ilusión. Restaurándose en los brazos de Elena—el mundo antiguo—, encuentra al fin aquella serenidad, aquella paz interna que le permite ver claro y sereno lo de afuera, y advertir netamente la parte mejor, tal cual ella se refleja en su mente genial, que le permite evocar en su interior el nuevo ideal que procede de las energías vitales: «Sólo es digno de la vida el que sabe conquistársela día a día.»

(1) U. Canello, *Saggi di critica letteraria*. Bologna, Zanichelli.

Y tiende el esfuerzo eterno hacia una existencia más alta y más verdadera que, santificando la vida misma, destruye a Mefistófeles y torna eternos a aquéllos que saben conseguirla.

La perfección de la vida humana está en el temperamento y en el equilibrio de la energía física con la moral e intelectual; en la comunidad de los individuos, siempre extendiéndose, sin que jamás se pueda decir cuál sea su término. Quien más se acerca, individuo o comunidad, señala el momento mejor de su historia. La idealidad y la actividad se confunden y se completan; no en el pensamiento solitario, sino en la acción profunda consiste el valor de la vida humana que se relaciona y compenetra con la vida cósmica.

Y Goethe simbolizó la ascensión perenne del espíritu humano hacia un grande ideal en la grande escena que termina la segunda parte. Ciertamente: los símbolos mal se compadecen con la actividad, que era la grande y humana redención de Fausto.

Pero tal vez más que las razones científicas, debieron inducir a Goethe a no concluir su tragedia con la condenación de Fausto—manera supremamente dramática de finalizar el gran poema trágico—, las condiciones de su ánimo.

El empezaba; no tenía alrededor de sí parientes ni amigos; la patria no estaba tranquila; su alma se había tornado muy benigna; la rebelión prometeana había cesado, dando lugar a un sentimiento más sano y más idealmente verdadero de la vida. Federico Schiller ha muerto en 1805, Herder dos años antes, Wieland había muerto también. Hasta la buena madre, hasta la buena Mariana le había abandonado.

Y Goethe tristemente canta antes de comenzar la segunda parte del *Fausto*:

L'anima a cui solgea d'amor parole
udir piu non mi ponno!...

Los acaecimientos políticos llegaron tristes, infaustos para el poeta: ha oído tronar el cañón de Jena; ha visto desde su ventana los regimientos prusianos puestos en fuga.

No es, en suma, ya el Goethe de una vez, todo alma, todo fuego, que siente y reproduce potentemente el drama, sino un Goethe más tranquilo, que siente más alto y sereno el porvenir del género humano Y Fausto, que está ahora unido a la epopeya escéptica de la razón, encuentra la fe profunda en la unión de la historia que propaga el legado de la experiencia humana.

He aquí por qué Goethe no continuó en la segunda parte aquel drama potente de la primera, que debía quedar en un fragmento, pero solo, único y maravilloso.

III

Si, como se ha notado, la poesía alemana tiende a embellecer, a encarecer la vida humana, bajo este concepto ninguna obra de arte responde a tales fines, según mi juicio, mejor que el *Fausto*, la cual, para quien la considere en su vasta extensión, y la entienda en su armonía fundamental, suena como un grande himno a la vida, aparece como un monumento elevado por el genio soberano de Alemania a un glorioso ideal de la vida humana.

Hasta ahí Augusto. Encuentro que este razonado juicio da alta idea de su convicción literaria, basada en sólidas investigaciones y en las ideas emitidas por su ilustre profesor de la Universidad boloñesa, Carducci, si grande como crítico, como poeta, soberano, por el gallardo escritor Panzachi, uno de los primeros de la Italia actual, y por otras doctas plumas.

La comprensión del gran poema goetheano es honda y para atrevidos vuelos. Bien es que se recuerde a Richter,

apóstol soberbio de la estética alemana: Juan Pablo será siempre guía en esas largas sendas, sendas gigantescas, sendas llenas de gloriosos laureles verdes.

Concluiré felicitando a Augusto Cesari por sus estudios críticos, y enviando al gran Carducci, desde las páginas de esta *Revista*, el homenaje de mi más grande admiración y simpatía.

RUBÉN DARÍO.

En la *Revista de Artes y Letras*, 15 de Junio de 1888.

LA LITERATURA EN CENTRO AMERICA

Muy pocas obras hay que puedan dar a conocer siquiera sea con alguna variedad de datos la producción intelectual de Centro América. Juarros, el historiador, apenas si habla de los escritores de su tiempo; Montúfar se circunscribe en su larguísima *Reseña* a la política y a la vida social; Uriarte, en su *Galería Poética* no hizo sino una compilación mal ordenada y peor impresa; y exceptuando la obra de Mayorga Rivas sobre los poetas del Salvador, no hay casi libros que den una idea bastante clara del asunto.

Félix Medina intentó coleccionar las producciones de los poetas nicaragüenses, y creemos que Pío Víquez las de los de Costa Rica. El primero desmayó desalentado. Del segundo, no tenemos noticia de que haya llevado a cabo su tarea.

M. Paul Lévy, viajero francés, en su *Geografía de Nicaragua*, al hablar del adelantamiento intelectual de los nicaragüenses, se ocupa en él sin conocimiento y muy a la

ligera. Apenas si cita versos mediocres de Carmen Díaz, quien, si fuese conocido únicamente por su *Yo pienso en ti* y su *Elegía*, no mereciera el puesto de grande y bravo poeta que sus muchas y buenas producciones le han conquistado.

En la *América Poética* de José Domingo Cortés no figura ningún centro americano, y en otras varias antologías americanas se han omitido nombres harto gloriosos. Bastará con citar a Batres Montúfar y a los hermanos Diéguez, tres fuertes lirás.

Dos nuevas colecciones de obras poéticas americanas se preparan, una en Bogotá dirigida por don Lázaro María Pérez y otra en Buenos Aires, por un literato argentino, según noticias que hemos recibido en carta del poeta Obligado. Ojalá se subsanen aquellas lamentables omisiones.

Los artículos que hoy comenzamos a publicar en la *Revista* serán una ligera reseña de la vida literaria en Centro América.

I

A los comienzos de este siglo, cuando aun el poder español gobernaba en todo Centro América, Guatemala era el foco de la ilustración y del progreso en aquellos países. No sólo ostentaba la Capitanía General, sino una Universidad que sólo tenía como rival a la entonces nombrada de León, en Nicaragua, donde ciencias sagradas y profanas se enseñaban como en la misma patria española.

De León salió Miguel Larreinaga, que comenzó por ambicioso y acabó por sabio. Larreinaga fué a Guatemala con ese anhelo de los que buscan aire para sus pulmones sedientos o para sus alas abiertas. En Guatemala había aparecido Valle, un hombre de vastas concepciones, amigo de Jeremías Bentham, con quien se carteaba muy a menudo y quien le envió poco antes de morir un mechón de sus cabellos y un anillo de oro, brillante como el estilo de José Cecilio. También lucía entonces José Francisco Barrundía, no como escritor al modo de Larreinaga ni por

lo profundo de la sabiduría como Valle. Era orador robusto y vibrante, con palabras vencedoras que sacaba a lucir como hachas doradas, con argumentos vigorosos, con el relampagueo del hablar inimitable de los tribunos elocuentes.

¿Quién más? Estaba Irisarri, cuyo nombre es en Chile glorioso quizá más que en la tierra que vió nacer a aquel ingenio.

El Centro Americano, si mi memoria me es fiel, se llamaba el periódico en que esos hombres daban luz al pueblo en los principios del siglo.

Ahí fué donde Irisarri empezó a tratar las cuestiones sociales y literarias, que más tarde desenvolviera en escritos más extensos y famosos; ahí el viejo Larreinaga expuso su célebre teoría sobre el origen del fuego central de la tierra, teoría en que se ocupó la *Revista de Edimburgo*; ahí Valle enseñó en las pequeñas hojas de un periódico lecciones que valían por muchos grandes libros.

La imprenta estaba entonces en sus principios por aquellos lugares. Desde la publicación del primer libro centro americano, un *Tratado sobre el cultivo del añil*, impreso con tinta azul, hasta la fecha a que nos referimos, pocos eran los adelantos tipográficos. No sabemos si después de Guatemala las otras secciones tuviesen imprentas a la sazón, ni quiénes fueron los antecesores de Justo Hernández y Nicolás Aguado en Nicaragua.

En México se imprimían algunas poquísimas obras de los guatemaltecos, y creemos que cuando don fray Matías Córdoba, el poeta, publicó su libro científico en latín, lo hizo por prensas mexicanas. Don fray Matías fué un poeta que floreció a fines del siglo pasado. Dado a la escolástica y a las cuestiones científicas, dilucidaba sobre los asuntos filosóficos y sabía botánica. Pero, sobre todo, era un excelente poeta. Los Ambrosios y los Basilios tenían en aquella cabeza entrada al par con los Horacios y Lucrecios.

Sabía latín como un romano de los buenos tiempos, y en fuentes latinas bebía el agua clara de su sabrosa poe-

sía, la frescura de aquellos versos suyos, las maravillas de *La tentativa del león y el éxito de su empresa*.

Era un versificador clásico y fino, correcto y pulcro. Su estrofa es liviana y bella; y el fray sabía lo que se hacía cuando llamaba a las musas con perdón del hábito y de la capucha, a las musas griegas hermosas, fragantes e inspiradoras.

A fray Matías, a Irisarri, al sabio Valle, a Larreinaga, a Goyena, a José Milla dedicaron últimamente los escritores y artistas guatemaltecos una gran velada lírico-literaria. El discurso del notable escritor Fernando Cruz es una obra excelente y se ha publicado en *El Correo de París*.

Bien está que se recuerde así a esos hombres gloriosos.

José Milla fué un escritor posterior a la independencia de Centro América, que, como se sabe, se realizó en el año de 1821.

Milla era un gran novelista de costumbres, quizá y sin quizá, el único verdadero novelista que ha tenido la América Central y uno de los muy pocos de que los latinoamericanos podemos enorgullecernos.

No existía, cuando Milla escribió, la novela realista, ni esa que se ha dado en llamar de trascendencia. Lo que él seguía en sus muchas obras era la novela vieja española, el estilo chispeante y rico de los noveladores de la buena edad de nuestras letras.

Era fecundo, como casi no ha habido allá otro, y sus fecundidad era siempre causa de nuevas obras plausibles y excelentes. *La hija del adelantado* es novela que los aficionados chilenos, no digo los letrados, deben de conocer. Aquel eximio narrador salvó las fronteras de su patria, y su nombre es uno de los pocos que han volado fuera de aquellas tierras, donde si hay flores hermosas que admirar, hay también zarzales que aprisionan y martirizan a los que tienen alas.

Antes de que brillara José Milla (de quien es bueno advertir que era y es más conocido por su anagrama, *Salomé Gil*, que por su propio nombre) había aparecido para

regocijo de las letras castellanas el insigne contador en verso, el poeta satírico José Batres y Montúfar.

Batres fué imitador de Casti, y sus principales obras fueron escritas con esa tinta simpática que trae risa a los labios de los lectores.

Antes de que don Andrés Bello escribiera su *Proscrito* y que don José Joaquín de Mora publicase su *Don Opas*, ya Batres había concebido y derramado en el molde de sus octavas graciosas y frescas, el pensamiento capital de su *Reloj* y de sus *Falsas apariencias*.

Son estos dos poemitas dos joyeles de la literatura americana, y me complazco en recordar que Menéndez Pelayo los estimó en cuanto valen cuando llegaron a su vista y conocimiento. Batres Montúfar jugaba con la rima como un prestidigitador con un naípe, como un malabar con sus cuchillos acerados. Hacía las más raras combinaciones, y esto sin abandonar el metro clásico de la octava real.

Por lo que respecta a la invención, tomaba siempre el poeta asuntos de la época colonial, y su conocimiento de esos detalles de la historia patria, le hacían salir airoso en sus propósitos. Era, además, puro en el decir, y tal hablaba, que hubiese parecido un rimador de la edad de oro de la lengua. Estudió e imitó, es innegable, al autor de *Los animales parlantes*, pero le mejoró en lo de exponer lo picante bajo la capa sedosa de lo pulcro. Las octavas de Batres Montúfar ríen solas. Ya se miran, al leerle, la pelucas empolvadas de los nobles de Santiago de los Caballeros, las damas con sus trajes a la española, y las cabalgadas de los días de alegría y jolgorio. Narra en el verso ligero con tanta gracia como soltura, y hay que ver esos rosarios de consonantes que parecen impósibles y que fáciles triunfan. Con el nombre de Batres se ufanaría cualquier parnaso.

Al propio tiempo que este ingenio, era motivo de aplauso y alegría otra musa juguetona de la ciudad de Guatemala. Nos referimos a María Josefa García Granados. Su apellido es uno de los más conocidos desde los

tiempos de la colonia. Sus versos son casi ignorados fuera de su país. Fué esta poetisa de carácter hombruno y talento audaz. Dicen que era gran improvisadora, y que gustaba de los asuntos libres para sus versos, que se inmiscuía en la política y que echaba letrillas y glosas por su pluma, que daban escozor a los gobernadores y encendían las mejillas de las damas que en ellas ponían los ojos.

Fué amiga de Batres, y aun hay quienes recuerdan en Guatemala composiciones que ambos se dirigían. María Josefa García Granados ha sido la mujer de más ingenio que haya producido Centro América.

Honduras tiene como envanecerse, habiéndolo sido la cuna del Padre Reyes, también poeta.

Este es el poeta sencillo, aunque a veces volara lleno de las audacias de una inspiración soberbia. Sus principales producciones fueron escritas para ser representadas o cantadas. A veces autos sacramentales, a veces pastorelas y villancicos. Aun en los pueblos que conservan sabor de lo pasado se representan las segundas en las noches de pascua. Hacía sus versos el padre para ser entendidos por los rústicos, y en verdad que hay en todos perfume de égloga, dulzura de miel de abeja. Habla el pastor, el que tiene fe, el que lleva regalos al niño Jesús al establo; y ahí se dice de la estrella que guía, del dios tierno, del buey que echa su vaho para calentar al recién nacido, y de la madre santa que tiene en los ojos luz celeste y en la frente pureza inmaculada.

El padre Reyes se inspiraba de veras en las escrituras, y en el gran Verbo de la Biblia, enigma y grandeza, hallaba la claridad de sus conceptos y la humildad mansa de su musa creyente y desprovista de gala y pompa.

Los hermanos Diéguez llenaban con sus versos poco tiempo después del padre Reyes, si mal no recuerdo, el gusto guatemalteco. Juan y Manuel eran dos poetas de grande inspiración, y si el uno era más artista, el otro era más sentimental. Manuel Diéguez era delicado y elegante, conocía los resortes de la buena versificación y parecía

pulir sus poesías como un escultor sus estatuas, dejándolas exentas de toda mancha o aspereza.

En cambio, su hermano Juan era poeta que se iba más a lo hondo, y tocaba el alma y sentía lo que le brotaba por el pico de la pluma. El primero escribió su bella *Garza*, que empieza:

¡Oh, tú de la onda immaculado lirio,
melancólica reina del estanque,
tan silenciosa, tan inmoble y limpia
cual si te hubiesen cincelado en jaspe!

Y el segundo escribió sus letrillas sentidas, y supo cantar con una dulce tristeza aquello que no dejarán de recordar los que lo hayan leído, del *Fuego que se torna en ceniza*.

Los hermanos Diéguez vivieron juntos la vida del arte, al modo de los Goncourt, de los Daudet, de los Arteaga Alemparte. Ambos a dos tenían el fuego sagrado, ambos a dos sentían las vastas ansias de los hombres superiores.

Contemporáneo de ellos fué don Ignacio Gómez, salvadoreño, literato poderoso, gran conocedor de lenguas y poeta de no escaso numen. Tenía Gómez el dón de la universalidad y se complacía en tratar todos los asuntos que le venían en deseo. Traductor excelentísimo, vertió al castellano versos alemanes de Goethe, italianos de Leopardi, franceses de Lamartine, ingleses de Byron y de Gray. Creemos que una de las mejores traducciones que hay en nuestro idioma de la elegía de este último, *En un cementerio campestre*, es la de Gómez, y la colocamos sobre la versión de Vedia. En los versos suyos propios no demostraba inspiración Ignacio Gómez, sí conocimientos clásicos y arte intachable. Era aficionado a la poesía pastoril, a tal punto que la conocidísima sociedad literaria de los Arcades de Roma (a la cual pertenece su santidad el Papa) le acogió en su seno, dándole el nombre de Clitauro Itascense.

Si no nos equivocamos, Gómez llegó a Chile de Ministro de la República de Honduras hace mucho tiempo, y en los *Anales de la Universidad* se puede encontrar una memoria suya o discurso sobre letras.

En Nicaragua surgían por aquel entonces letrados de poco valer, de los cuales casi nada digno de atención se conserva. Don José Cortés y el señor Núñez eran poetas populares y afamados, aunque no eran [sino] versificadores decadentes y pobres, casi vulgares, y cultivadores de un género que no vacilamos al calificarlo en chileno de *siútico*, el género desgarbado y estéril de los juegos de ingenio, de los logogrifos chinescos, de las charadas, acrósticos, glosas y tonadillas.

II

Fué García Goyena un fabulista insigne, de quien debe gloriarse Guatemala. Poeta de ingenio, todas sus obras son originalísimas y buenas, especialmente sus fábulas, género en el cual creemos que en América muy pocos ha habido que le igualen. Goyena, en tan difíciles trabajos, está a nuestro entender, a la par de Salas y sobre Real de Azúa.

De sus obras hay una edición parisiense, muy rara por cierto, no recordamos si de Garnier Hermanos o de Rosa y Bouret. En varios libros de lectura se hallan fábulas suyas, y un *Canto a la Independencia de Guatemala* puede leerse en la colección del *Repertorio Americano* de don Andrés Bello.

Los versos de Goyena tienen un gusto y corte clásicos, al par que una facilidad y gracia admirables. Usaba nuestro autor del provincialismo con gran tiento, y sus sátiras casi todas son dedicadas a asuntos y circunstancias locales.

Quien grande influjo tuvo en el desarrollo intelectual y en la afición poética de los centro-americanos fué el español Fernando Velarde, que recorrió casi toda la América hace muchos años, el cual dejó muy agradables recuerdos

en muchas repúblicas donde derramó sus conocimientos y encendió con sus entusiasmos gran número de inteligencias. Si no nos equivocamos, en el Perú fué maestro de Numa Pompilio Llona y de Miguel Grau, el marino.

Cuando llegó Velarde a Centro América por la primera vez, residió en Guatemala. Ahí le conoció, entre otros, un poeta nicaragüense, Antonino Aragón, hoy anciano sabio y venerable, director de la Biblioteca Nacional de Managua.

Era Velarde un romántico ampuloso, lleno de gran talento, con un vivir raro y una producción infatigable. Había dejado España por causa de amores desgraciados, amores que cantó tristemente en muchos de sus versos. Pocos poetas hemos leído que expresen mejor los hondos sentimientos, las íntimas penas que el autor de los *Cánticos del Nuevo Mundo*.

Otro poeta español que tuvo lo que podríamos llamar pequeña escuela, fué Urioste, amigo íntimo de Zorrilla, y a quien en 1883 alcanzamos a ver en San Salvador, vate retirado o cansado, ya muy viejo, con la cabellera toda blanca.

La Alcoba es una de sus mejores obras. Es un poema delicado, lleno de bellezas y no libre de defectos, sentido y enflorado; poema de amor. Pero más que Urioste, Velarde. Empezaron por aquel entonces los imitadores de éste a escribir poesías de horas negras, versos macabros al par que pomposos hasta el mal gusto, estrofas que remedaban a aquéllas de nuestro don Fernando:

Un eco vago
fugaz retumba;
de tumba en tumba,
lánguido y flébil
rodando va.

O aquello de:

En un momento de estupor ambiguo
una salmodia funeral se oyó,

y el gran cadáver de mi amor antiguo
en la sublime eternidad se hundió.

El abuso del procedimiento llegaba hasta lo insoponible. La hinchazón se puso de moda. Todos los audaces se lanzaron por ese camino que creían hermoso, triunfante. Hubo talentos. Mas inflando, si a veces produjeron globos de oro, otras tantas estrofas como vejiga. El contagio de Velarde duró por largo tiempo.

La publicación de libros era bastante escasa. El periodismo estaba atrasadísimo en las cinco repúblicas. Las hojas de entonces eran cuando más semanales, y los escritores muy pobres, con raras excepciones. Don Victoriano Rodríguez, gran letrado, era muy de notarse en San Salvador. En Guatemala, don Lorenzo Montúfar se había dado a conocer con brillo; en Nicaragua, Jerez, Castellón, Jerónimo Pérez, el historiador, don Anselmo H. Rivas y un clérigo extranjero, muy ilustre, el padre Pozo, eran de los pocos que llenaban la prensa. Poetas muy escasos; a no ser en el Salvador, Enrique Hoyos y nuestro queridísimo y respetado amigo Juan José Cañas, y en Nicaragua, Iribarren y Díaz.

En esta última República el historiador Pérez—que escribía muy mala prosa—tuvo la idea de escribir de cuando en cuando peores versos. Asimismo Gregorio Juárez, un sabio humilde, una de las mejores cabezas de su tiempo, padeció desgraciadamente la debilidad de dejarse seducir por las musas.

La afición le duró hasta la muerte. Era médico, y quizá por esto siempre hizo sus versos como por receta o formulario. ¡Pobre y glorioso maestro Juárez!

El estudio de la historia patria no ha sido infructuoso. La *Reseña histórica* de Montúfar es una obra digna de todo encomio. Se compone de cinco gruesos volúmenes llenos de interesantísimos documentos. Está escrito el texto en ese estilo cortado que aquí conocemos tanto en don Miguel Luis Amunátegui. Con la sola diferencia de

que Montúfar es más amigo del tropo, del efecto en el decir, que el correcto y erudito autor chileno.

La historia de Costa Rica, apenas desflorada por Molina, perdió con la muerte trágica del escritor don León Fernández un paciente y talentoso cultivador. La de Honduras no tiene aun una obra fundamental, y bien podía ésta llevarse a cabo confiando el Gobierno tal trabajo a plumas como la del hondureño Zúñiga, meritorias y competentes. La de Nicaragua quedó inconclusa, mas en lo que hay se nota peso de monumento. Don Tomás Ayón, escritor como pocos en la América española, canoso de vida y de ciencia, murió en el medio de la tarea. Dejó Ayón escritos dos grandes volúmenes, donde la serenidad del juicio y el conocimiento profundo son expresados con habla gallarda, con frase limpia y bella y llena de esas claras donosuras en que huelga a sus anchas el espíritu. Era grande admirador de Barros Arana, y muchas veces cita en su obra las opiniones de don Diego como apoyos fuertes y rectas razones. El viejo Ayón fué el maestro de la juventud nicaragüense. Difundió el apego a las buenas letras, fundó sociedades científicas y literarias, entre otras el Ateneo de León, y enseñó lo bastante para que su recuerdo sea allá imborrable.

La historia salvadoreña habría debido ser escrita por el hábil don Rafael Reyes, y aun creemos que fué encargado de ello. Ignoramos el resultado.

El elemento extranjero, los ilustres hombres de otros países que han llegado a las cinco Repúblicas han sido los iniciadores del progreso en cuanto al talento y obra intelectual se refiere. No hay Estado centro-americano que no conserve algún recuerdo cariñoso de los extranjeros de tal clase que han fallecido por desgracia, o que no tenga en estimación y valía a los que hoy viven dando su luz, enseñando sus ciencias o sus artes. ¿Quién, después de Velarde, ha producido un despertamiento tan grande en la poesía centro-americana como nuestro amigo Palma, José Joaquín, el cubano, el tropical, el caballero y trovador de la Edad Media vestido de levita? Palma llegó a Hon-

duras y fué recibido como se lo merecía por el entonces Presidente Soto.

Palma es de los poetas cubanos el mejor rimador de amores, como dice José Martí, y vive la vida del poeta, aun cuando ya su barba, antes de oro, tenga hebras de nieve. Todo un joyero inagotable, eso es su fantasía; un arte exquisito y delicado, ese es su procedimiento. La décima es la cuerda más bella de esa lira. No creemos que haya fácilmente otro poeta más «de salón» que Palma. Allí en el salón es donde su décimas, que leídas encantan, recitadas por él cobran un ritmo nuevo, y luego, su figura es distinguidísima, su hablar armónico, cadencioso, un tanto gutural; así se oye la recitación, sin ser afectada, como un música cristalina.

Pero ¿quién en nuestra América española no ha oído o visto alguna estrofa de las *Tinieblas del alma*?

Cuando la muerte de Andrade puede recordarse que hubo lo que se llamaría un incidente literario. Fué calificada por un escritor bonaerense como la mejor estrofa del autor de la *Atlántida*, una de las *Tinieblas*. Andrade la había copiado y guardado entre sus papeles. Ahí se encontró, y de eso provino la equivocación del escritor aludido.

Recordamos que por esa época en un periódico de San Salvador se publicó un artículo que acusaba a Palma de plagiarlo. Alguien dijo al poeta que nosotros éramos los autores de tal artículo, por razón de pertenecer a la redacción del periódico en referencia. La suerte y el tiempo quisieron que él se convenciese de lo contrario, y que quedásemos más amigos que nunca.

Palma, como ya dijimos, fué, pues, uno de los que tuvieron más imitadores entre todos los *poetae minorae* de por allá. A tal punto que los decimeros se multiplicaron, inundando las publicaciones con un torrente de quejas y de flores, ya fragantes, ya chillonas. La estrella solitaria del pabellón cubano brillaba por todos lugares. Hubo, es cierto, imitadores felices, como el desgraciado hondureño Molina Vigil, suicida, como Acuña, en todo el esplendor de su vida.

Valero Pujol es un ilustre hijo de España que vive hoy en Guatemala—y Dios le conserve por muchos años—produciendo a la continua obras serias de historia y literatura, enseñando en la cátedra y siendo admirado y querido por todos los que conocen su gran talento y su ilustración vastísima. Fué en su país Gobernador de provincia; y por razones políticas se alejó de allá. Pujol es un escritor fecundo, pródigo de expresión en el discurso, amigo de los párrafos largos como todos los hombres abundosos de ideas y de palabras; sin brillo ni pompa, pero con firmeza, médula y doctrina. Muchos son sus libros, todos buenos; hay históricos, filosóficos; éstos son los mejores. Lo lamentable es que se publiquen en Guatemala y no en Europa. Baste con decir que aquí no hemos encontrado una sola obra suya en ninguna biblioteca pública ni privada de las que hemos visitado.

Los hermanos Ferraz llevaron a Costa Rica mucha vida para el alma. Fueron a dar sus lecciones, a alimentar los espíritus de la juventud, y ambos, Valeriano y Juan, son ilustres y beneméritos. El primero, conocidísimo en España como orientalista, es a la sazón profesor de Arabe en el primer establecimiento de enseñanza de la Habana; el segundo continúa en San José de Costa Rica, siempre infatigable para enseñar y para escribir. Honduras, como ya dijimos, tuvo en su seno a Palma; este poeta hizo nacer poetas. El alentó a Carlos Gutiérrez, a Fortín, al nicaragüense Félix Medina, jóvenes todos de esperanza por sus buenas dotes de inteligencia; y a Molina Vigil, el pobre cantor.

Nicaragua ha tenido la dicha de albergar también hombres de valer en su tierra. Cuando se fundaron los institutos que hoy hacen las veces de la antigua Universidad de León, los profesores fueron todos extranjeros, y casi todos de fama, de ilustración reconocida.

El padre Sáenz Llaría llegó de España a dirigir el entonces colegio de Granada y hoy Instituto de Oriente. Don Juan Eugenio Hartzenbusch lo había recomendado al Presidente Chamorro, cuando éste estuvo en Madrid.

Y en verdad que el padre Sáenz era una cabeza poco común, una alma espléndida y un libro vivo. El murió en su puesto; todos le bendicen. Al Instituto de León llegaron don José Leonardo y Berthole y el doctor Salvador Calderón.

Era el uno un polaco que había sido ayudante del General Kruck en la última insurrección; que había salido de su país y que después de residir en varios lugares de Europa, se radicó en España. Hombre de una viveza extraordinaria, tenía gran facilidad para hablar todas las lenguas, como todos los de su raza. Por sus aptitudes logró en Madrid alternar con los primeros literatos, y fué uno de los más ardientes luchadores en pro de la revolución filosófica y social de los últimos tiempos, como escritor de nota en el diario y como conferencista distinguido en la Institución Libre de Enseñanza. Los cambios políticos, el triunfo de sus amigos y correligionarios le elevaron a redactor de *La Gaceta* de Madrid. Recordamos a este propósito los elogios que de él hace en uno de sus libros el nunca olvidado poeta español don Ventura Ruiz Aguilera.

Cuando el Gobierno que le protegía cayó, Leonard tuvo que ir a París. Después de algún tiempo, aceptó el contrato para ir de profesor a Nicaragua, y llegó allá acompañado del doctor Calderón.

Este era el tipo más exacto del hombre de ciencia, enamorado de la tierra, de la roca, de la planta, del animal.

Por ciertas frases de reforma pronunciadas por Leonard en la inauguración del Instituto de Occidente, cierta parte de la sociedad de León, en un exceso de celo religioso, declaró guerra a los nuevos profesores, a los que habían sido osados a decir por primera vez en pleno público la palabra libre pensamiento. Ellos permanecieron firmes en su obra. Mas la persistencia de los que emplearon hasta la amenaza de la asonada y de incendiar el establecimiento, hizo que pocos años después partiesen, primero Calderón y luego Leonard.

Con todo, a ellos se debe gran parte de lo que hoy sabe la nueva juventud de Nicaragua; ellos hicieron todo lo que pudieron: Calderón difundió el amor a la ciencia, Leonard hizo tomar un nuevo rumbo a los embriones de literatura nacional existente, y si el uno dejó un libro interesante para los conocimientos científicos, sobre *Animales de Nicaragua*, el otro con sus lecciones formó las bases literarias de muchos de los que hoy ocupan el primer rango entre los que por allá escriben.

Seríamos injustos si no recordásemos a uno de los fundadores del periódico más antiguo de Centro América, *El Porvenir de Nicaragua*, a don Fabio Carnevalini. Como se ve por su apellido, es italiano de pura sangre. Es de familia distinguida, peleó por Garibaldi, y no tenemos en la memoria ningún detalle más sobre la vida de don Fabio. Llegó a Nicaragua desde hace muchísimo tiempo, y con un alemán, Enrique Gottel, sostuvo el citado diario. El empezó a esparcir el gusto por los asuntos de letras, con unos pocos seguidores, y siempre perseverando, siempre en el trabajo durísimo de la prensa, Carnevalini, italiano, escribía como pocos nicaragüenses el español. Persiste aun el buen viejo. Pero ¡oh Dios!, lo que no le perdonaremos son ciertos versos que se ha atrevido a publicar. ¡Qué versos! Como noticia curiosa para los chilenos, desearíamos recordar un soneto *Al Guáscar*, que empieza:

Oh, *Guáscar*, *Guáscar*, tu valor triunfante...;

pero la memoria nos traiciona, y más vale así.

Carnevalini ha traducido la obra de Walker sobre la invasión a Nicaragua con los filibusteros, y la ha traducido bien, tanto más que es un italiano el que escribe en español.

¡Quisiera Dios que viva don Fabio por mucho tiempo!
Y ahora, Ricardo Contreras.

A Contreras lo envió México. Este mexicano es uno de esos escritores que necesitan un campo vasto para darse a conocer. Si Contreras, en vez de ir a Centro América,

hubiese venido a Chile o a la Argentina, estaría colocado en el primer rango de los escritores del continente.

Es preciso haber leído algo de este literato, conocer los chisporroteos de ingenio que riega a cada paso en sus períodos, su erudición maciza, llena, fundamental, su facilidad de producir, sus principios literarios razonados, el brillante encadenamiento de su prosa, su pureza en el decir al par que el absoluto modernismo en la expresión, de manera que es un clásico elegante, su estilo compuesto de joyas nuevas de plata vieja, pura, sin liga, para apreciarle.

Desde que llegó enseña, y seguirá enseñando. ¡Oh! mas cuánto sentimos algunos la obscuridad de esos hombres brillantes que podrían, si quisieran, ser gloriosos!

Otro llegó hace algún tiempo a Guatemala. Era un cubano. Su palabra fácil y vibrante, su hablar precipitado, su decir mucho, no gustaron. Y eso que desempeñaba en un colegio una clasecita de tres al cuarto, en cuanto a remuneración.

Hoy ese hombre es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América; porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya si no es de hierro, es de oro, o huele a rosas, o es llamarada; porque se fué a ese gran país de los yankees y ahí escribió en correcto inglés en *The Sun* donde Dana le estima; porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido. A veces, un titán coge una hacha gigantesca y destronca una selva. Los árboles que caen espantan el silencio solemne. Mas cuando el poeta en prosa os habla del amor, ¡oh lectores!, o del arte, o de todo lo del alma que es cándido y sensible, oiréis un harpa eolia o el arrullo de un coro de palomas.

Ese escritor se llama José Martí. Martí alcanzó a escribir en *El Porvenir* de Guatemala algunos artículos, y después partió.

Recordamos que el salvadoreño Francisco Castañeda—por otra parte persona inteligente y buen escritor—nos decía que Martí en Guatemala «no había gustado, y con razón».

¡José Martí! El que hoy con Castelar, con De Amicis, con Ortega Munilla y otras plumas de primer orden, forma en *La Nación* de Buenos Aires el grupo más brillante de corresponsales que jamás haya tenido diario alguno del mundo!

Cubano como Martí y orador elocuentísimo es Antonio Zambrana—últimamente elegido Diputado a las Cortes de Madrid—de inextinguible memoria en Costa Rica y Nicaragua, donde vertió sus discursos como ondas de pedrería, donde llevó casi una verdadera revolución literaria, donde hoy, muchos que por él batieron las alas de su ingenio, le agradecen sus consejos y sus lecciones.

¡Qué hombre tan raro Zambrana! Bien le recordamos: nervioso, pequeño de talla, de mirada a veces fulminante, a veces tierna, ligeramente moreno, como hecho a sol, vanidoso, mariposeante, insoportable como un poeta, conversador ameno, locuaz y buen vividor, amigo de todos los lujos.

Pero ahí está en la tribuna. Ha crecido. Es el orador. Siente al «dios», vibra la frase, hay un relampagueo que va encendiendo a todos los oyentes; la palabra para él es un teclado, una lira de mil cuerdas, lo rudo, lo bronco, lo contundente, lo que aplasta; ya pinta una tempestad, trueno; mas, he ahí al pequeño y gallardo rey David que modula un himno, y dice ese hombre cosas en que la armonía de la lengua asombra y extasia, derrocha flores, abre un cofre de cristal lleno de perlas y lo vacía. Bajó de la tribuna. ¿Quién no fué a estrechar su mano? Bien decía de él su amigo Palma, al dedicarle sus *Tinieblas* famosas:

..Tú, que en los patrios vergeles,
por tu palabra inspirada,
vas con la frente inclinada
al peso de los laureles.

En Costa Rica ayudó a levantarse Zambrana a muchas inteligencias: a Ricardo Jiménez, literato y crítico; a Pío Víquez, poeta de grande alma, de soberbio vuelo; a Silvano Matamoros, mozo eruditísimo, que rara vez escribe, pero que cuando lo hace, siempre es digno de gran loa, pues se entra por ciencias como por letras con el convencimiento y vigos del que sabe; a José María Alfaro, cuyos versos espontáneos, frescos, sentidos, le hacen un buen ciudadano del divino país azul.

III

Concluyamos.

Hoy, todavía no ha pasado—decimos en vista general—el período de las ingenuidades, de los discreteos patriarcales, del achicamiento de las ideas, del remiendo de la frase, de las bizantinas y enmarañadas cuestiones filológicas, de la admiración de lo *rococó*. Hermosilla reina, se ignora a Juan Pablo. ¡Oh! y esto no es que no reconozcamos las buenas y fecundas cabezas de los que en ese gran mar de la mayoría meticulosa y opaca se lanzan, batallan, reforman, logran ser vencedores. Sí, los reconocemos a esos, que son escasos, que a veces no se hacen comprender, y que cuando halagan el paladar de los muchos que son vulgo, según Cervantes, saben que descienden.

Hay inteligencias decididas, pensadores audaces que al fin triunfan.

Trabaja actualmente Fernando Cruz en Guatemala por provocar un renacimiento, por dar vida fragante y nueva a las letras de su país. El es un escritor ameno y vivaz, lleno de erudición y franqueza, fuerte a veces, a veces con fuerza y gracia. El ha hecho revivir el recuerdo de los escritores viejos, ha promovido fiestas en memoria de aquellos varones, ha iniciado nuevas ediciones de las mejores obras patrias. Otros le han seguido y ayudado en sus propósitos.

El, hábil político, no ha dejado de cultivar las letras, ni de parar mientes en la instrucción pública, cuya mala

dirección en Centro América ha sido causante de la apocada tendencia seguida en la producción intelectual en la mayor parte; la juventud, que hoy ya va para adelante, aunque poco a poco, animosa, dando hermosos resultados, llena de esperanzas, pensando en el porvenir, será la regeneradora.

Salvador Barrutia ha contribuído también al progreso de las letras guatemaltecas. El no es un desconocido en esas tareas brillantes. Hace algún tiempo publicó—atrevimiento loable—la conclusión de *El Reloj* de Batres Montúfar. Como se sabe, aquel grande ingenio dejó inconclusa su obra maestra.

Urrutia, Saravia, Valle y sobre todo, Alberto Menocos, son excelentes poetas. El primero ha escrito también novelas.

Vive aun, y escribe, la señora doña Jesús Lapavía, poetisa y uno de los primeros ingenios que en Centro América se han dedicado a las obras teatrales. Un drama suyo, cuyo nombre no recordamos, fué muy bien acogido últimamente, en su estreno. A propósito, diremos una palabra sobre el teatro en aquellas regiones. Como en la mayor parte de las repúblicas de nuestra América española, el teatro no existe. Es cierto también que tan solamente México puede enorgullecerse del suyo.

Las tentativas hechas en la América Central han demostrado que no es estéril tal tierra para tales flores. No lo decimos por la tragedia de Francisco Díaz, *Morazán*, basada en la muerte del soberbio guerrero centro-americano, porque no tiene sino el mérito de la iniciativa; ni por el drama *Las dos rosas* de Francisco Galindo que lo que tiene de regular son algunos versos.

Sí lo afirmamos por los dramas primigenios de Mayorga Rivas, de Sáenz y sobre todo del primer poeta centro-americano, Gavidía, quien si viviese en España y para España escribiese, estaría alto y glorioso en las universales letras, tanto como pueden serlo los que mejores obras dramáticas escriben en lengua castellana.

Gavidía era, ayer no más, desconocido. Hoy ya se le

mira en su tierra—a pesar de ciertas pasiones que todo lo atacan—como lleno de la gloria que en poco tiempo ha sabido conquistarse.

Este brillante mozo es el más joven de los miembros correspondientes de la Academia Española.

Lleno de potencia intelectual, con un estudio continuo y bien ordenado, desde hace cuatro años Gavidia trabaja noble y bellamente en su país. Allá le vimos por primera vez, el año 1884.

¡Qué gratos recuerdos! Nosotros le conocimos recién empezaba a ser nombrado. Ocupaban entonces la prensa y la vida intelectual salvadoreñas el ecuatoriano Federico Proeña, castizo y picante diarista, compañero de Juan Montalvo; Joaquín Méndez, joven de gran provecho, instruído y amante de las letras, sostenedor y fundador de la revista literaria *La Juventud*; Román Mayorga Rivas, poeta nicaragüense; Miguel P. Peña, imitador de Núñez de Arce, que escribió una epístola a este ilustre español y a José Velarde con motivo de los conocidos versos de éstos *La duda* y *La fe*; Enrique Martí, lo que se llama un muchacho de nervio y cabeza; Manuel Mayorga, quien si escribía algunas poesías, llamaba más la atención por sus artículos chispeantes y de ocasión; Manuel Baniere, un simpático periodista; Francisco Castañeda, literato de mérito, quien debía ser conocido en Chile, pues en tiempo de la guerra sostuvo en *El Porvenir* de Guatemala las opiniones en pro de la nación chilena.

No digo el padre Bernal, porque escribía rara vez. Es éste un clérigo que tiene los favores de las musas. De mozo cantó amores, fué ardiente; hoy reza salmos y hace odas místicas. Gran carácter.

Gavidia era casi desconocido. Había llegado a la capital, de su provincia de San Miguel, con gruesos cuadernillos llenos de estrofas. Modesto..., mentimos, tímido, no se había atrevido a darse a conocer. Por aquellos días murió un viejo sabio, maestro de toda una generación, don Pablo Buitrago. En el entierro, Gavidia leyó unos tercetos que le hicieron desde entonces famoso. A la ma-

nera de Zorrilla, este poeta empezó a vivir la vida de la gloria al borde de una tumba. Quisimos tratarle, hablarle. Nos presentaron a él y encontramos a un mozo moreno, robusto, de pecho ancho, cara franca y vivaz.

Un día, en su cuarto, un cuarto de estudiante, cerca del parque Morazán, hallamos sobre una mesa, entre varios manuscritos, un grueso rollo de papel. Estábamos encantados con sus versos. Deseábamos ver más. Le preguntamos:

—¿Y esto?

—Dos dramas.

Lo decía con una naturalidad que en otro nos habría producido mal efecto. ¡En verdad el bravo mozo había escrito ya dos buenos dramas! Publicó hace algún tiempo un volumen, *Versos*. Lástima que no sea conocido como se lo merece. Su drama en prosa *Ursino*, que bien puede ser calificado como su obra maestra, hasta ahora, ha tenido un éxito espléndido.

Comenzó a publicar un poema por el estilo de los *Castigos* de Víctor Hugo. Mala es la política para el poeta. El Presidente Zaldívar fué el blanco de las flechas candentes de Gavidia. El ataque individual fué cruel. En todo caso, el yambo que confunde a Napoleón III no lo hallamos propio para Trochu.

Federico Proaño, hombre vivaz y talentoso, perteneciente a la gran comunidad del arte, no debía haber sido herido en el poema tremendo de nuestro queridísimo Gavidia del modo que lo fué.

Hoy las letras han encontrado como un soplo de vida. En Guatemala, según parece, se ha fundado la Academia de la Lengua correspondiente de la Real Española. En Costa Rica el movimiento literario se hace notar. Gonzáles Víquez, Artur, Jiménez van a la cabeza de la juventud. El Salvador tiene a Gavidia; al doctor Guzmán; a Castañeda; a Peña; a Vicente Acosta, joven de alientos, a Ara-

gón y a otros más. Honduras a Zúñiga, a Rosa, el castelano Rosa; a Gutiérrez, a Fortín y demás discípulos de Palma. Y Nicaragua, a Rivas, firme veterano; a Carlos Selva, el primero de los diaristas de Centro América, nuestro don Zorobabel Rodríguez; y a Mayorga Rivas, a Gómez, a Lugo y a críticos como Enrique Guzmán y literatos como Modesto Barrios. Tiene un novelista, Gustavo Guzmán.

Modesto Barrios es uno de los pocos escritores que allá tienen conocimiento y amor del estilo. Ama el arte, sabe escribir. Gautier ha tenido en él un traductor excelente y un buen seguidor. Donde más ha lucido sus buenas dotes ha sido en el periodismo, en el diario, donde le ha seguido muy de cerca un firme soldado de esas lizas, Hernández Sonsona, con talento rápido y fácil producción.

Barrios tiene el conocimiento de su lengua y el arte de la palabra, con sus brillos, espejismos, hermosuras y refinamientos; sabe comprender la excelencia del verbo, el mérito dominador del adjetivo, la coloración de una frase pictórica y gallarda.

Enrique Guzmán es un crítico de poderoso talento, de ilustración vasta, de gusto depurado. Solamente que es triste ver como pierde el tiempo—que debería emplear en obras de trascendencia y en estudios generales que colocarían su nombre a envidiable altura en las letras modernas, siquiera en las americanas—en pellizcar a los principiantes de nuestro paisecito, en señalar las faltas gramaticales de las odas *A la luna* que suelen publicarse, en dar un palo, como dicen los españoles, a este o a aquel aficionado empedernido o colegial romántico, y—lo que más sentimos—en gastar su buena prosa en sátiras políticas de política casera, local, personal, a la diablo. No, Guzmán, que tiene páginas dignas de cualquiera literatura, debía salir con las alas de su ingenio fuera del círculo estrechísimo en que vive y—puesto que tanto conoce y gusta de Macaulay, de Saint-Victor, de Richter—dedicarse a producir afanosa y constantemente obras de alta crítica, que serían para él motivos de gloria y satisfacción de su

alma y provecho de la juventud que ama las letras y desea las claras y justas enseñanzas en el arte del bien decir.

Esto, sin aferrarse a la tradicióness manoseadas, sin enmendar las planas, Baralt en mano.

Allá, sin formas propias, sin encontrar hacedero sino aquello que el canon antiguo señala, los escritores y poetas han tenido como norma, de una manera principal, los clásicos españoles, hasta hace poco tiempo; después por nuevas vías han procurado seguir a tal cual astro grande o mediano que en la madre patria se ha levantado. Y no es que censuremos el apego, por ejemplo, al decir puro y hermoso de los maestros de los mejores días del habla hispana, que esto es plausible, sino que desearíamos más vuelo, más entusiasmos, pues tenemos el convencimiento de que hemos llegado a un estado tal en nuestra América, hemos vivido una vida tan rápida, que es preciso dar nuevas formas a la manifestación del pensamiento, forma vibrante, pintoresca y, sobre todo, llena de novedad y libre y franca; dar—como lo hemos dicho en otra ocasión—toda la soberanía que merece la idea escrita, hacer del dón humano por excelencia un medio refinado de expresión, utilizar todas las sonoridades de la lengua en exponer todas las claridades del espíritu que concibe. Pocos se preocupan de la forma artística; pocos dan—para producir la chispa—con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa la doctora, que retorció, laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichosos moldes de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos ahí—y es lo que hay que aprovechar en nuestro decir moderno—, tenemos, quizá más que ninguna otra lengua, un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia a maravilla.

El conocimiento del arte y el culto de la belleza, por otra parte, hacen imposibles ciertas expansiones y análisis, cierto desparramar ideas, reglas y palabras que no dan

buen ejercicio al entendimiento y traen empequeñecimiento y decadencia. Esto, en cuanto con la alta crítica se relaciona.

México y la República Argentina dan un espléndido ejemplo de producción y de desarrollo intelectual, tales cuales deben ser en nuestras naciones latinas.

La imitación de los poetas españoles contemporáneos se ha notado y se nota en la mayor parte de los centroamericanos. Surge algún nuevo nombre en la península, y ya no falta quien pretenda remedar su modo de lucir. Así, cuando dejando los modelos de antes, desde fray Luis hasta Moratín y Quintana, pensaron en dar nuevo rumbo a sus producciones, comenzó la boga de Zorrilla, que allá despertaron Urioste y tal vez el mismo Fernando Velarde. Luego llegó la época de Campoamor, y las doloras se multiplicaron tristemente, y el retruécano era la divisa de todo el que versificaba y el querer ser filósofo en dos redondillas fué querer común. Vino el reinado de Núñez de Arce—poco después de un período en que José Joaquín Palma hizo olvidar los poetas de la península—, y los cuasi *Idilios* no fueron escasos. La duda ganó terreno. Las ideas liberales, el escepticismo, la clerofobia llenaron muchas estrofas.

Y así a Bécquer, en verso, y a Juan Montalvo, en prosa, se les ha tomado como norma, quien más, quien menos, y a otros autores, siquier medianías en España, se les ha rendido el mismo tributo.

La revista, medio de difusión más potente que el diario, más fácil que el libro, y cuyos buenos efectos se advierten en todos los países, será en aquéllos, con el tiempo—así lo esperamos de los encargados de la instrucción pública—, objeto de cuidado y de expansión. Las revistas especiales no necesitan allá sino el apoyo de los gobiernos. Guatemala desde mucho tiempo hace ha tenido más o menos buenas publicaciones de este género. Entre ellas,

la mejor indudablemente fué *El Porvenir*, donde escribían publicistas meritorios. El Salvador, *La Juventud*; Costa Rica, *La Enseñanza*, sostenida y dirigida por Juan F. Ferraz; Honduras, últimamente, si nos es fiel la memoria, una fundada por Félix Medina, y Nicaragua, *El Ateneo*, revista notable, órgano de la principal asociación literaria que allá ha habido. Esto sin contar con gran número de publicaciones del mismo género, mantenidas por sociedades de jóvenes que empiezan su carrera, y con las distintas revistas de medicina, jurisprudencia y agricultura, como la que dirige nuestro excelente amigo Rafael B. Peña.

¡Oh! pero todo es escaso. No hay público, no hay lectores sino en pequeñísimo número, y necesariamente toda iniciativa tiene que ser de parte de los gobiernos.

Allá no hay ejemplo de que un Varela centro-americano haya promovido un certamen, o haya hecho publicar tal obra de tal autor, como no ser con fines políticos (1). No, nunca. Gobernantes ha habido, eso sí, favorecedores de las letras, en estos últimos años.

Merece el primer lugar y el primer recuerdo Barrios en Guatemala—tirano y todo lo que quieran decir sus enemigos—, radical al rojo blanco, pero que dió apoyo a las letras y fomentó la instrucción. Luego el Presidente Zaldívar, del Salvador, a quien si se le pueden achacar las flaquezas muelles del rey Sol, tuvo también de éste la generosidad con escritores y poetas. A Guardia en Costa Rica lo recordaremos; baste que haya protegido a un pobre y soberbio ingenio, a Joaquín Pablo Parada, gloria de Colombia.

En Honduras, Marco Aurelio Soto fué un Presidente excepcional, un Presidente literato. Aquí no podemos sino dejar escrito que bajo su administración llegó Palma a aquella República, siendo recibido regimiento, como este gallardo y real poeta se lo merece; que tuvo a su alrededor

(1) Se refiere al industrial chileno don Federico Varela.—R. S. C.

siempre hombres de letras, lo que no alaba mucho su capacidad de gobernante, si queréis; que ordenó la publicación de obras desconocidas, de viejos autores nacionales como Valle, y que con razón, entre los únicos siete individuos que en el mundo son miembros honorarios de la Academia Española, está él. También Zaldívar. Y son los únicos de América, después del Emperador don Pedro del Brasil.

En Nicaragua Cárdenas y en Costa Rica Soto merecen la gratitud de la generación nueva que en aquellas repúblicas ha recibido de ellos apoyo y favor. Durante la administración Cárdenas, la instrucción progresó muchísimo, los colegios, las bibliotecas tomaron ensanche. El señor don Joaquín Zavala hizo un bien muy grande—entre otros muchos—al país, cuando ocupó la Presidencia de la República: estableció la Biblioteca Nacional, que su director, el poeta Aragón, procura mantener lo mejor que el Ministerio de Instrucción Pública le permite.

Hemos dejado para finalizar dos nombres, los de dos escritores, si el uno más vigoroso y castizo, el otro más audaz y más artista: Pedro Ortiz y Manuel Rigüero de Aguilár. Ellos sostienen hoy el pabellón, ellos dan animación a la prensa, los dos distinguidos, nuestros mejores compañeros de redacción en días mejores, porque son pasados. Ortiz es autor de una interesante obra sobre los hombres principales de Centro América, estudios magníficos, donde reúne a una multitud de datos curiosos mucha sabrosura en el modo de expresarse y una corrección sujeta en todo y por todo al rigorismo académico más completo. Rigüero no; Rigüero—que es español y fué amigo y compañero de Bartrina, en Barcelona—es más suelto, más caprichoso, gusta de ciertas libertades y holganza con su pluma, y escribe, como buen periodista, de todo. Es una especie de escritor enciclopédico y medio revolucionario. ¡Excelente colega aquel andaluz!

Nuestra última palabra.

Mientras no haya unión siquiera en la vida del alma, ya que no ¡ay! en la vida política, entre las cinco pequeñas naciones en que está dividida la antigua federación centro-americana, las letras, como manifestación verdadera de la existencia de un pueblo, no pueden ser allí sino escasas, débiles, pobres. Trabajad, ¡oh hermanos! por que se efectúe esa unión, que sin ella seremos desconocidos, no digo en el otro continente, donde si ha llegado nuestro nombre ha sido con nuestros azúcares, nuestro café caracolillo y nuestro buen cacao que ha hecho famoso a M. Menier, sino—¡algo, que da tristeza!—en estas mismas naciones de nuestra raza, como este soberbio país de Chile, desde donde os dirigimos estas palabras.

RUBÉN DARÍO.

En la *Revista de Artes y Letras*, año 1888, tomos XI y XII.

LASTARRIA

LUMEN, GLORIA

El vasto y misterioso y huracanado viento
que sopla del abismo del hondo firmamento
con ala formidable, con ímpetu violento,
como lanzado al mundo por el poder de Dios,

ha roto una columna que el pensamiento humano
tenía en este suelo del mundo americano,
donde a los cuatro vientos gigante y soberano
enviaba el alto genio del porvenir su voz.

Mas no cantos de duelo debéis alzar, poetas.
Vibrantes y triunfales los coros de trompetas
saludan al que cae cubierto de laurel.

La gloria es del Maestro: su luz vierte fulgores.
¡Preséntense las armas, soldados pensadores,
que pasa el carro negro con el cadáver de él!

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 16 de Junio de 1888.

HIJA DE SU PADRE

A NARCISO TONDREAU

Si vous étiez venue, ô belle que j'admire,
Je vous aurais offert un diner sans rival:
J'aurais tué Pégase et je l'aurais fait cuire
A fin de vous servir une aile de cheval.

Versos de Víctor Hugo. Para quien quería el maestro hacer tasajo al soberbio caballo poético, sólo por servir una ala como plato exquisito en ágapes especiales, era para Judith Gautier, que no nació en San Fernando de Chile, sino en París, en la casa de su padre, Teófilo Gautier.

M. Bellanger es un mito, o si ha existido, mi querido poeta, no ha tenido la suerte de los parientes del ventrílocuo Mr. Ross. Pero más creo lo primero. Es tan fantástico como el bajá chileno de tres colas y cinco mujeres que inventó cierto periodista amigo mío, en la redacción de un diario de Valparaíso, y que la prensa americana se tragó perfectamente.

Oí hablar de Judith Gautier por vez primera a un distinguido y excelente hombre de letras cubano, a Antonio Zambrana. En estas mismas columnas he escrito algo acerca de la frase de Hugo—casi padre de Judith, después de la muerte del autor de *Avatar*—al presentar a Zam-

brana a su «ahijada»: «Es una bella estatua de mármol habitada por una estrella.»

Después supe por el espiritualísimo Carlos Wiener que era casada con Catulo Mendes, y que «valía más que su marido».

Por un escritor francés retirado, que hoy reside en Chile, llegó a mi conocimiento que vivían «como perros y gatos». Y por un distinguido diplomático acabo de saber que el divorcio ha separado los dos hermosos alejandrinos aconsonantados al cariño y en el hogar de Víctor Hugo.

¿Quién tuvo la culpa? Parece que ese poeta rubio, decadente y simbolista adora universalmente el eterno femenino. De todos modos, un poeta no debe casarse. Mucho menos con una poetisa. El más glorioso de los franceses le decía en sus cartas a Judith: «Hija de poeta, mujer de poeta, poetisa vos misma... ¡Musa!... beso vuestras alas...» No podía durar mucho tiempo feliz ese matrimonio.

Gautier tuvo dos hijas, Judith y Estela. Los Goncourt hablan en su *Diario* de ellas, de su vivacidad, de su belleza extraña, de su languidez oriental, cadencia de gestos; vamos, niñas nacidas cada cual como una obra de arte animada divinamente.

Judith es un ensueño vivo, es mujer que tiene todos los encantos imaginables, magnífica para reina de Oriente, para amada en un palacio de cristal y oro; si hubiese nacido en la vieja Grecia, habría una diosa más en la mitología.

Se comprende, pues, que un soñador como Mendes se haya enamorado locamente de ella, y se explica también que la prosa conyugal que espeluznaba a Madelon y a Cathos, haya dado al traste con la vida soñada por el picaflo y la rosa.

Por ley atávica admirable, la hija nació con todo el sentimiento exquisito y soberano del arte que poseía el «paje de Hugo», el colorista más fino, el orfebrero más delicado que la lengua francesa ha tenido en los últimos tiem-

pos en que ha surgido el amor al estilo, como una espléndida revelación.

En el procedimiento, ¿Judith imita a su padre? Banville dice que no, Guillemot dice que sí. Claro está que tienen muchos puntos de contacto el padre y la hija. El exotismo, por ejemplo, a que ambos se han aficionado bellamente. Teófilo haciendo verdaderas resurrecciones de la vida antigua, del tiempo heroico, de todo lo hierático y místico, como un arqueólogo y como un artista que era, y Judith arrastrada por la vida oriental, introducida por los Goncourt al gusto por el japonismo implantado por ellos en Francia, conocedora de la India, donde su padre fué a buscar sus avatares, dan una prueba de ello.

Estilistas ambos, ella heredó de él la pasión por el colorido y por la forma, el dominio encantador de la frase, el manejo del adjetivo, la imaginación. Tiene la inmensa ventaja de ser mujer, y por lo tanto, tener percepciones más exquisitas, y conocer misterios que no llegó a soñar el creador de *Mademoiselle de Maupin*.

En música, es partidaria de Wagner, como su marido. Los dos han escrito sendos libros sobre esa gran revolución artística del más audaz de los novadores modernos.

Wagner la quiso mucho también. El drama musical de *Tristán e Isolda* lo escribió «para complacer a Judith Gautier», cuando tenía ya escrita gran parte de su tetralogía de *los Niebelungos* y residía en París.

Como Sara Bernhardt, Judith esculpe primorosamente, y Augusto Vacquerie tiene en su casa candelabros donde ella ha labrado prodigios. Guillemot habla de un *Víctor Hugo en su lecho de muerte*, que es una obra maestra.

Su morada es un lugar delicioso, con todas las bellezas que puede acumular el más refinado gusto en el más rico «interior» parisiense, y con todas las curiosidades y ambiente artístico del desván de los Goncourt.

Cuando en los bailes de fantasía se ha mostrado Judith, ha despertado todas las admiraciones tanto por su figura como por su maestría y tino en indumentaria y ar-

queología. Una Cleopatra que hizo en tiempo no lejano ha quedado en la memoria de todos los que la admiraron. Su traje fué hecho atendiendo los modelos de un papiro de la Biblioteca, y llevaba ella un anillo, regalo de Maxim du Camp, que había sido encontrado en el dedo de una momia egipcia.

Con justicia su nombre suena entre los de las reinas de la inteligencia, del *esprit*, del salón moderno, donde ya no hay preciosas ridículas, como las de Molière, sino musas como la princesa Matilde, la señora de Rute, madama Daudet, madama Adam, madama Loti y otras más.

Los versos de las mujeres—de las mujeres que los escriben buenos—debieran siempre imprimirse con todos los refinamientos y lujos del arte, con todos los atractivos de la forma. Así los de la señora Gautier. Pocas ediciones habrá más lindas que las de sus *Poemas de la libélula* ilustrados por Yamamoto. ¡Un tesoro de japonería! Puede decirse del libro que es una verdadera joya tipográfica, y se le puede aplicar lo que la Pardo Bazán escribe de la edición de unos versos suyos en caracteres Basquerville y con cubierta flordelisada, digno de ser poseído por una princesa bibliófila.

Los versos y los cuentos de Judith, como los cuentos y los versos de su esposo M. Mendès, tienen mil encantos de expresión, de matiz, de vaguedad, de plasticidad; en fin, que uno y otro, marido y mujer se aprendieron algo. Pero ella no es decadente, y usa, pero no abusa, del símbolo. No podría en rigor, compararse la *Conquête du Paradis* con *Philomèle*, ni las languideces droláticas de Colette y Lila, con los caprichos de las princesas semíticas de la adorable japonista.

Hoy, separada de su esposo, vive real y augustamente como una de sus heroínas, en la ciudad de París.

Así, pues, mi querido poeta, ya sabe usted que Judith Gautier es tan parisiense como la moda, y que, de no serlo, más creíble es que hubiese nacido en Kioto o en Yedo, que en San Fernando de Colchagua. Cuatro datos para

concluir: el único soneto que Víctor Hugo escribió fué para ella.

Posee y quiere mucho a una perrita pelada, asiática, que se llama *Mousmé*.

Tiene los cabellos negros.

Y sabe chino.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Viernes 13 de Julio de 1888.

MORBO ET UMBRA

A VICENTE ROJAS Y ROJAS

Un hombre alegre vende los ataúdes en el almacén de la calle cercana. Suele decir a los compradores unas bromas muy a tiempo que le han hecho el más popular de los fúnebres comerciantes.

Ya sabéis que la alfombrilla ha devastado en medio mes todo un mundo de niños en la ciudad. ¡Oh, ha sido horrible! Imaginaos que la muerte, cruel y dura, ha pasado por los hogares arrancando las flores.

Ese día la lluvia amenazaba caer. Las nubazones plomizas se amontonaban en la enorme forma de las vastas humaredas. El aire húmedo soplaba dañino desparramando toses, y los pañuelos de seda o laur envolvían los pesquezos de las gentes higiénicas y ricas. Bah, el pobre diablo tiene el pulmón ancho y sano. Se le da poco que una ráfaga helada le ataque, o que el cielo le apedree con sus

granizos las espaldas desnudas y morenas por el sol de verano. ¡Bravo roto! Su pecho es roca para el mordisco de la brisa glacial, y su gran cabeza tosca tiene dos ojos siempre abiertos soberbiamente a la casualidad, y una nariz que así aspira el miasma como el viento marino oloroso a sal que fortifica el pecho.

¿A dónde va ña Nicasia?

Hela ahí que pasa con la frente baja, arropada en su negro manto de merino basto. Tropezaba a veces y casi se cae, así va andando ligero. ¿A dónde va ña Nicasia?

Camina, camina, camina, no saluda a los conocidos que la ven pasar, y parece que su barba arrugada, lo único que se advierte entre la negrura del tapado, tiembla.

Entró al despacho donde hace siempre sus compras, y salió con un paquete de velas en la mano, anudando la punta de un pañuelo a cuadros donde ha guardado el vuelto

Llegó a la puerta del almacén de cosas mortuorias. El hombre alegre la saludó con un buen chiste.

—Eh, ¿por qué con tanta prisa, ña Nicasia? ¡Se conoce que busca el dinero!

Entonces, como si le hubiesen dicho una dolorosa palabra de esas que llegan profundamente a conmover el alma, soltó el llanto, y franqueó la puerta. Gimoteaba, y el vendedor, con las manos por detrás se paseaba delante de ella.

Al fin pudo hablar. Le explicó lo que quería.

El niño, ¡ay! su niño, el hijo de su hija, se había enfermado hacía pocos días de una fiebre tan grande!

Dos comadres habían recetado y sus remedios no habían hecho efecto. El angelito había ido agravándose, agravándose, y por fin, esta mañana se le quedó muerto entre los brazos. ¡Cuánto sufría la abuelita! Ah, señor, lo último que le quiero dar a mi muchachito: un cajón de aquéllos; no tan caro; debe ser forrado en azul con cintas

rosadas. Luego, un ramillete de flores. Yo le pagaré al contado. Aquí está el dinero. ¿A ver?

Ya se había secado las lágrimas, y como llena de resolución súbita, se había dirigido a escoger el pequeño ataúd. El local era estrecho y largo, como una gran sepultura. Había aquí, allá, cajones de todos tamaños, forrados en negro o en colores distintos, desde los que tenían chapas plateadas, para los parroquianos ricachones del barrio, hasta los sencillos y toscos para los pobres.

La vieja buscaba entre todo aquel triste agrupamiento de féretros, uno que fuese para ella digno del cadavercito amado, del nieto que estaba pálido y sin vida, en la casa, sobre una mesa, con la cabeza rodeada de rosas y con su vestido más bonito, uno que tenía en labor gruesa pero vistosa, pájaros violeta que llevaban en el pico una guirnalda roja.

Halló uno a su gusto.

—¿Cuánto vale?

El hombre alegre, paseándose siempre con su risa imborrable:

—Vamos, que no sea usted avara, abuelita: siete pesos.

—¿Siete pesos?... No, no, es imposible. Vea usted: cinco traje, cinco tengo.

Y desanudaba la punta del pañuelo, donde sonaban con ruido falso las chauchas febles.

—¿Cinco? Imposible, mi señora. Dos pesos más y es suyo. ¡Bien quería usted al nieto! Yo lo conocí. Era vivo, travieso, diablazo. ¿No era el ruciecito?

Sí, era el ruciecito, señor vendedor. Era el ruciecito, y usted le está partiendo el corazón a esta anciana flaca y dolorida. Era el vivo, el travieso, el que ella adoraba tanto, el que ella mimaba, lavaba y a quien le cantaba, haciéndole bailar sobre sus rodillas, de tibias salientes, cantu-

rias del tiempo viejo, melopeas monótonas que hacen dormirse a los chicos. Era el ruciecito, señor vendedor!

—Seis.

—Siete, abuela.

¡Y bien! Ahí le dejaba los cinco pesos que había traído. Después le pagaría los otros. Era ella mujer honrada. Aunque fuera preciso ayunar, le pagaría. El la conocía bien. Se lo llevó.

A trancos rápidos iba la vieja con el cajón a cuestas, agobiada, respirando grueso, el manto desarreglado, la cabeza canosa al viento frío. Así llegó a la casa. Todos encontraron que el cajón era muy bonito. Lo veían, lo examinaban; ¡qué precioso! y en tanto la anciana estaba besando al muerto, rígido sobre sus flores, con el cabello alborotado en parte, y en parte pegado a la frente, y en los labios un vago y enigmático rictus, como algo de la misteriosa eternidad.

Velorio no quiso la abuela. Lo quisiera tener a su niño; pero no así, no, no, que se lo lleven!

Andaba de un lugar a otro. Las gentes del vecindario que habían llegado al duelo charlaban en voz baja. La madre del niño, con la cabeza envuelta en un pañuelo azul, hacía café en la cocina.

En tanto la lluvia cayó poco a poco, cernida, fina, molesta. El aire entraba por puertas y rendijas y hacía moverse el mantel blanco de la mesa en que el niño estaba; las flores a cada ráfaga temblaban.

El entierro debía de ser en la tarde, y ya la tarde caía. ¡Qué triste! Tarde de invierno, brumosa, húmeda y melancólica, de esas tardes en que los rotos acomodados se cubren los torsos gigantescos con las mantas ásperas y rayadas, y las viejas chupan el corrizo de su mate, sorbiendo la bebida caliente que suena con borborigmos.

En la casa vecina cantaban con voz chillona un aire de zamacueca; cerca del pequeño cadáver, un perro se sacudía las moscas con las orejas, cerrando los ojos apaciblemente; y el ruido del agua que caía a chorros escasos por intervalos, de las tejas al suelo, se confundía con un

ligero chasquido que hacía con los labios la abuela, que hablaba consigo mismo sollozando.

Tras de las nubes de la tarde opaca bajaba el sol. Acercábase la hora del entierro.

Allá viene un coche bajo la lluvia, un coche casi inservible, arrastrado por dos caballos tambaleantes, hueso y pellejo. Chapoteando en el lodo de la calle llegaron a la puerta de la casa mortuoria.

—¿Ya?—dijo la abuela.

Ella misma fué a poner el niño en el ataúdecito; primero un colchón blanco de trapos, como si se cuidase de no lastimar, de que estuviese el pobre muerto con comodidad en la negra tiniebla de la sepultura. Luego, el cuerpo; luego, las flores, entre las que se veía la cara del niño, como una gran rosa pálida desvanecida. Se tapó el ataúd.

Señor vendedor, el travieso, el ruciecito, ya va para el campo santo. Siete pesos costó el cajón; cinco se pagaron adelantados: Señor vendedor, la abuela, aunque ayune, le pagará a usted los dos que la faltan!

Apretaba el agua; del charol del vehículo descascarado y antiguo caía en gotas sobre el fango espeso, y los caballos con los lomos empapados humeaban por las narices, y hacían sonar los bocados entre los dientes.

Dentro, las gentes concluían de beber café.

Tac, tac, tac, sonaba el martillo acabando de enterrar los clavos de la tapa. ¡Pobre viejecita!

La madre debía ir sola al cementerio a dejar al muerto, la abuela le alistaba el manto.

—Cuando lo vayan a echar al hoyo, dale un beso al cajón por mí, ¿oyes?

Ya se va, ya han metido al coche el ataúd, y ha entrado también la madre.

Más y más arrecia la lluvia. ¡Hep! sonó el huascazo y se fueron calle arriba los animales arrastrando sobre la tierra negra su armatoste.

La vieja entonces, ¡ella sola!, asomó la cabeza por una de las aberturas de la pared cascada y ruinosa; y viendo perderse a lo lejos el coche maltrecho que renqueaba de bache en bache, casi formidable en su profunda tristeza, estiró al cielo opaco sus dos brazos secos y arrugados, y apretando los puños, con un gesto terrible—¿hablaría con alguna de vosotras, oh, Muerte, oh Providencia?—, exclamó con voz que tenía de gemido y de imprecación:

—¡Bandida!, ¡bandida!...

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, Lunes 30 de Julio de 1888.

EL PERRO DEL CIEGO

CUENTO PARA LOS NIÑOS

El perro del ciego no muerde, no hace daño. Es triste y humilde; amable, niños. No le procuréis nunca mal, y cuando pase por la puerta de vuestra casa, dadle algo de comer. Yo sé una historia conmovedora que voy a contaros ahora.

Cuando yo era chico tuve un amiguito muy cruel. No le quería bien ninguno de los compañeros porque con

todos era áspero y malo. A los menores les pellizcaba y daba golpes; con los grandes se las entendía a pedradas. Cuando el profesor le castigaba no lloraba nunca. A veces se hacía sangre en los labios y se arrancaba el pelo a puños. Niño odioso.

Con los animales no era menos cruel que con los muchachos. ¿Os gustan a vosotros los pajaritos? Pues él los que encontraba en los nidos los aprisionaba, les quitaba las plumas, les rompía los huevos y les sacaba los ojos: tal como hizo Casilda en unos versos de Campoamor, un poeta de España que ha inventado una composiciones muy sabias y muy lindas que se llaman *doloras*.

En casa del niño malo había un gato. Un día al pobre animal le cortó la cola, como hizo con su perro el griego Alcibiades, aquél de quien habéis oído hablar al señor profesor en la clase de historia.

Paco—así se llamaba aquel pillín—se burlaba de los cojos, de los tuertos, de los jorobados, de los limosneros que andan pidiendo a veces en nombre de su negra miseria ridícula. Como sabéis, es una acción indigna de todo niño de buen corazón, y vosotros, estoy seguro de que nunca haréis igual cosa de la que él hacía.

Por aquellos días llegaba a la puerta del colegio un pobre ciego viejo, con su alforja, su escudilla y su perro. Se le daba pan; en la cocina se le llenaba su escudilla, y nunca faltaba un hueso para el buen lazarillo de cuatro patas que tenía por nombre León.

León era manso; todos le acariciábamos; y él al sentir la mano de un niño que le tocaba el lomo o le sobaba la cabeza, cerraba los ojos, y devolvía halagos con la lengua. El ciego agradecía el amor a su guía, y en pago de él contaba cuentos o cantaba canciones.

Paco llegó una tarde a la hora de recreo, riendo con todas ganas. Había hecho una cosa muy divertida. Vosotros debéis saber lo que son los alacranes, unos animales feos, asquerosos, negros, que tienen una especie de rabo que remata en un garfio. Este garfio les sirve para picar. Cuando un alacrán pica, envenena la herida, y uno se enferma.

Paco había encontrado un alacrán vivo; lo puso entre dos rebanadas de pan y se lo llevó al ciego para que comiese. El animal le picó en la boca al pobrecito, que estuvo casi a las puertas de la muerte. Como véis, un niño de esta naturaleza, no puede ser sino un miserable.

Cuando un niño hace una buena acción los ángeles de alas rosadas se alegran. Si la acción es mala, hay también unas alas negras que se estremecen de gozo. Niños, amad las alas rosadas. En medio de vuestro sueño ellas se os aparecerán siempre acariciantes, dulces, bellas. Ellas dan los ensueños divinos, y ahuyentan los rostros amenazadores de gigantes horribles o de enanos rechonchos que llegan cerca del lecho, en las pesadillas. Amad las alas rosadas.

Las negras estaban siempre, no hay duda, regocijadas con Paco el de mi historia.

Imaginaos un sujeto que se portaba como sabéis con nosotros, que era descorazonado con los animales de Dios y que hacía llorar a su madre en ocasiones, con sus terribles.

El Padre Eterno mueve a veces sonriendo su buena barba blanca cuando los querubines que aguitan por las rendijas de oro del azul, le dan cuenta de los pequeños que van bien aquí abajo, que saben sus lecciones, que obedecen a papá y a mamá, que no rompen muchos zapatos, y

muestran buen corazón y manos limpias. Sí, niños míos; pero si vierais cómo se frunce aquel ceño, con susto de los coros y de las potestades, si oyeseis cómo regaña en su divina lengua misteriosa, y se enoja, y dice que no quiere más a los niñitos, cuando sabe que éstos hacen picardías, o son mal educados, o, lo que es peor, perversos!

Entonces, ¡ah!, le dice a Gabriel que desate las pestes, y vienen las mortandades, y los chicos se mueren y son llevados al cementerio, a que se queden éstos con los otros muertos, de día y de noche.

Por eso hay que ser buenos, para que el buen Dios sonría, y lluevan los dulces, y se inventen los velocípedos y vengan muchos mister Ross y condes Patrizio.

Un día no llegó el ciego a las puertas del colegio, y en el recreo no tuvimos cuentos ni canciones. Ya estábamos pensando que estuviese enfermo el viejecito, cuando, apoyado en su bordón, tropezando y cayendo, le vimos aparecer. León no venía con él.

—¿Y León?

—¡Ah! mi León, mi hijo, mi compañero, mi perro, ha muerto!

Y el ciego lloraba a lágrima viva, con su dolor inmenso, crudo, hondo.

¿Quién le guiaría ahora? Perros había muchos, pero iguales al suyo, imposible. Podría encontrar otro; pero habría que enseñarle a servir de lazarillo, y de todas maneras no sería lo mismo. Y entre sollozos:

—¡Ah! ¡mi León, mi querido León!...

Era una crueldad, un crimen. Mejor lo hubieran muerto a él. El era un desgraciado y se le quería hacer sufrir más.

—¡Oh! ¡Dios mío!

Ya véis, niños, que esto era de partir el alma.

No quiso comer.

—No; ¿cómo voy a comer solo?

Y triste, triste, sentado en una grada, se puso a derramar las lágrimas de sus ojos ciegos, con un parpadeo doloroso, la frente contraída, y en los labios esa tirantez de las comisuras que producen ciertas angustias y sufrimientos.

El niño que siente las penas de sus semejantes es un niño excelente que el Señor bendice. Yo he visto algunos que son así, y todos les quieren mucho y dicen de ellos: ¡Qué niños tan buenos! Y les hacen cariño y les regalan cosas bonitas y libros como *Las mil y una noches*. Yo creo que vosotros debéis ser así, y por eso para vosotros tengo de escribir cuentos, y os deseo que seáis felices. Pero vamos adelante.

Mientras el ciego lloraba y todos los niños le rodeaban compadeciéndole, llegó Paco cascabeleando sus carcajadas. ¿Se reía? Alguna maldad debía haber hecho. Era una señal. Su risa sólo indicaba eso. ¡Pícaro! ¿Habrás niño canalla? Se llegó donde estaba el pobre viejo:

—Eh, tío, ¿y León?

Más carcajadas.

Debía habersele dicho, como debéis pensar: «Paco, eso es mal hecho y es infame. Te estás burlando de un anciano desgraciado.» Pero todos le tenían miedo a aquel diablillo.

Después, cínicamente, con su vocécita chillona y su aire descarado, se puso a narrar delante del ciego el cómo había dado muerte al perro. Muy sencillamente:

—Cogí vidrio y lo molí, y en un pedazo de carne puse el vidrio molido, todo se lo comió el perro. Al rato se puso como a bailar, y luego no pudo arrastar al tío (y señalaba con risa al infeliz), y por último estiró las patas, y se quedó tan tieso—y el tío llora que llora.

Ya véis niños que Paco era un corazón de fiera y lleno de intenciones dañinas.

Sonó la campana. Todos corrimos a la clase. Al salir del colegio todavía estaba allí el viejo gimiendo por su lazarillo muerto. ¡Mal haya el muchacho bribón!

Pero mirad, niños, que el buen Dios se irrita con santa cólera.

Paco ese mismo día agarró unas viruelas que dieron con él en la sepultura después de que sufrió dolorosamente y se puso muy feo.

¿Preguntáis por el ciego? Desde aquel día se le vió pedir su limosna solo, sufriendo contusiones y caídas, arriesgando atropellamientos, con su bastón torcido que sonaba sobre las piedras. Pero no quiso otro guía que su León, su animal querido, su compañero a quien siempre lloró.

Niños, sed buenos. El perro del ciego—ese melancólico desterrado del día, nostálgico del país de la luz—es manso, es triste, es humilde; amadle, niños. No le procuréis nunca mal, y cuando pase por la puerta de vuestra casa, dadle algo de comer.

Y así, oh niños, seréis bendecidos por Dios que sonreirá por vosotros, moviendo como un amable emperador abuelo, su buena barba blanca.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, Martes 21 de Agosto de 1888.

HEBRAICO

Aquel día el viejo Moisés, estando solo en su tienda, todavía con el sagrado temblor que ponía en sus nervios la visión de Dios—pues acababa de recibir de Jeovah una de tantas leyes del gran *Levítico*—, sintió una vocesita extraña que le llamaba de afuera.

—Entra—respondió.

Acto continuo, saltó dentro una liebre.

La pobrecita venía cansada, echando el bofe, pues a carrera abierta había comenzado su caminata desde la faldas del Sinaí, hasta el lugar en que residía el legislador.

—¿Moisés?

—Servidor. . .

Con mucho interés, como una liebre que estuviese comprometida en asuntos graves, comenzó:

—Señor, ha llegado a mis orejas que acabáis de promulgar la ley que declara a ciertos animales puros y a otros impuros. Los primeros pueden ser comidos impunemente, los segundos tienen para ellos una gracia especial, por la cual no pueden ser trabajados por el humano estómago. Interesada en la cuestión, espero vuestra palabra.

Y Moisés:

—No tengo inconveniente. Aarón, mi hermano, y yo, hemos oído de la divina boca la ley nueva. Sígueme.

A las puertas del templo estaba Aarón recién consagrado pontífice, bello y soberbio como un rey del tabernáculo.

La luz hacía brillar la pompa santa, y el sacerdote ostentaba su túnica de jacinto, su ephod de oro, jacinto,

y púrpura, lino y grana reteñida, y su luciente y ceñido cinturón.

Las piedras del racional se descomponían en iris trémulos; las piedras bíblicas el sordio, el topacio, la verde esmeralda, el jaspe, el zafiro azul y poético, el carbunclo, sol en miniatura, el ligurio, el ágata, la amatista, el crisólito, el ónix y el berilo. Doce piedras, doce tribus. Y Aarón con ese bello traje, hacía sus sacrificios siempre. ¡Qué hermosura!

Oyó de labios de Moisés la petición de la liebre, y con una buena risa accedió así:

«—Sabed—dijo—que el mandamiento del Señor es:

Los hijos de Israel deben comer estos animales: los que tienen la pezuña hendida y rumian.

Los que rumian y no tienen pezuña hendida, son inmundos, no deben comerse.

El querogrilo es un inmundo.

Y la liebre (aquí la liebre dió un salto). Porque también rumia y no tiene hendida la pezuña.

Y el puerco, por lo contrario.

Lo que tiene aletas y escamas, así en el mar como en los ríos, se comerá.

Esto en cuanto a los peces.

De las aves, no se comerá ni el águila, ni el grifo, ni el esmerejón. Lo propio el milano y el buitro y el cuervo y el avestruz y la lechuza y el loro. Nada de gavilanes. Nada de somorgujos y de ibis y cisnes.

Tampoco se comerá el onocrótalo, ni el calamón, el berodión y el caradión y la abubilla y el murciélago.

Todo volátil que anda sobre cuatro patas, será abominable como no tenga las piernas de atrás como el brucó, el altaco y el ofiómaco.

Son inmundos los animales que rumian y tienen pezuña, pero no hendida; y aquellos que tienen cuatro pies y andan sobre las manos.

Además, la comadreja, el ratón, el cocodrilo, el camaleón, la migala y el topo.»

Y al concluir pronunció un «he dicho», que dió por terminado el extracto de la ley.

La liebre meditaba.

—Señores—exclamó al cabo de un rato (¡desgraciada! sin saber que se perdía y con ella a toda su raza!)—, se ha cometido un crimen atroz. Un israelita, un hijo de Hon, hijo de Pheleth, hijo de Rubén, ha hecho de un hermano mío un guiso, y se lo ha comido.

Aarón y Moisés se miraron con extrañeza.

La barba blanca del gran hebreo, moviéndose de un costado a otro sobre los pechos, demostraba una verdadera exaltación en el anciano augusto. ¡Cómo! Alguno de las tribus que oían por él la palabra de Dios se había atrevido, en ese propio día, a contravenir la más fresca de las leyes! ¡Cómo! No valía nada que hubiese él recibido las tablas magnas del Eterno Padre, y que hubiese consagrado pontífice a su hermano Aarón! Ya verían, ya verían. Truenos se habían escuchado sobre su cabeza escultórica, relámpagos le habían surcado la frente, y ahora, qué?— ¡Con que un israelita!

Muy bien.

Presto, presto, se buscó al culpable. Se le encontró. Venía hasta con restos del cuerpo del delito. Como quien dice, con cazuela y todo. El cachorro humeaba mantecoso y despidiendo un rico olor de fritanga; ni más ni menos que como chez Brinck, en el hotel Inglés, o donde papá Bounout. El resto de liebre estaba ahí.

La liebre viva miraba con sus redondos ojos espantados a los dos hermanos. Aarón interrogaba al acusado; Moisés examinaba en tanto el guiso, verdaderamente digno de aquel antecesor de Lúculo y de los Dumas.

El acusado se defendió como pudo. Explicó su necesidad y disculpó su apetito, alegando ignorancia de la nueva ley.

Había que juzgarle severamente. Quizá hubiera podido ser lapidado.

Mas le salvó una circunstancia, un detalle que la liebre acusadora contempló con horror: los dos jueces hermanos probaron el manjar cocinado por el rubenista, y según cuenta el pergamino en que he leído esta historia, concluyeron por chuparse los dedos y perdonar al culpable. La consabida clase de animales fué declarada comible y sabrosa.

Pero el buen Dios, que oyó las quejas del animal acusador, se condolió de él y le concedió un cirineo que le ayudase a sufrir su destino.

Desde aquel día de conmiseración se da a las veces gato por liebre.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, Lunes 3 de Septiembre de 1888.

ARTE Y HIELO

A CARLOS T. ROBINET

Imagináosle en medio de su taller, al soberbio escultor, en aquella ciudad soberbia. Todo el mundo podía verle alto, flaco, anguloso, con su blusa amarilla a flores

rojas, y su gorro ladeado; entre tantas blancas desnudeces, héroes de bronce, hieráticos gestos y misteriosas sonrisas de mármol. Junto a una máscara barbuda un pie de ninfa o un seno de bacante, y frente a un medallón moderno, la barriga de un Baco, o los ojos sin pupila de una divinidad olímpica.

Imagináosle orgulloso, vanidoso, febril, pujante!!

Imagináosle esclavo de sus nervios, víctima de su carne ardiente y de su ansiar profundo, padre de una bella y gallarda generación inmóvil, que le rodeaba y le inspiraba, y pobre como una rata.

Imagináosle así!!

Villanieve era un lugar hermoso—inútil, inútil ¡no le busquéis en el mapa!—, donde las mujeres eran todas como diosas, erguidas, reales, avasallantes, y también glaciales. Muy blancas, muy blancas, como cinceladas en témpanos, y con labios muy rojos que rara vez sonreían. Gustaban de las pedrerías y de los trajes opulentos; y cuando iban por la calle, al ver sus ademanes cadentes, sus cabezas rectas y sus pompas, se diría el desfile de una procesión de emperatrices.

En Villanieve estaba el escultor, grande y digno de gloria; y estaba ahí, porque al hombre, como al hongo, no le pide Dios elección de patria. Y en Villanieve nadie sabía lo que era el taller del escultor, aunque muchos le veían!

Un día, el artista tuvo un momento de lucidez, y viendo que el pan le faltaba y que el taller estaba lleno de divinidades, envió a una de tantas a buscar pan a la calle.

Diana salió, y con ser casta diva, produjo un ¡oh! de espanto en la ciudad.

¡Qué! ¡Y era posible que el desnudo fuese un culto especial del arte!

¡Qué! Y esa curva saliente de un brazo, y esa redon-

dez del hombro y ese vientre, ¿no son una profanación tremenda? Y luego:

—¡Dentro! ¡dentro! ¡Al taller de donde ha salido!
Y Diana volvió al taller con las manos vacías.
El escultor se puso a meditar en su necesidad.

¡Buena idea! ¡buena idea!, pensó.

Y corrió a una plaza pública donde concurrían las más lindas mujeres y los hombres mejor peinados que conocen el último perfume de moda, y ciertos viejos gordos que parecen canónigos, y ciertos viejos flacos que cuando andan parece que bailan un minué. Todos con los zapatos puntiagudos y brillantes y un mirar de «qué se me da a mí», bastante inefable.

Llegóse al pedestal de una estatua y comenzó:

—Señores: yo soy fulano de tal, escultor orgulloso, pero muy pobre. Tengo Venus desnudas o vestidas.

Os advertiré que yo amo el desnudo. Mis Apolos no os desagradarán, porque tienen una crin crespada y luminosa de leones sublimes y en las manos una crispatura que parece que hace gemir el instrumento mágico y divino. Mis Dianas son castas, aunque os pese. Además, sus caderas son blandas colinas por donde desciende Amor, y su aire cinegético. Hay un Néstor de bronce y un Moisés tan Augusto como el miguelangelino. Os haré Susanas bíblicas como Hebes mitológicas, y a Hércules con su mazo y a Sansón con su mandíbula de asno. Curva o recta, la línea viril o femenina se destacará de mis figuras, y habrá en las venas de mis dioses blancos, ícor, y en el metal moreno pondrá sangre mi cincel.

Para vosotros, mujeres queridas, haré sátiros y sirenas que serán la joya de vuestros tocadores.

Y para vosotros, hombres pomposos, tengo bustos de

guerreros, torsos de discóbolos y amazonas desnudas que desjarretan panteras.

Tengo muchas cosas más; pero os advierto que también necesito vivir. He dicho.

Era el día siguiente.

—Deseo—decía una emperatriz de las más pulcras, en su salón regio, a uno de sus adoradores que le cubría las manos de besos—; deseo que vayáis a traerme algo de lo más digno de mí, al taller de ese escultor famoso.

Decíalo con una vocesita acariciante y prometedora y no había sino obedecer el mandato de la amada adorable. El caballero galante—que en esos momentos se enorgullecía de estrenar unos cuellos muy altos llegados por el último vapor—despidióse con una genuflexión y una frase inglesa. ¡Oh! ¡admirable, así, así! Y saliendo a la calle se dirigió al taller.

Cuando el artista vió aparecer en su morada el gran cuello y los zapatos puntiagudos y sintió el aire impregnado de opoponax, dijo para su colete: «Es un hecho que he encontrado ya la protección de los admiradores del arte verdadero, que son pudientes. Los palacios se llenarán de mis obras, mi generación de dioses y héroes va a sentir el aire libre a plena luz y un viento de gloria llevará mi nombre y tendré para el pan de todos los días con mi trabajo.»

—Aquí hay de todo—exclamó—: escoged.

El enamorado comenzó a pasar revista de toda aquella agrupación de maravillas artísticas, y desde el comienzo frunció el ceño con aire de descontentadizo, pero también de inteligente. No, no, esas ninfas necesitan una pampánilla; esas redondeces son una exageración; ese guerrero formidable que levanta su maza, ¿no tiene los pies anqui-

losados? ¡Los músculos brotan; no deben ser así; el gesto es horrible; a esa cabellera salvaje le falta pulimiento! Aquel Mercurio, Dios mío, ¿y su hoja de parra? ¿Para qué diablos labra usted esas indecencias?

Y el artista estupefacto miraba aquel homo sapiens de Linneo, que tenía un monocle en la cuenca del ojo derecho, y que lanzando una mirada de asombro burlesco, y tomando la puerta, le dijo con el aire de quien inventa la cuadratura del círculo:

—Pero hombre de Dios, ¿está usted en su juicio?

¡Desencanto!

Y el inteligente para satisfacer a la caprichosa adorada, entró a un almacén de importaciones parisienses, donde compró un gran reloj de chimenea que tenía el mérito de representar un árbol con un nido de paloma, donde, a cada media hora, aleteaba ese animalito, hecho de madera, haciendo cuú, cuú!

Y era uno de esos días amargos que sólo conocen los artistas pobres, días en que falta el pan mientras se derrochan las ilusiones y las esperanzas! La última estaba para perder el escultor, y hubiera destruido a golpes del cincel que les había dado vida, todas sus creaciones espléndidas, cuando llamaron a su puerta. Entró con la cabeza alta y el aire dominador como uno de tantos reyes burgueses que viven podridos en sus millones.

El escultor se adelantó atentamente.

—Señor—le dijo—, os conozco y os doy las gracias porque os dignáis honrar este taller. Estoy a vuestras órdenes. Ved aquí estatuas, medallas, metopas, cariátides, grifos y telamones. Mirad ese Laocoonte que espanta, y aquella Venus que avasalla. ¿Necesitáis acaso una Minerva para vuestra biblioteca? Aquí tenéis a la Atenea que admira. ¿Venís en busca de adornos para vuestros jardines? Contemplad ese sátiro con su descarada risa lasciva y sus pezuñas de cabra. ¿Os place esta gran taza donde he

cincelado la metamorfosis acteónica? Ahí está la virgen diosa cazadora como si estuviese viva, inmaculada y blanca. La estatua del viejo Anacreonte está ante vuestros ojos. Toca una lira. ¿Gustáis de ese fauno sonriente que se muestra lleno de gallardía? ¿Qué deseáis? Podéis mandar y quedaréis satisfecho. . .

—Caballero—respondió el visitante como si no hubiese oído media palabra—, tengo muy buenos troncos árabes, ingleses y normandos. Mis cuabras son excelentes. Ahí hay bestias de todas las razas conocidas, y el edificio es de muchísimo costo. Os he oído recomendar como hábil en la estatuaria, y vengo a encargaros para la portada una buena cabeza de caballo. Hasta la vista.

¡Ira, espanto!. . . pero un sileno calmó al artista hablándole con sus labios de mármol desde su pedestal.

—¡Eh, maestro! No te arredres: hazle su busto. . .

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, Jueves 20 de Septiembre de 1888.

PEDRO LEON GALLO, Poeta

Un día que en la redacción de *La Epoca* hablando con algunos amigos letrados, manifesté mi entusiasmo por los escritos poéticos de Pedro León Gallo, fué recibida mi opinión con extrañeza. Decididamente, yo debía estar

equivocado! Vamos a ver, ¡muestre usted la «obra» de ese poeta! ¡Déjele usted grande por otros motivos, y en paz con sus versos!

No podía ni puedo dejarle en paz.

Y si me había contenido fué solamente porque el parecer de mis colegas, lo escuché después de labios de un sabio, cuya muerte hace poco tiempo que lamentó Chile. Y si no fuese que últimamente conversando con un ilustre poeta encontré apoyo en tal aserto, este artículo no habría aparecido nunca en las columnas donde mis buenos lectores hoy me encuentran. Me habría encerrado en mi silencio, a pesar de mi persistencia en la primera impresión. Ese poeta es el único que me ha tentado respecto al otro!

Hace pocos días leía en un diario, con motivo del centenario de O'Higgins, varias poesías de autores nacionales de fama y renombre. Entre ellos Pedro León Gallo descollaba. Su canto al soberbio guerrero chillanejo es excelente. Pocas son las composiciones originales de Gallo que conozco a más de ésta. Pero si en ellas se ve al poeta, éste surge, alado y brillante, en sus traducciones de Víctor Hugo. Esto es natural.

Traducir a Víctor Hugo es tarea enorme. Aquello de que tan solo un poeta puede traducir a otro poeta, es un proverbio literario muy verdadero. Y Víctor Hugo es el «dios». Para traducirle es preciso ser un gran poeta. Ahora bien, Pedro León Gallo es uno de los mejores traductores en lengua española que ha tenido Hugo.

El que estas líneas escribe tiene en vías de publicación un estudio completo sobre los traductores del gran francés, españoles y americanos. Esta obra, escrita con una crecida cantidad de noticias, estaba falta de datos únicamente respecto a poetas de Venezuela y Chile.

En los folletines de *La Libertad* y en la revista *Sud América*, encontré un día unas traducciones de Hugo hechas por Gallo. Eran de *La Leyenda de los Siglos*, ese monumento, en que cada piedra es edificio lleno de sublimidades y de grandezas.

¿Cómo se debe traducir a Víctor Hugo? He aquí la cuestión.

Se me ha dicho que Pedro León Gallo en sus versiones es a las veces incorrecto, a las veces flojo, y sobre todo caprichoso, duro, férreo. ¡Así, así!

¡Ya habría deseado algún artista que Paul de Saint Víctor tradujese en verso la *Ilíada*!

Si este cincelador ático de la prosa hubiese presentado al viejo Homero en ritmos nuevos, con seguridad que no sería su obra la de los Hermosillas franceses.

En la prosa misma se advierte la dificultad casi insuperable de trasladar de un idioma a otro ciertas hermosuras literarias. Yo no estaré nunca conforme con que el vino de nuestro Cervantes se apure—siquiera sean los extranjeros dueños de ricas copas, de raros cristales—sino en los firmes y viejos vasos castellanos. Aquí no hay egoísmo, puesto que juzgo lo mismo respecto a Rabelais con nosotros. ¿Quién podría presentar tal como es a Quevedo en cualquier idioma del mundo que no fuese el castellano?

Se traduce y se traduce. O se sigue al original en todo y por todo, o se camina libremente. Y aun se salta por el rallador para sembrar de cosecha propia, como hizo don Andrés Bello en *La Oración por todos*. Y en ese procedimiento de imitación se salva este escollo: traducir bien, o traducir mal. *Traduttore, o tradittore*. Pedro León Gallo tradujo y no fué traidor.

Víctor Hugo el divino poeta, cuya obra encierra la de

todos los poetas, y la de todos los siglos; Víctor Hugo, profeta en lo gigantesco y universal; Víctor Hugo, pontífice de París; Víctor Hugo, artista, a un tiempo Miguel Ángel y Benvenuto, que cincelaba una estatua en un monte y le pulía los cabellos y le bordaba las sandalias, labrando un promontorio de cosas imposibles; él, que fué el hombre-oceano de su siglo, genio único, tuvo un lenguaje especial, escribió en francés mezclado con luz.

Y para admirar esa obra, que no es obra sino biblia; para verter esas cláusulas de su lengua a otra, necesario es el ser sacerdote de ese dios, hugólatra inspirado, sentir el soplo apocalíptico de esa revelación pasmosa.

Por eso muy pocos han sido osados a vaciar tan raro bronce en el molde de nuestra lengua. Y por eso de todos nuestros metros ninguno cuadra al propósito como aquellos donde hay más holganza y majestad a un tiempo mismo, el endecasílabo suelto y la sílva. Ambos empleó con igual tino Pedro León Gallo, y procuró dejar del original todo lo soberano, lo divino y lo dulce; y todo lo salvaje y cáustico y brusco, y la idea altísima y la palabra olímpica.

¡Tal debía hacerse tratándose de Víctor Hugo!

Si van a ponerle bozales a este león, ¡mal hayan esos! Les derretirá el sol sus sombreros de cera.

Así, los rigorismos académicos, las estrecheces clásicas de nuestro idioma, no cuadran a la soberanía, al real capricho, a las creaciones potentes del gran maestro. Hay, para verter su obra, que mirar tal como es el fondo de cosas hirvientes. La figura en el molde, el metal rojo y líquido; y luego el verso anguloso y monstruoso, junto al fino y rotundo como un buche de paloma; la armonía del pensamiento, como la armonía de la letra, y lo pequeño admirable unido a lo grande formidable; la hoja, la cuerda, la onda, la nube y el alma; el árbol, la lira, el amor, el azul y Dios.

Todo sin martirizar la idea original, siendo espejo fiel de la magna figura. ¿Es posible? Sí. Y aquí el ejemplo de Pedro León Gallo.

De lo contrario, querer aprisionar el eco de esas tem-

pestades en una académica redoma gramatical—como en un caracol el ruido del mar—o en un endecasílabo moratinesco, es imposible. ¿Por qué? Porque la tempestad no tiene gramática, porque la tromba es verso que sólo tiene consonante con el trueno, porque un relámpago es una coma, en la estrofa nubarrón del poema tormenta.

Una cabeza y un corazón como el de Gallo pudieron hundirse en el sublime abismo de luz y comprender los enigmas supremos y las magnificencias de la poesía hugueana. Se posó como un águila en la gran pirámide, y vió el alma magnífica del «dios» entre las apoteosis de la aurora. En tanto nadie se fijó en su vuelo, porque la generalidad goza más con ver pasar bandadas de oropéndolas. A este cultivador de robles no se le ha hecho caso literariamente, en tanto que Lillo y Blest Gana han vencido sembrando rosas y violetas. Porque Gallo traducía a Hugo con sus versos broncos o enigmáticos, o angulosos, y los demás daban a Flérida madrigales, ramilletes de flores y romances lindos y galantes.

¡No, no es poeta, porque no lloró rimas, ni rimó declaraciones apasionadas, antes bien se iba a hablar con su profeta a la cumbre de la montaña! ¿Por qué no cantó al ruiseñor enamorado de la luna, a una dama de ardientes ojos, siquiera fuese una prima, galana como la bella Floripes, hija del Almirante Balán de Marpín, famosa entre los doce pares?

Los poetas floridos saludaban a Citerea llevada por sus dos aves blancas; Gallo se estremecía al paso de aquél que iba en enorme carro de oro tirado por cuadriga de elefantes. Y los más estaban listos sólo para coronar a los otros, y los menos—entre los cuales estaban los Arteagas y de la Barra—aplaudían a Gallo.

Hay tiempo. Hoy se inicia una era brillante al parecer. Los que dirigen el movimiento son gentes de ilustración y de entusiasmo. Se conservan de ese hombre audaz y superior escritos que andan esparcidos en folletines de diarios pasados y en revistas. Sobre todo, sus versiones de Hugo, entre las que sobresalen *El Sátiro* y *El Siglo XX* de *La Leyenda de los Siglos*. Que se recoja todo, que se imprima un hermoso libro, y ello será una verdadera gloria literaria para este soberbio país de Chile.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, Viernes 5 de Octubre de 1888.

EL HUMO DE LA PIPA

Acabamos de comer.

Lejos del salón donde sonaban cuchicheos fugaces, palabras cristalinas—había damas—, yo estaba en el gabinete de mi amigo Franklin, hombre joven que piensa mucho, y tiene los ojos soñadores y las palabras amables.

El champaña dorado me había puesto alegría en la lengua y luz en la cabeza. Reclinado en un sillón, pensaba en cosas lejanas y dulces que uno desea tocar. Era un desvanecimiento auroral, y yo era feliz, con mis ojos entrecerrados.

De pronto, colgada de la pared vi una de esas pipas delgadas, que gustan a ciertos aficionados, suficientemente larga, para sentarle bien a una cabeza de turco, y suficientemente corta para satisfacer a un estudiante alemán.

Cargóla mi amigo, la acerqué a mis labios.
¡En aquellos momentos me sentía un bajá!

Arrojé al aire fresco la primera bocanada de humo.
¡Oh! ¡mi Oriente deseado, por quien sufro la nostalgia de lo desconocido!

Pasó él a mi vista, entre aquella opacidad nebulosa que flotaba delante de mí como un velo sutil que envolviese un espíritu. Era una mujer muy blanca que sonreía con labios venusinos y sangrientos como una rosa roja. Eran unos tapices negros y amarillos, y una esclava etíope que repicaba una pandereta, y una esclava circasiana que danzaba descalza, levantando los brazos con indolencia. Y érase un gran viejo hermoso como un Abraham, con un traje rosa, opulento y crujidor y un turbante blanco, y una barba espesa más blanca todavía, que le descendía hasta cerca de la cintura.

El viejo pasó, el baile se concluyó.

Solos la mujer de labios sangrientos y yo, ella me cantaba en su lengua arábiga, unas como melopeas desfallecientes, y tejía cordones de seda. ¡Oh! nos amábamos, con inmenso fuego, en tanto que un león de crines de oro, echado cerca, miraba pensativo la lluvia del sol que caía en un patio enlosado de mármol donde había rosales y manzanos.

Y deshizo el viento la primera bocanada de humo, desapareciendo en tal instante un negro gigantesco que me traía, cálida y olorosa, una taza de café.

Arrojé la segunda bocanada.

Frío. El Rhin, bajo un cielo opaco. Venían ecos de la selva, y con el ruido del agua formaban para mis oídos extrañas misteriosas melodías que concluían casi al empezar, fragmentos de strausses locos, fugas wagnerianas,

o tristes acordes del divino Chopin. Allá arriba apareció la luna, pálida y amortiguada. Se besaron en el aire dos suspiros del pino y de la palmera. Yo sentía mucho amor y andaba en busca de una ilusión que se me había perdido. De lo negro del bosque vinieron a mí unos enanos que tenían caparuzas encarnadas, y en las cinturas, pendientes unos cuernos de marfil.

—Tú que andas en busca de una ilusión—me dijeron—, ¿quieres verla por un momento?

Y los seguí a una gruta de donde emergía una luz alba y un olor de violeta. Y allí vi a mi ilusión. Era melancólica y rubia. Su larga cabellera, como un manto de reina.

Delgada y vestida de blanco, y esbelta y luminosa la deseada, tenía de la visión y del ensueño. Sonreía, y su sonrisa hacía pensar en puros y paradisiacos besos.

Tras ella, la mujer adorable, creí percibir dos alas como las de los arcángeles bíblicos.

La hablé y brotaban de mi lengua versos desconocidos y encantadores que salían solos y enamorados del alma.

Ella se adelantaba tendiéndome sus brazos.

—¡Oh—le dije—, por fin te he encontrado, y ya nunca me dejarás!

Nuestros labios se iban a confundir; pero la bocanada se extinguió, perdiéndose ante mi vista la figura ideal y el tropel de enanos que soplaban sus cuernos en la fuga.

La tercera bocanada, plumiza y con amontonamiento de cúmulus, vino a quedar casi fija frente a mis ojos.

Era un lago lleno de islas bajo el cielo tropical. Sobre el agua azul había garzas blancas, y de las islas verdes se levantaba al fuego del sol como una tumultuosa y embriagante confusión de perfumés salvajes.

En una barca nueva iba yo bogando camino de una de las islas, y una mujer morena, cerca, muy cerca de mí. Y en sus ojos todas las promesas, y en sus labios todos los ardores, y en su boca todas las mieles. Su aroma como de

azucena viva; y ella cantaba como una niña alocada, al són del remo que iba partiendo las olas y chorreando espumas que plateaba el día. Arribamos a la isla, y los pájaros al vernos se pusieron a gritar en coro: «¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad!» Pasamos cerca de un arroyo y también exclamó con su voz argentina: «¡Qué felicidad!» Yo coronaba de flores rústicas a la mujer morena, y con el ardor de las caricias las flores se marchitaban presto, diciendo también ellas: «¡Qué felicidad!» Y todo se disolvió con la tercera bocanada, como en un telón de silforama.

En la cuarta vi un gran laurel, todo reverdecido y frondoso, y en el laurel un arpa que sonaba sola. Sus notas pusieron estremecimiento en mi ser, porque con su voz armónica decía el arpa: «¡Gloria, gloria!»

Sobre el arpa había un clarín de bronce que sonaba con el estruendo de la voz de todos los hombres al unísono, y debajo del arpa tenía nido una paloma blanca. Alrededor del árbol y cerca de su pie, había un zarzal lleno de espinas agudísimas, y en las espinas sangre de los que se habían acercado al gran laurel. Ví a muchos que delante de mí luchaban destrozándose, y cuando alguno tras tantas bregas y martirios lograba acercarse y gozar de aquella sagrada sombra, sonaba el clarín a los cuatro vientos.

Y a la gigantesca clarinada, llegaban a revolver sobre la cumbre del laurel todas las águilas de los contornos.

Entonces quise llegar yo también. Lancéme a buscar el abrigo de aquellas ramas. Oía voces que me decían: «¡Ven!» mientras que iban quedando en las zarzas y abrojos mis carnes desgarradas. Desangrado, débil, abatido, pero siempre pensando en la esperanza, juntaba todos mis esfuerzos por desprenderme de aquellos horribles tormentos, cuando se deshizo la cuarta bocanada de humo.

Lancé la quinta. Era la primavera. Yo vagaba por una selva maravillosa, cuando de pronto ví que sobre el césped estaban bajo el ancho cielo azul todas las hadas reunidas en conciliábulo. Presidía la madrina Mab. ¡Qué de hermosuras! ¡Cuántas frentes coronadas por una estrella! ¡Y yo profanaba con mis miradas tan secreta y escondida reunión! Cuando me notaron, cada cual propuso un castigo. Una dijo: «Dejémosle ciego.» Otra: «Tornémosle de piedra.» «Que se convierta en árbol.» «Conduzcámosle al reino de los monos.» «Sea azotado doscientos años en un subterráneo por un esclavo negro.» «Sufra la suerte del Príncipe Camaralzamán.» «Pongámosle prisionero en el fondo del mar....»

Yo esperaba la tremenda hora del fallo decisivo. ¿Qué suerte me tocaría? Casi todas las hadas habían dado su opinión. Faltaban tan solamente el hada Fatalidad y la reina Mab.

¡Oh, la terrible hada Fatalidad! Es la más cruel de todas, porque entre tantas bellezas, ella es arrugada, gibosa, bizca, coja, espantosa.

Se adelantó riendo con risa horrible. Todas las hadas le temen un poco. Es formidable.

—No—dijo—, nada de lo que habéis dicho vale la pena. Esos sufrimientos son pocos, porque con todos ellos puede llegar a ser amado. ¿No sabéis la historia de la princesa que se prendó locamente de un pájaro, y la del príncipe que adoró una estatua de mármol y hielo? Sea condenado, pues, a no ser amado nunca, y a caminar en carrera rápida el camino del amor, sin detenerse jamás.

El hada Fatalidad se impuso. Quedé condenado, y fuéronse todas agitando sus varitas argentinas. Mab se compadeció de mí.

—Para que sufras menos—me dijo—, toma este amuleto en que está grabada por un genio la gran palabra.

Leí: *Esperanza*.

Entonces comenzó a cumplirse la sentencia. Un látigo de oro me hostigaba, y una voz me decía:

—¡Anda!

Y sentía mucho amor, mucho amor, y no podía detenerme a calmar esa sed. Todo el bosque me hablaba.

—Yo soy amada—me decía una palmera estremeciendo sus hojas.

—Soy amada—me decía una tórtola en su nido.

—Soy amado—cantaba el ruiseñor.

—Soy amado—rugía el tigre.

Y todos los animales de la tierra y todos los peces del mar y todos los pájaros del aire repetían en coro a mis oídos:

—¡Soy amado!

Y la misma gran madre, la tierra fecunda y morena, me decía temblando bajo el beso del sol:

—¡Yo soy amada!

Corría, volaba, y siempre con la insaciable sed. Y sonaba hiriendo la áurea huasca y repetía:

—¡Anda!—la siniestra voz.

Y pasé por las ciudades. Y oía ruido de besos y suspiros. Todos, desde los ancianos a los niños, exclamaban:

—¡Soy amado!

Y las desposadas me mostraban desde lejos sus ramas de azahares.

Y yo gritaba:

—¡Tengo sed!

Y el mundo era sordo.

Tan sólo me reanimaba llevando a mis labios mi frío amuleto.

Y seguí, seguí...

La quinta bocanada se la había deshecho el viento.

Flotó la sexta.

Volví a sentir el látigo y la misma voz. ¡Anduve!

Lancé la séptima. Ví un hoyo negro cavado en la tierra, y dentro un ataúd.

Una risa perlada y lejana de mujer me hizo abrir los ojos.

La pipa se había apagado.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 19 de Octubre de 1888.

A PROPOSITO DE UN NUEVO LIBRO

CARTA AL SEÑOR DON A. ARAGON, DIRECTOR
DE LA BIBLOTECA NACIONAL DE NICA-
RAGUA EN CENTRO AMERICA.

Mi querido y venerable poeta, en una de sus cartas me ha pedido usted noticias de Préndez, el autor de las *Siluetas* que le remití hace ya largos días. Hasta hoy le contesto por varias razones, siendo la principal que de escribir a personas como usted, y sobre asuntos de letras, debía de ser largo y tendido, y los struggleforlíferos (1) en Chile caminamos a pasos rápidos, y no tenemos sino rara vez vagar para ciertas holguras siquiera sean éstas las que a las complacencias del espíritu se refieren. Por eso en lugar de ir a usted en carta íntima, voy impreso, con lo cual logro dos cosas, hablar a un ilustre amigo ausente y acusar

(1) De *struggle for life*, lucha por la vida.—R. S. C.

a otro recibo de sus poesías. Y pues debo decirle de Préndez y él acaba de publicar un libro con el título de *Nuevas Siluetas*, aprovecho la coyuntura y empiezo.

Entre todos los que en Chile sostienen el amable comercio con las musas, él tiene lugar notable que ha sabido conquistarse en breve tiempo. Sus versos han agradado al público, su nombre se ha hecho conocidísimo y él procura no dormir sobre sus laureles, y siempre escribe, mejorando siempre. El poeta argentino Olegario Andrade ha tenido gran influencia en nuestro autor, quien ha seguido sus huellas, y como aquí Andrade no ha tenido más imitadores, Préndez no se parece a ninguno de los que hoy forman el parnaso de Chile. Matta es caótico, brusco, bellamente grande, con frecuencia un discípulo de Víctor Hugo en español, lleno de arranques espléndidos y a veces de incorrecciones que irritan a los críticos. De la Barra es de tendencias indefinibles, porque dotado de una flexibilidad y potencia de ingenio muy raras, imita todos los estilos, sigue a todos los poetas que quiere, y así puede engañar al más lince, haciéndole pasar por obras del clásico Menéndez Pelayo, del romántico Zorrilla, o del originalísimo Bécquer, versos que son sólo suyos. Por eso se encuentran en sus producciones, desde el alto poema hasta la ligera rima. Concha Castillo escribe como don Gaspar Núñez de Arce, con la diferencia de que no duda, porque es un ferviente católico apostólico romano. Lillo, Rodríguez Velasco tan conocido en esos países, y Blest Gana, ya no escriben sino en raras ocasiones. Son poetas retirados. En la juventud que se levanta los hay que dan mucho que esperar y algunos han dado ya pruebas dignas de su claro talento. Se nota en ellos ante todo una tendencia plausible a lo fundamental, a dejar las superficialidades, y a conocer y apreciar el arte verdadero. Se escriben poemas y dramas, se llevan en mira ideas grandes, se ha declarado guerra al mal gusto y a las insulseces de sentimentalismos cursis, y ya se están acabando los poetas arreglados para piano. Los jóvenes han encendido la revolución actual.

Y no los recuerdo aquí por pasar a ocuparme de Prén-

dez, quien, como he dicho antes, es un seguidor de Olegario Andrade. En su obra literaria hay senderos que él no ha seguido por razones claras. La neurosis, aire terrible, no ha llegado a su cabeza con su soplo. Su sangre es fragante y sana y es hombre robusto, de testuz fornido, como algunos césares romanos; tiene un hogar pulido y dulce que alegran niños bellos y vivaces a quienes idolatra; y los que le conocemos en las intimidades de su *home*, sabemos que de conversadores chispeantes, pocos como él, de gastrónomos, raros los que le aventajan en confeccionar una ensalada, y de repentistas, ninguno que le supere en improvisar cien décimas después de la primera copa de champaña. Lo que es un dón fatal, pues ¿dónde puede usted ir quieto, cuando si saben que usted improvisa, en todas partes será víctima de exigencias? El, pues, es de corazón contento. Los flacos, los débiles, los tristes y nerviosos se sienten poseídos por el demonio negro de los versos macabros; ¿qué va a hacer ese inspirador con hombro musculoso y fuerte, de ancho pecho, cabellera absalónica y ahora Diputado al Congreso de Chile? En sus primeras poesías se presentaba con obscuridad y vacilaciones. Era poeta huraño ante la esperanza, y no veía sino la lóbrega y eterna noche. Las religiosas verdades no tenían para él influencia alguna, y frecuentemente daba muestras de un remarcado y cruel escepticismo.

Yo creo que el culto de la sagrada naturaleza, de Dios grande y universal, de la ley misteriosa y potente que lo rige todo, de la piedad inmensa, debe de ser el culto de todo poeta. Y el Cosmos, el objetivo del sublime amor. Ah, y he aquí que por obra de un siglo de luchas como el presente, hay tantos Orestes perseguidos por las tremendas furias de la duda! Ante la erguida estatua de Schopenhauer colocaría yo, alta y radiante, la del luminoso Hegel; más aún, sobre todos los sombríos pensadores desfallecientes, en medio de las tinieblas filosóficas antiguas y modernas, miro augusta y sacerdotalmente profética la figura de un anciano que todavía vive, que ha aparecido en las regiones del porvenir y de la libertad y cuya voz empieza a resonar

por todas partes porque es él hoy el primer poeta del mundo, y ama a la humanidad con amor inmenso, así como Hugo, más que Shelley y el pálido Dostoievsky: me refiero a Whitman, el pontífice yankee de la barba blanca. Y si los videntes de la luz suprema nos están enseñando el buen camino, ¿por qué seguir a los lívidos sacerdotes del pesimismo, que nos envenenan con sus ponzoñas el espíritu? Trabaja al mundo tal plaga, ¿y hemos de ser nosotros, los poetas de América, tierra del futuro, los que debemos de cerrar los ojos delante de la auroral y sonriente esperanza? Por fortuna parece que el chileno de que trato ha vuelto sus miradas al oriente y ha saludado el alba. Si así fuese, yo me holgaría de ello y conmigo todos los seguidores del ideal, los que adoramos la belleza, la verdad y el bien. Pero diré ya algo del cantor y de sus cantos.

No es nuestro poeta artista delicado. Labra sus poemas en bueno y relumbrante metal y queda la obra hermosa. Su cincel es fuerte y su martillo es sonoro. Pero si quisiese formar, como alguna vez lo ha intentado, en vez de sus anchos medallones y de sus estatuas gallardas, una burilada copa, un jarrón elegante y primoroso o una joya de rica argentería, echaría a perder el trabajo y rompería los buriles. Bien suena en sus manos la cuerda resistente, de sonidos vibrantes que pueden llegar hasta la epopeya, mas en una serenata a la luz de la luna el tañedor no sabría tocar una mandolina. Por eso sus mejores versos son aquéllos que el ardor patriótico le inspira y los en que celebra o narra hechos o figuras de la historia humana. El procedimiento artístico de Andrade—que escandalizó un tanto el criterio español y académico del ilustre don Juan Valera—es magnífico y raro, porque es suyo, porque antes que él nadie había escrito de tal manera, porque es original, pues el poeta puso en él la fuerza de su propio talento, de su individualidad.

Salió ante todo de ciertos convencionalismos de escuela, de rutinas poéticas y asperezas clásicas. Apartó leyes y licencias de tradicionales preceptistas y dió a su verso holganza, espacio abierto y alas sonantes. Ahí se encuen-

tran en sus estrofas generalmente vuelo rápido y continuada armonía; y los heptasílabos y los endecasílabos todos compuestos de palabras eufónicas y rítmicas se suceden formando sus consonancias de una manera admirable en las famosas silvas. Esto en cuanto a la forma. La soberbia inspiración del célebre argentino creaba por su parte las figuras grandiosas, los pensamientos originalísimos, y de ahí que de los cánticos de Andrade se siente siempre que brota, conmovedor y solemne, un vasto sople lírico. Préndez sigue el mismo rumbo. Hay en todos sus versos un marcado sabor épico y una soltura pomposa que en ciertas partes degenera en prosa rimada. Cuando narra de tal guisa, se diría un profesor de historia en verso. La franqueza de la estrofa encanta, pero es preciso que la épica monotonía no se sostenga. Pero nunca hay durezas ni angulosidades. Es algo como la facilidad campoamoréana vestida de gala y llena de sonoridades estruendosas. Préndez, al seguir al autor de la *Atlántida* y de *Prometeo*, tiene como norma la armonía atrayente y seductora. Le encuentro razón. Nuestro gusto americano se compadece mucho con esas bizarrías y opulencias de los ritmos. ¿Mas quién no advierte el peligro de que las notas olímpicas de la lira de bronce puedan resultar a veces con ruido de gongo chino? Cualquiera que conozca al mejicano Díaz Mirón le encontrará semejanza con Andrade; pero Díaz no conocía al argentino cuando ya publicaba sus poesías, si con el mismo procedimiento mecánico, por decir así, con empuje y efervescencias de tropical ardoroso. Préndez que tiene un talento original, fecundo y suyo, bien podía dar nueva dirección a su «manera», y ser entonces astro de luz propia. Bueno, buenísimo que nos escriba esas hermosas silvas semejantes a las del cantor de la vecina República; pero el patrón se conoce, la pauta está ante los ojos, el motivo suena a nuestros oídos siempre el mismo, y la novedad no llega nunca. La novedad era el todo para Janin. ¿Por qué quien tiene cerebro privilegiado ha de ir a buscar tal modelo en estas artes de las letras en que la emulación es espuela y la vanidad es virtud? Y luego, si en ese

sendero Préndez lograra superar a Andrade, nos viene Horacio Flaco con su *Urit enim fulgure suo, qui progravat artes, infra se positas?* Es digno de alabanza que nuestro poeta como Andrade en sus dos principales cantos busque para sus temas hechos o figuras históricas que derraman luz. De todos modos, no es ramilletero, ni se pasa la vida repartiendo confituras. Y aprovecho esta oportunidad para lamentar una dolencia literaria que aquí—como un tiempo en esas naciones—ha alcanzado desarrollo quizá con motivo de un último certamen, hablo del becquerismo. Bien está que se alaben mucho y se hagan conocer en todas partes las obras de Bécquer, pero no que se forme escuela becqueriana, no que se imiten las *Rimas*, composiciones admirables, sentidas, originales, o mejor dicho, personales, que a pesar de ser muy pocas y toda la «obra» poética de su autor, le dieron fama y gloria. Bécquer, que no cantaba sino la eterna canción del amor, lo hizo de modo inimitable puesto que *vivió* sus rimas. Así sus imitadores que producen éstas como se dice a sangre fría, no remedan del modelo sino la forma, y si logran igualarle, de algo más necesita la República que de *suspirillos germánicos*, como dice Núñez de Arce, y no siempre los poetas deben estar ojerosos pensando en la mujer amada, o llenando abanicos y álbumes con madrigales y hojas de rosas llenas de polvos de arroz: que el arte tiene vastos horizontes y allá se lanzan los que tienen alas. Así como en la inmensa variedad de la raza humana, a pesar de combinaciones no hay dos cuerpos iguales en todo, así en el misterioso yo, en lo íntimo del alma, son todos los hombres distintos, y llevan su pequeño mundo interior, el cual tan solamente puede ser contemplado por los propios ojos del mismo espíritu que nos anima. La inspiración habita en ese mundo del alma de los poetas, y por eso los poetas más originales son los que, sin sentir influencia ajena alguna, sacan de lo profundo de su ser lo que nadie conoce sino ellos, y lo exponen triunfantemente con la fuerza del arte, y entonces aquello desconocido y extraño, mueve a la admiración y llama el aplauso. Los imitadores vienen después, y como no bus-

quen también en su mundo espiritual algo que sea propio y lo empleen, entran desde luego en la numerosa comunidad de las medianías. Préndez ha buscado, y por lo que a la luz muestra, bien se ve que podría, orgulloso, regar su huerto con el agua de su propio río. ¡Ojalá lo miraran nuestros ojos!

El nuevo libro consta de siete cantos. Es el primero referente a la emancipación de los esclavos en el Brasil. Le sirve de epígrafe la célebre frase de don José de la Luz y Caballero, el sabio cubano: «Lo menos negro de la esclavitud es el negro.» El poeta canta la libertad con todos los entusiasmos de su alma. El segundo se titula *El verso griego*. En el tono épico y apasionado que emplea en las siluetas históricas, el poeta canta el verso, ese divino instrumento de la idea, y pasa en rápida revista desde Orfeo hasta el implacable Aristófanes. Hay pasajes que hacen recordar *El Prometeo*. El tercero *En la apoteosis de los héroes* está lleno de sentimiento patriótico y con un atrevido simbolismo celebra las glorias chilenas. *Sócrates* es el cuarto. El mismo tono de *El verso griego*. Todos los filósofos helenos antiguos y sus principios aparecen a la vista. ¿Dónde está la causa generadora del ser y de la vida? He ahí el problema. Thales la ve en el agua, Anaximenes en el aire, Heráclito en el fuego, Anaximandro tiene por ideal la unidad, la idealización de la materia comienza a tomar vida con Anaxágoras y la adquiere toda con el nacimiento de la doctrina pitagórica con sus abstracciones panteístas, después de Jenófanes y la escuela sofística debía de llegar por fin la luz verdadera con Sócrates. El bebe la cicuta y muere; mas su obra queda hecha. El siguiente poema tiene por nombre *Memorable instante*. Cuadro general, Roma; Bruto hiere el pecho del tirano. Hay hermosísimas estrofas y arranques viriles. *En la cumbre de los Andes* es de una composición siempre vigorosa y está lleno de osadas pinturas. El libro concluye con el canto titulado *Transformaciones*, uno de los más espléndidos que ha escrito la pluma de Préndez, brillante, fogoso, feliz. Esta es, pues, la obra recién aparecida en que me he ocupado a la ligera y la

cual ha sido lo mejor de la quincena. ¿Qué seguirá a las *Nuevas Siluetas*? Dicen que un drama, el cual está para concluirse y darse a la escena. Que me place. Ahí se ve ascensión y atrevimiento que merecen loa. Su buena musa le inspire y salga digno de su talento ese drama que he de aplaudir, en su estreno con todos, si Dios y mis pulmones me dan vida. Suyo de corazón.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, Noviembre 16 de 1888.

EL TRIUNFO DE PRÉNDEZ

Se anunció últimamente por la prensa que yo defendería a mi amigo el poeta Préndez de los ataques que se le hicieron en el Ateneo. En efecto, tenía escrita mi opinión, y la habría publicado en este diario, con gran gusto, si el autor de las *Siluetas* no hubiera ya salido victorioso con su propia defensa. Las bases principales en que se apoyaban mis razones en su favor, él las ha presentado. No me queda sino dejar constancia de que desde un principio estuve de su parte, y no sin cierto temor, pues sabía que cierta juventud literaria, y más de un buen nombre de las letras chilenas, estaban en su contra.

Cuando Préndez, en 1886, dió al público sus *Siluetas de la Historia* escribí respecto a ellas en estas mismas columnas. Elogié el vigor y la gallardía de dichos poemas, y expresé alabanzas de las que no me arrepiento ahora. Y cuando un joven, a quien conozco desde sus primeros vuelos literarios, denunció a Préndez como reo de plagio, creí tener si no obligación, al menos derecho para manifestar lo que pensaba y ser oído sobre tal asunto que ha sido es-

cándalo y motivo de asombro en el pequeño mundo de nuestra literatura actual.

Diré de paso que alabo el intento del joven crítico. ¡Ojalá persistiese en la busca y exposición de los verdaderos plagiadores!

La palabra plagio, como flagela, tuvo muchos ecos. Es condición humana—pues el hombre tiene bastante de felino—el acoger aquello que produce escozor o da arañazo a un semejante, sobre todo si ello acontece en la república literaria, donde las pasiones son más ardientes y las heridas más enconan.

Se miró la acusación con simpatías, y a Préndez, según muchos, debían ya celebrársele sus funerales de poeta. ¡Un traductor de Pélletan y nada más! ¿Que ello fué en pocas estrofas? Pues quien hace un cesto, hace un ciento. Traductor, traductor, señores. Esto me hacía recordar aquello de Moratín cuando le tachaban igual defecto sus enemigos:

.. Moratín cayó
 Bien lo pueden olear.
 No chista ni se rebulle,
 ya nos ha dejado en paz.
 Su *Barón* no vale nada...

.....
 Dice don Tiburcio: Ayer
 me aseguró don Cleofas
 en casa de la condesa
 viuda de Madagascar,
 que es traducción muy mal hecha
 de un drama antiguo alemán...
 ¡Sí, traducción, traducción!
 Chillan todos a la par;
 Traducción... Pues él ¿por dónde
 ha de poder inventar?
 No, señor, es traducción.

Y es lo cierto, que como no todos los que se preocupan de letras gustan de estudiar bien las cuestiones, resulta que la mayor parte se convierte en repetidora inconsciente de la primera afirmación que escucha.

La crítica de Préndez hecha en el Ateneo es ya muy conocida. Se trajeron como argumentos vencedores, citas de fragmentos del poeta chileno que expresaban a veces la idea principal en otra forma, y a veces la idea y las palabras mismas, de capítulos de la obra de Pélletan *La Profesión de fe del Siglo XIX*.

Confieso que a primera impresión aun personas un tanto versadas en esta clase de estudios parecen haber pensado que la crítica era justa y el poeta un plagiario, o un traductor, en verso, de la prosa del escritor francés. Con decir que un cronista de cierto diario—cuyo talento e ilustración están a la altura de su deseo de punzar aun sin motivo—ha llegado a creer que ponía una pica en Flandes al asegurar, con figa y con sorna, para amigo que le quiere bien: «que un joven imitador de Catulo Mendes iba a defender a Préndez demostrando que éste había escrito en verso y Pélletan en prosa!»

En caso tal, señor mío de mi ánima, lo que saltaría a los ojos es que el prosista francés, emulando a monsieur Jourdain, habló en silva española sin saberlo. Pero dejo esta fiesta en paz. A estas horas todos deben haber leído la defensa completa en que el autor chileno sale triunfador. Allí aparece citado un capítulo de la admirable *Poética* de Campoamor, obra sabia y famosa que no conocía el cronista en cuestión, de la cual, para que no vuelva a escribir gacetillas como la que ha citado, le copiaré el siguiente párrafo que vale por un apotegma:

«Un poeta puede imitar a otro poeta, pero no puede ni plagiar ni imitar a un prosista, aunque copie las mismas ideas con las mismas palabras. ¿Por qué? Porque la poesía y la prosa son dos artes diferentes.»

Y así verá que «el joven imitador de Catulo Mendes» no estaba pensando en decadentes cuentos de colores, al ponerse del lado de un poeta que honra a su país y cuyos talentos le han elevado a miembro de la muy limitada aristocracia de las letras nacionales.

Parece que el capítulo de la *Poética* campoamoriana titulado *¿Qué es el plagio?*, y que tan oportunamente cita Préndez en su defensa, hubiese sido escrito en especial para los que, sin previo examen, aceptaron desde el primer momento lo expuesto por el joven miembro del Ateneo. Ahí, en las regiones de la alta crítica, hace el poeta más original de España—también acusado de plagiarlo—el estudio más hermoso sobre la originalidad. A tal punto lleva sus conclusiones que es de ver cómo si nos ajustamos a ciertos criterios, queda plagiarlo de más de la marca el divino don Fernando de Herrera, quien, inspirándose en el verbo de la Biblia, toma expresiones enteras del cántico de Moisés, Exodo, XV, para celebrar la batalla de Lepanto en su magnífica oda. Los versículos hebreos han sido traducidos al español.

Se me dirá que Herrera no tomó ni calcó toda su composición en la obra bíblica, sino cortas partes de ella.

No otra cosa hizo Préndez; y ello puede verse en las citas que hace de su defensa, citas de Pélletan, de Figuiet y suyas propias.

Habla Campoamor de Rioja, quien en su *Epístola moral* toma frutas del cercado de Séneca. Pero, ¿y su canción *A las ruinas de Itálica*? A nadie se le ha ocurrido llamar plagiarlo al autor de ella por haber tenido a la vista al componerla la que con el mismo título produjera don Rodrigo Caro. ¡Y vaya si se parecen una y otra!

En un libro de texto que anda en manos de todos los estudiantes de Retórica y Poética vienen trasladadas ambas, y para que se note la semejanza las pondré en seguida:

Aquí nació aquel rayo de la Guerra,
Columna de la Paz, honor de España,
Felice, Triunfador Alpio Trajano
ante quien muda se postró la tierra
de las Islas que el mar Pérsico baña
hasta el límite patrio Gaditano.
Aquí de Elis Adriano,
de Theodosio excelente,
de su Padre valiente
rodaron de marfil y oro las cunas,

aquí ya de laurel, ya de jazmines,
 coronados los vieron los jardines
 que ahora son zarzales y lagunas.
 La casa para el César fabricada
 hoy del lagarto vil es habitada;
 casas, jardines, Césares murieron
 y aun las piedras que de ellos se escribieron.

.....

Este es (si no me engaño) el edificio
 de Publio Cipión; de Roma Gloria
 colonia de sus gentes victoriosas
 con él el tiempo exercitó en oficio
 y porque se leyese su incusoria
 dexó aquestas reliquias espantosas,
 que las manos rabiosas
 de el Alárabe fiero
 en el día postrero
 le consagró en sus aras inmortales.
 Los muros ya, que tan illustres fueron,
 combatidos de arietes caieron
 para campo de incultos matorrales.
 ¿Qué de dorados lazos tragó el fuego?
 ¿qué de soberbias torres sumió luego
 el hondo avismo! que aun apenas vemos
 iguales con la tierra sus extremos.

.....

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 gran padre de la patria, honor de España,
 pío, felice, triunfador Trajano,
 ante quien muda se postró la tierra
 que ve del sol la cuna y la que baña
 el mar también vencido gaditano.
 Aquí de Elis Adriano,
 de Teodosio divino,
 de Silio peregrino
 rodaron de marfil y oro las cunas.
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines
 coronados los vieron los jardines
 que agora son zarzales y lagunas.
 La casa para el César fabricada
 ¡ay! yace de lagartos vil morada!
 Casas, jardines, Césares murieron
 y aun las piedras que de ellos se escribieron.

.....

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fué; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla y lastimosa
reliquia solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
este llano fué plaza, allí fué templo,
de todo apenas quedan las señales;
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas:
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.

.....

Con todo, no sé, como he dicho antes, que se haya llamado robador de versos al señor don Francisco, antes bien se le tiene altar como a santo de valor y buen patrono en el culto de las castellanas letras. De él y al respecto del asunto de que antes dije, escribe un literato y crítico de España: «La composición de Rodrigo Caro hubo de llegar a noticia de Rioja; y enamorado éste de su pensamiento y plan, la mejoró en expresión, rotundidad y cadencia, como tan gran maestro en el habla y poesía castellana.» Y, pues Rioja aderezó el jardín, cortó la maleza, podó las arboledas y sembró semillas de fragantes flores, el jardín será de Rioja.

Versos enteros hay en famosos y magníficos poetas de obras de otros autores; y no, como sucede frecuentemente, por obra de casualidad, antes bien con intento deliberado. Y ya que hablé de Rodrigo Caro: el conocido *siluit terra in compectuejus*, del libro de los Macabeos, ¿no es su *ante quien muda se postró la tierra*, tomado a su vez por Rioja? Shakespeare, el gran Shaskespeare tiene en su poema *Venus y Adonis*, por ejemplo, pensamientos expresados con las mismas palabras de uno de los bucólicos griegos.

Y Voltaire...

Pero así encontraríamos que ¡ni el mismo sol tiene luz propia! Sí, el padre Homero, podría ser señalado, en tal caso, como plagario, pues «antes de él se habían escrito ya en la Grecia infinitas composiciones en verso, no sólo directas, como himnos, odas, inscripciones o epigramas, poemitas didascálicos y hasta jocosos y satíricos, sino poemas épicos bastante largos de los cuales él se aprovechó para la composición de los suyos; y si existiesen todavía, veríamos quizá que de ellos había *copiado o imitado lo mejor* de su *Ilíada* y su *Odisea*».

Y esto no lo he dicho primero yo, líbreme Dios, sino un homérida, un fanático del viejo y augusto ciego, un crítico cuyo nombre es proverbio cuando se trata de meticulosidades y rigores.

De manera que el gran heleno quedaría en mano de los críticos más exigentes todavía, como un ladrón de versos de Dares, de Corinno, de Orebanto, de Tresenio, de Demucoco, de Ternio, de Zanuris, de Orfeo, de Museo, y de Lino.

Mas si alguien fuese osado a proclamarlo, aquí sí que vendría el desenvainar tizonas, el alzar el gallo y el cepos quedos, los follones.

En la sucesión de los tiempos se advierte que cada época ha tenido sus revoluciones, que han dado origen a las obras del pensamiento que sobresalen en ellas en cualquier esfera del arte, quedando de tal guisa como demarcado el vasto camino del progreso humano. Las ideas de ayer son repetidas hoy y lo serán mañana, variando tan solamente la manera de exponerlas al mundo, la cual será conforme con el espíritu de cada edad.

Un mismo pensamiento puede ser expresado de modos diversos, y el que mejor lo revista y presente, es tan dueño de él como el primero que lo formuló. Las vastas creaciones que se llaman *Prometeo*, *Medea*, *Don Juan*,

han tenido grandes cultivadores luminosos que las han tratado y ornado cada cual con su espíritu y su fuerza, desde Esquilo hasta Andrade, desde Séneca hasta las modernas letras francesas y españolas, desde el cerebro portentoso de donde nació el hermoso caballero que inspirara a Byron, hasta el venerable Zorrilla. Y a propósito, *La Leyenda del Cid* de éste último, ¿desmerecerá algún tanto de su factura admirable por estar basada acción y romance en el viejo romancero castellano?

Si Tirso en sus *Cigarrales de Toledo* coloca entre otros cuentos suyos *Los tres maridos burlados*, cuyo plan y cuyos detalles son de otro autor de los tiempos medioevales, no es por esto culpable de pecado alguno, y nadie ha parado mientes en ello para arrojarle la primera piedra. Boccacio narra un sucedido con su picante gracia; y el frey lo mejora luego, siendo dueño de su obra, sin que ninguno tenga derecho de propiedad ni pueda argüirle pobreza de ingenio o afición a cosas ajenas. El mejora al escritor del *Decamerón*. «Le aventaja—dice don Juan Eugenio—en el gracejo de la narrativa».

Pero en lo que se basa la crítica a Préndez es en que en algunas pocas estrofas de sus *Siluetas* se hallan las mismas palabras de Pélletan. Y don Ramón de Campoamor vuelve a repetir: «Un poeta puede imitar a otro poeta, pero no puede ni plagiar ni imitar a un prosista. AUNQUE COPIE LAS MISMAS IDEAS CON LAS MISMAS PALABRAS.»

Me parece que don Ramón no es hombre a quien se le puede hacer tustus, ni alumno de sexto año, ni joven decadente y simbolista. Campoamor es Campoamor, y quitarse el sombrero, que le he nombrado.

Préndez se defendió bien.

Pero a Préndez se le condena aun en algunos círculos por sus ideas políticas; porque desgraciadamente letras, artes, ciencias, todo va a caer entre nosotros a ese tremendo hervidero de la pasión política. Cruz, Concha Castillo sólo tienen aplauso entre los muros del Círculo Católico, y en el juicio de los imparciales; lo propio que Vicente Grez,

Préndez, Pedro Balmaceda, Irarrázaval, que solamente son elogiados en el círculo del partido a que pertenecen. Feliz el día en que las letras sean vínculo de unión entre todos y se juzgue sin pasión, y el aplauso o la censura merecidos se den por parte igual a unos y a otros.

Para concluir: en el juicio de las personas que han estudiado el asunto Préndez, con detenimiento y con preparación de bagajes estéticos, el poeta no sólo no ha plagiado a Pélletan, sino que ha dejado a las letras chilenas en sus *Siluetas de la Historia* una producción digna de encomio, aunque con algunos lunares que no dañan en nada el mérito principal.

Por lo demás, él fué a beber en la misma fuente que el autor de la *Profesión de fe del Siglo XIX* con el derecho que tiene todo sediento de luz de ir al opimo y fecundo río de la universal historia. ¿Que tomó de Pélletan ideas y palabras? Pues las transfiguró escultóricamente en sus silvas sonoras.

¿Quién fué el que dijo que la selva enorme y sagrada es propiedad de un solo leñador? A ella van todos los que tienen hacha, «arma bella, desnuda, pálida, de un solo miembro y un solo labio», y hay quien da los primeros golpes al tronco, y no puede derribarlo, y hay quien llega después y lo echa a tierra porque tiene más músculos su brazo y es más filoso el labio de su arma.

A cada cual le toca su tarea; quién desgaja, quién labra, quién parte. Y cada cual tiene su gloria y su corona de laurel fragante.

En la misma arcilla en que ayer formó el alfarero un cacharro tosco y duro, puede hoy la mano del artífice modelar una jarra de Sajonia o una taza de Sèvres. Y otro más hábil pondrá sirenas o cuellos de cigüeñas en las ansas de la primera, o fingirá coronas de rosas diminutas en el borde de la segunda. El material es el propio para todos. ¿No es de una misma mina extraído el hierro de la lanza de Hugo y el de la flecha de Campoamor? ¿Y qué de raro entonces que la cadenciosa frase de Pélletan sea del mismo metal que el sonoro y opulente silabizar de Préndez?

La prosa y la poesía, como dice el autor de las doloras, son dos artes diferentes. El verso es música. Y la prosa cuando es rítmica y musical es porque en sus períodos lleva versos completos que marcan la armonía. Ejemplo, Castelar y José Martí. Por tanto un poeta no puede ser plagario de un prosista, porque tiene reglas absolutas que se lo evitan, tales como rimas y acentos, y un prosista sí puede tomar versos de un poeta para hacer más armoniosa una frase, o para acabar pomposamente el cimiento de sus epifonemas. Esto, en la forma; que lo que es en el fondo, cada cual en su taller, y Cristo con todos. Una advertencia y pongo fin a este artículo. Parece que en las generaciones del arte existiese una potente y misteriosa ley atávica, por la cual en cerebros nuevos y vírgenes florecen en ocasiones repetidas ideas viejas que brotan espontáneas; porque no siempre el artista al emplear recursos o procedimientos va a buscar enseñanzas o a consultar la vida antigua; las coincidencias se encuentran a cada paso, y autores hay que no sólo en el plan sino en detalles y primores de una obra, han imitado, o mejor dicho, han repetido lo hecho por otros desconocidos para ellos. Por esto es muy fácil calificar de plagio una frase, una idea, un verso cualquiera, sin el examen suficiente; pero muy difícil si se aplican los cánones del buen criterio, como los expuestos con claridad en la *Poética* de Campoamor.

Ahora, amigo Préndez, que su triunfo ha resultado tan brillante, me resta hacer a usted una observación. Usted presentó un escrito ante la opinión pública, escrito que era su defensa. ¿Usted ganó el pleito? No, señor, su abogado, el excelentísimo señor don Ramón de Campoamor y Campoosorio.

Si alguien contestase algo, allá se las entienda con el ilustre académico.

Quien, si supiese todo este lío, hallaría en él un soberbio conjunto de *humoradas*.

Y en verdad, que parece que todo ha sido una humorada.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, Jueves 29 de Noviembre de 1888.

ABROJOS

I

En las horas amargas que he sufrido
en una soledad que es un destierro,
con profunda tristeza he comprendido
el cariño de Byron a su perro.

II

Un día estaba de broma
en su palacio el buen Dios.
La tierra ante él daba vueltas
redonda como un melón.
Fijó su vista en la tierra
y allí miró a un buen señor
que tenía muchos fondos
y que se llamaba Job,
sujeto de buenas prendas
que vivía como un lord,
daba dinero a interés
y jugaba al rocambor.
Tenía mujer e hijos
y dada su posición
amigos muy cariñosos,
tres de ellos de lo mejor.
¡Vaya que vivía alegre
como alegre pascua Job!

El Padre Eterno de un golpe
su alegría le quitó
y le puso en todo el cuerpo
una enfermedad atroz
y de todas las riquezas
quedaron duelo y dolor.
El era hombre paciencioso
y dijo: «¡Vaya por Dios!
con mi familia y amigos
quedo satisfecho yo.»
Entonces llegó su esposa
y le pegó un coscorrón
y en vez de darle consuelos
insultos le prodigó.
Los tres amigos mejores
se acercaron donde Job,
le echaron tierra en los ojos
y le dijeron: «¡Bribón!»
Un criado le atizó un palo,
una criada le arañó
y el diablo muerto de risa
sentía un gozo feroz.
—«¡Basta! dijo el Padre Eterno.
Vuelve a ser feliz, mi Job.»
Y Job volvió a ser feliz
como uno y uno son dos.
Y se compró trajes nuevos
y tornó a ser anfitrión
y dió un baile famosísimo
en el que el ponche sobró.
Día, Cassia y Cornustibia,
las tres hijas del señor,
lucieron joyas muy ricas
y vestidos *comme il faut*.
Los tres amigos bailaban
en las cuadrillas de honor
y la dueña de la casa
dirigía el cotillón.
Y así pasaron las cosas
en paz y en gracia de Dios.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, Diciembre 9 de 1888.

ABROJOS

Cuando tus negras fauces,
oh tumba,
me libren de mis penas
profundas;
cuando del hondo río
las turbias
aguas, lleven mi barca
oscura;
cuando pupilas ciegas,
voz muda,
sienta yo la infinita
angustia;
cuando una mano amiga
descubra
mi faz, que cuatro cirios
alumbran;
cuando ningunos duelos
ya sufra
y mis nervios se calmen
y esté mi lengua muda,
entonces voy a ser un buen muchacho
y va a llorar mi muerte la fortuna!

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, Febrero 3 de 1889.

AL OBRERO

Composición leída en la celebración del aniversario de «La Liga Obrera de Valparatso».

Canto al obrero: su afán
y su brazo y su tesoro;

trabajando gana el oro,
el oro, padre del pan.

Canto al que es al deber fiel,
del mundo ante el crudo soplo,
con su azuela, con su escoplo,
con su lima y su cincel.

A quien es su labor (1),
donde el pensamiento espacia.
De la augusta aristocracia
del deber y del honor.

Mujer y hombre, ambos a dos
hacen que el trabajo irradie:
ellos cumplen como nadie
los mandamientos de Dios.

Diadema resplandeciente
que debe ser bendecida
la del que gana su vida
con el sudor de su frente.

Y hace el buen trabajador
que donde va dicha deja,
sus mieles como la abeja,
su casa como el castor.

El brazo es del corazón
el poderoso instrumento,
y es trabajo el pensamiento
y es trabajo la oración.

Dios que hizo todas las cosas
es un gran trabajador;
es el divino pintor
que pintó todas las rosas.

Y juntando su poder
una estatua y una estrella,
hizo la cosa más bella
de este mundo: la mujer.

Diera a Dios por tal trabajo

(1) Sic.—R. S. C.

todo lo que se conciba,
 las estrellas de allá arriba
 y las flores de aquí abajo.

En dos cosas que yo anhele
 la felicidad se encierra:
 trabajar aquí en la tierra
 y adorar allá en el cielo.

Concluyo. Tened valor,
 os habla el poeta que os deja:
 obrera, imita a la abeja;
 obrero, imita al castor.

RUBÉN DARÍO.
 (Chileno)

En *El Sudamericano*, periódico ilustrado, quincenal; año I, N.º 15, Febrero 20 de 1889. P. 300.

DESDE VALPARAISO

LLEGADA DE LA «ARGENTINA» Y DEL «ALMIRANTE BARROSO»

RECEPCION Y FESTEJOS

DOMEYKO

Valparaíso, Febrero 3 de 1889.

Señor Director de *La Nación*: (1)

Estamos en pleno verano; hierve el puerto de forasteros. Viña del Mar no tiene *chalet* desocupado, y en estas

(1) Correspondencia dirigida al director de *La Nación* de B. Aires.—R. S. C.

calles casi no se miran sino caras santiaguinas. Es tiempo de trajes claros, de emigraciones: tiempo de baños. Vienen a los lugares de la costa las damas aristocráticas de la capital, el *tout* Santiago que tiene la necesidad, por salud y por moda, de aire de mar que le insuffle vigor en sus pulmones; de otra vida que no sea la de sus palacios y barrios de gran tono, donde imperan a una la neurosis y la anemia.

Por eso cuando comienzan los días ardientes y hay frutas nuevas se empiezan a ver aquí muchos rostros pálidos, cuerpos airosos y delgados, gentes que caminan con indolencia, despacio, no como las que viven esa vida porteña, agitada y rápida, al galope.

Todo es diversión tan luego llega la temporada balnearia; se pasea, se hacen giras al campo cercano, se baila, los teatros rebosan noche a noche; mas quiere la mala suerte que en este año no tengamos en la «Metrópoli comercial sudamericana del Pacífico» sino un solo teatro abierto, el Odeón, donde funciona una Compañía de Zarzuela por tandas.

Mas mientras el Presidente de la República inauguraba los trabajos de nuevos ferrocarriles como el de la Cautín a Ovalle; mientras se celebraban fiestas con tales motivos, y se daban espléndidos banquetes, como uno en que el contratista habló de los caminos de hierro, mister Lord habló de las maravillas del progreso en su gran país de Norte América, y llamó a las damas chilenas «bellas, muy hermosas», inclinándose sonriente el grave ingeniero; mientras en la prensa, según las diferentes ideas que se sustentan, son combatidos o alabados los nuevos contratos; mientras la capital queda vacía, comenzando con el palacio de la Moneda, y en Valparaíso reina la animación producida por los inmigrantes de todos los años, a la luz de un claro sol ancló en esta bahía la Corbeta argentina, tendida al viento su bandera azul y blanca.

En Chile todo ha sido para con los marinos de esa nación hermana, fiesta y alegría.

La prensa saludó con las más fraternales palabras a

los hijos de esa noble y grande tierra, cuyos progresos son aquí bien conocidos; banquetes y bailes se dispusieron en honor de ellos; la empresa del Odeón les dedicó función especial; por todas partes se les nombraba, se les señalaba; «parece que no hubiésemos visto nunca argentinos», decía *El Heraldo*; eran el tema de la conversación del día.

Desde su llegada todos los clubes se los disputaron; el Coronel Ramos les obsequió opíparamente en su casa; el millonario señor Edwards, ex-Ministro de Hacienda, les ofreció festejos en su fundo de San Isidro, y luego que hubo pasado el día de esta galantería opulenta que ellos aceptaron, en la que labios argentinos y chilenos, a hora de los *toasts* supieron ser cumplidos y entusiastas, cuando los marinos iban a tomar el tren, dice un diario, «¡Viva Chile!», y los espectadores respondieron con un «¡Viva a la República Argentina!»

¿Pues los cadetes? Los pequeños capitanes de mañana acordaron también su banquete; y era de ver las parejas de jóvenes de ambos países, cuando partiendo del muelle a donde los unos fueron a recibir a los otros, se dirigieron brazo con brazo, camino del local de los ágapes. Y dicen los cadetes argentinos que para ellos esa ha sido la mejor de todas las manifestaciones. Así, a bordo de su buque, correspondieron magníficamente a sus colegas.

En noches pasadas, hubo una de gala en el teatro de la Victoria. Se daba una velada. Quien hubiera pasado entre los dos leones de mármol que adornan el *foyer*, habría notado una concurrencia tan escogida y tan numerosa como raras veces se ha visto en el elegante coliseo.

Muchas hermosas mujeres, mucha seda, mucho brillo de joyas y galones, mucha negrura de frac, se advertía entre el vapor de oro de las luces; y cuando se oyeron, al alzarse el telón, los acordes de los dos himnos nacionales que se escucharon de pie, sintieron todos los circunstantes, sin excepción, como que flotaba, conmoviendo espíritus y corazones, un vasto soplo de patria. Mientras los himnos resonaban, aparecía en el escenario una alegoría que causó muy buena impresión: las dos naciones herma-

nas se veían abrazadas, y junto a ellas estaba escrita la palabra *Fraternidad*. En el fondo del proscenio había diez y seis escudos con los nombres de las provincias argentinas, y dos más, nombres épicos, soberbios, de bronce: Chacabuco y Yungay.

En la fiesta literaria tomaron parte el encargado de negocios de Nicaragua, señor Poirier, y don Carlos A. Rodríguez. Este último ofreció la velada. De Santiago llegaron dos poetas que declamaron versos. Todo lo que en la noche se leyó o se dijo en las tablas del Victoria fué en honor de la República Argentina, de sus glorias y de los hijos suyos que hoy nos visitan. Dijo Rodríguez en sus discurso que «es Chile, somos los hijos de O'Higgins, Rodríguez y Carrera que estrechamos en nuestros brazos a los de San Martín, Belgrano y Rivadavia, con la misma efusión que setenta años atrás en los campos de Maipú se estrecharon los héroes dispuestos al sacrificio y a la victoria»; y que «era motivo de regocijo que el pabellón celeste y blanco que trasponiendo la cordillera vino a prestarnos con su sombra el coraje de sus hijos en los días de la prueba gigantesca, se presentase hoy por primera vez en visita fraternal en estas playas, surcando las aguas del Pacífico». Y concluyó: «La estrella del sur, señores, quiere hacer y hará cuanto pueda para llenar los deberes de la hospitalidad con su hermano el sol del levante.»

Muy aplaudido fué el orador, más que cuando, pasados algunos momentos, leyó un cuento simbólico a la manera de Cátulo Mendes.

El señor Poirier, que por su madre tiene sangre argentina en las venas, habló con entusiasmo de esa admirable República y de sus maravillosos adelantamientos, única muestra de rápido progreso que la raza latina de América puede oponer al potente pueblo del norte.

Habló de cómo en Argentina las artes, las ciencias, la industria, las letras tienen su emporio, vitalidad fecunda y fuerza; del desenvolvimiento comercial, al que tanto ha contribuído la corriente inmigratoria, que convierte a Buenos Aires en una Nueva York sudamericana.

«Allí—dijo—se improvisan ciudades y puertos, por obra de encantamiento; allí el crédito hace prodigios, procurando el desarrollo rápido de todas las industrias; allí florecen las artes; y en el olimpo de las letras el ilustre Mitre; Andrade, el cantor de *Prometeo* y el *Nido de Cóndores*, de épico estro; Ricardo Gutiérrez, el dulcísimo poeta de las lágrimas, el delicado Guido Spano, y Obligado, el de los espléndidos frutos y grandes esperanzas, honrarían la cultura del más exigente ateneo. Allí la instrucción tiene vasto terreno avanzado, y la patria cuenta con estadistas eminentes, financistas de nota, como Pedro Agote, cuya obra sobre instituciones bancarias tan alto le coloca, y a tantos y tantos otros que omito en obsequio a la brevedad.»

Luego dijo de esa prensa rica y pletórica, con sus ediciones monumentales y su constante información; del nuevo lazo de unión que habrá entre los dos vecinos—separados y unidos al propio tiempo por los Andes, «pétrea y gigantesca columna vertebral del torso compacto»—cuando los ferrocarriles en proyecto sean una realidad. «Los albores del siglo veinte—agregó—hallarán a la Argentina y a Chile formando con sus vías férreas un completo sistema arterial.»

Fueron muy bien recibidas las palabras de Poirier, y entre un nutrido aplauso se retiró del proscenio.

El señor don Roberto Huneus leyó una oda *A la República Argentina*, y Alfredo Irrarázaval, después de una introducción en verso en que saludaba a los huéspedes, leyó también uno de sus cuentos graciosos y traviosos. Fué lo que en la velada dió nota alegre.

Pasada la velada, siguieron algunas demostraciones.

Mas he aquí que en el gran conjunto agradable ha habido sus puntos oscuros. Mi deber de corresponsal imparcial y de escritor extranjero que mucho agradece a Chile, me excusan de hacer comentarios; por tanto no haré sino exponer los hechos.

No pensaba comunicar a *La Nación* ninguno de los rumores que de boca en boca y desde hace algunos días

han circulado; hoy lo hago porque he visto que dichos rumores los da a conocer al público, en *El Independiente* de Santiago, uno de los principales escritores chilenos. Ahí hay quejas, porque el Comandante de la *Argentina* no hizo la visita de etiqueta oficial al Comandante General de Marina, pues, aunque se aseguraba que estaba enfermo, asistió al banquete del Cónsul de su nación; quejas y quejas amargas, porque después de dicho banquete, habiendo invitado a los marinos al Club Valparaíso, a tomar una copa de champaña, el caballero invitado propuso un brindis por un gran guerrero americano que simboliza la unión de ambas naciones: San Martín, a lo que uno de los Oficiales argentinos pidió otra copa por otra gran figura, por otro gran nombre. «Todos veían ya brillar—dice *Juan de Santiago*—en los labios del marino argentino el nombre de Prat, y, con la copa levantada, esperaban que fuese pronunciado ese nombre augusto y querido, para dar expansión a los sentimientos generosos del entusiasmo y de la fraternidad». El marino brindó por Miguel Grau, gloria del Perú. Asombro, estupor, ira. El champaña quedó hirviendo en el cristal. El Comandante de la *Argentina* que se hallaba presente, pensando que sería una equivocación, dijo que se estaba confundiendo a Grau con Prat; que era asunto de nombres.

—No, señores—insistió quien había brindado—: he dicho Miguel Grau.

Esto es lo que cuenta *Juan de Santiago*.

Y dice que él refiere lo que todo el mundo se ha contado en estos días entre exclamaciones de asombro fáciles de suponer. Pero que no asistió a la cena y no podría autorizar la versión con su testimonio personal.

Yo tampoco asistí, pero persona digna de fe que estuvo cerca del marino argentino, me asegura todo lo contrario. Es cierto que al finalizar su *toast* confundió a Prat con Grau, mas no que insistiese. Después que el primer momento hubo pasado, alguien le indicó su error, y él lo reconoció. Y cuando todos se habían sentado dijo a varios amigos que le rodeaban: «Creo que no sería en todo caso

de mal proceder brindar por Graü, que fué un valiente, lo cual honra más a los chilenos en su victoria.»

Esto fué todo. La gente, éste, aquél, el de más allá, desfiguran, lo que sucede siempre. Las versiones se multiplican, y todo queda desfigurado.

En este momento, cuando muchos diarios reproducen el artículo de *El Independiente*, llega el *Almirante Barroso* y a su bordo un Príncipe de Saxe-Coburgo-Gotha, nieto de don Pedro del Brasil. El Presidente Balmaceda le envía uno de sus edecanes y le invita a pasar a Santiago. El Príncipe Leopoldo Augusto, mozo gallardo y rubio, muy rubio, desembarca acompañado del Comandante del buque, Melho, y se aloja en el Hotel de France, donde el Ministro brasilero Correia de Araujo le da un banquete.

Mientras en éste se está, dos bandas tocan retreta frente al hotel. Gran muchedumbre de gente, abundando en ella los sobretodos claros y los sombreros de pelo, se agrupa frente a los balcones del departamento del Príncipe. Pasado el banquete, aquél aparece con sus acompañantes de mesa. Vítores y aclamaciones. No falta pueblo entre la concurrencia escogida. Se toca el himno del Brasil. El entusiasmo sube y sube, y aumenta de modo grande cuando se ve izar la bandera chilena en la misma asta en que la brasilera estaba ya arbolada.

El Príncipe las une con su pañuelo.

Canción Nacional Chilena. Todo el mundo aplaude, grita, vitorea, aclama, se oyen los nombres de don Pedro, del Príncipe; se dan vivas a la libertad de los esclavos, al Imperio, a los amigos de Chile. Y mientras tanto, Leopoldo Augusto y los que le acompañan, han mandado traer flores y riéganlas sobre tanto brazo levantado y tanto entusiasmo y griterío. Unas damas desde otros balcones hacen lo mismo; una hay que a dos manos arroja puñados de rosas. El Comandante del *Almirante Barroso*, conmovido, se pone de pie y da las gracias al pueblo. Esto lo hace varias veces. Pasa un ómnibus y se detiene; sobre la imperial hay un orador que perora, felicita al Príncipe, como a don Pedro, alaba al Brasil, que tantas pruebas de amistad ha

dado a Chile. La concurrencia sigue ardiente, emocionada, encendida. A las diez de la noche las bandas se van, tocando una marcha, y poco a poco el gentío se dispersa. Momentos después, el nieto imperial se retira de sus balcones.

Días más tarde va a Santiago, donde es recibido por los Ministros de Estado por ausencia del Presidente Balmaceda. Allá, lo mismo que aquí, se le hacen las más ardientes ovaciones. Cuando retorna al puerto, concurre a los teatros y las representaciones se suspenden, la orquesta toca los himnos nacionales, todos se ponen de pie, hasta las damas, y él lanza agradecido, a plena boca, un ¡viva Chile!

Se anuncian nuevas fiestas, siempre en honor del imperial huésped, entre ellas un gran banquete que le dará cuando llegue a Valparaíso el Jefe del Estado. En todas partes, tanto en la alta sociedad como en el pueblo, se nota, indudablemente, el más vivo entusiasmo por los brasileros.

Su Alteza don Leopoldo ha hecho también frases de efecto. Por ejemplo, en el Parque Municipal fué invitado en una de estas tardes, por un caballero, a tomar una copa de champaña. El invitante bebió «por su alteza». El Príncipe contestó: «Aquí no soy alteza sino teniente de la marina brasilerá.» Y cuando el otro iba a pagar: «Para pagar sí que hay alteza», dijo, y el Príncipe pagó.

Entre tanto, la *Argentina* va ya para el Callao.

En medio de tantas alegrías, adviene que ha muerto Domeyko el sabio. No quedaron sus restos en Polonia, no murió allá en el país de Lituania donde vió primero el sol. Chile se queda con su cadáver; y pues fué este país el que sirvió de base para su gloria completa, bien están esas sagradas cenizas en Santiago. El viejo glorioso, no obstante, conservaba un puñado de tierra polaca y ordenó que se pusiese como una almohada funeraria de su cabeza cana y

gloriosa. Así, quien de mozo luchó por aquella tierra esclava, puede dormir el sueño del enorme misterioso sobre algo del suelo patrio siempre querido.

Domeyko, cuyo nombre conoce el mundo todo, muere a los ochenta y siete años de edad.

Vino a morir a este país que tanto había amado y al que había servido medio siglo. Antes, había vuelto a Polonia, por quien peleó deseando su libertad. Era de familia ilustrísima, ennoblecida desde el siglo décimoquinto. Después de dejar las armas se dedicó a la ciencia, y su espíritu en ella se ensanchó, fué admirable.

Comenzó a estudiar en la vieja Universidad de Vilna desde antes de la primera agitación rápida del patriotismo polaco; cuando ésta concluyó, vigilado por la policía rusa vivió en el campo, y de allí cuando, las hoces relampagueantes de los patriotas pasaron delante de él, fué a campaña, con los que sufrieron en lucha por la libertad, el desastre terrible de Varsovia.

Luego fué a Francia, patria a que tiene derecho todo el mundo, y allí encontró refugio, y aumentó más su saber.

De allá vino a América. Escribió sus impresiones de viaje, en carta que dirigió al poeta Mickiewicz, su amigo, a quien había servido de padrino en sus bodas. Llegó a Buenos Aires, recorrió la pampa y atravesó los Andes. Entonces empezó a servir a Chile. Sus libros científicos dieron a conocer esta tierra en Europa; fué maestro de tres generaciones, y, para la ciencia universal, dejó un monumento. Aquí se llenó de gloria y de canas; encontró patria, hogar, familia, honores.

El pago de Chile fué digno de tan meritorio bienhechor. Pero aun falta, y este pueblo acabará de cancelar su deuda, porque hay buenas cabezas y buenos corazones.

Domeyko, al morir, ha partido tranquilo y serenamente a la eternidad. En todas partes será sentida su muerte por su sabiduría y por su alma llena de bien y de luz; en Polonia, donde su compañero de juventud el gran poeta Odyeine sentirá que le ruedan lágrimas por la gran barba blanca, y donde todos amaban al varón sapiente

y justo; en Turquía, donde Edhin-Pacha, condiscípulo ilustre de Domeyko, es el único que resta de los estudiantes que en París se hallaban en la Escuela de Minas allá por 1836; en Francia, donde el sabio aprendió tanto, en todos los lugares en fin en que se conozca esa existencia fecundante, el nombre, y los bienes que a la humanidad ha dejado aquel anciano de cabeza calva y ojos de águila, que los cerró en el vasto sueño, sonriente y dulce con su fe cristiana.

Chile está perdiendo todas sus columnas. En pocos días le han abandonado el gran Lastarria, Amunátegui, Pissis, Domeyko y Taforó. Esto es doloroso. Los astros se están apagando en el cielo de esta patria, y no se advierten muchos otros en el horizonte.

Quiera Dios que de la juventud, llena de savia y de esperanza, crezcan robles.

Me despido de usted, señor Director, hasta mi próxima del Callao.

RUBÉN DARÍO.

En *La Epoca*, Santiago, Marzo 1.º de 1889.

APENDICE

EL LIBRO «ASONANTES» DE NARCISO TONDREAU (1)

I

A mi llegada a Chile en 1886, uno de mis mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras. Todos en la América Latina sabemos que aquel país posee una producción intelectual poderosa, y escritores y poetas renombrados.

Al pasar por Valparaíso había tenido oportunidad de ser presentado a Eduardo de la Barra; le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el de Bonaparte de Meissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha a veces, y a veces sedosa y aterciopelada; le había visto dos ocasiones, una en su casa, frente al parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gustos, y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias; otra en su oficina de rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre. En su sa-

(1) Este estudio, según sabemos, servirá de prólogo al nuevo libro de versos que próximamente publicará el señor Tondreau.—N. de la Revista.

lón, donde se veía en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia, hablaban silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano, los de Shakespeare y Schiller. Allí de la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dió noticia de los poetas chilenos que yo deseaba conocer. Matta estaba de Ministro en Montevideo; Irisarri, enfermo, vecino a la muerte en Santiago; Lillo y Valderrama, dados a la política; Rodríguez Velasco, a los negocios, poeta rico. ¿Y Blest Gana?, pregunté. «Si quiere usted ver a Guillermo, vaya al Palacio de la Justicia, suba las escaleras de la izquierda, llegue a la oficina de Registro Civil y ahí está un hombre de bigotes canos: ese es.» Fuí y le vi. El cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales y delicados el de

¡Pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad!,

era jefe de oficina; trataba allí de nacimientos y defunciones. También tenía un desquite poético: casaba al joven novio y a la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros.

Recién ocupado en Santiago, en la redacción de *La Época*, tuve el gusto de recibir la visita de Carlos Toribio Robinet, quien, tiempo después, me presentó a Lastarria, el viejo maestro glorioso. El nombre de Robinet debe ser conocido y aplaudido. ¡Persona rara Robinet! Es el amigo de todos los escritores, de todos los artistas extranjeros que llegan a Chile. Y si éstos llegan necesitando apoyo, lo es más. Hermoso espíritu, caballero de las brillantes almas náufragas! Escritor él mismo, es un excelente *croniqueur*, y hace buenos versos si le viene en deseo. Dígalo si no Manuel del Palacio. Un día ambos se cambiaron dos sonetos como quien lo hace con dos tarjetas.

Cuando Augusto Ferrán, el de los *Cantares*, el amigo de Bécquer, llegó a Santiago a dedicarse al comercio de libros, Robinet fué su más cordial queredor. Así del trágico

Rossi, de Jorge Isaacs, de Valdés, de Ricardo Palma, de Arnaldo Márquez, de Hostos, de Cañas, el salvadoreño, y de otros tantos. Carácter admirable y vivo, Robinet comprende a los artistas, los pensadores y los soñadores. Al propio tiempo es hombre de negocios y representante de una fuerte casa de seguros en Santiago, donde todos le quieren. Le llaman «El chino» como a Gordon, porque nació en efecto en el país de los tibores ventrudos, de los inmóviles dragones formidables y del *mightly, subtil opium*, propicio a los sueños.

Conocí, pues, por Robinet a Lastarria, en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y convencido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio amable, cabeza llena de laureles. ¿Quién no ha leído sus libros en América y aun en España?

Amunátegui era otra gran columna. Una mañana pasando por la Alameda, soberbio lugar de palacios de piedra, estatuas de bronce y arboledas vastas, vi pasar un viejo meditabundo que iba con capa—allá donde nadie la usa—, un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era saludado, y saludaba a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bello.

Después vi a Valderrama en la redacción de un diario en que yo escribía; alto y grave, siempre de corbata blanca, conversador ameno, con todo, y su seriedad casi fría al parecer. A don Zorobabel Rodríguez, primer diarista chileno, y a Carlos Walker Martínez, talento admirable, orador fogoso, y a Lillo, les vi en el Congreso. Este último era Ministro. Tenía la cabellera toda plateada por los años.

Y así, llegué a conocer a casi todos los de la generación que dió lustre al nombre chileno en la por desgracia concluída Academia de Bellas Letras.

Faltábame lo que los franceses llaman *les jeunes*, los jóvenes que escriben, aunque entre ellos hay en ese grupo

gentes que peinan canas. Ya se sabe que Coppée es el Benjamín de la Academia francesa.

La juventud en todas partes es atrayente, animosa, vencedora. La juventud santiaguina es así.

Como en todos los grandes centros, sobre todo en la clase alta y rica, entre las aficiones intelectuales y el *sport*, éste se lleva el mayor número. Y es natural: al empezar esta hermosa vida, el deseo de goce crece a cada instante, los sentidos triunfan, el dinero se ambiciona para satisfacer aquéllos, la sangre bulle fragante y sana, el lujo atrae, y entre unos hexámetros de Homero y unos guantes crema o un sombrero de copa, se prefiere lo último. Así, no es de extrañar que el club de los *mirlitons* tenga más miembros que la sociedad científica o literaria, y que se vaya al hipódromo con más gusto que al Ateneo. Luego, las exigencias del medio social; la moda; las distintas amalgamas conformes con las tendencias y modos de ser; los empleados de banco y los struggleforlíferos de la prensa; *flirtation*, y temperamentos; falta de estímulo; y, por último, el ejemplo de hombres ilustres en la miseria.

II

Por aquel tiempo, a decir verdad, la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora. Santiago en la América Latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guardarropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega

a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, el Municipal, y una catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus Memorias han inventado respecto a la sociedad chilena que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esta última nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro envuelta en un manto que hace por el contraste más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres (1) delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del cerro de Santa Lucía. Este es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioscos, teatro, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante, y por cierto muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura*. Santiago hace libros y frases, *nouvelles à la main*. Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yankee, *El Ferrocarril*; los demás son más dados

(1) Sic.—R. S. C.

al «mecanismo» francés. *El croniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanentemente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo transandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata; o si no, se hacen traducir los artículos de la prensa europea que llega por el Estrecho. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Toma el té como Londres, y la cerveza como Berlín. Es artística, ama las gallardas estatuas y los cuadros valiosos. Cincela con Plaza, con Blanco, y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en tiempo de conmociones. Es ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurente, aguerrido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de Septiembre, la ciudad se engalana, llénase el Campo de Marte de soldados, va el Presidente a la revista en coche, tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha el ruido de cascos y ruedas, de gente que pasa, y estruendo de fanfarrias y clarines. En un día semejante fué cuando conocí al autor de este libro en la redacción de *La Epoca*.

III

En la redacción de *La Epoca* se reunían muchos de los *jeunes* de la prensa santiaguina. Ahí departíamos de asuntos de letras o artes, de un último libro, de un triunfo o de un fracaso, y ahí se escribía, se hablaba en voz alta hasta muy entrada la noche, hasta la hora del té, a riesgo de alterar la paciencia de mi estimado director don Eduardo Mac Clure. Allá llegaba Pedro Balmaceda, santiaguino que sufría la nostalgia de París, parisiense que no conocía

la gran ciudad, siempre con alguna frase chispeante, sonriente y soñador, neurótico que mantenía cuidadosos a sus médicos, colorista que bordaba revistas y cuentos de todas las flores del estilo; ¡ah, buen amigo! Alberto Blest, hijo del novelista ex Ministro de Chile en París, comparecía también, ya tísico, a contarnos entre accesos de tos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes, Blowitz, Houssaye, Hohenlohe... ¡pobre Alberto! Ya duerme. Luis Orrego era el charlador incansable, mordiente, con los labios siempre entreabiertos por una sonrisa temible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y *conteur* amante de la frase artística; y exagerado, hasta asegurar que una botina número 37 le calzaría bien al pie de Goliath. También concurría Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía a su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinosa que entonces era redactor político del diario, y que hoy es Ministro de Instrucción Pública. Siempre de pie, oía, daba su opinión, verbosamente, ostentando su franca risa, y se marchaba.

El novelista Vicente Grez era Diputado y nos iba a acompañar de cuando en cuando, en sus ratos libres. Los hermanos Huneeus nunca faltaban, con Carlos Hübner. Rodríguez Mendoza llegaba raras ocasiones. El había sido redactor del diario y le tenía cariño a la redacción; así cuando se solicitaba de él algún artículo, aparecía estirado y friolento, subido el cuello de su ulster, y entonces se estaba con nosotros, el querido Manuel, en la charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. ¡Horas inolvidables fueron aquéllas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas en que se veían las ilustraciones del diario del Domingo; en la mesa del centro, diarios y revistas, todo confundido y revuelto; frente a la puerta de entrada, una panoplia, una panoplia célebre para nosotros, y de la cual ya ha hablado en *La Libertad Electoral* Luis Orrego Luco, en

uno de los artículos embusteros y llenos de elogios hipócritas, que publicó respecto a quien este prólogo escribe. Y a propósito, ¡cuántas veces en aquel recinto levantaron sus voces en defensa del talento de Tondreau algunos que osaban desafiar el curarse de las saetas de Orrego y las «navajas siempre afiladas» de Alberto Blest!

IV

Recién llegado, había recibido un libro nuevo de versos titulado *Penumbras*. Dos poemitas, composiciones sueltas y traducciones de Horacio. Leí el volumen y publiqué un artículo lleno de elogios que algunos calificaron de exagerados. ¡Bah! Poco me importaba lo que dijeren. Había sentido el soplo de una poesía verdadera en aquel libro lleno de estrofas magníficas y también de estrofas malas. Tiempo después, elogios iguales a los míos y aún más lisonjeros, recibió el autor de Valera, Menéndez Pelayo y Núñez de Arce. Yo conocía de Tondreau ya un poema político burlesco titulado los *Balmacedonautas*, escrito en octavas fáciles y al modo clásico. En *Penumbras* se advertía el convencionalismo de factura, que todavía subsiste en muchos autores de versos de España y Sud América, convencionalismo que viene de lejos; la imitación de Tassara, del duque de Rivas, del mismo Espronceda, esa fué la primera manera de Tondreau. La crítica nada dijo, o dijo poco. Ni los amigos políticos del poeta se ocuparon como debían del librito.

Y digo ni los amigos políticos, porque las letras en aquel mar, barcas tranquilas, son arrastradas por el viento político. Así hay dos grupos principales completamente separados, el liberal y el conservador, cada cual con sus diarios, revistas y centros propios, al servicio de sus ideas y propósitos. Al partido católico, el conservador, el mejor organizado, pertenece el Círculo Católico, biblioteca, etc., y diarios como *El Estandarte Católico*, *El Independiente* y *La Unión* y una revista como la de *Artes y Letras*; el par-

tido de las ideas modernas tiene el Club del Progreso, el Ateneo, la *Revista del Progreso* y gran parte de la bien mantenida prensa chilena.

La juventud, por tanto, trabaja, a un lado o al otro; y entre los suyos triunfa, y entre los suyos recibe aplausos si los merece. Hay diferencia hasta en los estilos y tendencias. Los escritores conservadores, con brillantísimas excepciones, son apegados al formalismo clásico, a la manera académica, al período castellano de los tiempos de oro, desenvuelto con elegancia convencional, y con apego a reglas y formas preestablecidas. Muchos de los principales y talentosos e ilustrados jóvenes que escriben en la *Revista de Artes y Letras* son dados a estudios de filosofía escolástica, y tienen una academia tomística excelentemente organizada. Los otros no. A modernas ideas, moderno estilo. Emplean el patrón francés, la brillante vitola parisiense, con galicismo y todo, en fondo y forma. Si los unos se enorgullecen con justicia por tener un prosador y novelista como Pedro N. Cruz, los otros poseen un colorista admirable, un estilista lozano y aristocrático en Pedro Balmaçada. A un lado están Echenique Gándarillas, los Barros y muchos más, y a otro Riquelme, Arrieta Cañas, Orrego y demás miembros del Ateneo, entre los cuales el poeta más brillante y poderoso es Tondreau.

V

Ya éramos viejos conocidos con Tondreau. Cuando publiqué el juicio sobre *Penumbas*, habíale hecho notar su poder en la descripción, su valentía de imágenes, y su peculiaridad de *forestier*. Ahora, después de algún tiempo me atrevía a indicarle: Amigo mío, ¿por qué no nos da usted un poema original, de términos y extensión que pueda dominar y que sean «suyos» con forma, con espíritu nuevo, un poema que llevara por título *El Bosque*?

El poeta pensó, y no quiso emprender la tarea. No me desalenté. Acababa de leer *La Mer* de Richepin y le

remití ese libro admirable. Lo leyó, y desde entonces comenzó la nueva manera de Tondreau, la pasión por la eufonía rítmica, por la palabra sonora, por la cristalización de la idea en el verso, por la onomatopeya elegante. Antes seguía de cerca a los clásicos españoles, creía en la subsistencia de la época antigua; era pagano y tenía las continencias de un místico; rimaba octavas reales; creía que el soneto era prisión y grillos de un pensamiento, un cántaro chinesco en el que apretado se deforma un niño para fabricar un enano; gustaba de la lija, y ensayaba todos los metros; seguía más la enseñanza de los preceptistas que la imitación de la naturaleza; no cortaba un alejandrino sino de modo que éste resonase campanudo y con todos los compases de la música zorrillesca. Lloraba penas y cantaba amores bastante ingenuamente: En cambio traducía a Horacio. Y sobre todo, tenía el dón de la armonía. Cierto es que es músico, como su amigo el escritor Arrieta Cañas.

Tondreau no es un aficionado, un virtuoso simplemente; no, es un amador convencido y fiel del arte. Casi estoy tentado de afirmar que es tan poeta como músico, con la pluma y con el piano. Los maestros alemanes le atraen, ya sea el gran padre de la sinfonía, o Schubert adorable e ideal, o Schumann melodioso, o Wagner audaz y soberbio; la frase conmovedora y cálida, la fuga arrebatadora, la potencia sinfónica, todo le compenetra y le posee, con profunda pasión artística. De sus autores, Beethoven; de sus pianistas, Golstchalk, quien tan buenos recuerdos dejó en Santiago, donde quiso casarse.

Cuando la célebre Singer, la gallarda *Gioconda*, estuvo allá, en la misma *troupe* en que llegó el barítono Menotti, ambos fueron grandes amigos de Tondreau, quien a la sazón era el crítico teatral de *La Época*. Allá íbase el poeta, al departamento de los artistas, en el Hotel Milán, en compañía de Pedro Balmaceda y otros sus colegas, a agradables reuniones musicales. La Singer leía párrafos de sus memorias, o cantaba trozos de sus roles favoritos con su bella voz vibrante.

Tondreau vivía en una calle cercana a la Alameda. Muchas veces acontecía que al ir a buscarle, me detuviese en las escaleras, por no interrumpirle en alguna sonata que bajo sus dedos, cantaba lentamente, lentamente al piano. Luego le encontraba en su cuarto, chico y elegante, lleno de papeles y de libros de lujo apanopiados en las paredes, entre una que otra japonería que unas cuantas pesetas de la mensualidad del diario, habían sacado de la Ville de París.

He dicho que tiene el dón de la armonía, y he aquí que en este nuevo libro resalta más este precioso dón. Ha abandonado la rima consonante, no porque no pueda manejarla con brío sino porque en sus versos asonantes tiene más holgura su pensamiento, y porque puede dotarlos de mayor elegancia de forma. La silva «El viento»; del poema *El Bosque*, verbigracia, no podría ser más musical ni más espléndida, si fuese escrita en versos consonantes; está llena de osadas gallardías, de trepidaciones cristalinas y de orgullosa pompa. El asonante forma uno a modo de oleaje que acaricia musicalmente el oído, y lo escogido del vocablo hace más armónica la versificación; las figuras son todas claras y se advierten perfiles, redondeces, plasticidades y explosiones de flores, todo lleno de sol.

Estos nuevos versos de Tondreau tienen savia y sangre. Dado el temperamento del poeta, era imposible que se inficionara de humor negro. El es nervioso pero no neurótico, y no le han tentado las estrofas abracadabrantas de la poesía macabra. Tiene el ruido del viento, los perfumes campestres, las inclinaciones casi sacerdotales y misteriosas de los grandes árboles, la yema que se hincha, el ave en la rama en flor, y las cadencias de las farándulas al són de la cornamusa. Las palmas se yerguen líricamente, el viento sopla en sus órganos, la tierra, preñada y virgen, sustenta al bosque solemne. Pan rubicundo, anima la naturaleza cantando en la montaña: *sanguineis ebuli baccis*

minioque rubentem. Parece que el poeta hubiese estado en este ardiente trópico poblado de florestas inmensas e inextricables, donde el suelo es como ubre y Flora impera; en la selva salvaje del rey roble, llena de pájaros, de fragancias y de estremecimientos.

Tondreau tiene con la selva el mismo secreto que Richopin con el mar. En prosa hay admirables pintores del mar, que sienten y comprenden el vasto Océano, en toda su grandeza y en todos sus detalles; como Loti, cuyas páginas están impregnadas de aire marino, ya sueñe con la pequeña cara de porcelana de Crisantema, en el Japón, ya vaya a costas de Islandia, y cree su Pescador. O como Mezeroy, artista que se deleita con *La Grande Bleu*, el Mediterráneo, azul y hermoso. Pero el poeta de *La Mer* juntó en su poema todas las magnificencias, todas las armonías, toda la sal áspera y la espuma del mar, de modo que cada estrofa es semejante a una ola, y en el poema está aprisionado el ruido tonante y enorme como en un caracol. El poeta ama la inmensidad movible con apego, con pasión. El mismo ha sido marinero, ha hecho la guardia en la noche, bajo el cielo negro, lleno del florecimiento de oro de sus constelaciones; y ha cantado entre dientes las canciones en jerga del *maturin*.

Lo raro en Tondreau es que no ha tenido la contemplación de la selva y la adivina. Sus padres eran canadienses, de allá, cerca de donde Longfellow colocó a la enamorada Evangelina, tierras de florestas llenas de gigantescos árboles salvajes. Pero él nació en Chile, donde se ve más la blancura de la nieve andina que el verdor tupido de los bosques.

VI

La originalidad de Tondreau consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre

y franca manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.

Luego aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos. Aquí lo exótico no salta a la vista; ambas lenguas tienen un mismo origen y florecen en un solo tronco y por las mismas raíces. Sin ser decadente en algunas de sus creaciones, sin llegar a las orquestaciones poéticas de los neorománticos, se acerca algo a esa nueva y brillante escuela que un escritor de París ha llamado propiamente la escuela del cerebralismo. Busca la idea rara, la comparación bizarra, y escoge las joyas de la lengua, las más rítmicas frases que se vocalizan en el recinto adorable de las musas, y así hace de sus estrofas cuadros, bajorelieves, y sobre todo pone el sagrado temblor de su armonía.

En cuanto a sus metros, son los hermosos metros castellanos, mil veces superiores a los franceses.

En castellano se ha procurado introducir por algunos poetas la medida de los hexámetros griegos y latinos. Actualmente en Italia, Giossué Carducci intenta poner en boga la asonancia del romance español, y el profeta yankee Walt Whitman calca en inglés el versículo hebreo.

Nosotros no necesitamos de todo eso. ¡Ah, nuestros metros castellanos! El endecasílabo es digno de la lira griega. Tenemos el verso de Safo y el verso de Anacreonte; y versos apropiados para el arpa religiosa y el címbalo, o para los sistros que acompañaban las danzas. Lo que sí necesitamos es la influencia del arte, siempre embellecedora, del arte en la expresión del pensamiento, arte que, como aseguraba Lastarria, haciéndome la honra de refutar una opinión mía, poseen los franceses mucho, escasamente y hasta hace poco tiempo los españoles, y nada los chilenos. Los hispano americanos debió decir mejor el ilustre maestro.

Ese arte, pues, no será la implantación de un exotismo dañoso ni peregrino.

Lo extrañamente exótico lo tienen los franceses, y lo procuran. Desde la introducción del primer álbum japonés de los hermanos Goncourt, el japonismo comenzó en Francia, con el reinado de las lacas y de las quimeras de bronce; de los muebles, del adorno del salón se pasó a la literatura, donde todavía subsiste. Edmundo de Goncourt, Loti, Judith Gautier, son de los que dan el tono; a Judith, esposa de Catulo Mendez, le viene su afición a lo extraño de raza. Teófilo Gautier, su padre, orientalizó también las letras. Judith sabe chino, y escribe versos en esa lengua; y algo semejante hacía Luis Bouhillet, el autor de los *Astragalos*, quien quiso introducir al verso francés el ritmo chino. ¡Y bien! En lo que debíamos ante todo imitar los occidentales a los buenos hijos del Celeste Imperio, es en que honran y estiman a sus poetas como ningún pueblo del mundo.

Hace poco tiempo lo ruso preponderaba. Tolstoi, Gogol, Turgueneff, el raro y pálido Dostoiewsky, fueron traducidos a casi todas las lenguas; escritores franceses publicaron novelas rusas; el idioma se estudió más, y su terminología se puso de moda; se bebía el rojo vino de París con caviar del Volga.

Así, pues, los escritores en lengua española, que como Tondreau tengan culto por el idioma propio, no cometen pecado alguno en seguir ese bello arte francés, para hacer más rica, más vibrante, más colorida la expresión del pensamiento. Yo, por mi parte, me huelgo del «galicismo mental» que encontró don Juan Valera en uno de mis pobres libros. «No hay en castellano, dice el ilustre académico, autor más francés que Ud. Esto lo digo para afirmar un hecho. Y, en todo caso, lo digo como un elogio.» Busquemos, pues, ese procedimiento exquisito de los artistas de la palabra escrita, y que cada escritor muestre el pequeño mundo interior que lleva en su alma, con manera artística.

Esto ha hecho el poeta de los *Asonantes*, y por eso sus *Asonantes* tienen un algo especial que no se encuentra en

los otros poetas hispano-americanos. Los argentinos, cuya mayor gloria es Andrade, titánico seguidor de Víctor Hugo, o copian los modelos españoles, o, como Rafael Obligado y Guido Spano, buscan temas nacionales y usando provincialismos pretenden formar la tan deseada poesía indígena americana. Los colombianos son hijos legítimos de los poetas de España, intachables, marmóreos, clásicos, en el sentido académico de la palabra; lo propio los venezolanos y los pocos que el Perú tiene; México cuenta con algunos altísimos poetas, cuyos versos poseen sello propio y nuevo, y Centro América tiene a Gavidia.

VII

Yo estoy seguro que una poesía de Tondreau leída una sola vez basta para dar a conocer en otras la originalidad de la expresión y la novedad de la intención.

Los *Asonantes* serán criticados al aparecer en Chile, por los bellistas, por los que gustan de Rodríguez Velasco y de Lillo y por los formalistas à *outrance*. Los primeros defenderán el precepto, el canon, la tradición literaria; los segundos echarán de menos la jardinería, la consonancia y la confitura; los últimos protestarán por las frases y borneos atrevidos, por las innovaciones a que se lanza nuestro autor.

Pero Tondreau debe persistir confiado en su talento. Su poesía es sana y respira la vida de la naturaleza; él no se ha dejado llevar por los seguidores de esta o aquella escuela, ni por los que Espronceda atrajo a su alcázar byroniano, ni por los que han pretendido seguir la poesía sideral y oceánica del dios Hugo, ni por los trémulos neuróticos que, siniestros coribantes, danzan trastornadamente en la procesión del arte moderno; ni por los decadentes ansiosos de frentes nimbadadas y de leche de marta cibelina; ni por los heineanos que juntan las rosas y los cactus; ni por los pálidos gemidores de desengaños, y ateos maldicientes cuyos versos repugnan y cuyo hígado es

todo hiel. No, él no pertenece a ninguno de esos grupos. Ni materialista, ni swedemborguiano de la literatura. El no sufre de spleen ni de espíritu pitónico, sino que siente el vasto soplo cósmico. No le atormenta el sombrío Livor; pero le subyuga el gran Pan.

Por lo que toca a sus opiniones religiosas, Tondreau fué educado religiosamente y llegó a vestir sotana. Después hubo una evolución en su espíritu, abandonó el hábito y perdió la fe primera. Lo único que le quedó de aquellos tiempos fué el latín; dejó el breviario por Horacio Flacco, y los ideales místicos se tornaron sueños ardientes y creaciones plásticas en aquella mente pagana. Cree en Dios, Dios en todo, Dios por todo, Dios para todo. Su amor por la naturaleza es intensísimo y en ella encuentra la fuerza infinita de la divinidad. Es místicamente panteísta. Adora lo existente de manera universal y en detalle. Así como Baudelaire tenía la particularidad de los perfumes, Tondreau tiene la de los sonidos. El viento para él tiene mil rumores desconocidos para otros, vagas armonías, palabras articuladas en una lengua misteriosa, ya vuela en la lujuriente floresta, ya agite las banderas o se cuele en las ciudades por los alambres tupidos de las líneas telefónicas: «la lira de Edison», como él dice.

Sí, poeta, el viento es admirable y formidable, huracán, brisa, azul del celeste abismo, queja del rosal, triunfo de las palmeras verdes, perpetuo amante de las olas y las velas, carro de la melodía, suspiro, tempestad.

Ars religio mea, esa es la profesión de fe artística y una de las más bellas silvas asonantadas de este libro; el arte es su religión, el azur. Sigue la fórmula célebre del arte por el arte, el culto absoluto de lo bello, independiente de lo útil y de lo moral, del *το καλόν* griego. Ama el desnudo, el clásico desnudo, y a las veces dejándose llevar por sus arrebatos líricos, olvida la olímpica serenidad de la contemplación estética, y sus mármoles se vuelven carne, coloreándose por súbita y exuberante policromía. No lo digo por censurar al poeta, pero me parece que a la Venus de Milo prefiere la de Médicis; que en sus descripciones de

ninfas más parecen éstas mujeres; y tienen roja sangre, y sus caderas y sus senos a flor de agua tiemblan con arras-tradora sensualidad. Pero en medio de todo, el helenismo es de aplaudirse; su inspiración lozana y moderna hace loables incursiones al antiguo reinado de la belleza, y bebe del agua clara que mana la divina fuente jónica.

Este libro es una obra de arte, escrito con amor a la eterna belleza, con verdadera emoción estética y en el ardor de una vigorosa juventud. Tondreau ¿seguirá adelante? Es indudable, pues tiene el rayo de la inspiración y siente al «dios». El conoce la senda que ha escogido y camina con paso de vencedor. Nada importan los obstáculos, los breñales, la lucha por la vida, los tábanos de la envidia, la indiferencia de burgueses obtusos y chatos, el cretinismo, el hielo de muchos y aun el desprecio y el odio de algunos. ¡Excelsior! Siempre con la bandera adelante, hasta llegar a la cumbre del áspero monte. Que después de la larga jornada vendrá la hora de la victoria. Dura es la gleba, pero también el arado es firme, y place al trabajador tras los quebrantos ver al sol y bajo el hondo cielo la alegría rubia de las espigas.

VIII

La última vez que vi al autor de este libro fué en Valparaíso, próximo a abandonar las playas chilenas y cuando él había llegado al puerto por una desgracia. Nos encontramos en el estudio de otro amable y generoso compañero de letras y amigo del alma, Eduardo Poirier.

—¡Tú aquí!

—Sí, mi madre ha muerto; estoy muy triste. Ven al hotel.

Fuimos.

Estaba con el corazón dolorido por el terrible golpe.

—Mira, me dijo, he distraído mi dolor escribiendo esto.

Y me leyó un artículo, una conversación que había

tenido aquella mañana con nuestro conocido el trágico italiano Emanuel que a la sazón trabajaba con su compañía espléndida en el teatro Victoria. Es un hecho reconocido que todo poeta escribe buena prosa, y aquel artículo es de lo mejor que de Tondreau prosista, he leído. Emanuel le manifestó sus ideas sobre el arte de la escena en general y sobre las obras de Shakespeare, en particular. Hamlet inimitable, Otello grandioso, estimó al poeta chileno comprendiendo lo que valía.

Voy a concluir estas páginas, en las cuales he dicho francamente lo que pienso respecto al libro a que servirán de prólogo, y del autor de él. Quien lea una sola de las estrofas que en esta obra se contienen, verá que mi entusiasmo es legítimo y que la amistad no ha cegado a la justicia.

Réstame sólo enviarte, oh poeta, mi recuerdo a través de la distancia, desde este ardiente trópico que acelera el ritmo de nuestra sangre y enciende corazones y cerebros; y por tu medio, a Chile, segunda patria mía, mis deseos de que cada vez se engrandezca más y más, gloriosa y triunfante para orgullo de nuestra América, y así pueda brillar la estrella de su bandera, siempre anunciando el nacimiento de una eterna aurora, la creciente apoteosis de un sagrado e incomparable porvenir.

RUBÉN DARÍO (1).

En la *Revista de Artes y Letras*, tomo XVI, año 1889.

(1) Aunque esta recopilación comprende sólo los trabajos que Darío verosímilmente escribió en Chile, he juzgado que debía dar sitio en ella al artículo que precede, siquiera como Apéndice, por varias razones. Si bien este trabajo no fué escrito por Darío en Chile, le afecta la nota común de no haber sido recogido en ninguno de sus libros. Trata además de cosas chilenas con tanta profundidad, con expresión tan seductora, que debe ser considerado como el más sincero testimonio de gratitud del poeta a la tierra que le cobijó durante tres años. Es, como se ha visto, el más cumplido elogio de la obra del señor Tondreau, y es también algo más que eso. Resumen de la estada de Darío en este suelo, ofrece las más directas impresiones de la vida chilena que podía consignar el gran nicaragüense, en los días inmediatos a su partida, y contiene observaciones literarias y humanas del mayor interés.—R. S. C.

LA SEMANA (1)

¡Semana fúnebre! Quiere la suerte que hoy tenga que lamentar dos desapariciones de esta vida, que decir algo de dos muertos, uno querido, otro admirado y estimado.

Es el primero el buen amigo Ramón Vial Bello, ese joven bizarro y fuerte que yo creía propenso a llegar a luengos años por su vigor corporal y su tranquilo y bello carácter.

Murió Ramón en Santiago, donde todos le conocieron, excelente hombre, corazón franco, pecho leal.

Era él muy amigo mío, y su muerte me ha entristecido de veras.

Su temperamento artístico, su sensibilidad exquisita, su ilustración seria y aristocrática me hicieron quererle mucho.

Estos recuerdos personales me los perdonarán mis lectores, mas son de aquellos que brotan por la pluma sin pensarlo el que escribe; brotan porque son raras las personas que tocan de tal manera el alma, y cuando ellas se van, se siente una verdadera y honda desolación en el espíritu.

Ramón—¡me parece que fuera ahora!—llegaba a acompañarme en mis noches de trabajo de *La Epoca*.

(1) Omitido por un error en las copias en la parte pertinente, damos este artículo en el Apéndice para no dejar inconclusa la serie de ocho *Semanas* que Darío escribió para *El Heraldo* de Valparaíso.—R. S. C.

Ahí, solos o con algún otro amigo aficionado a las letras, departíamos de esos asuntos agradables y hermosos.

Hablábamos mucho de su abuelo el gran don Andrés Bello, de sus obras, de todo lo que a él se refería; y él, Ramón, gozaba de veras cuando yo le decía que en mi tierra el nombre del cantor de la agricultura de la zona tórrida, era veneradísimo y tenido, como en todo lugar donde se habla lengua española, en alto aprecio.

Era Ramón ingenuo, y lo que decía lo sentía, y gozaba con el bien y gloria ajenos, y aborrecía a los envidiosos y a los malévolos, y gustaba de halagar a todo el mundo, cortés y caballeroso, con tanta nobleza como galantería.

Amaba la poesía—¡y qué alma delicada no gusta de ella!—y tenía, cosa muy rara ahora, un gusto depurado y exquisito.

En los lugares y en las reuniones de amigos, literatos, periodistas o aficionados, él se distinguía por sus acertados juicios; y era erudito sin fanfarronería, y citaba con modestia, y corregía a veces con la suavidad y quietud del que sabe y tiene la justicia.

¡Pues recitar! Ramón nos ganaba a todos. Hablaba con sentimiento, declamaba con arte, y era de oírle con su voz sonora y vibrante, fijos en nosotros sus soñolientos y grandes ojos oscuros.

El era melancólico y alegre, cosa rara. Pasaba del reír chispeante de una conversación cualquiera, a ciertas meditaciones y tristezas que indicaban en él un pensar excepcional, y una levadura de poeta en quien, nieto de uno muy grande, era queredor de muchos de nosotros, los mínimos trabajadores del país azul.

¡Pobre amigo mío, con un luminoso porvenir, irse tan pronto!

Su valer era verdadero, y si Ramón hubiese vivido lo suficiente para que el velo de su gran modestia se gastara, mucho renombre hubiera alcanzado, porque habría él sido factor de cosas grandes.

¡Y ha muerto en su alba! Aún el sol de esa vida do-

raba las profundidades sonrosadas de su oriente, en la mejor juventud.

Por eso es que hay escépticos, por eso, por las terribles y súbitas conmociones de la muerte.

¡Quién hubiera dicho hace pocos meses que aquella naturaleza henchida de savia de vida se acabaría en un momento!

Los mejores se van. Ramón era de los mejores, de los que tienen alma bella, corazón de oro, mano que estrecha la del amigo sin engañar.

Más es de loarse tanta gallardía de corazón, tanta limpieza de proceder, cuando sufrimos tantos desengaños a la continua, en quienes menos creyéramos; de quienes nunca lo pensaríamos, por aquellos que nos hieren sin razón, engañados por sus ojos, o poseídos de sus pasiones.

Amigo, amigo del corazón, era aquel que tanto comprendía el cariño casi razonado, dulce, de obligación, entre los que gustan de las cosas de arte, en los que saben por qué hay que amar a aquel que tiene como nosotros, algún ensueño, si el del arte, garrido y luminoso, si el de las letras, bello y lleno de espejismos aurorales.

Amaba las letras con cierta fruición; veía la producción de otros y la alababa en lo que valía; y ponía laureles con sus palabras en las frentes de sus amigos y compañeros.

Lisonjero fué Ramón con todos, nadie guardará una sola queja suya y todos le queríamos bastante. Era entusiasta por la fama. ¡La fama! Angel de oro que suena su soberbio clarín, resonante, vibrador, a los cuatro vientos, ante el cual hay tantos cóndores que se ocultan y muchos murciélagos que inflan sus alas y en sus sombras parecen águilas.

Morir joven, según el antiguo poeta, es ser amado de los dioses.

Mas hay algo de abrumador en los tristes agostamientos de la vida cuando está en su más opulenta primavera.

Se me figura un jardín de flores nuevas—¿y qué es el cerebro de un joven con sus ilusiones?—, lleno de sol, de aire musical y dulce, donde de pronto siniestramente se produce un desgarramiento de rosas, una sombría confusión, la noche con sus soplos fríos, toda negra.

Hoy él debe ser feliz, en el misterio implacable y solemne.

Soñador, amante de la naturaleza, casi panteísta, como la mayor parte de sus poetas favoritos, ha ido a llenar con su cuerpo la tierra fecunda, de cuyo vientre moreno brota la flor y el oro.

Descansa ahí, amigo; si Pan es potente y justo, de tu cerebro saldrá savia de rosas, fragantes como tus sueños.

El otro difunto que hoy lamento es un francés, un francés cuya memoria debe ser querida para nosotros los sudamericanos.

El último correo de Europa ha traído la noticia de la muerte de Mr. Laurent de Saint Cricq, escritor y viajero, gloria de la hermosa tierra bordelesa.

Fué él uno de aquellos bordeleses que más pueden honrar al lugar que les dió cuna.

Este escritor era de la familia de los aventureros, de la rama de los vibrantes; tenía todas las audacias de los hijos de las «razas solares».

Ha muerto con los cabellos blancos, después de haber recorrido muchos países y de haber escrito obras que le guardarán nombre y fama en lo futuro.

El 22 de Octubre de 1815 nació en Burdeos, y su padre fué Bernardo Saint Cricq, un comerciante de Chartrons.

Joven partió a las Antillas en busca de fortuna y residió por algún tiempo en Fort-de-France, en la Martinica.

Ahí el viento del mar le traía a menudo recuerdos de la patria, y volvió a ella en 1834.

Entonces el escritor tuvo obra y ejercicio. Su pluma fué fecundísima y amena; colaboró en el famoso *Memorial*

Bordelais; llevado por sus inclinaciones artísticas, fundó un diario de crítica teatral, el *Avant Scène*.

En aquellos días estaba recién pasada la lucha de los románticos con los clásicos; apenas cuatro años hacía que el *Hernani* de Víctor Hugo había sido representado con lucha y escándalo, y Gautier y sus compañeros tenían flamantes aún sus escarapelas y chalecos rojos.

Saint Cricq escribía sobre asuntos artísticos en la *Guienne*.

El escultor David ocupaba el juicio público.

Los aplausos estallantes, los alejandrinos de Hugo, sonantes como bordones de oro, se repetían de boca en boca.

Saint Cricq, en sus artículos, si tuvo ciertas audacias propias de su temperamento, siempre estaba poseído de un conocimiento exacto del asunto y de un juicio cabal y razonado.

Mas no podía aquel hombre estarse quieto.

Un día hizo sus maletas y vino a este bendecido país de Chile, donde hay cordilleras blancas, mares azules y mujeres rosadas.

¿Quién le recuerda aquí?

Lo ignoro. Saint Cricq pasó las nieves de los Andes, estuvo en Santiago, en Valparaíso, conoció bien a los chilenos, como después lo demostró en sus libros.

En Bolivia y el Perú también estuvo. Vió las corrientes del gran Amazonas y del Ucayali, y aspiraron sus narices sedientas las brisas de los dos océanos.

La carne se afloja, y el viajero se cansó al fin de tantos viajes.

Fué a París después de escribir todo lo que había visto en las tierras americanas, con documentos interesantes, con datos exactos, y sus trabajos fueron publicados en la *Revue Contemporaine*, en la *Illustration*, en el *Nord*, en la *Semaine* y en el *Bulletin de la Société de Géographie*.

Hachette, este editor que tan bien paga, esta providencia de los literatos pobres, le hizo propuestas bastante

aceptables, y Saint Cricq dió a luz pública entonces sus *Scènes et Paysages dans les Andes*, *Souvenirs d'un mitité*, *Voyage autour du lac andien de Titicaca* y *Voyage dans la vallée de Huarancalqui*.

Sus impresiones, pintadas sin exageración, su manera de escribir, gallarda, amena y a veces hasta pictórica, hacen que se lean esos buenos libros con gusto. Es el viajero artista, el que en Chile, por ejemplo, se torna poeta en prosa, ante las nieves cristalinas de la cordillera, que sonrosa el sol con su púrpura.

La geografía y la etnografía tuvieron en él un cultivador harto distinguido. Díganlo si no los estudios suyos que aparecieron en la *Gironde*.

Ya en 1876 estaba canoso, gastado; no podía viajar, y apenas escribía de cuando en cuando.

En ese tiempo se le nombró director y administrador de los jardines y squares de la ciudad de Burdeos.

Sucedía nada menos que a un sabio anciano, el ilustre Durieu de Maisonneuve, enamorado de la naturaleza, patriarca entre flores, que al salir de su puerto para ir a descansar, ya jubilado, llevaba en las manos un fragante ramillete de magnolias.

Allí murió en su trabajo Saint Cricq, allí le visitaban muchos americanos del sur, y le veían siempre amable para con todos los hijos de estas naciones que él había recorrido. Un excelente viejo, que cultivaba él propio plantas y gustaba del buen sol de su tierra, donde ansiaba morir!

Se le cumplieron sus deseos.

Ya duerme el sueño inmenso, ya está en la tumba. He querido recordarle hoy, dedicándole estos renglones al bondadoso anciano, al literato ilustre que en un tiempo me honró enviándome uno de sus libros con galante esquela. En paz descanse!

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 14 de Abril de 1888.

Antecedentes de esta publicación

El autor de este libro dirigió al Consejo Universitario una solicitud en la cual pedía, en conformidad a las disposiciones vigentes sobre premios universitarios, que su obra fuese impresa por la Universidad de Chile. La solicitud fué enviada en informe a la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, la cual acordó designar una comisión de miembros de su seno para que procediese al examen del libro. Después de un estudio de los originales de este libro, la Comisión expidió su dictamen, en conformidad al cual ha sido hecha esta publicación.

**Se acoge a las disposiciones vigentes
sobre premios para obras.**

Raúl Silva Castro, profesor extraordinario de Literatura Chilena del Instituto Pedagógico, domiciliado en Avenida General del Canto N.º 319, al H. Consejo Ejecutivo de la Universidad de Chile respetuosamente digo:

En el curso de 1930 la Biblioteca Nacional acogió en el Boletín Mensual que publica, un estudio escrito por mí y titulado Rubén Darío y Chile, del cual se hizo luego una tirada aparte en un volumen de 120 páginas. A su publicación, esta obra fué bien recibida por la crítica, y mereció también elogiosos comentarios en el extranjero. Empeñado en investigar, lo más profundamente que me fuese dable, la estada de Rubén Darío en Chile, seguí más tarde acopiando materiales sobre el mismo tema, y hace algunos meses di término a la redacción de una obra de mayor aliento. Este libro, titulado *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*, se compone de dos partes principales:

1.º *Estudio sobre Rubén Darío y Chile*, por el infrascrito. Abarca la relación del viaje de Rubén Darío a Chile y pormenores de la permanencia del poeta nicaragüense en nuestro país, y luego comprende notas críticas sobre las obras de Rubén Darío que vieron la luz en Chile, con especial referencia a los temas del modernismo

que se hallan en *Azul*, cuya fecha de publicación, 1888, confiere a Chile el honor de haber dado cuna a una nueva escuela literaria, que estaba destinada a renovar radicalmente la poesía de lengua española. Finalmente, presenté una relación cronológica de la bibliografía de Rubén Darío en Chile. La redacción de este estudio difiere sustancialmente de la del que vió la luz en la publicación aludida más arriba, en 1930. Con el objeto de que se vea objetivamente que el estudio que ahora presento es un nuevo trabajo, acompañaré cuando sea oportuno un ejemplar del folleto citado.

2.º *Obras desconocidas de Rubén Darío*. Entre los artículos y las poesías que Rubén Darío publicó entre 1886 y 1889, hay cierto número que no han sido incorporados más tarde a *ninguno* de los libros que con el nombre de *Obras Completas*, o con cualquier otro, han aparecido como representativos de la labor total del poeta nicaragüense. El minucioso estudio de los diarios y revistas en que colaboró Rubén Darío durante su permanencia en Chile me llevó a precisar cuáles de estos artículos y poesías se encontraban en la situación indicada, y al copiarlos para formar la segunda parte de la obra que presento, creo hacer un servicio a todos los críticos que se interesen más tarde en el estudio de la literatura rubendariana.

En total, la obra titulada *Obras desconocidas de Rubén Darío* comprende 300 páginas, tamaño oficio, de las cuales 199 corresponden a las copias de artículos y poesías.

De acuerdo con las disposiciones vigentes sobre premios de obras, vengo en solicitar del H. Consejo que se someta a estudio la obra de que soy autor, a fin de que si ella es digna de recompensa, sea publicada por la Universidad de Chile.

Por tanto, al H. Consejo

Ruego se sirva aceptar a trámite la presente solicitud, en conformidad a lo dispuesto en el Reglamento vigente de Premios Universitarios.

Es gracia, H. Consejo.

RAÚL SILVA CASTRO.

Santiago, 4 de Julio de 1933.

Al H. Consejo Ejecutivo de la Universidad de Chile.

**Informe sobre una obra de
don Raúl Silva Castro.**

Señor Decano:

Don Raúl Silva Castro, miembro de esta Facultad, acogido al reciente Reglamento de Premios Universitarios, entre los cuales figura la publicación de obras por cuenta de la Universidad,

como una manera de fomentar las investigaciones científicas y literarias, ha solicitado la impresión de su libro inédito titulado *Obras desconocidas de Rubén Darío, escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*.

El trabajo consta de tres partes: a) *Rubén Darío y Chile*; b) *Bibliografía*; y c) *Obras desconocidas de Rubén Darío*.

La primera es una introducción crítica y biográfica en que se reproduce, con distinta redacción y nuevas aportaciones, el estudio que con el mismo título publicó en 1930 el señor Silva Castro. La segunda comprende una nómina detallada de los libros, artículos y poesías de Darío que vieron la luz en nuestro país y de los estudios que otros escritores publicaron sobre el poeta, todo debidamente ordenado y clasificado. La tercera parte, en fin, contiene la producción rubendariana no recopilada hasta ahora y generalmente desconocida, que el autor ha espigado en revistas y diarios chilenos.

Bastará esta somera exposición para darse cuenta de la importancia que encierra el trabajo en estudio, máxime si se considera la conocida experiencia y honradez bibliográfica del señor Silva. Los libros que se han escrito sobre Darío carecen de una documentación precisa en lo que se refiere a la estada del poeta en nuestro país, época trascendental en su formación intelectual y literaria. Sabido es que éste llegó a Chile *romántico* y salió de él *modernista*. La obra del señor Silva Castro viene, precisamente, a llenar ese vacío y permite seguir etapa a etapa la evolución literaria del futuro gran renovador de la poesía castellana.

Merece recordarse, particularmente, por su interés y novedad, el capítulo de la primera parte titulado *Azul... y los temas literarios del Modernismo*. Observa allí el señor Silva Castro que «Darío trató en *Azul...* (preferentemente en prosa) muchos de los temas que luego se iban a apellidar modernistas, y en las páginas de aquel libro—agrega—están como esbozados muchos poemas de más tarde y de los que siempre han pasado como los más representativos de su estilo.» Tal aserto se halla comprobado con una prolija lista comparativa de citas, tomadas de *Azul...* y de la obra posterior del gran poeta, en que aparecen flores de lis, cisnes, japonerías y chinerías, mitológicos bosques, joyas y piedras preciosas, centauros, ninfas y bacantes, todos o casi todos los temas y motivos que se consideran, ordinariamente, como característicos de Darío y de su escuela. Inútil parece insistir en los nuevos horizontes que semejante estudio puede abrir a la crítica y en la utilidad que ofrecerá cuando se quiera establecer el origen o punto de partida de la revolución poética que se conoce con el nombre de Modernismo.

En cumplimiento del encargo recibido de la Facultad, debe-

mos, pues, decir que el libro del señor Silva Castro merece el galardón solicitado y que la Universidad haría una obra útil a las letras dándolo a luz en sus prensas.

Saludamos atentamente al señor Decano.—*Dr. Rodolfo Oroz.*—*Mariano Latorre.*—*Eduardo Solar Correa.*—*Dr. Y. Pino Saavedra.*

Al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación.

Índice de nombres citados

A

A. B.....	CXXIII
A. de Gilbert.....	CXVII
Acaña (Manuel).....	CXXVIII, 69
Aicard (Jean).....	91
Alejandro el Grande.....	133-35
Alemán Bolaños (G.) CXXIII, CXXIV, CXXV.	
Alfonso (Paulino).....	CXXVI
Alone.....	CXXX
Alonso (Roberto).....	284
Alvarado (Pedro de).....	4
Amunátegui (M. L.) XCVIII, 99-102, 280.	
Anacreonte.....	76, 161
Andrade (Olegario Víctor) 95-7, 248-9	
Aragón (A.).....	247
Arrieta Cañas (Luis).....	287
Avilés (Carlos F.).....	10
Avilés (Juan R.).....	CXXIII, CXX
Ayón (Tomás).....	196

B

Bachiller Audaz (El).....	XIV
Balmaceda (José Manuel) XCVI, 274	
Balmaceda Toro (Pedro) XIV, XXVI, XXX, XXXV, XXXVIII, LXI, CXXVII, CXXIV, CXXVIII, 283-4, 287. Ver también <i>A. de Gilbert</i> .	
Baniere (Manuel).....	205
Bañados Espinosa (Julio).....	284
Barillas (General).....	35
Barnum.....	157
Bartrina (Joaquín María).....	67-9
Barra (Eduardo de la) XV, XX, XXIX,	

XXXII, XLIX, LXXXV, LXXX-VXII, CXIXV, CXVI, CXVIII, CXIX, 12, 248, 278.

Barrantes (V.).....	CXVI
Barrière (Teodoro).....	65
Barrios (Eduardo) LXXXVII, LXXX-VIII.	
Barrios (Gerardo).....	32
Barrios (Justo Rufino).....	33
Barrios (Modesto).....	207
Barros Arana (Diego)....	LXXXIII
Barrundia (José Francisco). 32, 187-8	
Barrutia (Salvador).....	204
Batres y Montúfar (José).....	190
Beaumarchais.....	172-8
Bécquer (G. A.) XLIII, XLV, XLVI, 252.	
Bello (Andrés).....	238
Bernal (Padre).....	205
Bernhardt (Sarah)...	XIV, XCI, 77
Blakman.....	27
Blanco Cuartín (Manuel) LXXXIII	
Blest (Alberto).....	284
Blest Gana (Guillermo)....	640, 279
Bogran (General).....	35
Bórques Solar (Antonio)....	CXXVII
Bórquez Solar (Humberto)..	CXXVI
Boucher (Francisco).....	53
Buitrago (Pablo).....	205
Bustamante y Ballivián (J.) CXXV	

C

Caldera (Daniel).....	XXIII
Campoamor (Ramón de) XXIV, XXV, XXVI, XCI, CXXVIII, 67, 209, 257, 261, 263.	

- Caro (Leopoldo)... LXXV, CXXVIII
 Cañas (Juan J.)... LVIII, LXXXV, 9
 Cárdenas (Dr.)... 35
 Carducci (Giossué)... 290
 Carnevalini (Fabio)... 200
 Caro (Rodrigo)... 257, 259
 Carrasco Albano (Adolfo) XIX, 60
 Carrera (Rafael)... 34
 Castañeda (Francisco)... 205
 Castelar (Emilio)... 263
 Castiglione (Patrizio de) 131-3, 148-9
 Cato... 151-2
 Catulo... 76
 Cervantes... 171-208
 Cesari (Augusto)... 185-6, 178
 Conca (Sebastián)... 135
 Concha Castillo (Francisco)... 248
 Contreras (Francisco) XLI, XLII, XLVIII, LXXXVI, LXXXVII, LXXXVIII, CVIII, CXXI, CXXII, CXXXI.
 Contreras (Ricardo)... 200-1
 Coppée (François)... 92
 Cordero Reyes (Manuel)... CXXVI
 Córdoba (Fray Matías)... 188
 Costanzi... 134
 Creti... 135
 Cruz (Ernesto de la)... CXXIV
 Cruz (Fernando)... 203
 Cruz (Pedro N.)... XXI, 286
 Cueva (Beatriz de la)... 4
- CH
- Chantavoine (Henry)... 69
 Chardin... 53
 Chevalier (Miguel)... 20
- D
- Dante... 103
 Daudet (Alfonso)... XIV
 Delpit (Eduardo)... 54-5
 Díaz Mirón (Salvador)... 56-9, 251
 Diéguez (Juan y Manuel)... 191-2
 Domeyko (Ignacio)... 275-7
 Donoso (Armando) XIX, XX, XXVII, LXXXII, LXXXVII, LXXXVIII, CXI, CXII, CXXII, CXXIII, CXXV, CXXIX, CXXX.
 Donoso (Ricardo)... IX
 Dragón Azul (El)... CXIV, CXV
- E
- Edwards Ross (Agustín)... XIX, 270
 Egaña (Rafael)... 112
- Eliz (Leonardo)... XXVIII
 Errázuriz (Ladislao)... 107
- F
- Fenicio... CXXV
 Fernández (Gil Alberto)... XXXI
 Fernández (León)... 196
 Fernández de Córdoba (Francisco) 8
 Fernández y González (Manuel). 120-8
 Fernández Guerra (Luis)... 13
 Ferrán (Augusto)... 279
 Ferrando (Francisco)... 135
 Ferraz (Hnos.)... 198
 Figueroa (Pedro Pablo)... CXVII, CXX
 Figueroa (Virgilio)... CXXX
 Florencia... CXIX
- G
- Galdós... 127
 Galleguillos Lorca (Francisco) XVI, XXXVI.
 Gallo (Pedro León) CII, 55-6, 236-41.
 Gamboa (Isaías)... CXXXI
 Gana (Federico)... CXXVII
 García (Lautaro)... CXXVI
 García Cisneros (Francisco)... CXX
 García y Díaz (Emilio)... CIV
 García Goyena... 193
 García Granados (María Josefa). 190-1
 Garrido Merino (Edgardo)... CXXIV
 Gautier (Judith) LXI, CI, 213-7, 291
 Gautier (Théophile) LXXVII-LXXXI, 213, 291.
 Gavidia (Francisco) XLII, LII, LIII, CXV, 204-5, 206.
 Goethe... 178-86
 Gómez (Ignacio)... 291
 Gómez Carrillo (Enrique)... CXIX
 Goncourt (Edmundo de)... 164, 291
 Goncourt (Hnos.)... 169, 291
 Góngora (Luis de)... LVIII
 González Blanco (Andrés) XV, XLVIII, CXXIX.
 González Martínez (Enrique) LIV
 Grau (Miguel)... 273
 Grez (Vicente)... 284
 Guillermo (Emperador de Alemania)... 136-43, 154
 Gutiérrez González (Gregorio)... 91
 Guzmán (Enrique)... 34, 207
- H
- Hartzenbusch (Juan Eugenio)... 124-5
 Homero... 161, 169, 260

Horacio.....	91
Houssaye (Arsenio).....	161
Hübner (Carlos Luis).....	284
Hübner Bezanilla (Carlos)....	CXXV
Hugo (Victor) XIV, 6, 44, 166-8, 213-4, 237-9.	
Huneus Gana (Jorge) XXVIII, CXII, CXIII.	
Huneus Gana (Roberto).....	272
Hurtado y Arias (Enrique)....	CXIX

I

Imberto Galloix.....	LXXXIII
Irarrázaval Zañartu (Alfredo) LXXX-III, LXXXIV, 272.	
Irisarri (Antonio José de).....	14
Irisarri (Hermógenes de) LXXXIX, 11-17.	

J

Janin (Jules).....	169
Jerez (Máximo).....	32
Johnson.....	150
Joubert.....	16
Juárez (Gregorio).....	195

K

Krupp (Alfredo).....	103
Krupp (Fritz).....	103

L

L. A.....	XXV, XXVI
Lapavía (Jesús).....	204
Larreinaga (Miguel).....	3, 187
Lastarria (José Victorino) XX, XXXIII LXXXIII, CI, 212, 280.	
Latorre (Mariano).....	308
Lazcano de Errázuriz (Rosa).....	107
Lemaître (Jules).....	65
Leonard y Bertholet (José)....	122, 199
Leopoldo (Príncipe del Brasil).....	274-5
Leroy-Beaulieu (Paul).....	23, 28
Lesseps (Conde de).....	21-4, 27-8
Lillo (Eusebio).....	12, 59, 240
Loti (Pierre).....	289

M

Mac Clure (Eduardo) XIX, XXII, 283	
Manso (Juana).....	6
Mapes (Erwin K.) X, XLVIII, LI, LII, LXXI, LXXXV.	
Maquieira.....	XXII
Martí (Enrique).....	215

Martí (José).....	201-2, 263
Matta (Guillermo).....	12, 248
Mayorga (Manuel).....	205
Mayorga Rivas (Román)....	66, 205
Mendès (Catulle) LII, C, 84, 166-72, 214, 256, 271.	
Méndez (Joaquín).....	205
Menéndez (General).....	35
Menéndez y Pelayo (Marcelino).....	67
Menocal (Aniceto G.).....	25
Merinée (Ernest).....	71
Meza Fuentes (Roberto) LXXXVII, LXXXVIII.	
Michel (André).....	53
Milla y Vidaurre (José).....	4, 189
Molina (Tirso de).....	261
Molina Núñez (Julio).....	CXXXI
Montero (José).....	CXXXVIII
Montt (Ambrosio).....	126
Moratín.....	255
Morazán (Francisco).....	3, 32
Mürger (Henry).....	64-6
Murillo (Valentín).....	XXI
Musurus Pachá.....	72

N

Napoleón III.....	20
Núñez de Arce (Gaspar).....	67, 92, 209

O

O. L.....	CXXXII, CXXXIII
Oller (Narciso).....	72-3
Oroz (Dr. Rodolfo).....	308
Ortiz (Pedro).....	211
Orrego Luco (Luis) XIV, XXII, XXIII, XXVII, LXII, CXV, CXXIV, CXXX, 284-5.	
Ossa (Gregorio).....	284
Ossa Borne (Samuel) XIV, XIX, XXII, XXV, XXXI, LXXV, LXXXVII, CXIX, CXXVII, CXXXVIII, CXXXIX.	

P

P. S.....	CXXV
Palacio (Manuel del).....	69
Palma (José Joaquín).....	196-7
Pardo Bazán (Emilia).....	127
Patin (Augusto).....	166
Patti (Adelina).....	148
Péletan.....	256
Peña (Miguel P.).....	205
Pereda (José María de).....	127
Pérez Escrich (Enrique).....	127

Phelps (Capitán).....	25	Scott (Walter).....	121
Píndaro.....	163	Schiller (Federico).....	179
Pino Saavedra (Dr. Y.).....	308	Shakespeare.....	257
Plaza (Nicanor).....	107	Silva (Luis Ignacio).....	XXXI
Poirier (Eduardo) XIV, XVI, XVIII, XX, XXI, XXXV, XL, XLI, XLII, XLIX, LXXXII, LXXX- VII, LXXXVIII, CXII, CXXIII, CXXVI, 37, 271, 272, 294.		Silva Castro (Raúl)..	CXXXI, 305-8
Posada (Joaquín Pablo).....	21	Silvestre (Armand)....	LII, CI, 115
Préndez (Pedro Nolasco).....	XXVII, XCIV, CIII, CXVII, 95-7, 247-54, 254-64.	Soffia (José Antonio).....	13
Proaño (Federico).....	206	Solar (Alberto del).....	LXXXVI
Puck.....	XLIX, CXIV	Solar (Enrique del).....	XXI
		Solar Correa (Eduardo).....	308
		Solimena.....	134
		Soto (General Bernardo).....	35, 36
		Soto (Marco Aurelio).....	35, 210
		Stevens (John).....	25
		Subercaseaux de Vicuña (Vic- toria).....	XXI, 9

Q

Quevedo.....	171, 208
--------------	----------

R

Racine.....	74-5	
Ramfrez.....	150	
Ramfrez (Jerónimo).....	CX	
Reyes (Padre).....	191	
Reyes (Vicente).....	147	
Richepin (Jean).....	286-7	
Rioja (Francisco de).....	257, 259	
Robinet (Carlos Toribio).....	XX, XXX, LXII, CXXV, 231, 279.	
Robinson (Mary F.).....	49	
Rodó (José Enrique)....	LIV, LXXXV	
Rodríguez (Carlos A.).....	271	
Rodríguez Mendoza (Emilio)	LXXXV, CXXV, CXXVI, CXXX.	
Rodríguez Mendoza (Manuel)	XIV, XXXIX, XLIX, LXXV, LXXXII, CXIV, CXIX, CXXVII, CXXVIII.....	284
Rojas y Rojas (Vicente).....	217	
Rollinat (Mauricio).....	69	
Rouget de l'Isle.....	73	
Royo y Villanova (Luis).....	50-3	
Rubén Rubí XXIX, LXXXIV, CXIX		

S

S. M. I.....	CXXII
Salomé Gil.....	4, 189
Saint-Cricq (Laurent de) C,	299-301
Sánchez (Francisca).....	CXXVIII
Santa Teresa.....	171, 208
Santiago (Juan de).....	112, 273

T

T.....	CXX
Tadema (Alma).....	158
Theuriet (André).....	90
Tondreau (Narciso) XIV, XV, XVI, XXVI, XXXV, XCIII, XCV, CIII, 89-95, 213, 278-95.	
Torres Bonet (José de).....	68
Torres Rioseco (Arturo) XXXIV, CX- VIII, CXXXII.	
Trevisano.....	135

U

Urioste.....	194
Ursus.....	LXXXIII

V

V. D. S.....	CXXII
Valderrama (Adolfo).....	280
Valdés Vergara (Enrique)....	XXX
Valera (Juan)....	XV, XLIX, L, 291
Valero Pujol.....	198
Varas Marín (Quiteria).....	13
Varela (Federico) XX, XXVII, XLIX, LXXXV, 210.	
Vásquez Guarda (Efraín). XXVIII, CXIV, CXVIII.	
Vásquez Yepes (Israel)....	CXXI
Velarde (Fernando).....	193-4
Verne (Jules).....	102
Vial Bello (Ramón).....	C, 296-99
Vicuña Cifuentes (Julio)....	CXXVII
Vicuña Mackenna (Benjamín) XVII, LXXXVIII, LXXXIX, 9.	

Vicuña Subercaseaux (Benjamín) CXX
 Vinci (René)..... CXIX
 Volney..... CXX

W

Wagner (Richard) LIV, 115, 116-8, 215
 Warner (Eduardo von) XXVIII, CXIV
 Watteau..... 53
 Whitman (Walt)..... 250, 290

Z

Zaldívar (Rafael)..... 35
 Zambrano (Antonio) 12, 13, 126, 167,
 202, 213.
 Zañartu (Anfbal)..... 147
 Zañartu (Sady)..... CXXIII
 Zavala (Joaquín)..... 211
 Zorrilla (José)..... 126
 Zúñiga Montúfar (Gerardo). CXXVI

Índice de materias

	Págs.
<i>Rubén Darío y Chile:</i>	
Noticia..	IX
Preliminar.	XIII
Capítulo primero. Viaje a Chile.	XVII
Capítulo segundo. En Chile. En <i>La Epoca</i>	XXII
Capítulo tercero. Nuevo viaje a Valparaíso.	XXX
Capítulo cuarto. La salida de Chile.	XXXIV
Capítulo quinto. Los libros escritos en Chile.	XXXVIII
Apéndice. Azul... y los temas literarios del moder- nismo.	LI
Apéndice. Rubén Darío y Théophile Gautier.	LXXVII
Bibliografía:	
I. Libros.	LXXXII
II. Artículos y poesías.	LXXXVIII
III. Bio-Bibliografía.	CXII
 <i>Obras desconocidas de Rubén Darío:</i>	
La erupción del Momotombo.	3
Carta a la viuda de Vicuña Mackenna.	9
Don Hermógenes de Irisarri.	11
Cantos chilenos. El manto, poesía.	17
El canal por Nicaragua.	19
Zoilo, poesía.	29
La Unión Centro Americana.	32
Ondas y nubes, poesía.	37
La Plegaria, poesía.	40
La entrada a Jerusalén, poesía.	44
En el Sur, poesía.	49

	Págs.
Apuntaciones y párrafos	50
Una contestación.	59
¡Al trabajo!, poesía.	61
Apuntaciones y párrafos	64
Sarah, poesía.	77
Bouquet.	78
Una exposición.	83
Apuntaciones literarias. Penumbra (Poesías de Narciso Tondreau).	89
En el álbum de Pedro Nolasco Préndez, poesía.	95
Aviso del porvenir, poesía.	98
A Rosa, poesía.	98
Don Miguel Luis Amunátegui.	99
El rey Krupp.	102
El zorzal y el pavo real. Fábula, poesía.	106
Numen, poesía.	106
El Arte, poesía.	107
A Ladislao Errázuriz, poesía.	107
Bouquet, poesías.	108
La Semana. I.	111
La Semana. II.	116
Don Manuel Fernández y González.	120
La Semana. III.	128
La Semana. IV.	136
La Semana. V.	143
La Semana. VI.	149
La Semana. VII.	156
Catulo Méndez. Parnasianos y decadentes.	166
Los versos de Beaumarchais.	172
Goethe y la segunda parte del Fausto.	178
La Literatura en Centro América.	186
Lastarria, poesía.	212
Hija de su padre.	213
Morbo et umbra.	217
El perro del ciego. Cuento para los niños.	222
Hebraico.	228
Arte y hielo.	231
Pedro León Gallo, poeta.	236
El humo de la pipa.	241
A propósito de un nuevo libro.	247
El triunfo de Préndez.	254
Abrojos, poesías.	264
Abrojo, poesía.	266

	Págs.
Al obrero, poesía.	266
Desde Valparaíso.	268
<i>Apéndice:</i>	
El libro «Asonantes» de Narciso Tondreau.	278
La Semana. VIII.	296
<i>Antecedentes de esta publicación.</i>	<i>303</i>
<i>Índice de nombres citados.</i>	<i>309</i>
<i>Índice de materias.</i>	<i>314</i>